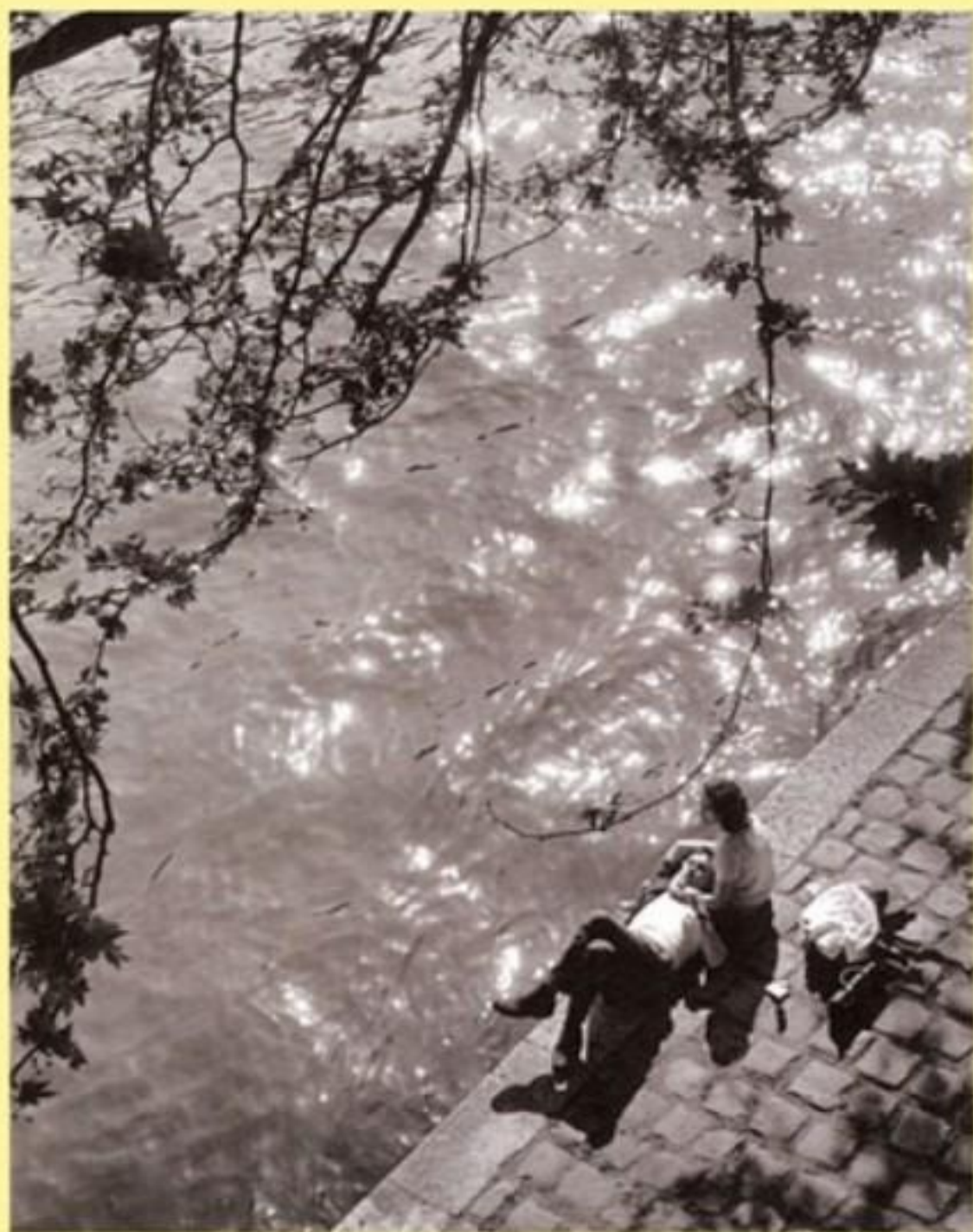


PAUL AUSTER

Invisible



Lectulandia

En 1967, Adam Walker es un joven poeta ávido de vida y literatura, con mucho más futuro que pasado. Estudia en la Universidad de Columbia, se opone a la guerra de Vietnam y, además, –esto lo dicen quienes lo conocen, porque él no parece darse cuenta– es guapísimo. Una noche, en una fiesta de estudiantes, conoce a una pareja de franceses muy sofisticados, muy seductores. Lo primero que le llama la atención a Adam es el nombre de él, Rudolf Born, como en Bertrand de Born, el poeta provenzal que en uno de los cantos de Dante lleva su propia cabeza cortada en las manos. Tras varios días de ambigua seducción en los que la pareja va tejiendo su invisible tela de araña en torno al hermoso e inocente americano, Rudolf Born, que está en Columbia como profesor invitado en la School of International Affairs, le ofrece a Adam la dirección de una revista literaria que él financiará.

Lectulandia

Paul Auster

Invisible

ePUB r1.1

Ariblack 09.10.13

Título original: *Invisible*
Paul Auster, 2009
Traducción: Benito Gómez Ibáñez

Editor digital: Ariblack
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Primera parte

Le estreché la mano por primera vez en la primavera de 1967. Por entonces yo era un estudiante de segundo curso en Columbia, un muchacho sin formar con ansia de libros y la creencia (o ilusión) de que algún día tendría las suficientes cualidades para considerarme poeta, y como leía poemas, ya conocía a su tocayo del infierno de Dante, un muerto que iba arrastrando los pies por los últimos versos del canto veintiocho del *Inferno*. Bertran de Born, el poeta provenzal del siglo XII, que llevaba cogida del pelo su cabeza cortada, haciéndola oscilar de un lado a otro como un farol: sin duda una de las imágenes más grotescas de ese extenso catálogo de alucinaciones y tormentos. Dante era un defensor incondicional de los escritos de De Born, pero lo redujo a la condenación eterna por haber aconsejado al príncipe Enrique que se rebelara contra su padre, el rey Enrique II, y como el poeta originó la división entre padre e hijo convirtiéndolos en enemigos, el ingenioso castigo de Dante fue dividirlo a él mismo. De ahí el cuerpo decapitado que va gimiendo por el inframundo, preguntando al viajero florentino si puede haber dolor más terrible que el suyo.

Cuando se presentó como Rudolf Born, inmediatamente pensé en el poeta.

—¿Algún parentesco con Bertran?, —le pregunté.

—Ah, —contestó—, esa desventurada criatura que perdió la cabeza. Quizá, pero me temo que no parece probable. No tengo el *de*. Para eso hay que poseer un título de nobleza, y la triste verdad es que soy de todo menos noble.

No recuerdo en absoluto por qué me encontraba allí. Alguien debió invitarme, pero hace mucho que se me fue de la memoria quién pudo ser. Ni siquiera me acuerdo de dónde se celebraba la fiesta, en el norte o en el centro de la ciudad, en un apartamento o en un *loft* ni de mis motivos para aceptar la invitación en primer lugar, porque por aquella época tendía a evitar las grandes congregaciones de gente, harto del barullo de la multitud que habla mucho y dice poco, azorado por la timidez que me sobrevenía en presencia de personas desconocidas. Pero aquella noche, inexplicablemente, dije que sí, y acompañé a mi olvidado amigo adondequiera que me llevase.

Lo que recuerdo es lo siguiente: en cierto momento de la velada, me encontré solo en un rincón de la estancia. Estaba fumando un cigarrillo mientras observaba a la gente, docenas y docenas de jóvenes cuerpos apiñados en los confines de aquel espacio, oyendo la estruendosa mezcla de palabras y risas, preguntándome qué demonios hacía allí y pensando que tal vez era hora de marcharme. Había un cenicero sobre un radiador a mi izquierda, y al volverme para apagar el pitillo vi que, sujeto en la palma de la mano de un desconocido, el receptáculo lleno de colillas se elevaba hacia mí. Sin que lo hubiera advertido, dos personas acababan de sentarse en el radiador, un hombre y una mujer, ambos mayores que yo, y sin duda con más años

que ninguno de los que se encontraban en la habitación: él, alrededor de los treinta y cinco; ella, veintinueve o treinta.

Hacían una extraña pareja, a mi modo de ver, Born con un arrugado traje blanco de lino, un tanto sucio, y una camisa blanca igualmente arrugada bajo la chaqueta, y la mujer (que según resultó se llamaba Margot) toda vestida de negro. Cuando le agradecí el cenicero, me dirigió un leve y cortés movimiento de cabeza y dijo *Encantado* con un ligerísimo acento extranjero. Francés o alemán, no sabía decir, pues su inglés era casi impecable. ¿Qué más observé en aquellos primeros momentos? Piel clara, descuidado cabello pelirrojo (más corto de lo que solía llevarse por entonces), facciones amplias y regulares, sin nada especialmente destacable (un rostro corriente, en cierto modo, una cara que resultaría invisible entre cualquier multitud), y ojos castaños de mirada firme, los ojos perspicaces de alguien que no parecía tener miedo a nada. Ni delgado ni robusto, ni alto ni bajo, pero dando a pesar de ello cierta sensación de fuerza física, quizá debido al grosor de sus manos. En cuanto a Margot, permanecía quieta sin mover un músculo, mirando al vacío, como si la misión principal de su vida fuera la de parecer aburrida. Pero interesante, muy atractiva para mis veinte años, con su pelo negro, suéter negro de cuello vuelto, minifalda negra, botas de cuero negro, y espeso maquillaje oscuro en torno a sus grandes ojos verdes. No era una beldad, quizá, sino una representación de la belleza, como si encarnara algún ideal femenino de la época con su apariencia de estudiado estilo.

Born dijo que Margot y él estaban a punto de marcharse, pero entonces me vieron solo en el rincón, y como tenía aquel aire tan desdichado, decidieron acercarse para animarme un poco: sólo para asegurarse de que no me rebanaría el cuello antes de que acabara la noche. Me quedé sin saber cómo interpretar aquella observación. ¿Estaba insultándome aquel hombre, me pregunté, o intentaba realmente mostrarse amable con un muchacho desconocido que parecía perdido? En las palabras de Born había cierto tono de broma que desarmaba, pero en sus ojos brillaba una expresión fría y distante, y no pude evitar la sensación de que, por razones que se me escapaban por completo, me estaba provocando, poniéndome a prueba.

Me encogí de hombros, y dirigiéndole una tenue sonrisa, repuse: Lo crea o no, me estoy divirtiendo como nunca.

Entonces fue cuando se incorporó, me dio la mano y me dijo su nombre. Tras mi pregunta sobre Bertran de Born, me presentó a Margot, que me sonrió en silencio y luego volvió a su tarea de mantener la mirada perdida.

—A juzgar por su edad, —me dijo Born—, y considerando su conocimiento de oscuros poetas, yo diría que es usted estudiante. De literatura, sin duda. ¿En la Universidad de Nueva York o en Columbia?

—Columbia.

—Columbia, —suspiró—. Qué sitio tan lúgubre.

—¿Lo conoce?

—Desde septiembre doy clases en la Facultad de Relaciones Internacionales. Como profesor visitante con contrato de un año. Afortunadamente, ya estamos en abril, y dentro de dos meses me volveré a París.

—Así que es francés.

—Por circunstancias, inclinación y pasaporte. Pero soy suizo de nacimiento.

—¿Suizo francés o alemán? Percibo en su voz algo de ambas cosas.

Born hizo un ruidito chasqueando la lengua y luego me miró fijamente a los ojos. —Tiene buen oído —me contestó—. En realidad, soy las dos cosas: el producto híbrido de una madre germanohablante y un padre francófono. Me crié hablando indistintamente las dos lenguas.

Sin saber lo que decir a eso, me detuve un momento y luego le hice una pregunta inocua: —¿Y qué enseña en nuestra deprimente universidad?

—El desastre.

—Es un tema bastante amplio, ¿no le parece?

—Más en concreto, las calamidades del colonialismo francés. Doy un curso sobre la pérdida de Argelia y otro acerca de la retirada de Indochina.

—La encantadora guerra que ustedes nos han legado.

—No hay que subestimar la importancia de la guerra. Es la expresión más pura y vívida del espíritu humano.

—Empieza usted a parecerse a nuestro poeta descabezado.

—¿Ah?

—Veo que no lo ha leído.

—Ni una palabra. Sólo lo conozco por el pasaje de Dante.

—De Born es un buen poeta, incluso puede que excelente; pero profundamente perturbador. Escribió unos poemas de amor encantadores y un conmovedor lamento a raíz de la muerte del príncipe Enrique, pero su verdadero tema, lo único que parecía interesarle con genuina pasión, era la guerra. Le producía auténtico deleite.

—Entiendo, —repuso Born, dirigiéndome una irónica sonrisa—. Un hombre con el que me identifico.

—Me refiero al placer de observar cómo los hombres se parten el cráneo unos a otros, de ver castillos envueltos en llamas, derrumbándose, de contemplar a los muertos con lanzas atravesadas en los costados. Todo muy sanguinario, créame, y De Born ni se estremece. La sola idea de un campo de batalla lo llena de felicidad.

—Me parece que no tiene usted deseos de convertirse en soldado.

—Ninguno. Prefiero ir a la cárcel antes que combatir en Vietnam.

—Y suponiendo que se libre de la cárcel y el ejército, ¿qué planes tiene?

—Ninguno. Sólo seguir con lo que estoy haciendo y esperar que me salga bien.

—¿Y qué es?

—Escribir. El arte de emborronar papel.

—Eso pensaba. Cuando Margot lo vio al otro extremo de la habitación, me dijo: «Fíjate en aquel chico de ojos tristes y aire pensativo: qué te apuestas a que es poeta. ¿Es usted poeta?»

—Escribo poemas, sí. Y también algunas críticas de libros en el *Spectator*.

—El periodicucho universitario.

—Todo el mundo tiene que empezar en alguna parte.

—Interesante...

—No tanto. Casi todos los tipos que conozco quieren ser escritores.

—¿Por qué dice *quieren*? Si usted ya lo está haciendo, entonces no se trata del futuro. Ya ocurre en el presente.

—Porque todavía es muy pronto para saber si se me da bien.

—¿Le pagan por esos artículos?

—Claro que no. Es una publicación de la universidad.

—En cuanto le empiecen a pagar por su trabajo, sabrá que se le da bien.

Antes de que pudiera contestar, Born se volvió de pronto hacia Margot y anunció: —Tenías razón, cariño. Tu jovencito es poeta.

Margot alzó los ojos hacia mí, y con una expresión indiferente, escrutadora, habló por primera vez, pronunciando las palabras con un acento mucho más marcado que el de su compañero una inconfundible cadencia francesa: —Yo siempre acierto —afirmó—. Ya deberías saberlo, Rudolf.

—Poeta, —prosiguió Born, dirigiéndose todavía a Margot—, ocasional crítico de libros, y estudiante en esa lúgubre y elevada fortaleza, lo que probablemente significa que es vecino nuestro. Pero no tiene nombre. Al menos que yo sepa.

—Me llamo Walker, —repuse, dándome cuenta de que había olvidado presentarme cuando nos dimos la mano—. Adam Walker.

—Adam Walker, —repitió Born, apartando la cabeza de Margot y mirándome mientras esbozaba otra de sus enigmáticas sonrisas—. Un nombre norteamericano serio y responsable. Discreto y sonoro, muy de fiar. Adam Walker. El solitario cazador de recompensas de un *western* en Cinemascope, rondando por el desierto con un revólver y una escopeta de dos cañones en su alazán castrado. O si no, el honrado y bondadoso médico de una serie televisiva, trágicamente enamorado de dos mujeres a la vez.

—Parece de fiar, —contesté—, pero en Norteamérica nada lo es. Ese nombre se lo dieron a mi abuelo cuando puso el pie en la isla de Ellis en mil novecientos. Por lo visto, Walshinsky era demasiado difícil para las autoridades de inmigración, así que le pusieron Walker.

—Vaya país, —observó Born—. Funcionarios analfabetos robándole a un hombre

su identidad de un simple plumazo.

—Su identidad, no. Sólo su nombre. Trabajó treinta años de carnicero *kosher* en el *Lower East Side*.

Hubo más, mucho más después de aquello, una hora larga de charla que saltaba sin rumbo de una cuestión a otra. Vietnam y la creciente oposición a la guerra. Las diferencias entre Nueva York y París. El asesinato de Kennedy. El embargo comercial de Estados Unidos a Cuba. Temas impersonales, sí, pero Born tenía sólidas opiniones acerca de todo, a menudo estrafalarias, poco ortodoxas, y como formulaba su discurso en un tono entre desdeñoso y burlón, malicioso y condescendiente, yo no estaba muy seguro de que hablara en serio. En ciertos momentos, parecía un extremista de derechas; en otros, proponía ideas que hacían pensar en un anarquista de los que lanzan bombas. ¿Acaso intentaba provocarme, me pregunté, o era su habitual manera de proceder, su forma de divertirse un sábado por la noche? Entretanto, la inescrutable Margot se había levantado de su asiento en el radiador para pedirme un pitillo, y después se quedó de pie, interviniendo poco en la conversación, casi nada en realidad, pero observándome con atención cada vez que hablaba, los ojos fijos en mí con la impasible curiosidad de un niño. Confieso que me gustaba que me mirase, aunque aquello me ponía un tanto incómodo. Había algo vagamente erótico en su actitud, según me pareció, pero por entonces yo no tenía mucha experiencia para saber si intentaba enviarme alguna señal o me miraba simplemente por mirarme. Lo cierto era que nunca había conocido a gente como aquella, y debido a que ambos me resultaban bastante raros, con aquel extraño apego hacia mí, cuanto más hablaba con ellos, más irreales parecían hacerse: como personajes ficticios de una historia que fuera desarrollándose en mi imaginación.

No recuerdo si estábamos bebiendo, pero si la fiesta era como todas a las que iba desde que había puesto los pies en Nueva York, debía de haber garrafas de vino tinto barato y abundante provisión de vasos de papel, lo que probablemente significa que a medida que hablábamos estábamos cada vez más borrachos. Ojalá pudiera desenterrar de la memoria más cosas de aquella conversación, pero 1967 está muy lejos, y por mucho que me esfuerce en recordar palabras, gestos y fugitivas insinuaciones de aquel encuentro inicial con Born, sólo hallo espacios en blanco. Sin embargo, algunos momentos vívidos destacan entre la neblina. Born introduciendo la mano en el bolsillo interior de su chaqueta de lino, por ejemplo, y sacando la colilla de un puro, que procedió a encender con una cerilla mientras me informaba de que se trataba de un Montecristo, el mejor de todos los puros cubanos —prohibidos en Estados Unidos entonces, como lo siguen estando hoy en día—, que él había conseguido a través de un *contacto personal* en la embajada francesa en Washington. Pasó entonces a decir unas cuantas palabras elogiosas hacia Castro: que salieron de labios de la misma persona que sólo minutos antes había defendido a Johnson,

McNamara y Westmoreland por su heroica labor al combatir la amenaza del comunismo en Vietnam. Recuerdo que me hizo gracia ver al desgredado especialista en ciencias políticas sacando un puro a medio fumar y dije que me recordaba al propietario de alguna plantación de café en Sudamérica que hubiera enloquecido tras vivir demasiados años en la selva. Born se rió ante aquella observación, apresurándose a añadir que no me alejaba mucho de la verdad, porque había pasado la mayor parte de su infancia en Guatemala. Sin embargo, cuando le pedí que me contara más cosas, desechó mi petición con las palabras *en otra ocasión*.

—Se lo contaré todo, —me aseguró—, pero en un ambiente más tranquilo. Toda la historia de mi increíble vida hasta el momento. Ya verá, señor Walker. Un día acabará usted escribiendo mi biografía. Se lo garantizo.

El puro de Born, entonces, y mi función como su futuro Boswell, pero también una imagen de Margot tocándome la cara con la mano derecha y musitando: Cuídate. Eso debió de ser al final, cuando estábamos a punto de irnos o ya habíamos bajado la escalera, pero no recuerdo el momento justo de marcharme ni de decirles adiós. Todo eso se ha perdido, borrado por el paso de cuarenta años. Eran dos extraños que había conocido en una bulliciosa fiesta una noche de primavera en la Nueva York de mi juventud, una ciudad que ya no existe, y nada más. Puede que me equivoque, pero estoy casi seguro de que no nos molestamos ni en darnos el número de teléfono.

Supuse que nunca volvería a verlos. Born llevaba siete meses dando clases en Columbia, y como nuestros caminos no se habían cruzado en todo ese tiempo, parecía poco probable que ahora fuese a tropezarme con él. Pero las probabilidades no cuentan cuando se pasa a la realidad, y el hecho de que parezca imposible que ocurra algo no quiere decir que no vaya a suceder. Dos días después de la fiesta, al salir de la última clase de la tarde entré en el *West End Bar*, a ver si por casualidad me encontraba allí con alguno de mis amigos. El *West End* era un tugurio oscuro y cavernoso con más de una docena de mesas y reservados, una inmensa barra ovalada en medio de la estancia principal, y una zona de autoservicio cerca de la entrada en donde se podía comer y cenar malamente: mi guarida habitual, frecuentada por universitarios, borrachos y parroquianos del barrio. Resultó que, como hacía buena tarde, con mucho sol, había poca gente a aquella hora. Mientras daba una vuelta por la barra en busca de alguna cara conocida, vi a Born en un reservado de la parte del fondo. Estaba solo, leyendo una revista alemana (*Der Spiegel*, creo) y fumando uno de sus puros cubanos, sin hacer caso del vaso de cerveza que estaba a medio consumir en la mesa, a su izquierda. Una vez más, llevaba su traje blanco —o puede que fuera otro distinto, porque la chaqueta parecía más limpia y menos arrugada que la del sábado por la noche—, pero sin la camisa blanca, que había sustituido por una prenda encarnada: un rojo fuerte y oscuro, a medio camino entre granate y teja.

Curiosamente, mi primer impulso fue dar media vuelta y salir de allí sin saludarlo. Hay mucho que explorar en esa vacilación, creo yo, pues parece sugerir que ya veía la conveniencia de mantener las distancias con Born, que comprendía que si me relacionaba con él podía tener problemas. ¿Cómo lo sabía? Había pasado poco más de una hora en su compañía, pero incluso en ese breve tiempo había percibido en él algo desagradable, vagamente repulsivo. Lo que no anulaba sus otras cualidades – encanto, inteligencia, sentido del humor–, pero bajo todo ello había algo turbio, un cinismo que me había desconcertado, dejándome con la sensación de que no era de fiar. ¿Me habría formado otra impresión de él de no haber desdeñado sus opiniones políticas? Imposible decirlo. Mi padre y yo discrepábamos en casi todas las cuestiones políticas del momento, pero eso no me impedía pensar que en el fondo era buena persona; o al menos que no era mala. Pero Born no era buen tipo. Podía ser ingenioso, excéntrico e imprevisible, pero sostener que la guerra es la expresión más pura del espíritu humano automáticamente excluye a cualquiera del ámbito de la bondad. Y si había pronunciado tales palabras en broma, con objeto de provocar a un estudiante antimilitarista para que se enfrentara a él condenando su postura, entonces es que era simplemente perverso.

—Señor Walker, —me saludó, alzando los ojos de la revista e invitándome con un gesto a que me sentara a su mesa—. Justo la persona que estaba buscando.

Podría haberme inventado una excusa y decirle que llegaba tarde a una cita, pero no lo hice. Ésa era la incógnita de la compleja ecuación que representaba mi trato con Born. Por receloso que estuviera, me sentía también fascinado por aquella persona extraña, incomprensible, y el hecho de que pareciese sinceramente contento de haberme encontrado por casualidad avivó el fuego de mi vanidad: esa invisible marmita de engreimiento y ambición que hierve a fuego lento en cada uno de nosotros. Cualesquiera que fuesen los celos que me suscitara, las dudas que albergara sobre su sospechoso carácter, no podía evitar el deseo de caerle bien, de que me considerase algo más que un empollón, el típico estudiante norteamericano, que viera la promesa que, según mis esperanzas, se encerraba en mi interior pero de la que yo dudaba nueve de cada diez minutos de las horas que pasaba despierto.

Una vez que me senté en el reservado, Born me miró fijamente desde el otro lado de la mesa, lanzó una densa bocanada de humo, y sonrió.

—Causó usted una favorable impresión a Margot la otra noche, —me anunció.

—Ella también a mí, —contesté.

—Quizá haya observado que no habla mucho.

—No se le da bien el inglés. Es difícil expresarse en un idioma con el que se tienen dificultades.

—Habla francés con absoluta fluidez, pero tampoco dice muchas cosas.

—Bueno, las palabras no lo son todo.

—Extraña afirmación viniendo de alguien que aspira a ser escritor.

—Me refiero a Margot...

—Sí, a Margot. Precisamente. A eso es a lo que iba. Una mujer propensa a grandes silencios, pero que habló por los codos camino de casa cuando nos marchamos de la fiesta el sábado por la noche.

—Interesante, —repuse, sin saber adónde iría a parar la conversación—. ¿Y qué le soltó la lengua?

—Usted, amigo mío. Le ha tomado verdadera simpatía, pero también debe saber que la tiene sumamente preocupada.

—¿Preocupada? ¿Por qué demonios iba a estar preocupada? Ni siquiera me conoce.

—Puede que no, pero se le ha metido en la cabeza que su futuro corre peligro.

—Como el de todo el mundo. Sobre todo el de los varones norteamericanos de alrededor de veinte años, como usted bien sabe. Pero a menos que me suspendan y me echen de la universidad, no pueden llamarme a filas antes de que acabe la carrera. No apostaría por ello, pero es posible que la guerra haya terminado para entonces.

—No lo haga, señor Walker. Esta pequeña escaramuza va a prolongarse durante años.

—Encendí un Chesterfield y asentí con la cabeza.

—Por una vez estoy de acuerdo con usted.

—De todos modos, Margot no se refería a Vietnam. Sí, podría usted acabar en la cárcel, o volver en un cajón dentro de dos o tres años, pero ella no pensaba en la guerra. Tiene el convencimiento de que es usted demasiado buena persona, y que precisamente por eso, el mundo acabará aplastándolo.

—No sé por qué piensa eso.

—Cree que necesita ayuda. Puede que Margot no posea la inteligencia más aguda del mundo occidental, pero en cuanto conoce a un chico que afirma ser poeta, la primera palabra que le viene a la cabeza es *hambre*.

—Eso es absurdo. No tiene ni idea de lo que dice.

—Disculpe que le contradiga, pero cuando le pregunté por sus planes en la fiesta, me dijo que no tenía ninguno. Aparte de su nebulosa aspiración de escribir poesía, desde luego. ¿Cuánto ganan los poetas, señor Walker?

—La mayoría de las veces, nada. Con algo de suerte, de vez en cuando te pueden echar unas monedas.

—Eso me suena a hambre.

—Yo no dije que pensara ganarme la vida escribiendo. Tendré que buscarme un trabajo.

—¿Como cuál?

—Es difícil decirlo. Podría trabajar en una editorial, o en una revista. Traducir

libros. Escribir artículos y críticas. Algo de eso, o varias cosas de éstas a la vez. Es pronto para saberlo, y hasta que no me enfrente al mundo no vale la pena perder el sueño por ello, ¿no le parece?

—Le guste o no, ya se está enfrentando al mundo, y cuanto antes aprenda a defenderse solo, mejor para usted.

—¿A qué viene esa súbita preocupación? Acabamos de conocernos, ¿y por qué iba a importarle a usted lo que a mí me pase?

—Porque Margot me ha pedido que lo ayude, y como rara vez me pide algo, sus deseos son órdenes para mí.

—Dele las gracias, pero no hace falta que se moleste. Puedo arreglármelas solo.

—Es testarudo, ¿eh?, —repuso Born, dejando el puro casi consumido en el borde del cenicero e inclinándose seguidamente hacia delante hasta que su rostro estuvo sólo a unos centímetros del mío—. Si yo le ofreciera un trabajo, ¿lo rechazaría?

—Depende de lo que se trate.

—Eso está por ver. Tengo algunas ideas, pero aún no he decidido nada. A lo mejor puede ayudarme.

—Me parece que no entiendo.

—Mi padre murió hace diez meses, y resulta que he heredado una considerable cantidad de dinero. No lo bastante para comprar un *château* o unas líneas aéreas, pero sí lo suficiente para cambiarme un poco la vida. Podría contratarle para que escribiera mi biografía, desde luego, pero me parece que es un poco pronto para eso. Sólo tengo treinta y seis años, y me parece indecoroso hablar de la vida de un hombre antes de que cumpla los cincuenta. Entonces, ¿qué? He pensado en montar una editorial, pero no estoy seguro de que me apetezca toda esa planificación a largo plazo que entraña el asunto. Una revista, por otro lado, me parece mucho más divertido. De aparición mensual, o quizá trimestral, pero algo nuevo y atrevido, una publicación provocadora que causara controversia con cada número. ¿Qué le parece eso, señor Walker? ¿Le interesaría trabajar en una revista?

—Pues claro que sí. La única cuestión es: ¿por qué yo? Vuelve usted a Francia dentro de un par de meses, así que supongo que se referirá a una revista francesa. Mi francés no es malo, pero no llega a ser lo bastante bueno para lo que usted necesita. Y además voy a la universidad aquí, en Nueva York. No puedo simplemente coger los bártulos y largarme.

—¿Quién ha hablado de marcharse? ¿Quién ha dicho algo de una revista en francés? Si dispongo de buen personal norteamericano que lleve las cosas aquí, podría dejarme caer de vez en cuando para echar un ojo, pero en general permanecería al margen. No tengo ningún interés en dirigir una revista personalmente. Tengo mi propio trabajo, mi carrera, y no me quedaría tiempo para eso. Mi única responsabilidad consistiría en poner el dinero; y esperar a que luego

rindiera algún beneficio.

—Usted se dedica a las ciencias políticas, y yo soy estudiante de literatura. Si está pensando en crear una revista política, entonces no cuente conmigo. Estamos en lados opuestos, y si tratara de trabajar para usted, resultaría un fracaso. Pero si habla de una revista literaria, entonces sí, me interesaría mucho.

—Sólo porque dé clases de relaciones internacionales y escriba sobre asuntos de gobierno y políticas públicas no significa que sea un ignorante. Me importa tanto el arte como a usted, señor Walker, y no le pediría que trabajara en una revista si no se tratara de una publicación literaria.

—¿Cómo sabe que soy capaz de hacerlo?

—No lo sé. Pero tengo una corazonada.

—No tiene sentido. Me está ofreciendo un trabajo y ni siquiera ha leído una palabra de lo que he escrito.

—No es cierto. Esta misma mañana he leído cuatro poemas suyos en el último número de la *Columbia Review* y seis artículos en el periódico universitario. El ensayo sobre Melville era especialmente bueno, en mi opinión, y me ha conmovido su breve poema sobre el cementerio. «¿Cuántos cielos pasarán sobre mí / Hasta que éste también desaparezca?» Impresionante.

—Me alegro de que le guste. Más impresionante aún es la prisa que se ha dado.

—Yo soy así. La vida es muy corta para andar perdiendo el tiempo.

—Mi maestra nos decía lo mismo en tercero de primaria; con esas mismas palabras, exactamente.

—Un lugar maravilloso, esta Norteamérica suya. Ha recibido usted una excelente educación, señor Walker.

Born se rió ante la inanidad de su observación, dio un trago de cerveza, y luego se retrepó en la silla para considerar la idea que había puesto en marcha.

—Lo que quiero que haga, —dijo al cabo—, es elaborar un plan, un proyecto. Explicarme el contenido de la revista, la extensión de cada número, el diseño de cubierta, el formato, la frecuencia de publicación, el título que quiere darle, y demás cosas. Cuando haya terminado, déjelo en mi despacho. Le echaré una mirada, y si me gustan sus ideas, pondremos manos a la obra.

Por joven que fuese, tenía el suficiente conocimiento del mundo para comprender que Born podría estar tomándome por gilipollas. ¿Cuántas veces entraba uno en un bar, se encontraba con alguien a quien sólo había visto una vez, y salía con la posibilidad de crear una revista, sobre todo cuando ese *uno* en cuestión era un pelanas de veinte años que aún estaba por demostrar su valía en cualquier ámbito? Era demasiado grotesco para creérselo. Lo más probable sería que Born quisiera alimentar mis esperanzas con el único objeto de aplastarlas, y sencillamente yo

contaba con que tirase mi plan a la papelera y me dijera que no le interesaba. Sin embargo, en la remota posibilidad de que hubiera hablado en serio, y tuviera la sincera intención de mantener su palabra, me pareció que debía intentarlo. ¿Qué tenía que perder? Sólo un día para pensarlo bien y ponerlo por escrito, nada más, y si al final Born rechazaba mi propuesta, pues tanto peor.

Preparándome para el chasco, me puse a trabajar aquella misma noche. Sin embargo, aparte de establecer una lista de una docena de posibles nombres para la revista, no adelanté mucho. No porque me sintiera confuso, ni tampoco por falta de ideas, sino por la sencilla razón de que se me había olvidado preguntar a Born cuánto dinero estaba dispuesto a invertir en el proyecto. Todo giraba en torno al volumen de su inversión, y sin saber cuáles eran sus intenciones, ¿cómo podía abordar la miríada de cuestiones que él había suscitado aquella tarde: la calidad del papel, la extensión y frecuencia de los números, la encuadernación, la posible inclusión de trabajos artísticos, y la cantidad (en su caso) que estaba dispuesto a pagar a los colaboradores? Al fin y al cabo, las revistas literarias aparecían bajo toda clase de formas y aspectos, desde las publicaciones clandestinas, hechas a multicopista y cosidas con grapas, editadas por jóvenes poetas del *East Village*, pasando por las eruditas trimestrales y las empresas más comerciales como la *Evergreen Review*, hasta los suntuosos *objets* patrocinadas por mecenas ricachones que perdían miles de dólares con cada número. Tendría que hablar de nuevo con Born, me dije, de modo que en vez de elaborar un plan, le escribí una carta explicándole el problema. Era un documento tan triste y patético –*Tenemos que hablar de dinero*– que decidí incluirle otra cosa en el sobre, sólo para demostrarle que no era tan imbécil como parecía. Tras nuestra breve conversación sobre Bertran de Born del sábado por la noche, pensé que le divertiría leer una de las obras más truculentas del poeta del siglo XII. Yo tenía por casualidad una antología de bolsillo de los *troubadours* –únicamente en inglés– y mi primera idea fue simplemente pasar a máquina uno de los poemas del libro. Cuando empecé a leer la versión inglesa, sin embargo, me pareció desmañada e inepta, una traducción que no hacía justicia a la extraña y desagradable intensidad del poema, y aun cuando yo no sabía ni palabra de provenzal, me figuré que podía conseguir algo más presentable trabajando a partir de una traducción francesa. A la mañana siguiente encontré lo que buscaba en la Biblioteca Butler: una edición de las obras completas de De Born, con el provenzal original a la izquierda y la versión literal en prosa en francés a la derecha. Tardé varias horas en concluir el trabajo (si no me equivoco me perdí una clase por eso), y éste fue el resultado final:

Amo el júbilo de la primavera

cuando retoñan hojas y flores,
y me inunda el regocijo de los pájaros cantores
que resuenan por el bosque;
y me deleita la visión de los prados
adornados con tiendas y pabellones;
y grande es mi felicidad
cuando los campos se llenan
de monturas y caballeros acorazados.

Y me emociono al ver a los exploradores
que obligan a hombres y mujeres a huir con sus pertenencias;
y la felicidad me invade cuando los expulsa
un enjambre de hombres armados;
y mi corazón se remonta
al contemplar el asedio de castillos poderosos
mientras sus murallas ceden y se derrumban
con las tropas agrupadas al borde del foso
y fuertes y sólidas barreras
cercan por todas partes el objetivo.

Y me alborozo asimismo
cuando un barón dirige el asalto,
montado en su caballo, armado y sin miedo,
dando fuerza a sus hombres mediante su coraje y valor.
Y así cuando empieza la batalla
hasta el último de ellos está dispuesto
a seguirlo de buen grado,
pues nadie puede ser hombre
hasta haber dado y recibido
golpe tras golpe.

En lo más reñido del combate veremos
mazas, espadas, escudos y yelmos multicolores
hendidos y aplastados,
y hordas de vasallos atacando en todas direcciones
mientras los caballos de muertos y heridos
vagan sin rumbo por el campo de batalla.
Y cuando empiece la lucha
que todo hombre bien nacido piense sólo en romper
cabezas y brazos, pues mejor estar muerto

que vivo y derrotado.

Os digo que comer, beber y dormir
me procura menos placer que oír el grito
de «¡A la carga!» en ambos bandos, y escuchar
súplicas de «¡Auxilio! ¡Socorro!», y ver cómo
los poderosos y los humildes caen juntos
sobre la hierba y en las zanjas, y contemplar cadáveres
con la punta de quebradas lanzas, adornadas de banderines,
asomando por los costados.

Barones, mejor dejad en prenda
vuestros castillos, vuestros pueblos y ciudades,
antes que renunciar a la guerra.

Aquella misma tarde, pasé el sobre con la carta y el poema bajo la puerta del despacho de Born en la Facultad de Relaciones Internacionales. Esperaba una respuesta inmediata, pero pasaron varios días antes de que se pusiera en contacto conmigo, y al ver que no me llamaba me pregunté si el proyecto de la revista no era efectivamente más que un capricho extravagante que ya se le había pasado, o peor aún, si se había ofendido por el poema, pensando que lo estaba equiparando con Bertran de Born y por tanto acusándolo indirectamente de militarista. Resultó que no tenía que haberme preocupado. Cuando el viernes sonó el teléfono, se disculpó por su silencio, explicándome que el miércoles había ido a Cambridge a dar una conferencia y no había puesto el pie en su despacho hasta hacía veinte minutos.

—Tiene toda la razón, —prosiguió—, y soy un completo estúpido por pasar por alto la cuestión monetaria cuando hablamos el otro día. ¿Cómo puede presentarme un plan si no cuenta con un presupuesto? Debe de pensar que soy imbécil.

—En absoluto, —repuse—, el idiota soy yo..., por no habérselo preguntado. Pero no estaba seguro de si hablaba en serio, y no quería insistir.

—Muy en serio, señor Walker. Reconozco que tengo tendencia a gastar bromas, pero sólo en pequeñas cosas sin consecuencia. Nunca le tomaría el pelo en un asunto como éste.

—Me alegro de saberlo.

—Bueno, para contestar a su pregunta sobre el dinero..., espero que nos vaya bien, por supuesto, pero, como en cualquier empresa de este género, hay un amplio factor de riesgo, de modo que para ser realistas tengo que estar preparado para perder hasta el último céntimo de mi inversión. Lo que se reduce a lo siguiente: ¿cuánto estoy dispuesto a perder? ¿Qué parte de la herencia puedo derrochar sin causarme

problemas en el futuro? Lo he pensado bastante desde que hablamos el lunes, y la respuesta es veinticinco mil dólares. Ése es mi límite. La revista saldrá cuatro veces al año, y pondré cinco mil por número, más otro cinco mil para su salario anual. Si acabamos el año sin pérdidas, podré financiar un año más. Si salimos con ganancias, invertiré los beneficios en la revista, lo que nos permitirá seguir un tercer año, ya sea en su totalidad o en parte. Si perdemos dinero, sin embargo, el segundo año será problemático. Digamos diez mil dólares en números rojos. Entonces pondré quince mil, y ya está. ¿Entiende el principio? Tengo veinticinco mil dólares para despilfarrar, pero no gastaré ni un dólar más. ¿Qué le parece? ¿Es una propuesta justa o no?

—Sumamente justa, y extremadamente generosa. Con cinco mil dólares por número, podríamos sacar una revista de primera clase, algo para estar orgullosos.

—Podría poner todo el dinero en sus manos mañana mismo, desde luego, pero en realidad eso no serviría de mucho, ¿verdad? Es su futuro lo que preocupa a Margot, y si es capaz de que la revista funcione, entonces tendrá el porvenir asegurado. Tendrá un trabajo digno con un sueldo decente, y en sus horas libres podrá escribir toda la poesía que le apetezca, vastos poemas épicos sobre los misterios del corazón humano, breves composiciones líricas sobre margaritas y ranúnculos, fogosos panfletos contra la injusticia y la crueldad. A menos que acabe en la cárcel o le vuelen la tapa de los sesos, por supuesto, pero no pensemos ahora en esas sombrías posibilidades.

—No sé cómo agradecerle...

—No me dé las gracias a mí. Sino a Margot, su ángel de la guarda.

—Espero volverla a ver pronto.

—Seguro que sí. Siempre y cuando me satisfaga su plan, podrá verla cuantas veces quiera.

—Haré lo que pueda. Pero si lo que pretende es una revista que origine controversia y provoque al lector, dudo que la solución sea una publicación literaria. Espero que lo tenga en cuenta.

—Lo entiendo, señor Walker. Estamos hablando de calidad..., de algo refinado y sublime. De arte para los elegidos.

—O como lo habría pronunciado Stendhal: *agte paga los elegidos*.

—Stendhal y Maurice Chevalier. Lo que me recuerda... A propósito de caballeros, gracias por el poema.

—El poema. Se me había olvidado...

—El poema que me ha traducido.

—¿Qué le ha parecido?

—Lo he encontrado brillante y nauseabundo. Mi *faux* ancestro era un verdadero samurái enloquecido, ¿verdad? Pero al menos tenía el valor de manifestar sus convicciones. Como mínimo, era consciente de lo que defendía. Qué poco ha cambiado el mundo desde mil ciento ochenta y seis, por mucho que nos guste pensar

lo contrario. Si la revista levanta el vuelo, creo que deberíamos publicar el poema de De Born en el primer número.

Me sentí animado y perplejo a la vez. Pese a mis lúgubres vaticinios, Born había hablado del proyecto como si ya estuviera a punto de ponerse en marcha, y en aquellos momentos la confección del plan parecía poco más que una mera formalidad. Tenía la impresión de que fuera cual fuese el esquema que le presentara, él estaría dispuesto a dar el visto bueno. Y sin embargo, por entusiasmado que estuviera ante la idea de hacerme cargo de una revista bien financiada, que aparte de todo lo demás me procuraría un sueldo bastante elevado, por nada del mundo era capaz de adivinar lo que Born estaba tramando. ¿Era realmente Margot la causa de aquel inesperado arranque de altruismo, aquella fe ciega en un muchacho sin experiencia en el ámbito de la edición, la publicación o los negocios que sólo una semana antes era un perfecto desconocido para él? Y aunque así fuera, ¿por qué iba a preocuparle a ella en modo alguno la cuestión de mi futuro? Apenas habíamos hablado en la fiesta, y aunque me había mirado con detenimiento y me había dado una palmadita en la mejilla, yo parecía un cero a la izquierda, una persona carente de toda importancia. No podía imaginar qué podía haberle dicho a Born para que estuviera dispuesto a arriesgar veinticinco mil dólares por mi causa. Por lo que yo podía colegir, la perspectiva de publicar una revista lo dejaba frío, y, debido a esa indiferencia, estaba contento de dejar todo el asunto en mis manos. Cuando pensé en la conversación que habíamos mantenido el lunes en el West End, me di cuenta de que probablemente yo mismo le había sugerido la idea. Le mencioné que podía buscar trabajo en una editorial o una revista después de licenciarme en la universidad, y un momento después me estaba hablando de su herencia y de su intención de montar una editorial o crear una revista con el dinero recién conseguido. ¿Y si hubiera dicho que quería fabricar tostadoras? ¿Me habría contestado que tenía pensado invertir en una fábrica de electrodomésticos?

Tardé más de lo que había imaginado en acabar el plan: cuatro o cinco días, creo, pero sólo porque me empeñé en hacer un trabajo concienzudo. Quería impresionar a Born con mi diligencia, y por eso no sólo planifiqué el contenido de cada número (poesía, ficción, ensayos, entrevistas, traducciones, así como una sección en las últimas páginas de crítica de libros, cine, música y pintura), sino que también incluí un informe financiero completo: costes de imprenta, papel y encuadernación, aspectos de la distribución, tiradas, honorarios de colaboradores, precio en el quiosco, tarifas de suscripción, así como los pros y los contras de incluir anuncios publicitarios. Todo lo cual exigió tiempo y averiguaciones, llamadas de teléfono a

imprentas y encuadernadores, conversaciones con editores de revistas, y una nueva forma de pensar por mi parte, puesto que nunca me había preocupado de cuestiones comerciales. En cuanto al nombre, anoté varias posibilidades, con idea de dejar que Born decidiese, pero mis preferencias iban hacia *Stylus*: en honor a Poe, que había intentado lanzar una revista con ese nombre no mucho antes de su muerte.

Esta vez, Born contestó en menos de veinticuatro horas. Cuando cogí el teléfono y oí su voz lo tomé como una señal alentadora, pero, como era de esperar, no me dijo directamente lo que le había parecido mi plan. Eso habría sido demasiado fácil, supongo, muy prosaico, excesivamente sencillo para una persona como él, de manera que jugó conmigo durante un par de minutos con objeto de prolongar la incertidumbre, haciéndome una serie de preguntas improcedentes y fuera de lugar que me convencieron de que se trataba de una maniobra dilatoria porque no quería herir mis sentimientos cuando rechazara mi propuesta.

—Confío en que goce usted de buena salud, señor Walker, —me dijo.

—Eso creo, —contesté—. A menos que haya contraído alguna enfermedad sin saberlo.

—Pero aún no tiene síntomas.

—No, me encuentro perfectamente.

—¿Qué me dice del estómago? ¿Ninguna molestia?

—No, por el momento.

—Su apetito es normal, entonces.

—Sí, completamente normal.

—Me parece recordar que su abuelo era carnicero *kosher*. ¿Sigue usted aún esas antiguas leyes, o ha renunciado a ellas?

—En primer lugar, nunca las he seguido.

—No tiene restricciones dietéticas, entonces.

—No. Como lo que se me antoja.

—¿Pescado o aves de corral? ¿Buey o cerdo? ¿Cordero o ternera?

—¿Qué ocurre con esos alimentos?

—¿Cuál de ellos prefiere?

—Me gustan todos.

—Resumiendo, no es usted difícil de complacer.

—En lo que se refiere a la comida, no. Con otras cosas, sí, pero no con la comida.

—Entonces se presta usted a cualquier cosa que Margot y yo decidamos preparar.

—Me parece que no entiendo.

—Mañana por la noche a las siete. ¿Tiene algo que hacer?

—No.

—Bien. Entonces venga a cenar a nuestro apartamento. Hay que celebrarlo, ¿no cree?

—No estoy seguro. ¿Qué vamos a celebrar?

—La *Stylus*, amigo mío. El comienzo de lo que espero que resulte una larga y fructífera asociación.

—¿Quiere seguir adelante con ello?

—¿Acaso quiere que se lo repita?

—¿Me está diciendo que le gusta el plan?

—No sea tan obtuso, muchacho. ¿Por qué iba a celebrar algo que no me gustara?

Recuerdo que no sabía qué regalo llevarles —flores o una botella de vino— y que al final me decidí por las flores. No podía comprar una botella lo bastante buena para causar una impresión favorable, y cuando pensé detenidamente en la cuestión, comprendí lo presuntuoso que de todos modos habría sido ofrecer vino a una pareja de franceses. Si elegía mal —lo que sería más que probable—, entonces sólo sacaría a la luz mi ignorancia, y no quería empezar la velada poniéndome en ridículo. Por otro lado, las flores constituirían una forma más directa de expresar mi gratitud a Margot, ya que siempre se entregaban a la señora de la casa, y si Margot era una mujer a quien le gustaban las flores (cosa que no era segura en absoluto), entonces comprendería que le estaba dando las gracias por haber inducido a Born a obrar en mi favor. La conversación telefónica que había mantenido con él la tarde anterior casi me había dejado en un estado de conmoción, e incluso cuando me dirigí a su casa la noche de la cena, aún me sentía abrumado por la suerte absolutamente increíble que había tenido. Recuerdo que me puse chaqueta y corbata para la ocasión. Era la primera vez que me vestía de punta en blanco desde hacía meses, y allí estaba, don Importante en persona, andando por el campus de Columbia con un enorme *bouquet* de flores en la mano derecha, camino de una cena de negocios con *mi editor*.

Born había subarrendado el piso a un profesor con un largo año sabático, un apartamento amplio pero decididamente convencional, cargado de muebles, en un edificio de Morningside Drive, al término de la calle Ciento dieciséis. Creo que era un tercero, y desde los ventanales que cubrían la pared derecha del salón se veía toda la extensión del parque Morningside con las luces del Harlem latino al fondo. Margot abrió la puerta cuando llamé, y aunque todavía puedo ver su cara y la sonrisa que pasó velozmente por sus labios cuando le entregué las flores, no recuerdo lo que llevaba puesto. Podría haber ido de negro otra vez, pero tiendo a pensar que no, pues guardo una vaga sensación de sorpresa, lo que sugeriría que había en ella algo diferente de la primera vez que nos vimos. Mientras seguíamos de pie en el umbral, antes de que me invitara siquiera a pasar, Margot me anunció en voz baja que Rudolf estaba de mal humor. Se había producido una especie de crisis en su país, y tenía que marcharse a París al día siguiente y no volvería hasta la semana siguiente como pronto. Ahora estaba en el dormitorio, añadió, hablando por teléfono con Air France

para reservar su vuelo, así que probablemente no aparecería hasta dentro de unos minutos.

Cuando entré en el piso, me vino inmediatamente el olor a la comida que se estaba haciendo en la cocina: un olor absolutamente delicioso, según me pareció, más tentador y aromático que cualquier efluvio que hubiese aspirado jamás. Resultó que la cocina fue nuestro primer destino —en busca de un recipiente para las flores— y cuando miré al fogón, vi la amplia cacerola tapada de donde fluía aquella fragancia extraordinaria.

—No tengo idea de lo que habrá ahí dentro, —le dije, señalando la cazuela—, pero si mi nariz vale para algo, hay tres personas que esta noche no van a caber en sí de felicidad.

—Rudolf me ha dicho que te gusta el cordero, —repuso Margot—, así que pensé en hacer un *navarin*: estofado de cordero con patatas y *navets*.

—Nabos.

—Nunca me acuerdo de esa palabra. Me resulta fea, y me desagrada decirla.

—De acuerdo, entonces. La borraremos del diccionario de la lengua.

A Margot pareció complacerla mi pequeño comentario —lo bastante para dirigirme otra breve sonrisa, en cualquier caso— y seguidamente empezó a ocuparse de las flores: metiéndolas en la pila, quitando el envoltorio de papel blanco, cogiendo un florero del armario, recortando los tallos con unas tijeras, poniendo el ramo en el florero, y llenándolo luego de agua. Ninguno de los dos dijo una palabra mientras ella realizaba aquellas simples tareas, pero la observé con atención, maravillado por la lentitud y el método con que trabajaba, como si poner flores en un florero con agua fuera un proceso delicado que exigiera la mayor cautela y concentración.

Finalmente, acabamos en el salón con una copa en la mano, sentados uno al lado del otro en el sofá, fumando un cigarrillo y mirando al cielo por los ventanales. El crepúsculo dio paso a la oscuridad, y Born seguía sin aparecer, pero la siempre apacible Margot no dejaba traslucir preocupación por su ausencia. Cuando nos conocimos en la fiesta diez o doce días antes, sus largos silencios y sus modales extrañamente inconexos me habían producido cierto nerviosismo, pero ahora que era consciente de lo que podía esperar, y ahora que sabía que le caía bien y pensaba que era *demasiado buena persona*, me sentía algo más tranquilo en su compañía. ¿De qué hablamos en los minutos que transcurrieron antes de que su compañero se reuniera finalmente con nosotros? De Nueva York (que a ella le parecía sucia y deprimente); de sus aspiraciones de convertirse en pintora (asistía a clase en la Escuela de Bellas Artes, pero consideraba que no tenía talento y era demasiado perezosa para mejorar); de cuánto hacía que conocía a Rudolf (de toda la vida); y de lo que pensaba de la revista (cruzaba los dedos). Cuando intenté agradecerle su ayuda, sin embargo, se limitó a sacudir la cabeza y a decirme que no exagerase: ella no tenía nada que ver en

el asunto.

Antes de que pudiera preguntarle qué quería decir, Born entró en la habitación. De nuevo los arrugados pantalones blancos, las mismas greñas despeinadas, pero sin chaqueta esta vez, y otra camisa de color –verde pálido, si mal no recuerdo– y la colilla de un puro apagado sujeta entre el pulgar y el índice de la mano derecha, aunque no parecía ser consciente de llevarla. Mi flamante benefactor estaba enfadado, hirviendo de indignación por cualquiera que fuese la crisis que lo obligaba a viajar a París al día siguiente, y sin molestarse en saludarme siquiera, olvidando enteramente sus deberes como anfitrión de nuestra pequeña celebración, se lanzó a una invectiva que no iba dirigida a Margot ni a mí sino más bien a los muebles de la estancia, a las paredes que lo rodeaban, al mundo en general.

—Estúpidos chapuceros, —dijo—. Quejicas incompetentes. Funcionarios cortos de entendederas con un puré de patatas en lugar de cerebro. El universo entero está en llamas, y lo único que hacen es retorcerse las manos y ver cómo se quema.

Sin alterarse, quizá hasta vagamente divertida, Margot dijo: —Por eso te necesitan, cariño. Porque tú eres el rey.

—Rudolf I, —repuso Born—, ese tío listo de pilila tan grande. Lo único que tengo que hacer es sacármela de los pantalones, mear en el fuego, y asunto resuelto.

—Exactamente, —dijo Margot, esbozando la más clara sonrisa que le había visto hasta el momento.

—Ya me estoy hartando, —murmuró Born mientras se dirigía al mueble bar, dejaba el puro y se llenaba hasta los bordes un vaso largo de ginebra pura—. ¿Cuántos años de mi vida les he dado?, inquirió, dando un trago del vaso. Lo haces porque crees en determinados principios, pero a nadie parece importarle un bledo. Estamos perdiendo la batalla, amigos míos. El barco se hunde.

Aquel Born era diferente del que yo había conocido hasta entonces: el bromista crispado y socarrón que se deleitaba con sus propias ocurrencias, el dandy desplazado que iba por ahí fundando revistas alegremente e invitando a estudiantes veinteañeros a cenar a su casa. Algo hacía estragos en su interior, y ahora que se me había revelado aquella otra persona, noté que lo rehuía, comprendiendo que era la clase de individuo que podía estallar en cualquier momento, alguien que realmente *disfrutaba* de sus arrebatos de ira. Se dio otro latigazo de ginebra y luego movió los ojos en mi dirección, reconociendo mi presencia por primera vez. No sé lo que vio en mi rostro – ¿asombro, confusión, zozobra?–, pero, fuera lo que fuese, se alarmó lo suficiente para apagar el termostato y hacer que bajara inmediatamente la temperatura. No se preocupe, señor Walker, me dijo, haciendo lo posible por esbozar una sonrisa. Sólo estoy tratando de desahogarme.

Poco a poco fue dominando su cólera, y para cuando nos sentamos a cenar veinte minutos después la tormenta parecía haber pasado. O eso creía yo cuando felicitó a

Margot por su soberbio guiso y elogió el vino que había comprado para acompañarlo, pero sólo resultó ser una calma temporal, y a medida que avanzaba la velada, nuevas borrascas y tempestades se abatieron sobre nosotros para estropearnos el festejo. No sé si la ginebra y el borgoña afectaron el estado de ánimo de Born, pero no cabía duda de que había trasegado una buena cantidad de alcohol –al menos el doble de lo que Margot y yo habíamos ingerido conjuntamente–, o si simplemente estaba de mala uva por las noticias que había recibido durante el día. Tal vez fueran las dos cosas a la vez, o quizá se tratara de otro asunto, pero apenas hubo un momento durante aquella cena en que yo no tuviera la impresión de que la casa entera estaba a punto de estallar.

Todo empezó cuando Born alzó la copa para brindar por el nacimiento de nuestra revista. Fue un discursito agradable, a mis oídos, pero cuando intervine para mencionarle algunos de los escritores a quienes pensaba solicitar algún trabajo para el primer número, Born me interrumpió en medio de una frase advirtiéndome de que nunca se debía hablar de negocios comiendo, que era malo para la digestión y que tenía que aprender a comportarme como un adulto. Era una desagradable grosería, pero oculté mi orgullo herido fingiendo estar de acuerdo con él y dando otro bocado al estofado de Margot. Un momento después, Born dejó el tenedor en la mesa y me dijo: —Le gusta, señor Walker, ¿no es así?

—¿El qué?, —le pregunté.

—El *navarin*. Parece que lo come con gusto.

—Puede que sea lo mejor que he comido en todo el año.

—En otras palabras, se siente atraído por la cocina de Margot.

—Mucho. La encuentro deliciosa.

—¿Y qué me dice de la propia Margot? ¿También se siente atraído por ella?

—Está sentada a la mesa, frente a mí. No parece correcto hablar de ella como si no estuviera presente.

—Seguro que a ella no le importa. ¿Verdad, Margot?

—No, —contestó Margot—. En absoluto.

—¿Lo ve, señor Walker? Le da igual.

—Muy bien, de acuerdo, dije yo. En mi opinión, Margot es una mujer muy atractiva.

—Está eludiendo la pregunta, —replicó Born—. No le he preguntado si la encuentra atractiva, quiero saber si se siente atraído por ella.

—Es su mujer, profesor Born. No puede pretender que le conteste a eso. Aquí, no; ahora, no.

—Ah, pero Margot no es mi mujer. Es mi amiga íntima, por así decir, pero ni estamos casados, ni tenemos planes de boda para el futuro.

—Viven juntos. Por lo que a mí respecta, es lo mismo que si estuvieran casados.

—Vamos, vamos. No sea tan timorato. Olvide que tengo una relación cualquiera con Margot, ¿vale? Estamos hablando en términos abstractos, de un caso hipotético.

—Muy bien. Hablando hipotéticamente, me sentiría atraído por Margot, sí.

—Estupendo, —dijo Born, sonriendo y frotándose las manos—. Ahora estamos llegando a alguna parte. Pero ¿atraído en qué grado? ¿El necesario para querer besarla? ¿Lo suficiente para desear tener su cuerpo desnudo entre los brazos? ¿Lo bastante para querer acostarse con ella?

—No puedo responder a eso.

—No irá a decirme que es usted virgen, ¿verdad?

—No. Sólo que no quiero contestar a sus preguntas, nada más.

—¿Debo entender que si Margot se arrojara en sus brazos y le pidiera que le echase un polvo, usted no estaría interesado? ¿Es eso lo que me está diciendo? Pobre Margot. No tiene usted idea de cuánto ha herido sus sentimientos.

—¿De qué está hablando?

—¿Por qué no se lo pregunta a ella?

De pronto, Margot alargó el brazo a través de la mesa y me cogió la mano.

—No te preocupes —me dijo—. Rudolf sólo trata de divertirse un poco. No tienes que hacer nada que no te apetezca.

El concepto de diversión de Born no tenía nada que ver con el mío, lamentablemente, y en aquella etapa de mi vida yo no estaba muy bien pertrechado para la clase de juego al que me quería arrastrar. No, yo no era virgen. Para entonces me había acostado con una serie de chicas, me había enamorado varias veces, había sufrido un grave desengaño amoroso sólo dos años antes y, como la mayoría de los jóvenes de todo el mundo, pensaba casi continuamente en tener relaciones sexuales. Lo cierto era que me habría encantado acostarme con Margot, pero no consentía que Born me incitara a confesarlo. No se trataba de un caso hipotético. Realmente parecía estar haciéndome proposiciones en nombre de ella, y cualquiera que fuese el código sexual con el que vivían, cualesquiera que fuesen las juergas y retorcidos escarceos a que se entregaran con otros, aquel asunto me parecía mezquino, asqueroso, nauseabundo. Quizá debí hablar en plata y decirle lo que pensaba, pero me dio miedo: no de Born exactamente, sino de crear desavenencias que pudieran conducirlo a cambiar de opinión sobre nuestro proyecto. Yo tenía sumo interés en que se arreglara lo de la revista, y mientras él estuviera dispuesto a respaldarla, yo también lo estaría a soportar todas las molestias e inconvenientes que pudieran surgir. De manera que hice lo que pude por mantener el tipo y no perder los estribos, por encajar *golpe tras golpe* sin caerme del caballo, por resistir y apaciguarlo al mismo tiempo.

Qué decepción, anunció Born. Hasta ahora, lo había tomado por un aventurero, un renegado, un hombre que disfrutaba despreciando los convencionalismos, pero en el fondo no es usted más que otro individuo estirado, otro pazguato burgués. Qué

lástima. Va pavoneándose por ahí con sus poetas provenzales y sus elevados ideales, con su cobardía de prófugo y esa ridícula corbatita suya, y se cree que es algo excepcional, cuando lo único que yo veo es un chaval consentido de clase media que vive del dinero de papá, pura pose.

—Rudolf, —terció Margot—. Ya basta. Déjalo en paz.

—Comprendo que estoy siendo un poco duro, —repuso Born—. Pero ahora el joven Adam y yo somos socios, y necesito saber de qué madera está hecho. ¿Puede aguantar un insulto como Dios manda, o se derrumba al menor ataque?

—Ha bebido mucho, —le dije yo—, y por lo que puedo deducir ha tenido un mal día. Tal vez sea hora de que me vaya. Podemos proseguir la conversación cuando vuelva de Francia.

—Tonterías, —replicó Born—, dando un puñetazo en la mesa. Todavía queda estofado. Luego está la ensalada, después viene el queso, y a continuación nos espera el postre. A Margot ya se la ha ofendido bastante por esta noche, y lo menos que podemos hacer es quedarnos aquí sentados y terminar su extraordinaria cena. Entretanto, quizá pueda usted contarnos algo sobre la ciudad de Westfield, en Nueva Jersey.

—¿Westfield?, —repetí—, sorprendido al descubrir que Born sabía dónde me había criado. ¿Cómo ha averiguado lo de Westfield?

—No ha sido difícil, —aseguró—. Resulta que me he enterado de muchas cosas sobre usted en estos últimos días. Su padre, por ejemplo, Joseph Walker, de cincuenta y cuatro años, más conocido como Bud, es dueño del supermercado *Shop-Rite*, que él dirige personalmente en la calle principal de la ciudad. Su madre, Marjorie, alias Marge, tiene cuarenta y seis y ha traído tres hijos al mundo: a su hermana, Gwyn, en noviembre del cuarenta y cinco; a usted, en marzo del cuarenta y siete; y a su hermano, Andrew, en julio de mil novecientos cincuenta. Una historia trágica. El pequeño Andy se ahogó cuando tenía siete años, y me duele pensar en lo insoportable que aquel dolor debió resultar para todos ustedes. Yo tenía una hermana que murió de cáncer más o menos a esa edad, y sé lo terrible que una muerte así es para la familia. Su padre ha afrontado el sufrimiento trabajando catorce horas diarias, seis días a la semana, mientras que su madre se ha vuelto retraída, combatiendo el azote de la depresión con fuertes dosis de fármacos y sesiones con un psicoterapeuta dos veces por semana. El milagro, en mi opinión, consiste en lo bien que han resistido ustedes dos frente a tal calamidad. Gwyn es una chica guapa e inteligente que estudia el último año de carrera en Vassar, y piensa empezar el doctorado en literatura inglesa aquí mismo, en Columbia, este otoño. Y usted, mi joven e intelectual amigo, mi escritor en ciernes y traductor de desconocidos poetas medievales, resulta que ha sido un destacado jugador de béisbol en el instituto, capitán suplente del equipo, nada menos. *Mens sana in corpore sano*. Más aún, aseguran mis fuentes que es usted una

persona de gran integridad moral, un ejemplo de moderación y buen juicio que, a diferencia de la mayoría de sus compañeros de clase, no se interesa por las drogas. Por el alcohol, sí, pero nada de drogas; ni siquiera la ocasional calada de marihuana. ¿Quiere decirme por qué, señor Walker? Con toda la propaganda que hoy circula por todas partes sobre las propiedades liberadoras de narcóticos y alucinógenos, ¿por qué no ha sucumbido a la tentación de buscar nuevas y estimulantes experiencias?

—¿Por qué?, —dije yo, aún sacudido por el impacto del asombroso discurso de Born sobre mi familia—. Le diré por qué, pero primero me gustaría saber cómo se las ha arreglado para enterarse de tantas cosas en tan poco tiempo.

—¿Hay algún problema? ¿Alguna inexactitud en lo que le he dicho?

—No. Es sólo que estoy un poco perplejo, nada más. No puede ser poli ni agente del FBI, pero un profesor visitante de la Facultad de Relaciones Internacionales seguramente puede tener contactos con una organización de espionaje de algún tipo. ¿Es eso acaso? ¿Un espía de la CIA?

Born soltó una carcajada al oír mi pregunta, como si fuera el chiste más gracioso del siglo. —¡La CIA!, rugió—. ¡La CIA! ¿Por qué demonios iba un francés a trabajar para la CIA? Disculpe que me ría, pero la idea es tan cómica que me temo que va a ser imposible pararme.

—Bueno, ¿cómo lo ha conseguido, entonces?

—Soy una persona concienzuda, —señor Walker—, no suelo actuar hasta que no sé todo lo que hay que saber, y como estoy a punto de invertir veinticinco mil dólares en alguien que es poco más que un desconocido para mí, creo que debo conocerlo lo mejor posible. Se sorprendería del instrumento tan eficaz que puede ser el teléfono.

Margot se levantó entonces y empezó a retirar la mesa con objeto de prepararla para el siguiente plato. Hice ademán de ayudarla, pero Born me contuvo con un gesto, indicándome que me quedara sentado en la silla.

—Volvamos a mi pregunta, ¿quiere?, —me dijo.

—¿Qué pregunta?, —le contesté, ya incapaz de seguir la conversación.

—Por qué nada de drogas. Hasta la encantadora Margot se fuma un porro de vez en cuando, y para ser enteramente franco con usted, yo también tengo cierta afición a la hierba. Pero usted no. Tengo curiosidad por saber la razón.

—Porque las drogas me dan miedo. Dos amigos míos del instituto murieron de sobredosis de heroína. Mi compañero de habitación de primero se volvió chaveta de tanta anfetamina y tuvo que dejar la universidad. Una y otra vez, he visto a la gente subirse por las paredes por un mal viaje de LSD: gritando, temblando, dispuestos a suicidarse. No quiero tener nada que ver con eso. Que el mundo entero se coloque con drogas si le parece bien, pero a mí no me interesa.

—Pero sí bebe.

—Sí, —contesté, alzando la copa y dando otro trago de vino—. Con enorme

placer, además, cabría añadir. Sobre todo teniendo a mano un género tan bueno como éste.

Después de eso pasamos a la ensalada, seguida por una bandeja de quesos franceses y luego por el postre que había hecho Margot aquella tarde (¿tarta de manzana, de frambuesa?), y en los siguientes treinta minutos o así el drama que había estallado durante la primera parte de la cena fue perdiendo poco a poco intensidad. Born volvía a estar amable conmigo, y aunque siguió bebiendo copa tras copa de vino, yo empezaba a tener confianza en que acabaríamos la velada sin otro arranque de insultos por parte de mi caprichoso anfitrión, ya bastante cocido. Abrió luego una botella de coñac, encendió uno de sus puros habanos, y se puso a hablar de política.

Afortunadamente, no fue tan horroroso como podía haber sido. Ya había bebido más de la cuenta cuando sirvió el coñac, y al cabo de un par de copas de aquel ardiente licor ambarino, ya no estaba en condiciones de mantener una conversación coherente. Sí, volvió a llamarme cobarde por negarme a ir a Vietnam, pero hablaba principalmente para sí mismo, perdido en un largo y sinuoso monólogo sobre toda una serie de cuestiones dispares mientras yo lo escuchaba en silencio y Margot fregaba sartenes y cazuelas en la cocina. Imposible evocar más que una mínima parte de lo que dijo, pero aún no se me han ido de la cabeza las cuestiones fundamentales, sobre todo sus recuerdos de la guerra de Argelia, en donde pasó dos años con el ejército francés interrogando a *mugrientos terroristas árabes* y perdiendo la poca fe que alguna vez había tenido en la idea de justicia. Pronunciamientos altisonantes, generalizaciones desbocadas, declaraciones amargas sobre la corrupción de todos los gobiernos –pasados, presentes y futuros; de izquierda, derecha y centro– y cómo nuestra presunta civilización no era más que una tenue pantalla que enmascaraba una interminable agresión de barbarie y crueldad. Los seres humanos son animales, afirmó, y los estetas melifluos como yo manifestábamos un comportamiento infantil, distrayéndonos con nimiedades filosóficas sobre arte y literatura para no enfrentarnos con la verdad primordial del mundo. El poder era la única constante, y la ley de la vida era matar o morir, dominar o caer víctima del salvajismo de los monstruos. Habló de Stalin y de los millones de víctimas mortales que se cobró el movimiento de colectivización en los años treinta. Habló de los nazis y la guerra, y luego formuló la sorprendente teoría de que la admiración hacia Estados Unidos inspiró a Hitler la utilización de la historia norteamericana como modelo para su conquista de Europa. Fíjese en los paralelismos, argumentó, y verá que no es tan inverosímil como parece: la aniquilación de los indios se convierte en el exterminio de los judíos; la expansión hacia el Oeste para explotar los recursos naturales se traduce en el avance hacia el Este con el mismo propósito; la esclavitud de los negros para procurar mano de obra barata pasa a ser el sometimiento de los eslavos para producir un resultado similar. Larga vida a Norteamérica, Adam, prosiguió, sirviendo más coñac en nuestras copas.

Larga vida a la oscuridad que habita en nosotros.

Mientras le escuchaba soltar esa perorata, sentí una creciente compasión por él. Por horripilante que fuera su visión del mundo, no podía evitar sentir pena por un hombre que se había sumido en las profundidades de tal pesimismo, que tan tercamente rehuía la posibilidad de encontrar cualquier rasgo de compasión, simpatía o belleza en su prójimo. Born sólo tenía treinta y seis años, pero ya era un espíritu consumido, una persona destrozada, hecha una ruina, y me figuré que en el fondo de su ser debía de sufrir horriblemente, viviendo en un constante dolor, lacerado por las punzantes cuchillas de la desesperación, el hastío y el desprecio de sí mismo.

Margot volvió a entrar en el comedor, y cuando vio el estado en que se encontraba Born —arrastrando las palabras, los ojos inyectados en sangre, el cuerpo escorado a la izquierda como si fuera a caerse de la silla—, le puso la mano en la espalda y amablemente le dijo que había terminado la velada y que debía irse a la cama. Sorprendentemente, no protestó. Asintiendo con la cabeza y repitiendo varias veces la palabra *merde* en voz monótona y apenas audible, dejó que Margot lo ayudara a ponerse en pie, y un momento después ella lo sacaba de la habitación y se lo llevaba por el pasillo que conducía al fondo del apartamento. ¿Me dio las buenas noches? No me acuerdo. Me quedé en la silla durante varios minutos, esperando que Margot volviera para acompañarme a la puerta, pero al ver que no venía después de lo que me pareció un periodo de tiempo desmesurado, me levanté y me dirigí a la entrada. Entonces fue cuando la vi: saliendo de una habitación al final del pasillo. Esperé a que se acercara, y lo primero que hizo cuando estuvo frente a mí fue ponerme la mano en el antebrazo y disculparse por el comportamiento de Rudolf.

—¿Siempre se pone así cuando bebe?, —le pregunté.

—No, casi nunca, —contestó ella—. Pero es que ahora está muy disgustado y tiene muchas cosas en la cabeza.

—Bueno, al menos no ha sido aburrido.

—Te has comportado con mucha discreción.

—Tú también. Y gracias por la cena. Nunca olvidaré el *navarin*.

Margot me dirigió una de sus tenues y fugaces sonrisas y dijo: —Si quieres que vuelva a guisar para ti, házmelo saber. Me gustaría invitarte a cenar otra vez mientras Rudolf está en París.

—Me parece estupendo, —le dije—, consciente de que nunca encontraría el valor para llamarla, pero emocionado al mismo tiempo por la invitación.

De nuevo, otro destello de sonrisa, y luego dos besos superficiales, uno en cada mejilla.

—Buenas noches, Adam —me dijo—. Pensaré en ti.

No sé si pensaría en mí o no, pero ahora que Born estaba fuera del país, yo no

hacía más que pensar en ella, y durante los dos días siguientes apenas pude sacármela de la cabeza. Desde la primera noche en la fiesta, cuando Margot puso los ojos en mí para observarme con aquella intensidad, hasta la inquietante conversación que Born había suscitado en la cena sobre el grado de atracción que ella ejercía sobre mí, una corriente sexual había discurrido entre los dos, y el hecho de que fuera diez años mayor que yo no me impedía imaginarme en la cama con ella, querer acostarme con ella. ¿Era el ofrecimiento de prepararme otra cena una velada proposición, o se trataba de simple generosidad, un deseo de ayudar a un joven estudiante que subsistía a base de la deleznable pitanza de casas de comidas baratas y latas recalentadas de espaguetis precocinados? Era demasiado tímido para averiguarlo. Quería llamarla, pero cada vez que alargaba la mano hacia el teléfono, comprendía que era imposible. Margot vivía con Born, y aun cuando él había insistido en que no tenían perspectivas de matrimonio, le parecía que ella ya estaba comprometida, y no creía tener derecho a pretenderla.

Entonces me llamó. Tres días después de la cena, a las diez de la mañana, sonó el teléfono en mi apartamento, y allí estaba ella, al otro lado de la línea, hablando en tono un tanto ofendido, decepcionada de que no me hubiera puesto en contacto, expresando a su modo contenido más emoción que en cualquier momento desde que nos conocíamos.

—Lo siento, —mentí—, pero iba a llamarte hoy mismo. Te me has adelantado un par de horas.

—Qué ocurrente, —repuso—, echándome la mentira en la cara. No tienes que venir si no quieres.

—Pero sí que quiero, —protesté—, completamente en serio. De verdad.

—¿Esta noche?

—Esta noche sería perfecto.

—No tienes que preocuparte por Rudolf, Adam. No está, y yo soy libre de hacer lo que me plazca. Todos somos libres. Nadie puede ser dueño de otra persona. ¿Lo entiendes?

—Creo que sí.

—¿Te gustan los peces?

—¿Los peces en el agua o el pescado en el plato?

—Lenguado a la plancha. Con patatas pequeñas hervidas y *choux de Bruxelles* de guarnición. ¿Te apetece eso, o prefieres otra cosa?

—No. Ya estoy soñando con el lenguado.

—Ven a las siete. Y esta vez no te molestes en traer flores. Sé que no puedes permitírtelo.

Después de que colgamos, me pasé nueve horas atormentado por las expectativas, soñando despierto en las clases de por la tarde, cavilando sobre los misterios de la

atracción carnal, y tratando de entender qué tenía Margot para haberme puesto en tal estado de excitación. La primera impresión que tuve de ella no había sido especialmente favorable. Me había parecido una criatura extraña e insípida, simpática en el fondo, quizá, de aspecto interesante, pero carente de electricidad, una mujer encerrada en algún nebuloso mundo interior que le impedía establecer un verdadero compromiso con los demás, como si fuera una especie de silenciosa visitante de otro planeta. Dos días después, me había encontrado con Born en el West End, y cuando me contó su reacción a nuestro encuentro en la fiesta, mis sentimientos empezaron a cambiar. Por lo visto le caía bien y estaba preocupada por mi bienestar, y cuando te informan de que gustas a otra persona, tu respuesta instintiva es que ella te gusta a ti también. Luego vino la cena. La languidez y precisión de sus gestos mientras recortaba el ramo y lo ponía en el florero habían removido algo en mi interior, y el simple hecho de contemplar sus movimientos se convirtió de pronto en algo fascinante, hipnótico. Había en ella una profunda sensualidad, según descubrí, y la mujer insulsa, poco interesante, que parecía no albergar pensamiento alguno en la cabeza resultó ser mucho más lista de lo que había imaginado. Me había defendido frente a Born en al menos dos ocasiones durante la cena, interviniendo en el preciso momento en que las cosas amenazaban con desmandarse. Tranquila, siempre con calma, hablando en apenas un murmullo, pero produciendo cada vez con sus palabras el efecto deseado. Puesto en un aprieto por las provocativas insinuaciones de Born, convencido de que intentaba hacerme caer en la trampa de alguna manía suya de *voyeur* —¿verme hacer el amor con Margot?—, supuse que ella también estaba en el ajo, y por tanto me contuve y me negué a seguirle el juego. Pero ahora Born se encontraba en la otra orilla del Atlántico, y Margot seguía queriendo verme. Sólo podía ser por un motivo. Comprendía ahora que siempre había sido eso, justo desde el momento en que me había visto solo en la fiesta. Por eso se había mostrado Born tan irritado en la cena: no porque pretendiera concitar una noche de depravadas manías sexuales, sino porque estaba enfadado con Margot por decirle que se sentía atraída hacia mí.

Preparó la cena para los dos durante cinco días seguidos, y dormimos juntos a lo largo de cinco noches en la habitación de invitados al fondo del pasillo. Podíamos haber utilizado el otro dormitorio, que era más amplio y confortable, pero ninguno de los dos quería entrar allí. Era el cuarto de Born, el mundo de la cama de Born, y durante aquellas cinco noches nos ocupamos de crear un mundo nuestro, durmiendo en aquella estancia diminuta con una sola ventana enrejada y una cama estrecha, que llegamos a denominar el lecho del amor, aunque en definitiva el amor no tenía nada que ver con lo que pasó en aquellas cinco jornadas. No es que perdiéramos la cabeza el uno por el otro, como suele decirse, sino que más bien encontramos nuestros respectivos cuerpos, y en el espacio profundamente íntimo que habitamos durante

aquel breve periodo de tiempo, tan efímero, nuestra única preocupación era el placer. El placer de comer y beber, de la sexualidad, de tomar parte en un diálogo animal, sin palabras, que se llevaba a cabo en un lenguaje de miradas y caricias, de mordiscos, sabores y abrazos. Lo que no significa que no habláramos, pero la charla se reducía al mínimo, y las conversaciones que apenas manteníamos tendían a centrarse en la comida –*¿Qué vamos a cenar mañana por la noche?*–, mientras las palabras que intercambiábamos en la cena eran ligeras y triviales, sin verdadera importancia. Margot nunca me hizo preguntas personales. No sentía curiosidad por mi pasado, le daban lo mismo mis opiniones sobre literatura o política, y no le interesaban mis estudios. Simplemente me tomó por lo que yo representaba en su propia imaginación –su elección del momento, el ser físico que ella deseaba–, y cada vez que la miraba, tenía la sensación de que me absorbía, como si el hecho de tenerme allí, al alcance de su mano, bastara para satisfacerla. ¿Qué averigüé de Margot en aquellos días? Muy poco, casi nada en absoluto. Se había criado en París, era la más joven de tres hermanos, y conocía a Born porque eran primos segundos. Llevaban dos años juntos, pero no creía que durasen mucho más. Él parecía cada vez más cansado de ella, me dijo, y ella estaba harta de sí misma. Se encogió de hombros al decirlo, y cuando observé la expresión distante que había en su rostro, tuve la horrible intuición de que ya se consideraba casi un cadáver. Después de aquello, dejé de insistir para que se sincerase conmigo. Bastaba con que estuviéramos juntos, y me moría con sólo pensar en suscitar algo que pudiera causarle dolor.

Sin maquillaje, Margot era más tierna y sencilla que la llamativa mujer objeto que parecía en público. Sin ropa, resultó ser flaca, casi descarnada, con pechos menudos de adolescente, caderas estrechas, y piernas y brazos vigorosos. Labios llenos, vientre plano con un ombligo ligeramente protuberante, manos suaves, un áspero nido de vello púbico, nalgas firmes, y una piel sumamente blanca que era más suave que ninguna otra que hubiera acariciado jamás. Los detalles de un cuerpo, intrascendentes y preciosos. Al principio me mostré indeciso con ella, sin saber lo que esperar, un tanto amedrentado de encontrarme con una mujer mucho más experimentada que yo, un principiante en brazos de una veterana, un inseguro que desnudo se sentía tímido y torpe, que hasta entonces siempre había hecho el amor a oscuras, preferiblemente bajo las mantas, copulando con chicas que eran tan tímidas y torpes como él, pero Margot estaba tan cómoda consigo misma, era tan entendida en las artes de besar, chupetear y mordisquear, tan poco reacia a explorarme con las manos y la lengua, a atacar, a derretirse, a entregarse sin timidez ni vacilación, que no tardé mucho en dejarme llevar. Si te gusta, es que está bien, aseguró Margot en un momento dado, y ése fue el regalo que me hizo a lo largo de aquellas cinco noches. Me enseñó a dejar de tener miedo de mí mismo.

Yo no quería que aquello terminase nunca. Vivir en aquel insólito paraíso con la

extraña e insondable Margot era una de las cosas más increíbles y mejores que me habían pasado en la vida, pero Born volvía de París a la noche siguiente y no teníamos más remedio que dejarlo. En aquellos momentos, me figuré que sólo sería una tregua temporal. Cuando nos despedimos la última mañana, le dije que no se preocupara, que antes o después se nos ocurriría la forma de continuar, pero a pesar de mi confianza y fanfarronería Margot parecía inquieta, y justo cuando me disponía a salir del apartamento, sus ojos se llenaron inesperadamente de lágrimas.

—Tengo un mal presentimiento, —me dijo—. No sé por qué, pero algo me dice que esto es el final, que es la última vez que te veo.

—No digas eso, —contesté—. Sólo vivo a unas manzanas de aquí. Puedes venir a mi apartamento las veces que quieras.

—Lo intentaré, Adam. Haré lo que pueda, pero no esperes demasiado de mí. No soy tan fuerte como tú crees.

—No entiendo.

—Rudolf. Una vez que vuelva, creo que va a echarme a la calle.

—En ese caso, puedes venirte conmigo a mi apartamento.

—¿Y vivir con dos estudiantes en un piso mugriento? Soy demasiado vieja para eso.

—Mi compañero de piso no es tan malo. Y el apartamento está bastante limpio, bien mirado.

—Odio este país. Detesto todo lo que tiene quitándote a ti, y tú no eres suficiente para que me quede. Si Rudolf ya no me quiere a su lado, haré las maletas y me volveré a París.

—Lo dices como si estuvieras deseando que pasara, como si pensaras romper por tu cuenta.

—No sé. Puede ser.

—¿Y qué pasa conmigo? ¿Es que estos días no significan nada para ti?

—Por supuesto que sí. Me ha encantado estar contigo, pero ya se nos ha acabado el tiempo, y en el momento en que salgas de aquí, comprenderás que ya no me necesitas más.

—Eso no es cierto.

—Sí, lo es. Pero todavía no lo sabes.

—Pero ¿de qué estás hablando?

—Pobre Adam. Yo no soy la solución. Para ti, no; para nadie, probablemente.

Era el sombrío desenlace de lo que para mí había sido un momento trascendental, y me marché del apartamento sintiéndome destrozado, perplejo, y quizá un poco enfadado también. Durante los días siguientes, continué dando vueltas a aquella última conversación, y cuanto más la analizaba, menos sentido me parecía tener. Por

un lado, Margot se había echado a llorar cuando yo me marchaba, confesando sus temores de que no volvería a verme más. Eso sugería que deseaba proseguir nuestra aventura, pero cuando le propuse que nos viéramos en mi apartamento, empezó a titubear, casi diciéndome que sería imposible. ¿Por qué razón? Por ninguna..., salvo que no era tan fuerte como yo creía. No sabía lo que quería decir con eso. Luego se puso a hablar sobre Born, lo que rápidamente se convirtió en una maraña de contradicciones y deseos en conflicto. Le preocupaba que la pusiera de patitas en la calle, pero un segundo después parecía que eso era precisamente lo que quería. Más aún, quizá iba ella a tomar la iniciativa y optar por abandonarlo. Nada cuadraba. Me quería y no me quería. Quería a Born y no lo quería. Cada palabra que salía de sus labios invalidaba lo que había dicho un momento antes, y al final no había manera de saber lo que de verdad sentía. Puede que no lo supiera ni ella misma. Ésa me parecía la explicación más verosímil –Margot angustiada, Margot escindida por fuerzas iguales y contrarias–, pero, tras haber pasado cinco noches con ella, no podía dejar de sentirme herido y abandonado. Intenté mantener el ánimo en alto –esperando que llamara, confiando en que cambiara de opinión y volviera presurosa conmigo–, pero en el fondo sabía que todo había terminado, que su temor a no volver a verme más era en realidad una profecía, y que había desaparecido para siempre de mi vida.

Entretanto, Born había vuelto a Nueva York, pero ya había pasado una semana entera y seguía sin tener noticias suyas. Cuanto más duraba su silencio, más me daba cuenta de lo mucho que temía su llamada. ¿Le había contado Margot a lo que nos habíamos dedicado ella y yo en su ausencia? ¿Continuaban juntos, o ya se había vuelto ella a Francia? Al cabo de tres o cuatro días, empecé a albergar la esperanza de que Born se hubiera olvidado de mí para no tener que volverlo a ver más. No habría revista, desde luego, pero eso apenas me importaba ahora. Lo había traicionado acostándome con su novia, y aunque más o menos él mismo me había animado a hacerlo, yo no estaba orgulloso de mi comportamiento; sobre todo después de que Margot me dijera que yo ya no la necesitaba, lo que significaba, según comprendía ahora, que ella no me necesitaba a mí. Me había metido yo solo en un lío, y como buen cobarde que probablemente era, habría preferido ocultarme debajo de la cama a encararme con cualquiera de los dos.

Pero Born no se había olvidado de mí. Justo cuando empezaba a pensar que la historia había concluido, me llamó un día a primera hora de la tarde y me invitó a su apartamento para charlar un rato. Ésa fue la palabra que utilizó –*charlar*– y me sorprendió lo alegre que parecía al teléfono, enteramente desbordante de energía y buen humor.

Lamento el retraso, me dijo. Mil perdones, Walker, pero he estado muy liado, muy atareado, haciendo malabarismos para compatibilizar esto y lo otro, mil cosas, por las que le pido mil perdones, pero el tiempo apremia, y ha llegado el momento de

sentarse a hablar de negocios. Le debo un cheque para el primer número, y después de que mantengamos nuestra pequeña charla, lo invitaré a cenar a algún sitio. Ha pasado bastante tiempo, y creo que tenemos que ponernos al día en algunas cosas.

No quería ir, pero fui. No sin inquietud, no sin un aleteo de pánico removiéndome las entrañas, pero al final comprendí que no había más remedio. Por algún milagro, la revista seguía viva al parecer, y si quería hablar conmigo sobre la cuestión, si estaba verdaderamente dispuesto a extender cheques para patrocinar la empresa, no veía cómo podría rechazar su invitación. *Creo que tenemos que ponernos al día en algunas cosas.* Me gustara o no, estaba a punto de averiguar si Born se había enterado de lo que había sucedido a sus espaldas; y, en caso de que así fuera, las medidas que había tomado exactamente al respecto.

Iba otra vez de blanco: el traje completo, la camisa con el cuello desabrochado, pero limpia y planchada esta vez, el perfecto *hidalgo*. Recién afeitado, el pelo bien peinado, tan peripuesto y tranquilo como nunca lo había visto. Una cálida sonrisa cuando me abrió la puerta, un firme apretón de manos cuando entré en el apartamento, una amistosa palmadita en el hombro cuando me condujo al mueble bar preguntándome lo que me apetecía beber, pero nada de Margot, ni rastro de ella en parte alguna, y aunque eso no significaba necesariamente nada, empecé a sospechar lo peor. Nos sentamos cerca de los ventanales que daban al parque, yo en el sofá, él en la amplia butaca de enfrente, con la mesita en medio de los dos, Born sonriendo de satisfacción, tan complacido de sí mismo, tan sumamente contento mientras me contaba que su viaje a París había sido un clamoroso éxito y que el complejo problema que atormentaba a sus colegas por fin se había resuelto. Seguidamente, tras algunas desganadas preguntas sobre mis estudios y los libros que estaba leyendo últimamente, se retrepó en la butaca y, de buenas a primeras, declaró: —Quiero darle las gracias, Walker. Me ha hecho usted un importante favor.

—¿Darme las gracias? ¿Por qué?

—Por mostrarme la luz de la verdad. Le estoy muy agradecido.

—Sigo sin saber de qué me habla.

—De Margot.

—¿Qué ocurre con ella?

—Me ha traicionado.

—¿Cómo?, —pregunté—, tratando de hacerme el tonto pero sintiéndome ridículo, encogiéndome de vergüenza mientras Born no dejaba de sonreírme.

—Se ha acostado con usted.

—¿Se lo ha dicho ella?

—Cualesquiera que sean sus defectos, Margot no miente jamás. Si no me equivoco, ha pasado usted cinco noches con ella; aquí mismo, en este apartamento.

—Lo lamento, —repose, mirando al suelo, demasiado abochornado para mirar a

Born a los ojos.

—No lo sienta. La verdad es que yo lo incité a ello, ¿no? De haber estado en su lugar, probablemente habría hecho lo mismo. Era evidente que Margot estaba deseosa de acostarse con usted. ¿Por qué iba un joven con buena salud a rechazar una oportunidad como ésta?

—Si usted quería que Margot lo hiciese, ¿por qué se siente traicionado, entonces?

—Ah, pero yo no quería que lo hiciera. Sólo estaba fingiéndolo.

—¿Y por qué lo fingía?

—Para poner a prueba su lealtad, por eso. Y la muy golfa mordió el anzuelo. No se preocupe, Walker. Ya me he librado de ella, y a usted he de agradecerle que haya salido por esa puerta.

—¿Dónde está ahora?

—En París, supongo.

—¿La ha echado usted, o se ha ido ella por propia voluntad?

—Es difícil decirlo. Puede que un poco de las dos cosas. Llamémoslo una separación de mutuo acuerdo.

—Pobre Margot...

—Cocina maravillosamente, tiene un polvo portentoso, pero en el fondo no es más que otra fulana sin cerebro. No se compadezca de ella, Walker. No vale la pena.

—Duras palabras para alguien con quien se ha convivido durante dos años.

—Puede. Como ya habrá observado tengo tendencia a irme de la lengua. Pero los hechos son tercos, y el caso es que me estoy haciendo viejo. Ya es hora de que piense en el matrimonio, y ningún hombre en su sano juicio pensaría en casarse con una chica como Margot.

—¿Está pensando en alguien en concreto, o se trata simplemente de una declaración de intenciones para el futuro?

—Estoy prometido. Desde hace dos semanas. Una cosa más que he conseguido en mi viaje a París. Por eso estoy de tan buen humor esta noche.

—Enhorabuena. ¿Y cuándo se producirá el feliz acontecimiento?

—Aún no está decidido. Hay complicados asuntos en juego, y la boda no podrá celebrarse antes de la próxima primavera como pronto.

—Una pena esperar tanto.

—No hay más remedio. Técnicamente, ella sigue casada con otro, y hay que esperar a que la ley concluya su labor. No es que no merezca la pena. Conozco a esa mujer desde que tenía la edad de usted, y es una persona ejemplar, la compañera que he deseado toda mi vida.

—Si tanto la quiere, ¿por qué ha estado con Margot estos dos últimos años?

—Porque no sabía que estaba enamorado de ella hasta que he vuelto a verla en París.

—Sale Margot, entra la esposa. No tendrá la cama vacía mucho tiempo, ¿eh?

—Me subestima usted, joven. Por mucho que desee irme a vivir con ella ahora mismo, voy a contenerme hasta que estemos casados. Es cuestión de principios.

—El espíritu caballeroso en acción.

—Eso es. Una muestra de caballerosidad.

—Como nuestro viejo amigo del Périgord, el noble Bertran, tan amante de la paz.

La mención del poeta pareció frenar en seco a Born. —¡Merde! —exclamó, dándose una palmada en la rodilla con la mano izquierda—, casi se me olvida. Tengo que darle dinero, ¿verdad? No se mueva de ahí, que voy a buscar los cheques. Sólo tardaré un momento.

Con esas palabras se levantó de un salto de la butaca y se precipitó hacia el fondo del apartamento. Me puse en pie para estirar las piernas, y cuando llegué a la mesa del comedor, que no se encontraba a más de tres o cuatro metros del sofá, Born ya estaba de vuelta. Bruscamente, sacó una silla de la mesa, se sentó, abrió el talonario de cheques y se puso a escribir: utilizando una pluma estilográfica, recuerdo bien, de plumín grueso y tinta azul oscuro.

—Le entrego seis mil doscientos cincuenta dólares, —me dijo—. Cinco mil para los gastos del primer número, más mil doscientos para cubrir la cuarta parte de su sueldo anual. Tómese el tiempo que quiera, Adam. Si puede tener el contenido completo para..., vamos a ver..., finales de agosto o principios de septiembre, estará muy bien. Ya hará mucho que me habré marchado, desde luego, pero podemos mantenernos en contacto por correo, y si surge algo urgente, puede llamarme a cobro revertido.

Era el cheque más cuantioso que había visto en la vida, y cuando lo arrancó del talonario y me lo entregó, me quedé mirando aquella suma y me dio un mareo de la impresión.

—¿Está seguro de que quiere seguir adelante con esto?, —le pregunté—. Es una tremenda cantidad de dinero, ¿sabe?

—Pues claro que quiero seguir adelante. Hicimos un trato, y ahora le toca a usted componer el primer número lo mejor que pueda.

—Pero Margot ya no cuenta. Ya no tiene usted ninguna obligación para con ella.

—¿A qué se refiere?

—Fue idea de Margot, ¿recuerda? Me ha dado este trabajo porque ella se lo pidió.

—Tonterías. Fue idea mía desde el principio. Lo único que Margot quería era meterse en la cama con usted. No podrían haberle importado menos los trabajos, ni las revistas ni el precario estado de su futuro. Si le dije que fue ella quien me sugirió la idea, sólo era porque no quería ponerlo en un apuro.

—¿Por qué demonios iba a hacer esto por mí?

—Para ser enteramente franco, no lo sé. Pero veo algo en usted, Walker, algo que

me gusta, y por alguna razón inexplicable me encuentro dispuesto a correr riesgos. Tengo el convencimiento de que llevará el proyecto a buen término. Demuéstrame que estoy en lo cierto.

Era un cálido anochecer de primavera, tranquilo y agradable, con un cielo sin nubes en lo alto, el olor de las flores en el aire y sin viento alguno, ni siquiera el más leve soplo de brisa. Born pensaba llevarme a un restaurante cubano en la esquina de Broadway con la calle Ciento nueve (el Ideal, uno de sus sitios favoritos), pero mientras íbamos andando en dirección oeste por el campus de Columbia, propuso que continuáramos más allá de Broadway y nos dirigiéramos a Riverside Drive, en donde podríamos contemplar el Hudson durante unos momentos, antes de seguir camino hacia el centro por el borde del parque. Hacía una noche para eso, explicó, y como no teníamos ninguna prisa, ¿por qué no aprovechar el buen tiempo y prolongar un poco el paseo? Así que fuimos andando entre la apacible atmósfera primaveral, hablando de la revista, de la mujer con quien Born pensaba casarse, de los árboles y arbustos de Riverside Park, de la composición geológica de los Palisades de Nueva Jersey, al otro lado del río, y recuerdo que me sentía contento, inundado de una sensación de bienestar, y cualesquiera que fuesen los celos que pudiera haber sentido hacia Born estaban empezando a desaparecer, o al menos a quedarse en suspenso por el momento. No me había reprochado el haberme dejado seducir por Margot. Acababa de entregarme un cheque por una enorme cantidad de dinero. No me soltaba peroratas sobre sus retorcidas ideas políticas. Por una vez, parecía relajado y no a la defensiva, y quizá estaba realmente enamorado, a lo mejor su vida estaba girando en una dirección nueva y más provechosa, y aquella noche, en cualquier caso, yo estaba dispuesto a concederle el beneficio de la duda.

Cruzamos a la acera izquierda de Riverside Drive y echamos a andar hacia el centro. Había varias farolas apagadas, y al acercarnos a la esquina de la Ciento doce Oeste fuimos a parar a una calle con un trecho sumido en la más lóbrega oscuridad. Entonces ya era noche cerrada y resultaba difícil ver más allá de un par de metros delante de nosotros. Encendí un cigarrillo, y a través del destello de la cerilla encendida cerca de mis labios percibí el indistinto contorno de una silueta que salía de un portal envuelto en sombras. Un segundo después, Born me cogió del brazo y me dijo que me detuviera. Sólo una palabra: *Alto*. Solté el fósforo y tiré el cigarro a la alcantarilla. La silueta venía hacia nosotros, no cabía duda de que avanzaba en nuestra dirección, y al cabo de unos cuantos pasos más vi que se trataba de un muchacho negro vestido con ropa oscura. Era más bien bajo, probablemente no mayor de dieciséis o diecisiete años, pero después de otros tres o cuatro pasos comprendí al fin por qué me había cogido Born del brazo, vi finalmente lo que él ya había visto. El chico empuñaba una pistola en la mano izquierda. Nos apuntaba con

ella, y así, por las buenas, en un solo tic del reloj, el universo entero cambió. El chico ya no era una persona. Era aquella pistola y nada más, el revólver de pesadilla que vivía en la imaginación de cada neoyorquino, el arma inhumana, sin corazón, destinada a encontrarte una noche a solas en una calle oscura y enviarte tempranamente a la tumba. Dame lo que lleves. Vacía los bolsillos. Cierra el pico. Un momento antes, estaba de lo más contento, y ahora, de pronto, tenía más miedo que nunca en la vida.

El chico se paró a medio metro de nosotros, me apuntó al pecho con la pistola y dijo: —No os mováis.

Se encontraba lo bastante cerca como para verle la cara, y por lo que pude percibir estaba más asustado que otra cosa, nada seguro de lo que hacía. ¿Y cómo sabía yo eso? Quizá por algo que había en sus ojos, o tal vez detecté un leve temblor en su labio inferior: no estoy seguro. El miedo me cegaba, y fuera cual fuese la impresión que llegara a formarme debió de ser a través de los poros, una ósmosis subliminal, por así decir, un conocimiento sin conciencia, pero tuve la casi completa seguridad de que era un principiante, un matón novato que estaba dando su primer o segundo golpe.

Born se encontraba a mi izquierda, y al cabo de un momento le oí decir: —¿Qué quieres de nosotros?

Había en su voz un leve estremecimiento, pero al menos logró hablar, que era más de lo que yo era capaz de hacer en aquellos momentos.

—El dinero, —contestó el chico—. El dinero y el reloj. De los dos. Las billeteras primero. Y rápido. No tengo toda la noche.

Me metí la mano en el bolsillo para sacar la cartera, pero Born decidió inesperadamente oponer resistencia. Una maniobra estúpida, pensé, un acto de desafío que podía causarnos la muerte a los dos, pero no estaba en mi mano impedirlo.

—¿Y qué pasa si me niego a entregarte el dinero?, —inquirió.

—Entonces te pegaré un tiro, tío, —repuso el chico—. Te mataré y me llevaré tu billetera de todos modos.

Born emitió un largo e histriónico suspiro.

—Vas a lamentar esto, hombrecito —afirmó—. ¿Por qué no te largas corriendo y nos dejas en paz?

—¿Por qué no cierras tú la puta boca y me das la cartera?, —replicó el chico, agitando la pistola en el aire un par de veces para dar énfasis a sus palabras.

—Como quieras, —contestó Born—. Pero no digas que no te lo he advertido.

Yo seguía mirando al muchacho, lo que significa que sólo tenía una visión vaga y periférica de Born, pero en el último segundo giré levemente la cabeza a la izquierda y vi que introducía la mano en el bolsillo interior de la chaqueta. Supuse que buscaba

la cartera, pero cuando sacó la mano vi que la tenía cerrada, como si ocultara algo en el puño. Ni siquiera tuve tiempo de pensar en lo que podría ser. Un instante después, oí un chasquido y la hoja de una navaja brotó de su vaina. Con un movimiento firme, de abajo arriba, Born apuñaló inmediatamente al chico con la navaja automática: en pleno estómago, justo en el centro. El muchacho soltó un gruñido cuando la hoja se hundió en sus entrañas, se agarró el vientre con la mano derecha y cayó despacio al suelo.

—Joder, tío, —dijo—. Ni siquiera está cargada.

La pistola se le cayó de la mano y resonó contra la acera. Yo apenas podía asimilar lo que estaba viendo. Demasiadas cosas para tan poco tiempo, y nada de lo ocurrido parecía enteramente real. Born recogió la pistola y se la guardó en el bolsillo lateral de la chaqueta. Entonces el chico empezó a gemir, apretándose el vientre con ambas manos y retorciéndose en la acera. Estaba demasiado oscuro para distinguirlo bien, pero al cabo de unos momentos creí ver un reguero de sangre que se extendía por el suelo.

—Tenemos que llevarlo al hospital, —dije al fin—. Hay una cabina de teléfono un poco más arriba, en Broadway. Quédese aquí con él y yo iré corriendo a hacer la llamada.

—No sea idiota, —replicó Born, cogiéndome de la chaqueta y zarandeándome con fuerza—. Nada de hospitales. El muchacho se va a morir, y no conviene que nos veamos mezclados en esto.

—No se morirá si la ambulancia viene dentro de diez o quince minutos.

—Y si vive, entonces ¿qué? ¿Quiere pasarse los próximos tres años de su vida en los tribunales?

—No me importa. Quédese al margen, si quiere. Váyase a casa y bébase otra botella de ginebra, pero yo voy a ir corriendo a Broadway ahora mismo a llamar a una ambulancia.

—Muy bien. Haga lo que le parezca. Nos portaremos como buenos *boy scouts*, y yo me quedaré aquí con este pedazo de mierda esperando a que vuelva. ¿Es eso lo que quiere? ¿Cree que soy tan estúpido, Walker?

No me molesté en contestarle. En cambio, di media vuelta y eché a correr por la calle Ciento doce hacia Broadway. Tardé diez minutos, quince todo lo más, pero cuando volví al sitio en donde había dejado a Born y al muchacho herido, ambos habían desaparecido. Salvo por una mancha de sangre que se estaba coagulando en la acera, no había ni rastro de que alguno de los dos hubiera estado allí.

Me fui a casa. Ya no tenía sentido esperar a la ambulancia, de modo que volví a subir la cuesta hacia Broadway y me encaminé al centro. Tenía la mente en blanco, incapaz de concebir un solo pensamiento coherente, pero al abrir la puerta de mi

apartamento me di cuenta de que estaba sollozando, de que llevaba varios minutos gimoteando. Afortunadamente, mi compañero de piso había salido, lo que me evitó la molestia de tener que hablar con él en aquel estado. Seguí llorando en mi cuarto, y cuando las lágrimas dejaron de brotar, rompí el cheque de Born y metí los pedazos en un sobre, que le envié por correo a primera hora de la mañana siguiente. Sin adjuntar carta. Confiaba en que el gesto hablara por sí solo y que entendería que había terminado con él y no quería saber nada más de su apestosa revista.

Aquella tarde, la última edición del *New York Post* informaba de que se había encontrado en Riverside Park el cadáver de Cedric Williams, de dieciocho años, con más de una docena de puñaladas en el pecho y el vientre. No cabía la menor duda de que Born había sido el autor. En cuanto lo dejé para llamar a la ambulancia, había cogido al ensangrentado Williams y se lo había llevado al parque para rematar la faena que había empezado en la acera. Considerando la cantidad de tráfico que circula por Riverside Drive, me pareció increíble que nadie hubiera visto a Born cruzando la calle con el chico auestas, pero, según el periódico, los investigadores que trabajaban en el caso aún no habían encontrado pista alguna.

Sabiendo lo que sabía, tenía claramente la obligación de llamar a la comisaría del barrio e informarles sobre Born y la navaja y el atraco frustrado de Williams. Leí el artículo por casualidad mientras tomaba una taza de café en el Lions Den, el bar de la planta baja del centro estudiantil, y en vez de utilizar un teléfono público decidí ir andando a mi apartamento, que estaba en la calle Ciento siete, y llamar desde allí. Aún no había contado a nadie lo que había pasado. Había intentado localizar a mi hermana en Poughkeepsie –la única persona con quien podía desahogarme–, pero no estaba en casa. Cuando llegué al edificio de mi apartamento, recogí el correo en el vestíbulo antes de dirigirme al ascensor. Sólo había una carta para mí: un sobre sin sello, depositado a mano, con mi nombre escrito en letras de imprenta, doblada en tres pliegues y remetida a la fuerza por la estrecha rendija del buzón. La abrí en el ascensor camino del noveno piso. *Ni una palabra, Walker. Recuerde: todavía tengo la navaja, y no me da miedo utilizarla.*

No había firma al final, pero no parecía necesario. Era una amenaza despiadada, y ahora que había visto a Born en acción, ahora que había presenciado la brutalidad de que era capaz, estaba seguro de que no vacilaría un momento en llevarla a cabo. Si lo denunciaba, vendría por mí. Si no hacía nada, me dejaría en paz. Seguía firme en mi intención de llamar a la policía, pero pasó aquel día, y luego otros más, y no encontré valor para hacerlo. El miedo me había reducido al silencio, pero el caso era que sólo callando podía evitar que alguna vez volviera a cruzarse en mi camino, y aquello era lo único que me importaba entonces: que Born desapareciera para siempre de mi vida.

No haber intervenido es con mucho la cosa más reprobable que he hecho nunca,

el punto más bajo de mi andadura como ser humano. No sólo permitió que un asesino quedara impune, sino que tuvo el insidioso efecto de obligarme a afrontar mi propia debilidad moral, a reconocer que en ningún momento había sido la persona que yo creía ser, que era menos bueno, menos fuerte, menos valiente de lo que me había imaginado ser. Horrorosas, implacables verdades. Mi cobardía me asqueaba, y, sin embargo, ¿cómo no tener pavor a la navaja? Born se la había clavado a Williams en el vientre sin el menor reparo ni arrepentimiento, y si bien la primera puñalada podría justificarse como un acto de defensa propia, ¿qué podría decirse de las otras doce que le asestó en el parque, de la decisión de acabar con él a sangre fría? Tras torturarme a mí mismo a lo largo de casi una semana, finalmente hice acopio de valor para llamar a mi hermana otra vez, y cuando me oí soltar todo el sórdido asunto a lo largo de las dos horas de nuestra conversación, comprendí que no había más remedio. Tenía que dar el paso. Si no hablaba con la policía, perdería el respeto de mí mismo, y la vergüenza me perseguiría durante el resto de mi vida.

Estoy casi seguro de que creyeron mi historia. Les di la nota de Born, para empezar, y aunque no llevaba firma, mencionaba la navaja, formulaba una amenaza explícita, y si había alguna duda sobre la identidad de su autor, un perito en caligrafía podría confirmar fácilmente que era obra de Born. Estaba además la mancha de sangre cerca de la esquina de Riverside Drive con la calle Ciento doce Oeste. Y también mi llamada de emergencia a la ambulancia, que coincidía con la que tenían grabada, así como el hecho adicional de que estaba en condiciones de asegurar que nadie había estado presente en la escena del crimen cuando llegó la ambulancia. Al principio, se mostraron reacios a creer que un profesor de la Facultad de Relaciones Internacionales de la Universidad de Columbia pudiera cometer tan repugnante asesinato callejero, y mucho menos que tal persona fuese por ahí con una navaja automática en el bolsillo, pero al final me aseguraron que lo investigarían. Me marché de la comisaría convencido de que el asunto pronto quedaría cerrado. Era a finales de mayo, lo que significaba que quedaban dos o tres semanas para que terminara el semestre, y como había dejado pasar seis largos días después del hallazgo del cadáver de Williams antes de informar a la policía, me figuré que Born pensaría que su nota de amenaza había cumplido su objetivo. Pero me equivocaba, estaba lamentable y trágicamente equivocado. Tal como habían prometido, los agentes fueron a interrogarlo, pero en la secretaría de la facultad enseguida se enteraron de que el profesor Born había vuelto a París a principios de semana. Su madre había fallecido de repente, les informaron, y con lo poco que quedaba para finalizar el semestre, de sus últimas clases se iba a hacer cargo un sustituto. En resumen, el profesor Born no iba a volver.

Había tenido miedo de mí, después de todo. A pesar de la nota, había supuesto que no haría caso de su amenaza y que iría a la policía de todos modos. Sí, fui; pero

no con la suficiente presteza, ni mucho menos, y como le había dado esa ventaja, aprovechó la oportunidad para escapar, abandonando el país y eludiendo la jurisdicción de los tribunales de Nueva York. Yo sabía a ciencia cierta que la historia sobre la muerte de su madre era una impostura. Durante nuestra primera conversación en la fiesta, en abril, me había dicho que sus padres habían fallecido, y a menos que su madre hubiera resucitado en el ínterin, me resultaba difícil entender cómo podría haber muerto dos veces. Cuando un inspector me llamó para contarme lo ocurrido, me quedé estupefacto. Abatido y humillado, sentí que Born me había derrotado. Me había enseñado algo sobre mí mismo que me llenaba de repulsión, y por primera vez en la vida comprendí lo que era odiar a alguien. Jamás podría perdonarlo; y nunca podría perdonarme a mí mismo.

Segunda parte

En los remotos tiempos de nuestra juventud, Walker y yo habíamos sido amigos. Ingresamos juntos en Columbia en 1965, dos estudiantes de primer curso procedentes de Nueva Jersey, y durante los cuatro años siguientes nos movimos en los mismos círculos, leímos los mismos libros, compartimos las mismas aspiraciones. Luego se licenció nuestra promoción, y perdí el contacto con él. A principios de los años setenta, me encontré con alguien y me dijo que Adam estaba viviendo en Londres (o quizá en Roma, no lo sabía con certeza), y aquélla fue la última vez que oí mencionar su nombre. Durante los treinta y tantos años siguientes, apenas me acordé de él, pero cuando lo hacía siempre me preguntaba cómo se las había arreglado para desaparecer sin dejar rastro. De todos los jóvenes inadaptados que formaban nuestra pequeña pandilla de la facultad, Walker me daba la impresión de ser el más prometedor, y consideraba inevitable que antes o después empezara a leer reseñas sobre los libros que había escrito o a encontrarme en una revista con alguna publicación suya – poemas o novelas, relatos breves o críticas, quizás una traducción de algunos de sus amados poetas franceses–, pero ese momento nunca llegó, y sólo podía concluir que el muchacho destinado a vivir en el mundo literario había pasado a interesarse por otras materias.

Hará poco menos de un año (primavera de 2007), la UPS me entregó un paquete en mi casa de Brooklyn. Contenía el manuscrito de la historia de Walker sobre Rudolf Born (Primera parte del presente libro), con una carta adjunta de Adam que decía lo siguiente:

Querido Jim:

Disculpa la intrusión después de tan largo silencio. Si la memoria no me falla, han pasado treinta y ocho años desde la última vez que hablamos, pero hace poco me encontré con el anuncio de que el mes próximo vas a participar en un acto en San Francisco (yo vivo en Oakland), y me pregunté si tendrías tiempo para pasar un rato conmigo –cenando en mi casa, por ejemplo– porque necesito ayuda urgentemente, y creo que tú eres la única persona que conozco (o conocía) que puede proporcionármela. No digo esto por alarmarte sino debido a la enorme admiración que siento hacia los libros que has escrito y que me han hecho estar tan orgulloso de ti, tan satisfecho de haberme contado una vez entre tus amigos.

Como anticipo, te envío un borrador inacabado del primer capítulo de un libro que intento escribir. Quiero seguir con él, pero por lo visto me he topado con un muro de incertidumbre –*miedo* podría ser la palabra que estoy buscando– y espero que una charla contigo me dé el valor de escalarlo o

derribarlo. Cabe añadir (en caso de que tengas dudas) que no es una obra de ficción. A riesgo de parecer melodramático, también debo agregar que no ando bien de salud, en realidad me estoy muriendo lentamente de leucemia, y con suerte aguantaré otro año. Sólo para que sepas en qué te estás metiendo, si es que decides hacerlo. Últimamente parezco un esperpento (¡sin pelo, delgado como un palillo!), pero la vanidad ya no tiene sitio en mi mundo, y he hecho lo que he podido para aceptar lo que me ha pasado, aunque lo combata con los tratamientos. Hace un par de siglos, a una persona de sesenta años se la consideraba anciana, y como ninguno de nosotros pensábamos vivir después de los treinta, llegar al doble no está nada mal, ¿no te parece?

Podría continuar, pero no quiero quitarte más tiempo. Enviarte el manuscrito no ha sido decisión fácil (debes de recibir una avalancha de cartas de chalados y aspirantes a novelistas), pero estaré encantado de informarte de mis idas y venidas durante las últimas cuatro décadas si decides aceptar mi invitación, cosa que espero fervientemente. En cuanto al manuscrito, resérvalo para el vuelo a California si ahora estás muy ocupado. Es lo bastante corto para despacharlo en menos de una hora.

Quedo a la espera de tu respuesta.

Saludos solidarios,

Adam Walker

Nuestra amistad no había sido muy estrecha (sin confidencias, ni conversaciones largas ni intercambio de cartas), aunque sin lugar a dudas yo admiraba a Walker y él me consideraba de igual a igual, pues nunca dejó de manifestarme otra cosa que respeto y buena voluntad. Era un tanto tímido, según recuerdo, rasgo que parecía extraño en una persona de tan despierta inteligencia que además era uno de los chicos mejor parecidos del campus: *guapo como una estrella de cine*, como una vez dijo una amiga mía. Pero mejor tímido que arrogante, supongo, mejor difuminarse con delicadeza que intimidar a todo el mundo con tu insufrible perfección humana. Por entonces era algo parecido a un solitario, pero simpático y con gracia cuando emergía de su cascarón, con un agudo y excéntrico sentido del humor, y lo que más me gustaba de él era el extenso ámbito de sus intereses, su capacidad de hablar sobre Cavalcanti, pongamos por caso, o John Donne, y seguidamente, con la misma perspicacia y conocimiento, cambiar de tema y hacerte una observación sobre béisbol que a ti nunca se te había ocurrido. En lo que se refiere a su vida interior, sin embargo, yo no sabía nada. Aparte del hecho de que tenía una hermana mayor (una belleza extraordinaria, dicho sea de paso, lo que llevaba a sospechar que los genes del clan Walker procedían de seres angélicos), no disponía de datos de su familia ni de su entorno, y desde luego desconocía lo de la muerte de su hermano pequeño. Ahora el

propio Walker se estaba muriendo, un mes después de su sexagésimo cumpleaños ya empezaba a despedirse, y tras leer su vacilante y conmovedora misiva no tuve más remedio que pensar que aquello era el principio, que los radiantes jóvenes de antaño se estaban haciendo viejos, y que dentro de poco toda nuestra generación habría desaparecido. En lugar de seguir el consejo de Adam y dejar a un lado el manuscrito hasta que cogiera el avión a California, me senté a leerlo inmediatamente.

¿Cómo describir mi reacción? Fascinación, regocijo, una creciente sensación de temor, y luego horror. De no haber sabido que era una historia real, posiblemente me habría zambullido en ella y habría tomado aquellas sesenta y tantas páginas por el principio de una novela (los escritores, al fin y al cabo, a veces presentan personajes con su propio nombre en obras de ficción), para luego haber encontrado el final un tanto improbable –o quizá demasiado brusco, lo que lo habría hecho insatisfactorio–, pero, al enfocarlo como una pieza autobiográfica desde el principio, la confesión de Walker me dejó estremecido y lleno de pesar. Pobre Adam. Se mostraba tan duro consigo mismo, tan desdeñoso de su flaqueza en relación con Born, tan asqueado de sus insignificantes aspiraciones y empeños juveniles, tan disgustado por no haber comprendido que estaba tratando con un monstruo, pero ¿acaso no es normal que un muchacho de veinte años se desorienta entre la niebla de refinamiento y depravación que envuelve a una persona como Born? *Me había enseñado algo sobre mí mismo que me llenaba de repulsión.* Pero ¿qué había hecho Walker de malo? Había llamado a una ambulancia la noche del apuñalamiento, y luego, tras una momentánea falta de valor, fue a hablar con la policía. Dadas las circunstancias, nadie habría ido más allá. Fuera cual fuese la repulsión que Walker sintiera por sí mismo, la causa no podía ser la forma en que se comportó al final. Era el comienzo lo que le angustiaba, el simple hecho de haberse dejado seducir, y a partir de entonces no se había dejado de torturar por eso ni un momento: hasta tal punto que ahora, incluso cuando su vida estaba a punto de acabar, se había sentido impulsado a volver al pasado y contar la historia de su vergüenza. De acuerdo con su carta, aquél era sólo el primer capítulo. Me pregunté qué podría venir a continuación.

Contesté a Walker aquella misma noche, acusando recibo de su paquete, expresando mi preocupación y simpatía por su estado de salud, diciéndole que a pesar de todo me alegraba de tener noticias tuyas después de tantos años, que me conmovían sus palabras sobre los libros que yo había publicado, y cosas por el estilo. Sí, le prometí, acomodaría mi programa para poder ir a cenar a su casa y me encantaría hablar con él de los problemas que tenía para concluir el segundo capítulo de su autobiografía. No conservo copia de mi carta, pero recuerdo que la escribí con intención de darle ánimo y apoyo, calificando el capítulo que me había enviado de *excelente e inquietante*, o algo así, y asegurándole que, en mi opinión, valía la pena

llevar el proyecto hasta el final. No necesitaba decir nada más, pero la curiosidad pudo más que yo, y concluí con lo que podría haber sido una impertinencia. Disculpa que te lo pregunte, escribí, pero no creo que pueda esperar hasta el mes que viene para saber lo que ha sido de ti después de la última vez que nos vimos. Si te apetece, te agradecería que me escribieras otra vez antes de que me dirija a esos andurriales por donde vives. No un relato con todo lujo de detalles, por supuesto, sino los hechos esenciales, lo que te apetezca contarme.

No queriendo encomendar mi carta a los caprichos de la Dirección General de Correos de Estados Unidos, se la envié por mensajero a la mañana siguiente. Dos días después recibí en respuesta una carta urgente de Walker.

Satisfecho, agradecido, espero con impaciencia el mes que viene.

En respuesta a tu pregunta, me alegro mucho de complacerte, aunque me temo que encontrarás mi historia bastante aburrida. Junio de 1969. Nos estrechamos la mano, según recuerdo, prometiendo estar en contacto, y luego nos marchamos cada uno por su lado para no volvernos a ver más. Yo me dirigí a casa de mis padres en Nueva Jersey, con idea de hacerles una visita de un par de días, me emborraché con mi hermana aquella noche, tropecé, me caí por las escaleras, y me rompí la pierna. Mala suerte, parecería, pero al final fue lo mejor que podría haberme pasado. Diez días después, ¡*Muy buenas!*, el gobierno federal me invitaba a presentarme al reconocimiento médico del ejército. Fui con muletas a la oficina de reclutamiento, cojeando, me dieron por inútil temporal, y para cuando se me curó la rotura el servicio militar obligatorio había establecido el sistema de lotería. Resultó que saqué un buen número, indecentemente alto (346), y de buenas a primeras, literalmente en un abrir y cerrar de ojos, la confrontación que había estado temiendo desde tanto tiempo atrás se borró para siempre de mi futuro.

Aparte de aquel temprano regalo de los dioses, más que nada anduve dando tumbos por ahí, luchando por mantener el equilibrio, pasando caprichosamente de accesos de optimismo a ciegas rachas de desesperación. Incomprensible, desconcertante, perplejo. En el otoño de 1969 me fui a Londres; no porque me atrajera Inglaterra, sino porque ya no podía vivir en Estados Unidos. El veneno, las lágrimas, la sangre de Vietnam. Por entonces todos andábamos mal de la cabeza, ¿verdad? Empujados a la locura por una guerra que odiábamos y no podíamos parar. De modo que me marché de nuestro bello país, me metí en un apartamento de mierda en Hammersmith, y me pasé los cuatro años siguientes trabajando sin descanso en el submundo de los escritores de pacotilla: pergeñando incontables críticas de libros como *freelance* y aceptando toda traducción que cayera en mis manos, libros

franceses en su mayoría, un par de ellos en italiano, reproduciendo maquinalmente en inglés cualquier tema, desde una aburrida y erudita historia de Oriente Próximo, pasando por un estudio antropológico del vudú hasta novelas policiacas. Entretanto, seguía escribiendo mis malhumorados y gnósticos poemas. En 1972, una recóndita y pequeña editorial de Manchester publicó una obra con una tirada de trescientos o cuatrocientos ejemplares, una revista igualmente desconocida escribió una crítica, y se vendieron alrededor de cincuenta libros: como recordando aquellas cómicas frases de *La última cinta* (obra a la que, según recuerdo, tanto cariño tenías): «Diecisiete ejemplares vendidos, de los cuales once al por mayor a bibliotecas circulantes de ultramar. Dándose a conocer.» Eso era precisamente.

Seguí en ello otro año, y luego, tras un amargo y angustiado debate conmigo mismo, concluí que no progresaba lo suficiente y lo dejé. No es que pensara que mi obra era mala. Había chispas de vez en cuando, unos cuantos poemas que parecían tener cierta frescura y convicción, versos de los que me sentía auténticamente orgulloso, pero en general los resultados eran mediocres, y la perspectiva de llevar una vida de mediocridad me asustó hasta el punto de dejarlo.

Los años londinenses. La sombría revelación de esperanzas frustradas, coitos sin amor en camas de prostitutas, una relación seria con una chica inglesa llamada Dorothy que ella rompió de pronto al enterarse de que era judío. Pero, lo creas o no, pese a lo deprimente que pueda parecer todo esto, me iba haciendo más fuerte, empezaba finalmente a madurar y a tomar las riendas de mi vida. En junio de 1973 acabé mi último poema, lo quemé ceremoniosamente en el fregadero de la cocina, y volví a Estados Unidos. Había jurado no volver hasta que el último soldado americano hubiera salido de Vietnam, pero ahora tenía nuevos planes, y ya no me sobraba tiempo para tan elevada charlatanería. Iba a arrojarme a las trincheras y a combatir a puñetazo limpio. Adiós, literatura. Bienvenida la cosa en sí, la realidad sensible.

Berkeley, California. Tres años en la Facultad de Derecho. La idea era hacer algo positivo, trabajar con los pobres, los oprimidos, comprometerme con los despreciados y los invisibles y tratar de defenderlos contra las crueldades y la indiferencia de la sociedad norteamericana. ¿Más paparruchas altruistas? Así sería para algunos, pero yo nunca lo consideré de esa manera. De la poesía a la justicia, entonces. Justicia poética, si quieres. Porque ésa es la triste realidad: en el mundo hay más poesía que justicia.

Ahora que mi enfermedad me ha obligado a dejar de trabajar, dispongo de mucho tiempo para sopesar los motivos que tuve para escoger la vida que

decidí llevar. En un sentido muy concreto, creo que todo empezó aquella noche de 1967 cuando vi a Born apuñalar a Cedric Williams en el vientre; para luego, cuando me fui corriendo a llamar a la ambulancia, llevarlo al parque y asesinarlo. Sin razón alguna, sin ningún motivo en absoluto, y después, aún peor, el hecho de que saliera impune, largándose del país para que no pudieran juzgarlo por su crimen. Sería imposible exagerar la horrible pesadumbre que eso me causó, y que no ha dejado de atormentarme. La justicia burlada. La ira y la frustración no han disminuido, y si así es como me siento, si esa visión de la justicia es lo que arde con más fuerza en mi interior, entonces estoy seguro de que he escogido el camino correcto.

Veintisiete años de trabajo como asesor jurídico, activismo comunitario en los barrios negros de Oakland y Berkeley, huelgas de impago de alquiler, acciones populares contra diversas empresas, casos de brutalidad policial, la lista es interminable. A la larga, no creo haber conseguido mucho. Una serie de gratas victorias, sí, pero este país no es ahora menos cruel que antes, aún más, quizá, y sin embargo me habría sido imposible quedarme de brazos cruzados. Habría vivido con la sensación de mantener una fraudulenta relación conmigo mismo.

¿Estoy empezando a parecer un mojigato con ínfulas de superioridad moral? Espero que no.

Los ingresos eran exiguos, desde luego. Nadie se hace rico con la clase de trabajo a que me dedicaba. Pero hubo recursos familiares que me cayeron como llovidos del cielo (y a mi hermana también) tras la muerte de nuestros padres (de mi madre en 1974, de mi padre en 1976). Vendimos la casa y el supermercado de mi padre por una suma considerable, y como Gwyn es una mujer inteligente y práctica, invirtió bien el dinero, lo que significa que siempre he tenido suficiente para vivir (modesta, pero cómodamente) sin tener que preocuparme mucho de lo que me reportaba el trabajo. Utilizar el sistema con objeto de combatirlo. Un espléndido y ligero toque de hipocresía, supongo, pero todo el mundo tiene que llevar comida a la mesa, todos necesitamos un techo sobre la cabeza. Lamentablemente, las facturas de los médicos han causado una severa mella en mis ahorros en estos dos últimos años, pero creo que tendré suficiente para aguantar hasta el final..., suponiendo que no dure demasiado, cosa que parece improbable.

En cuanto a cuestiones amorosas, me pasé demasiados años dando bandazos de una forma inmadura y ridícula, acostándome en múltiples camas, enamorándome y desenamorándome de diversas mujeres, pero sin sentir tentación alguna de sentar la cabeza y casarme hasta cumplidos los treinta y seis, cuando conocí a la única persona que de verdad me ha importado en la

vida, una asistente social llamada Sandra Williams –sí, el mismo apellido del muchacho asesinado, nombre de esclavos, llevado por centenares de miles, si no millones, de afroamericanos–, y aunque un matrimonio interracial puede plantear numerosos problemas sociales a la pareja (por parte de ambos bandos), nunca lo consideré un impedimento, pues lo cierto era que quería a Sandra, que la quise desde el primero al último día. Una mujer sabia, valiente, hermosa y llena de vida, sólo seis meses menor que yo, con un matrimonio anterior y divorciada cuando nos conocimos, y una niña de doce años, Rebecca, mi hijastra, ya casada en la actualidad y madre de dos hijos, y los diecinueve años que he pasado con Sandra me han convertido en mejor persona, mejor de lo que habría sido estando solo o con otra mujer, y ahora que ha muerto (de cáncer cervical, hace cinco años), no pasa un día sin que la eche en falta. Mi único pesar es que no conseguimos tener hijos juntos, pero la creación de una familia está fuera del alcance de un hombre que, según parece, ha nacido estéril.

¿Qué más podría decirte? Estoy bien atendido por mi asistenta (que nos preparará la cena el día de tu visita), veo con frecuencia a Rebecca y su familia, hablo por teléfono con mi hermana casi todos los días, tengo muchos amigos. Cuando mi estado de salud me lo permite, sigo devorando libros (poesía, historia, novelas, las tuyas entre ellas, en cuanto se publican), aún mantengo un vivo interés por el béisbol (una enfermedad incurable), y me entrego esporádicamente al escapismo de ver películas (gracias al lector de DVD, amigo fiel de los solitarios y enclaustrados de este mundo). Pero sobre todo pienso en el pasado, en los viejos tiempos, en aquel lejano año (1967) en que tantas cosas ocurrieron, en mi entorno y en mí mismo, en los inesperados giros y descubrimientos de aquella época, en su locura, que me empujó hacia la vida que acabé llevando, para bien y para mal. No hay nada como una enfermedad mortal para galvanizar el pensamiento, para hacer las cuentas, para establecer el balance final. El plan consiste en escribir el libro en tres partes, tres capítulos. No va a ser largo, ni complicado, pero hay que hacerlo como es debido, y el haberme quedado bloqueado en la segunda parte se ha convertido en germen de una tremenda frustración. Pierde cuidado, no espero que me resuelvas el problema. Pero tengo la sospecha, tal vez infundada, de que una conversación contigo me daría el impulso necesario para seguir adelante. Aparte de eso –y en primer lugar–, es decir, más allá de mis insignificantes tribulaciones, tendré el inmenso placer de verte otra vez...

Esperaba noticias tuyas, pero nunca hubiera imaginado que escribiría más de un par de párrafos, que estaría dispuesto a invertir esa cantidad de tiempo y esfuerzo

para ofrecerme un relato de su vida tan completo; a mí, que a esas alturas apenas era algo más que un extraño para él. Pese a los *muchos amigos*, tenía que estar bastante desesperado, debía sentirse solo, pensé, y aunque seguía sin entrarme en la cabeza por qué me había elegido como confesor, el hecho era que se había agarrado a mí de tal forma que resultaba impensable no hacer todo lo que pudiera por él. Cómo cambia todo de pronto. Un amigo moribundo había vuelto a aparecer en mi vida tras una ausencia de casi cuarenta años, y de buenas a primeras me sentía en la obligación de no dejarlo en la estacada. Pero ¿qué clase de ayuda podía brindarle? Tenía dificultades con su libro, y por alguna razón inexplicable se hacía ilusiones de que yo poseía la facultad de pronunciar las palabras mágicas que le permitirían seguir adelante. ¿Esperaba que le extendiera una receta con la píldora que ayudaba a salir del apuro a escritores bloqueados? ¿Era eso todo lo que quería de mí? Parecía algo mezquino, bastante fuera de lugar. Walker era una persona inteligente, y si sentía la necesidad de escribir aquel libro, encontraría la forma de conseguirlo.

Eso fue más o menos lo que le dije en mi siguiente carta. No de sopetón, pues primero había que tratar otras cuestiones (la tristeza por la muerte de su mujer, la sorpresa por la profesión que había elegido, la admiración por la labor que había realizado y las batallas que había librado), pero, una vez despachados esos asuntos, le dije claramente y sin rodeos que estaba convencido de que hallaría el medio por sí mismo. El miedo es buena cosa, proseguí, repitiendo la palabra que había utilizado en su primera carta, el temor es lo que nos impulsa a correr riesgos y a sobrepasar nuestros límites normales, y es difícil que todo escritor que crea pisar terreno firme produzca algo de auténtico valor. En cuanto al muro que él había mencionado, le aseguré que todos chocamos con alguno, y que la mayoría de las veces la circunstancia de quedarse bloqueado se origina en un erróneo proceso mental: esto es, el escritor no entiende plenamente lo que trata de decir o, dicho de forma más sutil, se ha equivocado al enfocar el asunto. A modo de ejemplo, le hablé de los problemas con que me había enfrentado en un libro anterior mío –también de memorias (en cierto modo)–, estructurado en dos partes. Escribí la Primera parte en primera persona, y cuando acometí la Segunda (que trataba de mi vida de forma más directa que la anterior), escribiendo también en primera persona, fui quedándome cada vez más insatisfecho con los resultados, y acabé dejándolo. La interrupción duró varios meses (difíciles, angustiosos), y entonces una noche se me ocurrió la solución. Comprendí que me había equivocado de enfoque. El hecho de escribir sobre mí mismo en primera persona me había obligado a contenerme, haciéndome invisible, impidiéndome encontrar lo que andaba buscando. Me hacía falta distanciarme, dar un paso atrás y crear un espacio entre mí mismo y el tema (que no era sino mi propia persona), así que volví al principio de la Segunda parte y empecé a escribirla en tercera persona. *Yo* se convirtió en *Él*, y la distancia establecida por aquel pequeño

cambio me permitió acabar el libro. Puede que él (Walker) padeciera el mismo problema, le sugerí. Quizá estaba muy próximo a su asunto. Tal vez la materia le resultaba demasiado personal y desgarradora para escribir en primera persona con la debida objetividad. ¿Qué le parecía? ¿Había posibilidades de que un nuevo enfoque lo pusiera de nuevo en marcha?

Cuando envié la carta, aún quedaban seis semanas para mi viaje a California. Walker y yo ya habíamos fijado la fecha y la hora de nuestra cena, ya me había facilitado indicaciones para llegar a su casa, y yo no esperaba más noticias suyas antes de mi marcha. Pasó un mes, quizá algo más, y entonces, cuando menos lo esperaba, se puso de nuevo en contacto conmigo. No por correo esta vez, sino por teléfono. Habían pasado años desde nuestra última conversación, pero reconocí su voz enseguida, aunque (¿cómo expresarlo?) no era exactamente la misma que recordaba, o puede que sí lo fuese pero con algo añadido o suprimido, la misma voz con un registro ligeramente distinto: Walker distanciado de sí mismo y del mundo, impedido, enfermo, hablando en voz baja, lentamente, con un estremecimiento apenas perceptible en cada palabra que se escapaba de sus labios, como haciendo acopio de todas sus fuerzas para expulsar el aire por la tráquea y dirigirlo al teléfono.

—Qué hay, Jim, —me dijo—. Espero no haberte interrumpido la cena.

—En absoluto, —contesté—. No empezaremos a cenar hasta dentro de veinte o treinta minutos.

—Bien. Entonces debes estar con el aperitivo. Suponiendo que aún bebas.

—Sigo bebiendo. Y eso es exactamente lo que estamos haciendo ahora. Mi mujer y yo nos estamos trasegando una botella de vino, y mientras el pollo se asa en el horno nos vamos sumiendo en un agradable sopor.

—Los placeres de la vida doméstica.

—¿Y tú cómo andas? ¿Qué tal vas?

—No podría ir mejor. Un contratiempo sin importancia el mes pasado, pero todo va bien otra vez, y me estoy dejando las cejas de tanto trabajar. Quería que lo supieras.

—¿Trabajando en el libro?

—Trabajando en el libro.

—Lo que significa que te has desbloqueado.

—Por eso te llamo. Para darte las gracias por tu última carta.

—¿Otro enfoque, entonces?

—Sí, y me ha ayudado enormemente.

—Son buenas noticias.

—Eso espero. Una materia bastante cruda, me temo. Cosas horribles a las que no había tenido el valor o la voluntad de enfrentarme durante años, pero eso ya ha pasado y estoy preparando frenéticamente el esquema del tercer capítulo.

—¿Quieres decir que ya has acabado el segundo?

—Un borrador. Hace unos diez días que lo terminé.

—¿Por qué no me lo has enviado?

—No sé. Estoy muy nervioso, supongo. Nada seguro de mí mismo.

—No seas ridículo.

—Pensé que sería mejor esperar hasta que todo estuviera acabado antes de enseñártelo.

—No, no, mándame ahora la segunda parte. Así podremos comentarlo la semana que viene en Oakland, cuando vaya a verte.

—Cuando lo hayas leído, a lo mejor no quieres venir.

—Pero ¿qué estás diciendo?

—Es repugnante, Jim. Cada vez que lo pienso, me dan ganas de vomitar.

—Envíamelo de todas formas. Cualquiera que sea mi reacción, te prometo que no me echaré atrás en lo de la cena. Quiero volverte a ver.

—Yo también quiero verte a ti.

—Estupendo. Todo arreglado, entonces. El veinticinco a las siete de la tarde.

—Eres muy amable conmigo.

—Pero si no he hecho nada.

—Más de lo que te imaginas, señor mío; más de lo que te imaginas.

—Cuídate, ¿de acuerdo?

—Haré lo que pueda.

—Nos veremos el veinticinco, entonces.

—Sí, el veinticinco. A las siete en punto.

Sólo cuando colgamos me di cuenta del desasosiego que me había producido aquella conversación. En primer lugar, estaba seguro de que Walker mentía sobre su estado de salud —que no era bueno, nada bueno en absoluto, y sin duda empeoraba a cada momento—, y aunque resultaba muy comprensible que tratara de ocultarme la verdad, de evitar mediante una actitud displicente cualquier arranque de compasión por mi parte mostrando una falsa alegría de estoico (*¡No podría ir mejor!*), yo percibía de todos modos (lo que no deja de ser paradójico) en sus palabras cierto *tono* lastimero, como si de principio a fin de nuestra charla hubiera tratado de contener las lágrimas, esforzándose por no perder la compostura y echarse a llorar por teléfono. Su condición física ya era una causa de grave preocupación, pero ahora me inquietaba su estado mental. En determinados momentos de la conversación, me había dado la impresión de ser una persona al borde de una crisis nerviosa, un hombre que a duras penas mantenía la entereza con unas cuantas ligaduras deshilachadas de cuerda y alambre. ¿Era posible que el hecho de escribir el nuevo capítulo de su libro lo hubiera agotado hasta ese punto? ¿O sólo se trataba de un

factor más, entre otros muchos? Walker se estaba muriendo, al fin y al cabo, y tal vez esa sola circunstancia, el absorbente horror de su próxima muerte, era algo a lo que ya era incapaz de enfrentarse. Y sin embargo la causa de su trémulo y lloroso tono de voz podría ser igualmente una reacción adversa a un medicamento que estuviera tomando, el efecto secundario de alguna pócima que lo ayudara a seguir viviendo. No estaba seguro. No sabía nada, pero tras la lúcida y directa descripción de sí mismo en la primera parte del libro, junto con las dos elocuentes y valerosas cartas que me había enviado, me sentí un tanto desconcertado por lo diferente que parecía en persona. Me pregunté cómo sería pasar una velada en su compañía, circundado por el íntimo mundo de su declinante y devastada existencia, y por primera vez desde que acepté su invitación empecé a temer nuestro encuentro.

Dos días después de su llamada, llegó a mi casa la segunda parte de su libro en un sobre de FedEx. Una breve nota de acompañamiento me informaba de que al fin había dado con el título, *1967*, y de que cada capítulo iría encabezado con el nombre de una estación. La primera parte era *Primavera*, la que acababa de recibir se titulaba *Verano*, y en la que ahora trabajaba recibiría el nombre de *Otoño*. Ya le había oído describir por teléfono las páginas nuevas, y con los términos crudo, horrible y repugnante aún frescos en mi memoria, me preparé para algo insoportable, una historia aún más acerba y turbadora que *Primavera*.

VERANO

La primavera da paso al verano. Para ti es el verano siguiente a la primavera de Rudolf Born, pero para el resto del mundo es el de la guerra de los Seis Días, el de los disturbios raciales en más de un centenar de ciudades norteamericanas, el Verano del Amor. Ya has cumplido veinte años y acabas de terminar el segundo curso de carrera. Cuando estalla la guerra en Oriente Próximo, piensas en alistarte en el ejército israelí y hacerte soldado, aun cuando eres un pacifista declarado y nunca has mostrado interés alguno por el sionismo, pero antes de que llegues a tomar una decisión y hacer planes, la guerra concluye de pronto, y te quedas en Nueva York.

No obstante, sientes un apremiante deseo de salir del país, de estar en cualquier sitio menos en donde te encuentras ahora, y en consecuencia ya has ido a ver al decano de la facultad para decirle que quieres matricularte en el curso de estudios en el extranjero de tercer año (tras larga consulta con tu padre, que a regañadientes ha dado su aprobación). Has escogido París. No vas allí simplemente porque tienes cariño a esa ciudad, que visitaste por primera vez hace dos veranos, sino porque tienes ganas de perfeccionar el francés, que de momento es aceptable pero que sería conveniente mejorar. Eres consciente de que Born está en París, o al menos lo

supones, pero sopesas mentalmente las posibilidades de encontrarte con él por casualidad y concluyes que son escasas. Y si se produjera dicha eventualidad, te sientes preparado para manejarla de forma adecuada a las circunstancias. ¿Acaso sería difícil volver la cabeza al pasar por su lado? Eso es lo que te dices, en cualquier caso, pero en lo más hondo de tu ser te representas escenas en las que no vuelves la cabeza, en las que te enfrentas a él en medio de la calle y lo estrangulas con tus propias manos.

Vives en un apartamento de dos habitaciones en un edificio de la calle Ciento siete Oeste, entre Broadway y Amsterdam Avenue. Tu compañero de piso acaba de licenciarse y se marcha de la ciudad, y como necesitas a alguien que comparta la casa contigo, ya has invitado a tu hermana a que ocupe la otra habitación; porque, según ha querido la suerte, ha acabado la carrera en Vassar y está a punto de empezar el doctorado en el Departamento de Inglés en Columbia. Tu hermana y tú siempre habéis estado muy unidos –íntimos amigos, conspiradores, obsesionados guardianes de la memoria de vuestro hermano, compañeros en el estudio de las letras, confidentes–, y estás contento con el plan. Sólo es para el verano, por supuesto, porque en septiembre cogerás el avión a París, pero estaréis juntos parte del mes de junio y todo julio y agosto, viviendo bajo el mismo techo por primera vez en muchos años. Cuando te vayas, tu hermana se hará cargo del arrendamiento y buscará a otra persona para ocupar la habitación que tú habrás dejado libre.

Tu familia disfruta de una posición acomodada, aunque no en exceso, no es rica según los criterios de los ricos, y aunque tu padre sea lo bastante generoso para facilitarte una asignación que cubre los gastos corrientes, te hace falta más dinero para comprar los libros y los discos que necesitas, ir a ver las películas que te interesan, fumar los cigarrillos que te gustan, así que te pones a buscar un trabajo para el verano. Tu hermana ya ha encontrado uno para ella. Sólo es dieciséis meses mayor que tú, pero su relación con el mundo siempre ha sido más sensata y prudente que la tuya, y a los pocos días de saber que iba a estudiar en Columbia y compartir contigo el apartamento de la calle Ciento siete Oeste, se dedicó a buscar un trabajo compatible con sus intereses y aptitudes. Por consiguiente, todo lo tiene arreglado de antemano, y en cuanto llegue a Nueva York, empezará a trabajar de auxiliar en el departamento de corrección de textos de una importante editorial del centro de la ciudad. Tú, en cambio, a tu modo disperso y azaroso, has ido aplazando la búsqueda hasta el último momento, y como te resistes a la idea de pasarte cuarenta horas a la semana en una oficina con una corbata anudada al cuello, aprovechas la primera oportunidad que se presenta. Un amigo acaba de marcharse de la ciudad a pasar el verano, y haces una solicitud para ocupar su puesto de ayudante en la Biblioteca Butler de la Universidad de Columbia. El salario no llega a la mitad de lo que gana tu hermana, pero te consuelas con la idea de que puedes ir andando al trabajo, lo que te

evitará el suplicio de tener que meterte dos veces al día en un vagón de metro rebosante de sudorosos viajeros.

Te hacen una prueba antes de contratarte. La bibliotecaria titular te entrega un montón de fichas, unas ochenta o cien, quizás, cada una con el título de un libro, el nombre del autor, el año de publicación, y un número del sistema de clasificación decimal de Dewey que indica el estante y lugar en donde debe colocarse. La bibliotecaria es una mujer ceñuda de unos sesenta años, una tal señorita Greer, y ya parece recelar de ti, decidida a no transigir un ápice. Como acaba de conocerte y no puede saber cómo eres, te imaginas que desconfía de toda la gente joven –por cuestión de principios– y por tanto lo que ve en ti cuando te mira no eres tú, sino un guerrillero más en la lucha contra la autoridad, un indómito rebelde que no tiene ningún derecho a irrumpir en el santuario de su biblioteca para pedir trabajo. Ésa es la época en que vives, en la que vivís los dos. Te da instrucciones para que ordenes las fichas, y notas cómo ansía que te equivoques, lo contenta que se pondría rechazando tu solicitud, y como tú quieres conseguir el trabajo con las mismas ganas que ella tiene de no dártelo, te aseguras de no fallar. Quince minutos después, le entregas las fichas. Se sienta y se pone a examinarlas, una por una, una detrás de otra, de la primera a la última, y cuando vas viendo cómo la escéptica expresión de su rostro se disuelve en una especie de confusión, comprendes que lo has hecho bien. El rostro glacial esboza una tenue sonrisa. Dice: Nadie llega a hacerlo a la perfección. Es la primera vez que lo veo en treinta años.

Trabajas de diez de la mañana a cuatro de la tarde, de lunes a viernes. Acostumbras a llegar temprano, y entras en el vasto y pretencioso edificio neoclásico concebido por James Gamble Rogers con el almuerzo en una bolsa de papel marrón. Dejando aparte su pompa y solemnidad, el edificio nunca deja de impresionarte con sus volúmenes y grandiosidad, pero la palma de la idiotez, piensas, se la llevan, con el mayor de los bochornos, los nombres de los ilustres muertos cincelados en la fachada –Heródoto, Homero, Platón, junto con otros muchos–, y todas las mañanas te imaginas la diferente impresión que daría la biblioteca si estuviera decorada con otra serie de nombres: músicos de jazz, por ejemplo (Fats Waller, Charlie Parker, Benny Goodman), diosas del cine de los años cuarenta (Ingrid Bergman, Hedy Lamarr, Gene Tierney), poco conocidos y menos recordados jugadores de béisbol (Gus Zernial, Wayne Terwilliger, Clyde Kluttz), o, simplemente, los nombres de tus amigos. Y así empieza la jornada. Entras por la puerta principal, el pesado portón con sus brillantes accesorios de cobre, subes por la escalinata de mármol, echas un vistazo al retrato de Eisenhower (antiguo rector de la universidad, presidente luego del país durante tu infancia), y pasas a una pequeña sala a la derecha del mostrador central, en donde das los buenos días al señor Goines, tu jefe, un hombre menudo con gafas de búho y vientre prominente, que te indica el quehacer diario. En esencia, sólo hay dos tareas

que realizar. O vuelves a colocar libros en los estantes o envías desde los pisos superiores al mostrador central las nuevas peticiones de libros con el montacargas. Cada trabajo tiene sus ventajas y sus inconvenientes, y todos pueden ser realizados por cualquiera que posea la capacidad mental de una mosca de la fruta.

Al poner los libros en las estanterías, debes comprobar y después confirmar que el número decimal Dewey del libro que estás colocando en el estante sea un punto superior al del volumen que está a su izquierda y un punto inferior al de su derecha. Los libros se cargan en un carrito de madera provisto de cuatro ruedas, entre cincuenta y cien por cada sesión de colocación, y mientras diriges tu pequeño vehículo por el laberinto de estanterías, te encuentras solo, sempiterna e interminablemente solo, porque el recinto está prohibido a todo aquel que no sea empleado de la biblioteca, y la única persona a la que ves alguna vez es a uno de tus compañeros auxiliares, atendiendo el mostrador frente al montacargas. Cada una de las diversas plantas es idéntica a todas las demás: un inmenso espacio sin ventanas repleto de sucesivas filas de altísimas estanterías metálicas de color gris, todas ellas llenas de libros hasta el límite de su capacidad, miles de volúmenes, decenas de miles, centenares de miles, un millón, y en ocasiones hasta tú, aficionado a los libros como el que más, te quedas anonadado, angustiado, incluso asqueado al considerar cuántos miles de millones, cuántos billones de palabras contienen esos libros. Todos los días te quedas aislado del mundo durante horas, habitando lo que has dado en denominar una burbuja sin aire, aunque debe haberlo porque estás respirando, pero es aire muerto, aire quieto durante siglos, y en ese ambiente sofocante muchas veces te sientes soñoliento, narcotizado hasta el letargo, y tratas de que no te venza el deseo de echarte a dormir en el suelo.

Sin embargo, en tus tareas de archivar libros a veces te encuentras con hallazgos inesperados, y la nube de aburrimiento que te envuelve se levanta momentáneamente. Descubrir una edición de 1670 de *El Paraíso perdido*, por ejemplo. No se trata de la impresión original de 1667, pero se acerca mucho, un ejemplar que salió de las prensas en vida de Milton, un libro que posiblemente tuvo el poeta en sus manos, y te maravillas de que ese precioso volumen no esté guardado en una cámara a temperatura controlada para libros raros sino a la intemperie, en las mohosas estanterías. ¿Por qué es tan importante para ti ese descubrimiento, por qué te tiemblan las manos al abrir el libro y empezar a examinar sus páginas? Porque te has pasado los últimos meses inmerso en John Milton, estudiándolo con más detenimiento que a ningún otro poeta que hayas leído jamás. Durante la angustiosa primavera de Rudolf Born, eras uno de los diversos estudiantes apuntados a la clase de Edward Taylor, el famoso curso sobre Milton impartido por el mejor profesor que tuviste en todo el año, y asistías tanto a conferencias como a seminarios, abriéndote camino laboriosamente a través de *Areopagítica*, *El Paraíso perdido*, *El Paraíso recobrado*, *Sansón agonista*,

además de toda una serie de obras breves, y ahora que Milton te ha llegado a encantar y lo consideras superior a todos los poetas de su tiempo, sientes una instantánea oleada de felicidad cuando encuentras ese tomo, ese antiguo volumen de trescientos años atrás, mientras llevas a cabo tus lúgubres rondas colocando libros en las estanterías de la Biblioteca Butler.

Lamentablemente, tales momentos de felicidad no se producen a menudo. No es que estés especialmente a disgusto con tu trabajo en la biblioteca, pero a medida que pasa el tiempo y se van acumulando las horas, te resulta cada vez más difícil mantener la concentración en lo que estás haciendo, por mecánicas que puedan ser tus tareas. Una sensación de irrealidad te invade cada vez que pones el pie en ese recinto de silenciosas estanterías, la impresión de que no te encuentras realmente allí, de que estás atrapado en un cuerpo que ha dejado de pertenecerte. Y así sucede que una tarde, sólo dos semanas después de haber merecido el trabajo de ayudante con la única prueba perfecta en los anales de la biblioteca, al encontrarte en un pasillo de historia medieval alemana realizando otra incursión en las estanterías, te llevas un susto de muerte cuando alguien te da unos golpecitos en el hombro por detrás. Te vuelves instintivamente para encararte con la persona que te ha tocado –sin duda alguien que se ha colado de forma inadvertida en esa zona restringida para asaltar o robar a la primera víctima que pueda encontrar– y entonces, con gran alivio, ves al señor Goines, que te está mirando con una compungida expresión en el rostro. Sin decir palabra, alza la mano derecha, dobla el dedo índice en tu dirección, y con gesto impaciente, moviéndolo repetidas veces, te indica que vayas tras él. El hombrecillo echa a andar como un pato por el pasillo, tuerce a la derecha al llegar al corredor, pasa por una fila de estanterías, luego por otra, y vuelve a desviarse a la derecha por un pasillo de historia medieval francesa. Has estado allí con el carro no hace ni veinte minutos, colocando varios libros sobre la vida cotidiana en la Normandía del siglo x, y efectivamente el señor Goines va derecho al sitio en que has estado trabajando. Señala el estante y dice: Fíjate en esto, de modo que te agachas y miras. Al principio no observas nada fuera de lo corriente, pero entonces el señor Goines saca dos libros de la estantería, dos volúmenes separados por una distancia de unos treinta centímetros, con otros tres o cuatro libros entre medias. Tu jefe te pone los dos libros cerca de la cara, indicándote claramente que quiere que leas el número decimal Dewey pegado en el lomo, y sólo entonces te das cuenta de tu error. Has invertido la colocación de los volúmenes, poniendo el primero en el lugar del segundo y dejando el segundo en donde debía estar el primero. Por favor, dice el señor Goines, con voz un tanto desdeñosa, no lo vuelvas a hacer. Si un libro se coloca donde no le corresponde, puede estar perdido durante veinte años o más, quizá para siempre.

Es un asunto de poca importancia, quizás, pero te sientes humillado por tu negligencia. No es que los dos libros en cuestión fueran a perderse (se encontraban en

el mismo estante, al fin y al cabo, a sólo unos centímetros uno de otro), pero entiendes lo que el señor Goines trata de decir, y aunque te irrita el tono condescendiente que adopta contigo, te disculpas y prometes prestar más atención en el futuro. Piensas: ¡Veinte años! ¡Para siempre! Esa idea te deja pasmado. Pon algo donde no le corresponde, y aunque siga estando ahí –prácticamente delante de tus narices– puede desaparecer hasta el fin de los tiempos.

Vuelves al carro y sigues colocando libros de historia medieval alemana. Hasta ahora no has sabido que te estaban espiando. Eso te deja mal sabor de boca, y te dices que debes tener cuidado, mantenerte alerta, no dar nunca nada por sentado, ni siquiera en el afable y soporífero recinto de una biblioteca universitaria.

Las expediciones a las estanterías consumen aproximadamente media jornada. Pasas la otra mitad sentado detrás de un pequeño escritorio en los pisos superiores, esperando que de las entrañas del edificio surja un tubo neumático con una papeleta de préstamo que te ordena buscar este o aquel libro para el estudiante o profesor que acaba de pedirlo abajo. El tubo neumático hace un ruido característico, vibrante, mientras se precipita velozmente a su destino, y puedes oírlo desde el momento en que inicia su ascensión. Las estanterías están distribuidas entre varias plantas, y como eres uno de los diversos ayudantes sentados frente a su mesa en cada uno de esos pisos, no sabes si el tubo neumático con la papeleta de préstamo enrollada en su interior viene dirigida a ti o a uno de tus colegas. No lo averiguas hasta el último segundo, pero si efectivamente es para ti, el cilindro metálico irrumpe con fuerza a tu espalda por una abertura en la pared y aterriza en la caja con un sordo batacazo, activando instantáneamente un mecanismo que enciende las cuarenta o cincuenta bombillas rojas dispuestas por el techo de un extremo a otro de la estancia. Esas luces son algo fundamental, pues puede darse que te hayas levantado de la mesa cuando llega el tubo, y estés buscando otro libro, de modo que al ver las bombillas ya sabes que acaba de llegar otro pedido. Si no te has alejado del escritorio, sacas la papeleta del tubo, vas a buscar el libro o los libros que hayan pedido, vuelves a la mesa, metes la papeleta de pedido en cada libro (asegurándote de que la parte de arriba sobresale unos cinco centímetros), pones los volúmenes en el montacargas, que está en la pared de detrás de la mesa, y pulsas el botón de la segunda planta. Para concluir la operación, devuelves el tubo introduciéndolo por una pequeña cavidad en la pared. Oyes un agradable silbido cuando el cilindro es absorbido en el vacío, y las más de las veces te quedas un momento allí de pie, siguiendo el rumor del vibrante proyectil mientras se precipita por el conducto en su trayectoria descendente. Luego vuelves a la mesa. Te sientas en la silla. Y esperas al siguiente pedido.

A primera vista, no tiene nada de particular. ¿Qué podría ser más sencillo o menos laborioso que poner libros en un montacargas y pulsar un botón? Tras el arduo trabajo de colocar volúmenes en los estantes, se pensaría que tu tarea de estar frente a la

mesa constituye un descanso bien merecido. Siempre que no haya libros que buscar (y muchos días sólo te envían el tubo neumático tres o cuatro veces en otras tantas horas), puedes hacer lo que te venga en gana. Leer o escribir, por ejemplo, deambular por la planta y meter la nariz en textos arcanos, hacer dibujos, echarte alguna que otra siesta a escondidas. En uno u otro momento, logras hacer todas esas cosas, o lo intentas, pero el ambiente en las estanterías es tan opresivo, que te resulta difícil centrar la atención mucho tiempo seguido en el libro que estás leyendo o el poema que tratas de componer. Te sientes como atrapado en una incubadora, y poco a poco llegas a entender que la biblioteca sirve única y exclusivamente para una cosa: entregarse a fantasías sexuales. No sabes por qué te ocurre eso, pero cuanto más tiempo pasas entre ese aire irrespirable, más se te llena la cabeza de imágenes de hermosas mujeres, de mujeres desnudas, y en lo único que puedes pensar (si *pensar* es la palabra adecuada en este contexto) es en follar con hermosas mujeres desnudas. No en alguna alcoba femenina, sensualmente decorada, ni tampoco en un tranquilo y placentero prado, sino ahí mismo, en el suelo de la biblioteca, revolcándote en sudoroso abandono mientras el polvoriento espíritu de millones de libros revolotea en el aire a tu alrededor. Te follas a Hedy Lamarr. Te follas a Ingrid Bergman. Te follas a Gene Tierney. Copulas con rubias y morenas, con negras y chinas, con todas las mujeres a quienes has deseado, una por una, a pares, tres a la vez. Las horas se suceden despacio, y allí sentado, en la cuarta planta de la Biblioteca Butler, notas que la polla se te pone tiesa. Ahora siempre la tienes dura, continuamente, con la más firme de las erecciones, y a veces la tensión es tan grande que te levantas de la mesa, te precipitas por el pasillo hacia el servicio de caballeros, y te la machacas en el retrete. Te das asco a ti mismo. Te sorprendes de lo rápidamente que cedés a tus deseos. Cuando te subes la cremallera juras que nunca volverá a suceder, que es exactamente lo que te dijiste hace veinticuatro horas. La vergüenza te persigue cuando vuelves a la mesa, y te sientas preguntándote si no te pasará algo grave. Concluyes que nunca te has sentido más solo, que eres la persona más triste y sola del mundo. Piensas que vas camino de una depresión nerviosa.

Te dice tu hermana: —¿Qué te parece, Adam? ¿Nos vamos a casa el fin de semana o nos quedamos aquí, pasando calor en Nueva York?

—Nos quedamos, —contestas tú, mientras piensas en el viaje en autobús a Nueva Jersey y las largas horas que habrás de estar hablando con tus padres—. Si hace demasiado calor en el apartamento, —añades—, siempre podemos ir al cine. El sábado y el domingo ponen buenas cosas en el *New Yorker* y el *Thalia*, y nos refrescaremos con el aire acondicionado.

Estamos a primeros de julio, y tu hermana y tú ya lleváis dos semanas viviendo juntos. Como todos tus amigos han desaparecido hasta que acabe el verano, Gwyn es

la única persona que ves a menudo; prescindiendo de la gente que trabaja en la biblioteca, aunque ésa no cuenta mucho. No tienes novia por el momento (Margot ha sido la última mujer con la que te has acostado), y tu hermana ha roto hace poco con el joven profesor con quien salía desde hace año y medio. Por tanto, sólo os tenéis el uno al otro para haceros compañía, pero no hay nada malo en eso por lo que a vosotros respecta, y en definitiva estás más que satisfecho con la forma en que están yendo las cosas desde que ella se ha venido a vivir contigo. Estás muy a gusto a su lado, con ella puedes hablar con mayor franqueza que con nadie que conozcas, y es increíble lo libre de conflictos que están vuestras relaciones. De vez en cuando, Gwyn se molesta contigo porque se te olvida fregar los platos o dejas el baño hecho una pena, pero cada vez que fracasas en el ámbito doméstico prometes enmendar tus indolentes hábitos, y poco a poco has ido mejorando.

Es una solución perfecta, entonces, tal como te habías figurado cuando le propusiste la idea por primera vez, y ahora que poco a poco te vas desmoronando en tu trabajo en el Castillo de los Bostezos, comprendes que vivir con tu hermana en el apartamento es indudablemente una ayuda para mantener la cordura, que más que cualquier otra persona Gwyn tiene el don de aliviar la carga de desesperación que llevas en tu interior. Por otro lado, el hecho de que estéis juntos de nuevo ha producido ciertos efectos curiosos, consecuencias que no habías previsto cuando ambos discutisteis en primavera la posibilidad de volver a aliaros. Ahora te preguntas cómo puedes haber estado tan ciego. Gwyn y tú sois hermanos, pertenecéis a la misma familia, y por tanto es muy natural que, en el curso de las largas conversaciones que mantenéis, salga a relucir de vez en cuando algún asunto familiar –comentarios sobre vuestros padres, referencias al pasado, recuerdos de pequeños detalles de la vida que compartisteis de pequeños–, y como esos temas se han tocado tan a menudo durante las semanas que habéis pasado juntos, te pones a pensar en ellos incluso cuando estás solo. No quieres recordarlos, pero lo haces. Te has pasado los dos últimos años tratando conscientemente de evitar a tus padres, haciendo todo lo posible para mantenerlos a distancia, y sólo has vuelto a Westfield cuando estabas seguro de que Gwyn también iba a estar en casa. Sigues queriendo a tus padres, pero ya no te caen especialmente bien. Llegaste a esa conclusión después de que tu hermana se fuera a la universidad, dejándote solo con ellos durante los dos últimos años de instituto, y cuando finalmente te tocó a ti el turno de marcharte, te sentiste como si te hubieras escapado de la cárcel. No es que te enorgullezcas de esos sentimientos –en realidad, te repelen, te asusta tu frialdad y falta de humanidad–, y te recriminas continuamente el hecho de aceptar dinero de tu padre, que te mantiene y paga la matrícula, pero necesitas seguir en la universidad para estar lejos de él y de tu madre, y como careces de recursos propios, y tu padre gana demasiado para que tengas derecho a una beca, ¿qué remedio te queda sino tragarte la ignominia de tu

falsa posición? Así que sales corriendo, y al hacerlo sabes que te va la vida en ello, y a menos que mantengas la distancia entre tus padres y tú, empezarás a languidecer y morirás, igual que tu hermano Andy murió ahogado en el lago Eco el 10 de agosto de 1957, esa laguna de Nueva Jersey de nombre tan extrañamente apropiado, porque Eco también languideció y murió, y cuando su amado Narciso se ahogó, nada quedó de ella sino un montón de huesos y el lamento de su incorpórea e inextinguible voz.

No quieres pensar en esas cosas. No te apetece acordarte de tus padres ni de los ocho años que pasaste encerrado en la casa del dolor. Tenías diez años en el momento que Andy murió, y a Gwyn y a ti os habían enviado a un campamento de verano en el estado de Nueva York, lo que significa que ninguno de los dos estabais allí cuando ocurrió el accidente. Tu madre estaba sola con el pequeño Andy, de siete años, pensando en pasar una semana en el chalet a orillas del lago que tu padre había comprado en 1949, cuando tu hermana y tú no erais más que unos mocosos, el lugar de veraneo de la familia, el sitio de humeantes barbacoas y crepúsculos infestados de mosquitos, y la ironía radicaba en que estaban vendiendo la casa, aquél iba a ser el último verano en el lago Eco, a sólo una hora en coche de casa pero sin ser ya el tranquilo retiro que había sido, ahora que estaban construyendo todas aquellas casas, y así, con sus dos hijos mayores ausentes, tu madre sucumbió a un acceso de nostalgia y decidió llevar a Andy al lago, aun cuando tu padre se encontraba demasiado ocupado para acompañarlos. Andy no sabía nadar bien todavía, seguía esforzándose para no perder la práctica, pero había en él algo temerario que lo incitaba a la travesura con tan impulsiva exuberancia que todo el mundo lo consideraba destinado a conseguir un título superior en Trastadas. El tercer día de su estancia, a eso de las seis de la mañana, con tu madre aún durmiendo en su cuarto, a Andy se le metió en la cabeza ir a bañarse sin nadie que lo acompañara. Antes de marcharse, el aventurero de siete años se sentó a redactar un mensaje breve y mal escrito –*Querida mam estoi nel lago Vesos Andy*–, salió luego de puntillas de la casa, se tiró al agua, y se ahogó. *Estoi nel lago.*

No quieres pensar en eso. Ya te has largado, y no tienes valor para volver a esa casa de gritos y silencios, escuchar a tu madre dando alaridos en el piso de arriba, abrir de nuevo el botiquín y contar los frascos de tranquilizantes y antidepresivos, pensar en los médicos y las crisis nerviosas y el intento de suicidio y la prolongada estancia en el hospital cuando tenías doce años. No quieres recordar los ojos de tu padre ni cómo durante años te miraban sin verte, ni su rutina de autómatas de levantarse a las seis en punto de la mañana y no volver a casa del trabajo hasta las nueve de la noche, ni su negativa a mencionar el nombre de su hijo muerto delante de ti y de tu hermana. Ya no lo veías sino en contadas ocasiones, y con tu madre casi incapaz de atender la casa y preparar la comida, el ritual de la cena familiar llegó a su fin. Las tareas domésticas de la limpieza y la cocina eran cosa de una sucesión de

presuntas doncellas, por lo general decrepitas mujeres negras de sesenta y tantos años, y como la mayoría de las veces tu madre prefería cenar sola en su habitación, normalmente sólo estabais tu hermana y tú, sentados frente a frente a la mesa de formica rosa de la cocina. Dónde cenaba tu padre era un misterio para ti. Te figurabas que iría a restaurantes, quizás al mismo todas las noches, pero él nunca decía una palabra sobre eso.

Te resulta doloroso pensar en esas cosas, pero ahora que tu hermana vuelve a estar contigo, no lo puedes evitar, los recuerdos afloran a tu memoria contra tu voluntad, y cuando te sientas a trabajar en el largo poema que empezaste en junio, a menudo te detienes a mitad de una frase, te quedas mirando por la ventana, y te pones a recordar tu infancia.

Ahora comprendes que empezaste a huir de ellos mucho antes de lo que sospechabas. De no haber sido por la muerte de Andy, probablemente habrías sido un hijo bueno y obediente hasta el momento de marcharte de casa, pero una vez que el equilibrio de la casa se vino abajo —con tu madre retrayéndose a un perpetuo estado de luto, agobiada por la culpa, y tu padre ya apenas presente—, no tuviste más remedio que mirar a otra parte en busca de una especie de existencia sostenible. En el restringido mundo de la infancia, eso significaba el colegio y el campo de béisbol en donde jugabas con tus amigos. Querías destacar en todo, y como tenías la suerte de estar dotado de una inteligencia razonable y un físico vigoroso, casi siempre sacabas las mejores notas de la clase y te lucías en toda una serie de deportes. Nunca te pusiste a pensar en nada de esto (eras demasiado joven para ello), pero aquellos éxitos te ayudaban a contrarrestar en buena medida el lúgubre ambiente que se respiraba en tu casa, y cuantos más triunfos cosechabas, más afirmabas tu independencia de tus padres. Ellos te deseaban lo mejor, desde luego, no se ponían en tu contra, pero llegó un momento (podrías tener once años) en que empezaste a anhelar la admiración de tus amigos tanto como ansiabas el cariño de tus padres.

Horas después de que se llevaran a tu madre al manicomio, hiciste el juramento, por la memoria de tu hermano, de ser una buena persona durante el resto de tu vida. Estabas en el cuarto de baño, según recuerdas, solo en el cuarto de baño, procurando contener las lágrimas, y por buena persona entendías ser honrado, amable y generoso, no burlarte jamás de nadie, nunca sentirte superior a nadie, y tampoco buscar pelea por nada. Tenías doce años. Al cumplir los trece, dejaste de creer en Dios. A los catorce, te pasaste el primero de tres veranos consecutivos trabajando en el supermercado de tu padre (metiendo la compra en bolsas, colocando artículos, llevando la caja, firmando albaranes de entrega, sacando la basura: perfeccionando así las aptitudes que te llevarían a tu encumbrada posición de ayudante en la biblioteca de Columbia). A los quince años, te enamoraste de una chica llamada Patty French. Ese mismo año dijiste a tu hermana que ibas a ser poeta. Cuando ya tenías

dieciséis, Gwyn se marchó de casa y tú caíste en el exilio interior.

Sin tu hermana nunca habrías recorrido ni la mitad de ese trayecto. Por mucho que ansiaras labrarte una vida por ti mismo fuera del ámbito familiar, era en casa en donde vivías, y sin Gwyn para protegerte dentro de aquellos muros, te habrías visto asfixiado, anulado, empujado a la locura. No hay recuerdos precoces, aunque el primero es a los cinco años con los dos desnudos en la bañera, tu madre lavando el pelo a Gwyn, el champú espumeando en blancas puntas y extrañas ondulaciones cuando tu hermana echa la cabeza atrás, riendo, y tú te la quedas mirando en extasiada admiración. Ya la querías más que a nadie en el mundo, y hasta que tuviste seis o siete años suponías que siempre vivirías con ella, que acabaríais siendo marido y mujer. No es preciso añadir que a veces os peleabais y os jugabais malas pasadas el uno al otro, pero no habitualmente, ni la mitad de las veces que suelen hacerlo los hermanos. Os parecíais tanto, los dos con el pelo negro y los ojos verdes, el cuerpo alargado y la boca pequeña, tan semejantes que podríais haber pasado por las versiones masculina y femenina de la misma persona, y entonces irrumpió el Andy de piel blanca, bucles rubios y rolliza constitución, y desde el principio os pareció un personaje cómico, un enano avisado con pañales húmedos que se había incorporado a la familia con el único objeto de entreteneros. Durante su primer año de vida, lo tratasteis como un juguete o un perrito de compañía, pero luego empezó a hablar, y resolvisteis de mala gana que debía de ser una criatura humana. Una persona de verdad, entonces, pero al contrario que tu hermana y tú, que tendíais a ser comedidos y educados, vuestro hermanito era un demonio de humor cambiante, unas veces bullicioso y otras mohíno, propenso a súbitos e incontrolables accesos de llanto y a largas rachas de bárbaras y enloquecidas carcajadas. No podía ser fácil para él –tratando de abrir brecha en el círculo interior, intentando ponerse a la altura de sus hermanos mayores–, pero el desfase se difuminaba a medida que crecía, las frustraciones disminuían poco a poco, y cerca del final el llorica se iba convirtiendo en un buen chaval; más que un poco chiflado a veces (*Estoi nel lago*), pero buen chico a pesar de todo.

Justo antes de que Andy naciera, tus padres os cambiaron a tu hermana y a ti a habitaciones contiguas en la tercera planta. Allá arriba, bajo las tejas, era un reino aparte, un pequeño principado separado del resto de la casa, y después del cataclismo del lago Eco, sobrevenido en agosto de 1957, se convirtió en tu refugio, el único sitio de aquella fortaleza de amargura en donde tu hermana y tú podíais escapar de vuestros dolientes padres. Tú también sentías dolor, pero al modo de los niños, más egoísta, más solemne, quizás, y durante muchos meses tu hermana y tú os atormentasteis contando una y otra vez las perrerías que alguna vez habíais hecho a Andy –las befas, los comentarios hirientes, los insultos en broma, las bofetadas, los empujones y puñetazos un poco fuertes–, como si algún oscuro sentimiento de culpa

os impulsara a mortificaros, a degradaros en vuestra maldad repitiendo interminablemente la serie de fechorías que habíais cometido a lo largo de los años. Siempre soltabais esas retahílas por la noche, a oscuras, después de acostaros, los dos hablando por la puerta abierta que comunicaba vuestros cuartos, o si no uno en la cama del otro, tumbados de espaldas, mirando al techo invisible. Os sentíais como huérfanos entonces, con el espíritu de vuestros padres rondando por la planta de abajo, y dormir juntos se convirtió en un reflejo natural, un consuelo perdurable, un remedio para evitar las lágrimas y estremecimientos que con tanta frecuencia sobrevenían en los meses siguientes a la muerte de Andy.

Intimidades de ese género constituían el incuestionable terreno de tus relaciones con Gwyn. Se remontaban al principio, al límite mismo de la memoria consciente, y no puedes recordar un solo momento en que te sintieras a disgusto o cohibido en su presencia. Te bañabas con ella cuando erais pequeños, explorabais ansiosamente vuestros cuerpos jugando «a los médicos», y en las tardes de lluvia que pasabais encerrados en casa la actividad preferida de Gwyn era que saltarais desnudos sobre la cama. No por el placer de saltar, sino porque, tal como ella decía, le gustaba ver tu pene agitándose hacia arriba y hacia abajo, y por minúsculo que ese órgano fuese en aquel momento de tu vida, la complacías de buena gana, porque eso siempre le divertía, y nada te hacía tan feliz como ver reír a tu hermana. ¿Cuántos años tenías entonces? ¿Cuatro? ¿Cinco? Con el tiempo, los niños empiezan a rehuir el nudismo salvaje y bullanguero de los primeros años y a los seis o siete años ya se han alzado las barreras del pudor. Por la razón que fuese, eso no ocurrió con vosotros dos. Nada de chapoteos en la bañera quizás, se acabó el jugar a los médicos, y también el saltar sobre la cama, pero no aquello, la despreocupación nada norteamericana en lo que se refería a vuestros cuerpos. La puerta del baño que compartíais se quedaba abierta con frecuencia, ¿y cuántas veces pasaste por delante y viste a Gwyn meando en el retrete, en cuántas ocasiones te vio ella salir de la ducha sin nada de ropa encima? Veros desnudos era algo completamente natural, y ahora, en el verano de 1967, cuando dejas la pluma y miras por la ventana pensando en tu infancia, reflexionas sobre esa falta de inhibición y concluyes que se debía a la creencia de que tu cuerpo era de ella, de que os pertenecíais el uno al otro, y por tanto habría sido impensable obrar de otra manera. Es cierto que con el paso del tiempo os hicisteis algo más reservados, pero ni siquiera cuando vuestros cuerpos empezaron a cambiar llegasteis a marcar del todo las distancias. Recuerdas el día en que Gwyn entró en tu cuarto, se sentó en tu cama, y se levantó la blusa para enseñarte el primer y diminuto abultamiento de sus pezones, el primer signo de crecimiento de sus incipientes pechos. Recuerdas cuando le mostraste el principio de tu vello púbico y una de tus primeras erecciones adolescentes, y te acuerdas asimismo de estar con ella en el baño y ver cómo le corría la sangre por las piernas cuando tuvo su primer periodo. Ninguno de los dos lo

pensasteis dos veces para ir al encuentro del otro cuando ocurrieron tales milagros. Los acontecimientos que cambian la vida exigen un testigo, ¿y quién podía desempeñar mejor ese papel que uno de vosotros?

Entonces llegó la noche del gran experimento. Vuestros padres iban a pasar fuera el fin de semana, y habían decidido que tu hermana y tú ya erais lo bastante mayores para cuidaros solos sin nadie que os vigilara. Gwyn tenía quince años y tú catorce. Ella era casi una mujer, y tú apenas acababas de salir de la infancia, pero ambos estabais atrapados en la desesperación de la primera adolescencia, pensando de la mañana a la noche en las relaciones sexuales, masturbándoos de manera incesante, locos de deseo, vuestros cuerpos ardiendo de lascivas fantasías, ansiando que os tocaran, que os besaran, voraces e insatisfechos, excitados y solos, condenados. La semana anterior a la marcha de vuestros padres, ambos discutisteis abiertamente el dilema, la gran contradicción de ser lo bastante mayores para desearlas pero demasiado jóvenes para tenerlas. El mundo os había jugado una mala pasada obligándoos a vivir en la mitad del siglo xx, haciéndoos nada menos que ciudadanos de un país industrial avanzado, mientras que si hubieseis nacido en una tribu primitiva del Amazonas o los Mares del Sur, ya no seríais vírgenes. Entonces fue cuando tramasteis el plan –inmediatamente después de esa conversación–, pero esperasteis a que vuestros padres se marcharan antes de ponerlo en práctica.

Ibais a hacerlo una vez, sólo una. Tenía que ser un experimento, no una nueva forma de vivir, y por mucho que os gustara, debíais dejarlo después de aquella noche, porque si seguíais con ello llegaríais a entusiasmaros fácilmente, y las cosas se os podrían escapar de las manos, sin contar con que habría que ocuparse del problema de las sábanas manchadas de sangre, ni con la grotesca posibilidad, la inconcebible probabilidad que ninguno de vosotros se atrevía a mencionar en voz alta. Cualquiera cosa y hasta el final, decidisteis, pero nada de penetración, toda la gama de combinaciones y posturas, tantas como quisierais y durante el tiempo que os apeteciera, pero sería una noche de contactos sexuales sin cópula. Como ninguno de vosotros había tenido experiencias con nadie, la perspectiva era muy emocionante, y pasasteis los días anteriores a la marcha de vuestros padres en un delirio de expectación: con un susto de muerte, conmocionados por la audacia del plan, enloquecidos.

Era la primera oportunidad que tenías de manifestar a Gwyn cuánto la querías, de decirle lo bella que te parecía, de introducirle la lengua en la boca y besarla de la forma en que durante meses habías soñado. Temblabas al quitarte la ropa, te estremecías de la cabeza a los pies cuando te metiste en la cama y sentiste cómo se cerraban sus brazos en torno a ti. La habitación estaba a oscuras, pero distinguías vagamente el destello en los ojos de tu hermana, el contorno de su rostro, la silueta de su cuerpo, y cuando te introdujiste bajo las sábanas y sentiste su desnudez, el cuerpo

desnudo de tu hermana de quince años apretándose contra tu carne desnuda, tuviste un escalofrío, te quedaste casi sin respiración por la avalancha de sensaciones que te invadía. Permanecisteis varios momentos uno en brazos del otro, las piernas entrelazadas, las mejillas juntas, demasiado sobrecogidos para hacer otra cosa que aferraros el uno al otro y confiar en que no estallaríais de puro terror. Finalmente, Gwyn empezó a pasarte las manos por la espalda, te rozó la cara con los labios y luego te besó, con fuerza, con una agresividad que no te esperabas, y cuando su lengua entró en tu boca como un relámpago, comprendiste que no había nada mejor en el mundo que te besaran de la forma en que ella lo estaba haciendo, que aquello era sin discusión la única y más importante justificación de estar vivo. Os seguisteis besando durante largo rato, ronroneando los dos y manoseándoos mientras vuestras lenguas se agitaban y la saliva se escapaba de vuestros labios. Por fin te armaste de valor y colocaste la palma de las manos en sus pechos, en sus pequeños senos, aún no plenamente desarrollados, y por primera vez en tu vida te dijiste a ti mismo: estoy tocando los pechos desnudos de una chica. Después de acariciarlos durante un tiempo, te pusiste a besar los sitios que habías tocado, a pasarle la lengua por la areola, a chuparle los pezones, y te sorprendiste cuando se hicieron más firmes y erectos, tanto como lo estaba tu pene desde el momento en que te pusiste encima de tu hermana desnuda. Era demasiado para que lo asimilaras, con aquella iniciación en el esplendor de la anatomía femenina empujándote más allá de tus límites, y sin iniciativa alguna por parte de Gwyn tuviste de pronto tu primera eyaculación de la noche, un violento espasmo que acabó esparcido por todo su vientre. Afortunadamente, el sonrojo que pudieras haber tenido fue de corta duración, pues incluso en el momento en que el fluido emanaba de ti, Gwyn se había echado a reír, y a modo de brindis por tu hazaña, se restregó alegremente la mano por el estómago.

Aquello prosiguió durante horas. Ambos erais muy jóvenes, inexpertos e infatigables, estabais llenos de emoción, enloquecidos por vuestras mutuas ansias, y como habíais prometido que aquélla sería la única vez, ninguno de los dos queríais que terminara nunca. Así que seguisteis sin parar. Con la fuerza y energía de tus catorce años, pronto te recuperaste de tu descarga accidental, y cuando tu hermana te cogió tiernamente el rejuvenecido pene (sublime arrobamiento, júbilo indecible), seguiste adelante con tu lección de anatomía transitando con las manos y la boca por otras zonas de su cuerpo. Descubriste las tersas y deliciosas regiones de la nuca y de la cara interna del muslo, las indelebles satisfacciones de los hoyuelos de la espalda y las nalgas, la delicia casi insoportable de la lengua lamiendo la oreja. Éxtasis táctil, pero también el aroma del perfume que Gwyn se había puesto para la ocasión, la superficie cada vez más resbaladiza de vuestros cuerpos, y la pequeña sinfonía de ruidos que ambos ejecutasteis a lo largo de la noche, juntos y cada uno por su lado: las quejas y gemidos, los suspiros y aullidos, y luego, cuando Gwyn se corrió por

primera vez (frotándose el clítoris con el dedo medio de la mano izquierda), el sonido del aire entrando y saliendo por sus fosas nasales, el ritmo creciente de su respiración, el victorioso jadeo del final. Aquella primera vez, seguida de otras dos, de tres veces quizá. En tu caso, aparte de la solitaria chapuza del principio, estaba la mano de tu hermana cerrándose en torno a tu pene, moviéndose hacia arriba y hacia abajo mientras tú permanecías tumbado, envuelto en una niebla de ascendente excitación, y luego estaba su boca, moviéndose de igual manera, sus labios en torno a tu pene de nuevo firme, y la honda intimidad que ambos sentisteis cuando te corriste en su boca: el fluido de uno pasando al cuerpo del otro, la mezcla de una persona con otra, espíritus conjugados. Luego tu hermana se dejó caer de espaldas, abrió las piernas y te dijo que la tocaras. Ahí no, te decía, aquí, y te cogió la mano y te guió al sitio donde quería que estuvieras, al lugar en donde nunca habías estado, y tú, que hasta aquella noche no habías sabido nada, empezaste poco a poco a formarte como ser humano.

Seis años después, estás sentado en la cocina del apartamento que compartes con tu hermana en la calle Ciento siete Oeste. Es a primeros de julio de 1967, y acabas de decirle que preferirías pasar el fin de semana en Nueva York, que no tienes interés alguno en hacer un incómodo viaje en autobús a la casa paterna. Gwyn está sentada a la mesa, frente a ti, vestida con unos pantalones cortos de color azul y una camiseta blanca, su largo pelo negro recogido sobre la cabeza a causa del calor, y observas que tiene los brazos morenos, que a pesar del trabajo de oficina que la mantiene entre cuatro paredes durante la mayor parte del día, ha estado al sol lo suficiente para que su piel adquiriera un atractivo matiz pardo rojizo, que en cierto modo te recuerda el color de las tortitas. Son las seis y media de la tarde de un jueves, y ambos acabáis de volver del trabajo, estáis bebiendo una cerveza directamente de la lata y fumando Chesterfield sin filtro. Dentro de una hora o así, saldréis a cenar a un restaurante chino de precios razonables –más por el aire acondicionado que por la comida–, pero de momento estás a gusto sin hacer nada, reanimándote de nuevo tras otra tediosa jornada en la biblioteca, a la que has empezado a denominar el Castillo de los Bostezos. Tras contestar que no quieres ir a Nueva Jersey, no te cabe duda de que Gwyn se va a poner a hablar de vuestros padres. Estás preparado para eso, y a decir lo que piensas llegado el caso, aunque esperas que la conversación no dure demasiado. El millonésimo nono capítulo de la historia de Marge y Bud. ¿Cuándo empezasteis Gwyn y tú a llamar a vuestros padres por sus nombres de pila? No recuerdas exactamente, pero fue más o menos en la época en que Gwyn se fue a la universidad. Siguen siendo mamá y papá cuando estáis con ellos, pero Marge y Bud cuando os encontráis a solas tu hermana y tú. Una actitud ligeramente afectada, quizás, pero que te ayuda a apartarlos mentalmente de ti, a crear cierta distancia ilusoria, y eso es lo

que necesitas, te dices a ti mismo, lo que más falta te hace.

—No lo entiendo, —observa tu hermana—. Nunca quieres ir.

—Ojalá quisiera, —contestas, encogiéndote de hombros a la defensiva—, pero cada vez que pongo el pie en esa casa, me siento arrastrado al pasado.

—¿Es tan horrible? No irás a decirme que todos tus recuerdos son malos. Sería ridículo. Absurdo y falso.

—No, no; todos malos, no. Buenos y malos a la vez. Pero lo curioso es que, siempre que estoy allí, sólo me vienen los malos. Cuando no estoy en casa, en general pienso en los buenos.

—¿Por qué no me pasa a mí lo mismo?

—No sé. A lo mejor porque no eres un chico.

—¿Y qué más da eso?

—Andy era un chico. En un momento dado éramos dos, y ahora soy sólo yo: el único superviviente del naufragio.

—¿Y qué? Mejor uno que ninguno, por amor de Dios.

—Son sus ojos, Gwyn, la expresión de su rostro cuando me miran. De pronto, me siento como si me reprocharan algo. ¿Por qué tú?, parecen preguntarme. ¿Por qué vives tú y tu hermano no? Y al poco rato sus ojos me inundan de ternura, de un cariño angustiada, nauseabundo, excesivamente protector. Me da un miedo tremendo.

—No exageres. No te reprochan nada, Adam. Están muy orgullosos de ti, deberías oírlos cuando no estás. Interminables alabanzas al chico prodigio que han creado, el príncipe de la corona de la dinastía Walker.

—Ahora eres tú quien exagera.

—De verdad que no. Si no te quisiera tanto, me sentiría celosa.

—No sé cómo puedes soportarlo. Verlos juntos, quiero decir. Cada vez que los miro, me pregunto por qué siguen casados.

—Pues porque quieren estar casados.

—No tiene sentido. Ya ni siquiera se dirigen la palabra.

—Han pasado juntos por un infierno, y no tienen necesidad de hablar si no les apetece. Mientras quieran permanecer unidos, no es asunto nuestro cómo lleven su vida.

—Ella era tan guapa...

—Y lo sigue siendo.

—Está demasiado triste. Con esa melancolía ninguna persona puede ser atractiva.

Te detienes un momento para asimilar lo que acabas de decir. Entonces, desviando la vista de tu hermana, incapaz de mirarla mientras formulas la siguiente frase, añades:

—Me da tanta pena de ella, Gwyn. No sabes cuántas veces he estado a punto de llamar a casa y decirle que ya está bien, que ya puede dejar de odiarse, que ya se ha

castigado bastante.

—Deberías hacerlo.

—No quiero ofenderla. La compasión es un sentimiento abominable, sin valor; habría que embotellarlo y reservarlo para uno mismo. Cuando tratas de expresarla, sólo consigues empeorar las cosas.

Tu hermana te sonrío, de manera poco apropiada, te parece, pero cuando examinas su rostro y observas la expresión grave y pensativa de sus ojos, comprendes que estaba esperando que dijeras algo así, que siente alivio al ver que no estás tan amurallado ni eres tan frío como pretendes ser, que hay cierta humanidad en ti, después de todo.

Te dice: —Muy bien, hermanito. Quédate sudando en Nueva York, si te apetece. Pero, sólo para tu información, un viaje a casa de vez en cuando puede conducir a descubrimientos bastante interesantes.

—¿Como cuáles?

—Como la cajita que encontré debajo de mi cama la última vez que estuve allí.

—¿Qué había dentro?

—Un montón de cosas, en realidad. Por ejemplo, la obra de teatro que escribimos juntos en el instituto.

—Me estremezco al pensar en...

—*Ubu II, Rey*.

—¿Le echaste una mirada?

—No pude contenerme.

—¿Y?

—No es una maravilla, desde luego. Pero hay algunos diálogos divertidos, y dos de las escenas casi me hacen reír. Cuando Ubu manda detener a su mujer por eructar en la mesa, y eso de cuando Ubu declara la guerra a Estados Unidos para devolver luego el territorio a los indios.

—Tonterías de adolescentes. Pero nos lo pasamos bien, ¿verdad? Me acuerdo de que nos revolcábamos de risa por el suelo y que después me dolía el estómago de tanto reír.

—Nos turnábamos escribiendo frases, me parece. ¿O eran monólogos enteros?

—Monólogos. Pero no me obligues a jurarlo ante un tribunal. Podría estar equivocado.

—Estábamos locos entonces, ¿verdad? Los dos; a cual más. Y nadie se enteraba. Todos pensaban que éramos críos equilibrados, sensatos. La gente nos respetaba, nos tenía envidia, y en el fondo estábamos chalados.

De nuevo miras a tu hermana a los ojos, y notas que quiere hablar del gran experimento, una cuestión que ninguno de vosotros ha mencionado durante años. ¿Vale la pena entrar en ello ahora, te preguntas, o debes cambiar de tema y desviar la

conversación? Antes de que llegues a decidirte, ella dice:

—Y es que lo que hicimos aquella noche fue algo absolutamente demencial.

—¿Eso crees?

—¿Tú no?

—En realidad, no. Tuve la picha escocida durante una semana, pero sigo recordándola como la mejor noche de mi vida.

Gwyn sonrío, desarmada por tu despreocupada actitud hacia lo que la mayoría de la gente consideraría un crimen contra las leyes de la naturaleza, un pecado mortal. Y pregunta: —¿No te sientes culpable?

—No. Me sentí libre de culpa entonces, y así me siento ahora. Siempre he supuesto que tú te sentirías igual.

—Quiero sentirme culpable. Me digo a mí misma que debo sentirme culpable, pero lo cierto es que no. Por eso creo que estábamos locos. Porque aquello no nos dejó cicatrices.

—No puedes sentirte culpable a menos que hayas hecho algo malo. Lo que hicimos aquella noche no era malo. No hicimos daño a nadie, ¿verdad? No obligamos al otro a hacer nada que no quisiera. Ni siquiera llegamos hasta el final. Lo que hicimos fue un experimento juvenil, nada más. Y me alegro de que lo hiciéramos. A decir verdad, lo único que lamento es que no lo repitiéramos.

—Ah. Así que pensabas lo mismo que yo.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Estaba muy asustada, supongo. Tenía miedo de que si seguíamos haciéndolo, acabáramos metiéndonos en un verdadero lío.

—Así que, en lugar de eso, te echaste novio. Dave Cryer, el rey de los animales.

—Y tú te enamoraste de Patty French.

—Agua pasada, camarada.

—Sí, ya todo es agua pasada, ¿verdad?

Tu hermana y tú habláis del pasado, entonces, y del silencioso matrimonio de vuestros padres, de vuestro hermano muerto y de la farsa infantil que escribisteis hace años en unas vacaciones de primavera, pero esos asuntos no ocupan más que una pequeña fracción del tiempo que pasáis juntos. Consumís otra parte en breves conversaciones relativas al mantenimiento doméstico (compras, limpieza, cocina, pago del alquiler y recibos de la casa), pero la mayoría de las palabras que intercambiáis este verano se refieren al presente y al futuro, a la guerra de Vietnam, a libros y escritores, poetas, músicos y cineastas, así como a las historias que traéis a casa de vuestros trabajos respectivos. Tu hermana y tú siempre habéis hablado, siempre habéis mantenido un continuo y complejo diálogo desde vuestra primera infancia, y esa disposición a compartir pensamientos e ideas es probablemente lo que

mejor define vuestra amistad. Resulta que estáis de acuerdo en la mayoría de las cosas, pero de ninguna manera en todas, y disfrutáis peleándoos por vuestras diferencias. Vuestras discusiones sobre los respectivos méritos de diversos escritores y artistas poseen, sin embargo, cierto aspecto cómico, pues rara vez ocurre que alguno de los dos convenza al otro para que cambie de opinión. Un buen ejemplo: los dos consideráis a Emily Dickinson la suprema poeta norteamericana del siglo XIX, pero mientras tú sientes debilidad por Whitman, Gwyn lo desprecia calificándolo de grandilocuente y vulgar, un falso profeta. Lees en voz alta uno de sus breves poemas líricos (*El galanteo de las águilas*) y ella sigue sin convencerse, diciéndote que lo siente, pero que un poema de águilas que follan en el aire la deja fría. Otra muestra: ella admira *Middlemarch* más que ninguna otra novela, y cuando confiesas que nunca has pasado de la página 50, insiste en que lo intentes otra vez, cosa que haces, y vuelves a rendirte antes de llegar a esa página. Más ejemplos: vuestras posturas sobre la guerra y la política estadounidense es casi idéntica, pero con la perspectiva del reclutamiento esperándote en cuanto termines la universidad, te muestras más exaltado y vociferante que ella, y siempre que te lanzas a una de tus furiosas peroratas contra la administración Johnson, Gwyn te sonríe, se tapa los oídos con los dedos, y espera a que acabes.

A los dos os encantan Tolstói y Dostoievski, Hawthorne y Melville, Flaubert y Stendhal, pero en esa etapa de tu vida no puedes soportar a Henry James, mientras que Gwyn sostiene que es el mayor de los gigantes, el coloso a cuyo lado todos los demás novelistas parecen pigmeos. Estáis en completa armonía en lo que se refiere a la grandeza de Kafka y Beckett, pero cuando le dices que Céline pertenece a ese grupo, se ríe de ti y lo tilda de maníaco fascista. Wallace Stevens sí, pero en el puesto siguiente tú colocas a William Carlos Williams, no a T. S. Eliot, cuya obra recita Gwyn de memoria. Defiendes a Keaton, ella a Chaplin, y mientras los dos os retorcéis de risa nada más ver a los Hermanos Marx, tu muy adorado W. C. Fields no le arranca a ella una sola sonrisa. En sus mejores momentos Truffaut os emociona a los dos, pero Gwyn encuentra pretencioso a Godard y tú no, y mientras ella canta las alabanzas de Bergman y Antonioni como idénticos maestros universales, tú le contestas de mala gana que sus películas te aburren. Ningún conflicto en lo que se refiere a la música clásica, con J. S. Bach en la cabecera de la lista, pero a ti te interesa el jazz cada vez más, mientras que Gwyn sigue aferrada al frenesí del rock and roll, que a ti apenas te dice ya nada. A ella le gusta bailar, y a ti no. Se ríe más que tú y fuma menos. Es una persona más libre y feliz que tú, y siempre que estás con ella, el mundo parece más luminoso y acogedor, un lugar en donde tu hosca e introvertida personalidad casi puede sentirse a gusto.

La conversación continúa a todo lo largo del verano. Habláis de libros y películas, de la guerra y el trabajo, de los planes para el futuro, del pasado y el presente, y

también de Born. Gwyn sabe que estás sufriendo. Es consciente de que esa experiencia sigue siendo una pesada carga para ti, y una y otra vez te escucha pacientemente mientras cuentas la historia, la misma de siempre, la obsesión que se ha introducido en tu alma como un gusano para convertirse en parte integrante de tu existencia. Ella intenta tranquilizarte asegurándote que obraste como debías, que no podías haber hecho otra cosa, y mientras convienes en que no podrías haber evitado la muerte de Cedric Williams, sabes que tu cobarde vacilación en ir a la policía permitió a Born escapar sin castigo, y eso no te lo puedes perdonar. Hoy es viernes, el atardecer del primer fin de semana de julio, que has decidido pasar en Nueva York, y mientras tu hermana y tú estáis sentados a la mesa de la cocina, tomando las cervezas de después del trabajo y fumando, la conversación vuelve una vez más a Born.

—Lo he estado pensando, —dice Gwyn—, y estoy prácticamente segura de que todo el asunto empezó porque Born se sentía sexualmente atraído hacia ti. No era sólo Margot. Sino los dos juntos.

Sorprendido por la teoría de tu hermana, te detienes un momento a considerar si tiene algún sentido, repasas dolorosamente tus intrincadas relaciones con Born desde esa nueva perspectiva, y al final dices que no, no estás de acuerdo.

—Piénsalo, insiste Gwyn.

—Lo estoy pensando, —contestas—. Si fuera cierto, se me habría insinuado. Pero no lo hizo. Nunca intentó tocarme.

—No importa. Lo más probable es que ni siquiera él mismo fuera consciente de ello. Pero ningún hombre suelta miles de dólares a un veinteañero desconocido porque le preocupa su futuro. Lo hace movido por una atracción homoerótica. Born se enamoró de ti, Adam. Que lo supiera o no, no viene al caso.

—Sigo sin estar convencido, pero ahora que lo mencionas, ojalá me hubiera *hecho* insinuaciones. Le habría sacudido un puñetazo en la boca y lo habría mandado a tomar por culo, y entonces nunca habríamos dado el paseo por Riverside Drive, y aquel muchacho, Williams, no habría sido asesinado.

—¿Ha intentado eso alguien contigo?

—¿El qué?

—Otro hombre. ¿Te ha hecho proposiciones un hombre alguna vez?

—Me han mirado de forma rara, pero nadie me ha dicho nunca nada.

—Así que nunca lo has hecho.

—¿Que no he hecho qué?

—Tener relaciones sexuales con otro tío.

—Coño, no.

—¿Ni siquiera cuando eras pequeño?

—¿De qué estás hablando? Los niños no pueden mantener relaciones sexuales. Es imposible; por la sencilla razón de que son pequeños.

—No me refiero a que fueras un niño pequeño. Hablo de justo después de la pubertad. Trece, catorce años. Yo creía que a esa edad a todos los chicos les gusta masturbarse mutuamente.

—A mí no.

—¿Qué me dices de la famosa paja en círculo? Debes haber participado en una de esas sesiones.

—¿Cuántos años tenía la última vez que fui a un campamento de verano?

—No me acuerdo.

—Trece... Debía tener trece, porque empecé a trabajar en el Shop-Rite a los catorce. En cualquier caso, el último año que fui al campamento unos chicos de mi cabaña hacían eso. Eran seis o siete, pero a mí me daba mucha vergüenza ir con ellos.

—¿Vergüenza o asco?

—Un poco de las dos cosas, supongo. El cuerpo masculino siempre me ha resultado un tanto repelente.

—No el tuyo, espero.

—Me refiero al cuerpo de otros hombres. No siento deseo de tocarlos, ni de verlos desnudos. A decir verdad, a veces me he preguntado por qué las mujeres se sienten atraídas hacia los hombres. Si yo fuera mujer, probablemente sería lesbiana.

—Gwyn sonrío ante lo absurdo de tu observación. Eso es porque eres hombre, te dice.

—Y tú, ¿qué? ¿Has sentido atracción por otra chica?

—Pues claro. Las chicas siempre andan enamoriscándose unas de otras. Va con el ambiente.

—Hablo de atracción sexual. ¿Has deseado alguna vez acostarte con una chica?

—Acabo de pasar cuatro años en una universidad de chicas, ¿recuerdas? En un círculo tan claustrofóbico como ése suceden cosas.

—¿En serio?

—Sí, en serio.

—Nunca me lo has contado.

—No me lo has preguntado.

—¿Tenía que hacerlo? ¿Qué hay del pacto de no tener secretos del sesenta y uno?

—No es un secreto. No tiene suficiente importancia para que pueda calificarse de secreto. Para que conste, sólo para que no te lleves una falsa impresión, ocurrió exactamente dos veces. La primera, estaba colocada de hierba. La segunda, tenía una buena borrachera.

—¿Y?

—Las relaciones sexuales son lo que son, Adam, y no tienen nada de malo con tal de que ambas personas deseen mantenerlas. El cuerpo está para acariciarlo y besarlo, y si cierras los ojos, no importa mucho quién te está tocando y besando.

—Como declaración de principios, no podría estar más de acuerdo contigo. Sólo quiero saber si disfrutaste, y si te gustó, por qué no lo has hecho más a menudo.

—Sí, me gustó. Pero no enormemente, no tanto como me gusta acostarme con hombres. Al revés que tu impresión sobre el tema, adoro el cuerpo de los hombres, y siento un cariño especial por esa parte que poseen y que está ausente en el cuerpo femenino. Estar con una chica es bastante agradable, pero no tiene la fuerza de un buen revolcón clásico con alguien del sexo opuesto.

—Disfrutas menos con el mismo esfuerzo.

—Eso es. Segunda división.

—La liga del chochete, para más exactitud.

Conteniendo una carcajada, Gwyn te lanza el paquete de tabaco y grita con falsa rabia: ¡Eres imposible!

Eso es precisamente lo que eres: imposible. En cuanto la palabra se escapa de labios de tu hermana, lamentas tu chiste sin gracia, y durante lo que queda de la velada y el día siguiente, ese término te golpea como una maldición, como una repulsa de lo que eres, de quién eres. Sí, imposible. Tu vida y tú sois imposibles, y te preguntas cómo demonios te las has arreglado para encontrarte en ese callejón sin salida de desesperación y odio hacia ti mismo. ¿Es Born el único responsable de lo que te ha sucedido? ¿Puede una sola y momentánea falta de valor haber erosionado tu confianza en ti mismo de manera tan profunda como para arrebatarte la fe en el futuro? Sólo hace unos meses ibas a prender fuego al mundo con tu brillantez, y ahora te consideras un inepto y un deficiente, una estúpida máquina masturbatoria atrapada en el aire viciado de un trabajo odioso, un don nadie. Si no fuera por Gwyn, pensarías en ingresar en algún hospital. Es la única persona con quien puedes hablar, la única con quien te sientes vivo. Y sin embargo, por feliz que seas al estar otra vez con ella, sabes que no puedes sobrecargarla con tus problemas, no puedes esperar que se transforme en el divino cirujano que te abra el pecho y te cure el corazón enfermo. Si tienes algo roto por dentro, tendrás que arreglártelo con tus propias manos.

Tras veinticuatro horas de sombría introspección, el tormento va cediendo poco a poco. El cambio empieza a producirse el sábado, la segunda tarde del primer fin de semana de julio, que has decidido pasar en Manhattan. Después de cenar, tu hermana y tú cogéis el autobús 104 hacia Broadway para ir al cine New Yorker y entráis en la frescura de aquel espacio oscuro a ver *Ordet (La palabra)*, la película de Carl Dreyer de 1955. Normalmente, no te interesaría un film sobre cristianismo y cuestiones de fe religiosa, pero la dirección de Dreyer es tan precisa y penetrante que enseguida te sientes atrapado en la historia, cuyo comienzo te recuerda una obra musical, como si

el film fuese una traducción visual de una invención a dos partes de Bach. La estética del luteranismo, musitas al oído de Gwyn en un momento dado, pero como ella no tiene conocimiento de lo que estás pensando, se queda sin saber lo que quieres decir y te devuelve la observación frunciendo perpleja el ceño.

No hay necesidad de reorganizar las complejidades de la narración. Por absorbentes que sean sus precipitados giros, no dejan de constituir una sola historia entre una infinidad de historias, una película entre una multitud de películas, y de no ser por el final, *Ordet* no te afectaría más que cualquier otro buen film que hayas visto a lo largo de los años. Lo que cuenta es el final, porque el desenlace te impresiona de una forma enteramente inesperada, y se te echa encima con la fuerza de un hacha derribando un roble.

Depositán a la campesina que ha muerto al dar a luz en un féretro junto al cual se sienta su lloroso marido. El hermano demente que cree ser el segundo advenimiento de Cristo entra en la habitación con la hija del matrimonio cogida de la mano. Mientras el pequeño grupo de acongojados parientes se le quedan mirando, preguntándose qué locura o sacrilegio está a punto de cometerse en ese momento solemne, la presunta encarnación de Jesús de Nazaret dirige la palabra a la muerta en voz baja y tono sosegado. Levántate, le ordena, yérguete del ataúd y regresa al mundo de los vivos. Segundos después, la mujer empieza a moverse. Piensas que debe tratarse de una alucinación, que el punto de vista se ha desplazado de la realidad objetiva a la mente del hermano trastornado. Pero no. La mujer abre los ojos, y, sólo unos segundos después de incorporarse, recobra plenamente la vida.

Hay multitud de espectadores en el cine, y la mitad del auditorio estalla en carcajadas al ver esa resurrección milagrosa. No te molesta su escepticismo, aunque para ti es un momento trascendente, y te agarras al brazo de tu hermana mientras te corren lágrimas por las mejillas. Lo que no puede suceder ha ocurrido, y lo que acabas de ver te deja pasmado.

Después de eso algo pasa en ti. No sabes lo que es, pero las lágrimas que has derramado al ver cómo la mujer volvía a la vida parecen haber lavado parte del veneno que se estaba incubando en tu interior. Pasan los días. En diversos momentos, piensas que tu pequeña crisis nerviosa en el anfiteatro del cine New Yorker podría estar relacionada con tu hermano, Andy, o, si no con Andy, con Cedric Williams, o tal vez con los dos juntos. En otras ocasiones estás convencido de que por alguna extraña identificación afectiva entre sujeto y objeto, te dio la impresión de que te estabas viendo levantarte de la tumba a ti mismo. A lo largo de las dos semanas siguientes, tu manera de pensar se va haciendo menos sombría. Sigues creyendo que estás condenado, pero tienes la sensación de que cuando llegue el día en que te conduzcan al cadalso, tendrás la fuerza de ánimo de despedirte contando un chiste o intercambiando bromas con el encapuchado verdugo.

Desde que murió vuestro hermano, Gwyn y tú habéis celebrado su aniversario todos los años. Sólo vosotros dos, sin padres, ni parientes ni otros invitados. Durante los tres primeros años, cuando ambos aún erais lo bastante pequeños para pasar las vacaciones en un campamento de verano, hacíais la fiesta al aire libre, los dos saliendo de puntillas de vuestras respectivas cabañas en plena noche y echando a correr por los oscuros campos de juego hasta llegar al prado en el extremo meridional del campamento para luego adentraros en el bosque alumbrando con linternas el camino entre árboles y matorrales, cada uno con una magdalena o una galleta en la mano, robada aquella misma noche en el comedor después de cenar. Al término de vuestra época de campamentos, durante tres veranos consecutivos trabajasteis los dos en el supermercado de vuestro padre, y por tanto estabais en casa el veintiséis de julio y podíais celebrar el nacimiento de vuestro hermano en la habitación de Gwyn, en la tercera planta de la casa. Los dos años siguientes fueron los más difíciles, porque en esos veranos ambos estabais de viaje, muy lejos el uno del otro el día señalado, pero lograsteis realizar versiones truncadas del ritual a través del teléfono. El año pasado acudiste en autobús a Boston, en donde Gwyn estaba viviendo con su novio de entonces, y juntos fuisteis a un restaurante a alzar una copa en honor del desaparecido Andy. Ahora se acerca otro veintiséis de julio, y por primera vez desde hace mucho tiempo, este verano estáis juntos de nuevo, a punto de celebrar vuestro pequeño festejo en la cocina del apartamento que compartís en la calle Ciento siete Oeste.

No es una fiesta en el sentido tradicional del término. A lo largo de los años, tu hermana y tú habéis creado una serie de estrictos protocolos relativos al acontecimiento, y con ligeras variaciones, en función de lo mayores que seáis en cada momento, cada aniversario es una reconstrucción de todos los veintiséis de julio de los últimos diez años. En esencia, la cena de cumpleaños es una conversación dividida en tres partes. Servís la comida en la mesa y cenáis, y una vez concluida la charla en tres partes, sacáis una pequeña tarta de chocolate, adornada con una sola vela encendida en el centro. No cantáis la canción. Articuláis las palabras al unísono, en voz baja, apenas levantándola por encima de un murmullo, pero no cantáis entonces. Ni sopláis la vela. Dejáis que se consuma hasta el final, y luego escucháis el chisporroteo cuando la llama se extingue en el baño de chocolate. Después de un trozo de tarta, abríis una botella de whisky escocés. El alcohol es un elemento nuevo, no introducido hasta 1963 (el último de los veranos del supermercado, cuando tú tenías dieciséis años y Gwyn diecisiete), pero los dos años siguientes estuvisteis separados y no bebisteis, y el verano pasado os encontrasteis en un sitio público, lo que significaba que tuvisteis que vigilar el consumo. Este año, solos en el apartamento de Nueva York, los dos tenéis intención de coger una buena cogorza.

Gwyn se ha puesto carmín y maquillaje para la cena, y viene a la mesa con unos

aretes de oro y un vestido recto de verano de color pálido, lo que hace aún más vivo el gris verdoso de sus ojos. Tú llevas una camisa blanca de manga corta con botones en el cuello, y la única corbata que tienes, la misma por la que Born se burló de ti la primavera pasada. Gwyn se ríe al verte con esa vestimenta y te dice que pareces un mormón: uno de esos jóvenes serios que van de puerta en puerta en santa misión repartiendo folletos y haciendo prosélitos. Tonterías, contestas. No llevas el pelo al cepillo, y no eres rubio, de manera que nadie podría tomarte por un mormón. A pesar de todo, insiste Gwyn, tienes una pinta muy rara. Si no de mormón, continúa, puede que de contable en ciernes. O estudiante de matemáticas. O aspirante a astronauta. No, no, le replicas: un defensor sureño de los derechos civiles. Vale, concluye ella, tú ganas, y un momento después te quitas la corbata y la camisa, sales de la cocina y te pones otra cosa. Cuando vuelves, Gwyn sonrío pero no dice una palabra más sobre tu ropa.

Como de costumbre, hace calor, y no habéis utilizado el horno para que no subiera aún más la temperatura en la cocina, con lo que habéis preparado una cena ligera de verano que consiste en sopa fría, una bandeja de fiambres (jamón, salami, rosbif), y una ensalada de lechuga y tomate. Hay también una hogaza de pan italiano, junto con una botella de Chianti frío metida en una funda de paja (el vino barato preferido por los estudiantes de la época). Tras tomar los primeros sorbos de la sopa de berros fría, iniciáis la conversación en tres partes. Ése es para ti el núcleo de la experiencia, la razón más importante para escenificar ese acontecimiento anual. Todo lo demás –la cena, la tarta, la vela, la letra de la canción de cumpleaños feliz, el alcohol es puro adorno.

Primera parte: Habláis de Andy en tiempo pretérito, sacando a relucir todo lo que recordáis de él mientras estaba vivo. Invariablemente, ésa es la parte más larga del ritual. Repetís los recuerdos de los años pasados, pero también acaban surgiendo otros nuevos del inconsciente. Intentáis mantener un tono ligero y alegre. No se trata de un ejercicio de morbosidad, es una celebración, y está permitido reír en cualquier momento. Recitáis las palabras que pronunciaba mal en un principio: *mi burguesa* por *hamburguesa*, *ser un malo* por ser humano, *nolotro* por el uno al otro –como en: *Se besaron el nolotro*– y la absolutamente lógica pero enloquecida *Ami Mami*, a raíz de que vuestra madre mencionara la ciudad de Miami. Habláis de su colección de insectos, de su capa de Superman y de su acceso de varicela. Recuerdas cuando le enseñaste a montar en bicicleta. Su aversión a los guisantes. Os acordáis de su primer día de colegio (lágrimas y angustia), sus codos despellejados, sus ataques de hipo. Sólo siete años en este mundo, pero todos los veranos Gwyn y tú llegáis a la misma conclusión: la lista es inacabable. Y sin embargo, cada año, no podéis evitar la sensación de que se ha perdido algo más de él, de que a pesar de vuestros esfuerzos, cada vez rememoráis menos cosas de él, que no podéis hacer nada para que no vaya

apagándose del todo.

Segunda parte: Habláis de él en presente. Imagináis la clase de persona que habría sido si hoy estuviera vivo. Ya hace diez años que lleva viviendo esa oscura existencia dentro de vosotros, un fantasma que ha crecido en otra dimensión, invisible pero respirando, respirando y pensando, pensando y sintiendo, y lo habéis estado siguiendo desde su muerte a los ocho años, durante más tiempo del que llegó a vivir, y ahora que ha cumplido diecisiete, la brecha entre vosotros se va estrechando, haciéndose cada vez menos significativa y, tanto a tu hermana como a ti, os inquieta, os asusta comprender que a esa edad probablemente ya no es virgen, que ha fumado hierba y se ha emborrachado, se afeita y se masturba, conduce un coche, lee libros difíciles, considera a qué universidad ir, y está a punto de convertirse en vuestro igual. Gwyn empieza a llorar, confiesa que ya no puede soportarlo, que quiere parar, pero tú le dices que aguante unos minutos más, que nunca tendréis que volverlo a hacer, que ésta será la última fiesta de cumpleaños de vuestra vida, pero que en nombre de Andy tenéis que llegar al final de la celebración.

Tercera parte: Habláis del futuro, de lo que le pasará a Andy entre éste y el próximo aniversario. Eso siempre ha sido lo más fácil, lo más agradable, y en años pasados Gwyn ha llevado el juego de las predicciones con inmenso brío y entusiasmo. Pero este año no. Antes de que podáis iniciar la tercera y última conversación, tu alterada hermana se lleva con fuerza la mano a la boca, se levanta de la silla y sale precipitadamente de la cocina.

La encuentras en el salón, sollozando en el sofá. Te sientas a su lado, le pasas el brazo por el hombro y le hablas en tono tranquilizador. Cálmate, le dices. No pasa nada, Gwyn. Lo siento..., lamento haber insistido tanto. Es culpa mía.

Sientes la delgadez de sus trémulos hombros, los delicados huesos bajo la piel, la agitación de la caja torácica contra tus costillas, su cadera contra la tuya, su pierna pegada a la tuya. En todos los años que la has tratado, dudas de que la hayas visto tan desdichada, tan machacada por la tristeza.

No puede ser, dice al fin, los ojos bajos, hablando al suelo. He perdido el contacto con él. Se ha perdido, y nunca más lo encontraremos. Dentro de dos semanas, se habrán cumplido diez años. Es la mitad de tu vida, Adam. El año que viene, será la mitad de la mía. Es demasiado tiempo. El espacio sigue ensanchándose. El tiempo continúa abriéndose, y a cada momento se va alejando un poco más de nosotros. Adiós, Andy. Mándanos una postal algún día, ¿vale?

No dices nada. Te quedas sentado con el brazo en torno a los hombros de tu hermana y dejas que llore, consciente de que sería inútil intervenir, de que debes permitir que ese estallido siga su curso. ¿Cuánto dura? No tienes la menor idea, pero al fin llega un momento en que te das cuenta de que han cesado las lágrimas. Con la mano izquierda, la que no tienes sobre su hombro, la coges de la barbilla y le vuelves

la cara hacia ti. Tiene los ojos enrojecidos e hinchados. Regueros de rímel han corrido por sus mejillas. Le caen mocos de la nariz. Retiras la mano izquierda, y del bolsillo trasero de los pantalones te sacas un pañuelo. Empiezas a limpiarle la cara con él. Poco a poco, le vas quitando las lágrimas, los mocos y el negro rímel, y durante todo el lento y meticuloso procedimiento, tu hermana no se mueve. Mirándote fijamente, los ojos enteramente desprovistos de toda emoción discernible, permanece en absoluta quietud mientras reparas los desperfectos causados por la tormenta. Cuando terminas la tarea, te pones en pie y le dices: Hora de tomar una copa, señorita Walker. Voy por el whisky.

Te vas a la cocina. Un momento después, cuando vuelves al salón con la botella de Cutty Sark, dos vasos y una jarra con cubitos de hielo, ella sigue exactamente como la has dejado: sentada en el sofá, la cabeza apoyada en el respaldo, los ojos cerrados, respirando normalmente otra vez, tranquila. Dejas los avíos de beber sobre una de las tres cajas de leche agrupadas frente al sofá, las baqueteadas cajas de madera puestas del revés que tu antiguo compañero de piso y tú subisteis un día de la calle y que ahora sirven de improvisada mesita auxiliar. Gwyn abre los ojos y te dirige una desvaída y agotada sonrisa, como pidiéndote que la perdones por su arrebato, pero no hay nada que perdonar, nada que hablar, nada que le puedas reprochar, y mientras te pones a echar hielo en los vasos y servir las bebidas, sientes alivio de que se haya acabado lo de Andy, de que no haya más celebraciones de cumpleaños por tu hermano ausente, de que tu hermana y tú hayáis dejado atrás ese asunto infantil.

Pasas a Gwyn su copa y luego te sientas a su lado en el sofá. Durante varios minutos ninguno de vosotros dice una palabra. Dando sorbos al whisky con la mirada fija en la pared de enfrente, ambos sabéis lo que va a pasar esta noche, lo sentís con certeza en la sangre, pero también sois conscientes de que debéis tener paciencia y dejar que el alcohol cumpla con su misión. Cuando te inclinas hacia delante para preparar la segunda ronda de copas, Gwyn te empieza a hablar de la ruptura de su noviazgo con Timothy Krале, el treintañero profesor adjunto que hace dieciocho meses apareció en su vida y en abril pasado desapareció de ella, aproximadamente en el mismo momento en que tú estrechabas por primera vez la mano de Born. El profesor de su curso de poesía modernista, nada menos, que arriesgaba su puesto por andar tras ella, y del que Gwyn estaba verdaderamente enamorada, sobre todo al principio, durante el frenesí de los tres primeros meses de citas furtivas y excursiones de fin de semana a moteles lejanos de ciudades perdidas al norte del estado de Nueva York. Tú te lo has encontrado unas cuantas veces, y entiendes lo que Gwyn vio en él, coincidías en que Krале era un tío atractivo e inteligente, pero percibías en él cierta apatía, un desapego hacia los demás que hacía difícil que te resultara simpático. No te sorprendió que Gwyn rechazara su proposición de matrimonio y pusiera fin a aquella

relación. Le contestó que era demasiado joven, que no estaba preparada para asumir un compromiso a largo plazo, pero aquélla no era la verdadera razón, te explica ahora, lo abandonó porque no era un amante lo bastante tierno. Sí, sí, prosigue, sabe que la quería, que la amaba tanto como era capaz de querer a alguien, pero en la cama lo encontraba egoísta, distraído, demasiado volcado en sus propias necesidades, y no podía imaginarse aguantando a un hombre así durante el resto de su vida. Se vuelve hacia ti ahora, y con una expresión de absoluta seriedad y convicción en la mirada, expone su definición del amor, queriendo saber si compartes su opinión o no. El verdadero amor, afirma, es cuando sientes tanto placer al darlo como al recibirlo. ¿Qué te parece, Adam? ¿Tengo razón o estoy equivocada? Le contestas que está en lo cierto. Le aseguras que es una de las cosas más perspicaces que ha dicho nunca.

¿Cuándo empieza todo? ¿Cuándo se traslada a la acción en el mundo físico esa idea que os da vueltas en la cabeza? A la mitad de la tercera copa, cuando Gwyn se inclina hacia delante y deja el vaso sobre la improvisada mesa. Te has prometido a ti mismo que no darás el primer paso, que te abstendrás de tocarla hasta que ella te toque a ti, porque sólo entonces sabrás más allá de toda duda que quiere lo mismo que tú y que no has interpretado mal su deseo. Estás un poco borracho, por supuesto, pero no más de la cuenta, no de manera tan atroz como para perder el juicio, y tienes pleno conocimiento de la importancia de lo que estás a punto de hacer. Tu hermana y tú ya no sois los torpes e ignorantes mocosos que erais en la noche del gran experimento, y lo que ahora te planteas es una transgresión de tamaño monumental, algo inicuo y siniestro según la ley humana y divina. Pero no te importa. Ésa es la simple realidad del asunto: no te avergüenzas de lo que sientes. Amas a tu hermana. La quieres más que a ninguna persona que hayas conocido o vayas a conocer en la faz de esta miserable tierra, y como te marcharás del país aproximadamente dentro de un mes, para no volver en todo un año, ésta es tu única oportunidad, la única posibilidad que os queda a los dos, ya que es casi inevitable que otro Timothy Krale aparezca en la vida de Gwyn mientras tú estás fuera. No, no has olvidado el voto que formulaste a los doce años, la promesa que hiciste de ajustar tu vida como ser humano a unas normas éticas de conducta. Quieres ser buena persona, y todos los días procuras cumplir el juramento que hiciste por la memoria de tu hermano muerto, pero mientras estás sentado en el sofá viendo cómo tu hermana deposita el vaso en la mesa, te dices que el amor no es una cuestión moral, como tampoco lo es el deseo, y mientras no os perjudiquéis el uno al otro ni a nadie más, no incumplirás tu palabra.

Un momento después, dejas también tu vaso. Os recostáis los dos en el sofá, y Gwyn te coge de la mano, entrelazando sus dedos con los tuyos. Te pregunta: ¿Tienes miedo? Le contestas que no, no tienes miedo, eres sumamente feliz. Yo también, afirma ella, y entonces te besa en la mejilla, con mucha delicadeza, no más que una leve caricia, el simple roce de sus labios sobre tu piel. Comprendes que todo debe ir

muy despacio, intensificándose poco a poco, que durante largo rato será una danza del sí y el no, indecisa y vacilante, y lo prefieres así, porque si alguno se arrepintiera, habrá tiempo de dar marcha atrás y suspenderlo. La mayoría de las veces, lo que estimula la imaginación es mejor que no pase de ahí, y Gwyn es consciente de eso, es lo bastante sabia para comprender que la distancia entre el pensamiento y la acción puede ser enorme, un abismo tan grande como el mundo mismo. De modo que tanteáis el terreno cautelosamente, pasito a paso, recorriéndoos la nuca con la boca, rozándoos mutuamente los labios, pero durante muchos minutos no los abrís, y aunque estáis enlazados en estrecho abrazo, no movéis las manos. Pasa más de media hora, y ninguno de los dos muestra inclinación por dejarlo. Y luego tu hermana entreabre la boca. Entonces es cuando tú separas los labios, y juntos os precipitáis de cabeza hacia la noche.

Ya no hay reglas. El gran experimento fue un suceso único, pero, ahora que tenéis más de veinte años, las limitaciones de vuestro retozo adolescente ya no rigen, y seguís haciendo el amor durante los treinta y cuatro días siguientes, hasta el mismo momento en que te marchas a París. Tu hermana toma la píldora, hay cremas y gelatinas en el cajón de su escritorio, condones a tu disposición, y sabéis que estáis protegidos, que lo innombrable nunca pasará, y por tanto podéis hacer de todo y cualquier cosa sin miedo a destrozarnos la vida. Ni lo discutís. Aparte del breve intercambio de palabras en la noche del cumpleaños de vuestro hermano (*¿Tienes miedo? No, no tengo miedo*), no volvéis a mencionar lo que está pasando, os negáis a explorar las ramificaciones de vuestra aventura amorosa, que ya dura un mes, de vuestro matrimonio, pues eso es en definitiva, ahora sois una pareja de recién casados consumidos por un deseo continuo, avasallador: bestias sexuales, amantes, íntimos amigos. Las dos últimas personas que quedan en el universo.

Externamente, lleváis la misma vida de antes. Cinco días a la semana, os levantáis temprano al oír el despertador, y tras un mínimo desayuno de zumo de naranja, café y una tostada con mantequilla, salís a toda prisa del apartamento y os dirigís al trabajo, Gwyn a su oficina en el duodécimo piso de una torre de cristal en el corazón de Manhattan y tú al monótono puesto de ayudante en el Palacio del Vacío. Te habría gustado tenerla al alcance de la vista en todo momento, serías perfectamente dichoso si ella no estuviera un solo instante lejos de ti, pero si esas inevitables separaciones te causan cierto dolor, también incrementan tu deseo por ella, y quizá no sea tan malo, concluyes, pasar el día en ávida expectación, inquieto y alerta, contando las horas que faltan para verla y tenerla otra vez en tus brazos. Apasionado. Ésa es la palabra que utilizas para describirte a ti mismo ahora. Eres apasionado. Tus sentimientos son apasionados. Tu vida se está haciendo cada vez más apasionada.

En el trabajo, ya no te sientas frente a la mesa soñando con Ingrid Bergman y

Hedy Lamarr. De cuando en cuando, una erección sigue amenazando con salirse de los pantalones, pero ya no necesitas tocarla, y has dejado de correr al servicio al final del pasillo. Ésa es la biblioteca, al fin y al cabo, y pensar en mujeres desnudas es una parte ineludible del trabajo, pero el único cuerpo desnudo en que ahora piensas es en el de tu hermana, el cuerpo real de la mujer de carne y hueso con la que ahora pasas la noche, y no una fantasía que sólo existe en tu imaginación. No hay duda de que Gwyn es tan bella como Hedy Lamarr, aún más, quizá: indiscutiblemente más. Eso es un hecho objetivo, y te has pasado los últimos siete años viendo cómo los hombres se detenían en seco para mirarla cuando pasaba a su lado por la calle, has presenciado incontables giros de cabeza, rápidos y asombrados, cuántas miradas subrepticias en el metro, en el restaurante, en el cine: cientos y cientos de hombres, y cada uno de ellos con la misma expresión aturdida, empañada, lasciva, en los ojos. Sí, es el rostro que disparaba mil esperanzas, la cara que suscitaba mil ensoñaciones impuras, y mientras aguardas frente a la mesa la sonora aparición del siguiente tubo neumático procedente de la segunda planta, ves ese rostro en tu cabeza, miras a los grandes y animados ojos verdigrises de Gwyn, y cuando ella fija la mirada en los tuyos, observas cómo se desabrocha por la espalda su blanco vestido de verano y lo deja caer a lo largo de su alto y espigado cuerpo.

Os metéis juntos en la bañera. Ése es el nuevo hábito de después del trabajo, y en vez de pasar esa hora en la cocina como hacíais antes de la fiesta de cumpleaños de vuestro hermano, ahora os trasegáis las cervezas y dais caladas a los cigarrillos mientras os remojáis en un baño tibio. No sólo os brinda eso un respiro del calor de perros, sino que os ofrece otra ocasión de contemplar vuestros cuerpos desnudos, cosa de la que nunca parecéis cansaros. Una y otra vez, repites a tu hermana cuánto te gusta mirarla, que adoras cada centímetro de su piel vibrante y luminosa, y que además de los sitios manifiestamente femeninos en que todos los hombres piensan, veneras sus codos y rodillas, sus muñecas y tobillos, el dorso de sus manos y sus largos y delgados dedos (jamás podría atraerte una mujer con pulgares cortos, le dices un día: un pronunciamiento absurdo pero totalmente sincero), y que te sorprende y encanta a la vez el hecho de que un cuerpo tan delicado como el suyo pueda ser tan fuerte, que ella es a la vez un cisne y un tigre, una criatura mitológica. A ella la fascina el vello que te ha crecido en el pecho (reciente acontecimiento de los últimos doce meses) y muestra un infatigable interés por la mutabilidad de tu pene: del flácido y colgante miembro que ilustran los manuales de biología, pasando por el fálico titán en el apogeo de la excitación, hasta el agotado monigote en retirada poscoital. Espectáculo de variedades, así te califica la picha. Dice que tiene múltiples personalidades. Afirma que quiere adoptarla.

Ahora que vives en situación tan íntima con ella, Gwyn se ha revelado como una persona ligeramente distinta a la que conoces de toda la vida. Es a la vez más

divertida y más lasciva de lo que imaginabas, más vulgar y excéntrica, más apasionada, más festiva, y te asusta descubrir el profundo regocijo que le produce el lenguaje indecente y la extravagante jerga de la sexualidad. Gwyn rara vez dice un taco en tu presencia. Es una chica culta, bien educada que habla con frases acabadas, gramaticalmente correctas, pero salvo por la lejana noche del gran experimento, no has sabido nada de su sexualidad, y por tanto no podías adivinar que se ha convertido en una mujer a la que le gusta hablar de las relaciones tanto como tenerlas. No le interesan las palabras corrientes del siglo xx. Rehúye la expresión *hacer el amor*, por ejemplo, en favor de locuciones más antiguas y divertidas, como pasar por las armas, chingar y echar un caliqueño. Un buen orgasmo pasa a ser la gran corrida. Su culo es un polisón. Su entrepierna es un chochín, una almeja, un guardapolvos, el conejo. Sus pechos son tetas y espetera, pitones y pulmones, su delantera. En uno u otro momento, tu pene es el zupo, el cimbel, la longaniza, el chuzo, el pirindolo, el troncho, el trabuco, el cingamocho, Don Cipote, Doña Polla y Adam Junior. Esos términos la excitan y divierten, y una vez que te recobras de tu conmoción inicial, también a ti te excitan y divierten. Presa del inminente orgasmo, sin embargo, tiende a recurrir a sustitutos contemporáneos, volviendo a los términos más crudos y simples del diccionario para manifestar sus sentimientos. Coño, chocho, follar. Fóllame, Adam. Una y otra vez. Fóllame, Adam. Durante todo un mes eres cautivo de esa expresión, el servicial prisionero de ese término, la personificación de esa palabra. Habitas en el reino de la carne, y tu copa está rebosando. Ciertamente el bien y la misericordia te seguirán todos los días de tu vida.^[1]

Sin embargo, tu hermana y tú nunca habláis de lo que estáis haciendo. Ni siquiera mantenéis una conversación para discutir el motivo por el que no lo mencionáis. Vivís en los confines de un secreto compartido, y los muros de ese espacio están contruidos de silencio, un silencio desquiciado que sólo puede romperse a riesgo de que esas paredes se derrumben sobre vuestras cabezas. De modo que os metéis en la bañera tibia, os enjabonáis profusamente el uno al otro, hacéis el amor en el suelo antes de la cena, hacéis el amor en la cama de Gwyn después de cenar, dormís como un tronco, y por la mañana temprano el despertador os devuelve a la vida diurna. Los fines de semana dais largos paseos por Central Park, resistiendo la tentación de cogeros de la mano, de besaros en público. Vais al cine. Al teatro. El poema que empezaste en junio no ha avanzado un solo verso desde la noche del cumpleaños de Andy, pero no te importa, ahora hay otras cosas que recaban tu atención, y el tiempo pasa deprisa, cada vez faltan menos días para tu marcha, y quieres estar con ella todos los momentos que puedas, vivir plenamente esa locura que habéis emprendido juntos hasta apurar del todo el tiempo que os queda.

Llega el último día. Durante setenta y dos horas, habéis estado viviendo en un estado de constante agitación, de temor creciente. No quieres irte. Quieres cancelar el viaje y quedarte en Nueva York con tu hermana, pero al mismo tiempo comprendes que eso está fuera de lugar, que el mes que has vivido con ella en impuro matrimonio lo ha posibilitado el hecho de que era sólo por ese tiempo, de que había un límite más allá del cual no podía proseguir el incestuoso frenesí, y como eres incapaz de afrontar la verdad de que ya se ha terminado, estás roto y deshecho, estupefacto de dolor.

Para empeorar las cosas, tienes que pasar tu último día en Nueva York con tus padres. Bud y Marge vienen a la ciudad en su enorme coche para invitaros a tu hermana y a ti a un almuerzo familiar de despedida en un restaurante caro del centro; y llevarte luego al aeropuerto para los últimos besos, los últimos abrazos, los últimos adioses. Tu madre, nerviosa y excesivamente medicada, no habla mucho durante la comida, pero tu padre está de un insólito buen humor. No deja de llamarte *hijo* en vez de por tu nombre, y aunque sabes que no tiene mala intención, ese tic verbal te molesta, porque parece privarte de tu personalidad y transformarte en un objeto, en una cosa. No Adam, sino Hijo, como si dijera mi hijo, mi obra, mi heredero. Bud dice que te envidia por la aventura que te espera en París, refiriéndose a la capital de las mujeres fáciles y las picardías nocturnas (ja, ja, guiño, guiño), y aunque él personalmente nunca tuvo tal oportunidad, no podía permitirse ir a la universidad ni pasar un año estudiando en el extranjero, se siente claramente orgulloso de sí mismo por andar tan bien de dinero que hasta puede pagar a su vástago un viaje a Europa, símbolo de la buena vida, la de los ricos, un emblema del éxito para la clase media estadounidense, de la que él mismo es un destacado exponente en Westfield, en Nueva Jersey. Tú te avergüenzas y aguantas, procurando no perder la paciencia, deseando estar a solas con Gwyn. Como de costumbre, tu hermana está tranquila y serena, atenta a las tensiones subyacentes a la situación pero fingiendo tercamente que no las observa. Camino del aeropuerto, os sentáis juntos en el asiento trasero. Te coge la mano y te la aprieta con fuerza, sin soltártela durante los cuarenta y cinco minutos de trayecto, pero ése es el único indicio que ofrece de lo que está sintiendo en ese horrible día, ese día de los días, y en cierto modo no basta, el apretarte la mano es insuficiente, y desde ese momento en adelante sabrás que nada volverá a ser suficiente.

En la puerta de embarque, tu madre te rodea con los brazos y rompe a llorar. No puede soportar la idea de no verte durante todo un año, te dice, te echará de menos, estará preocupada día y noche por ti, y por favor recuerda comer lo bastante, escribir a casa, llamar por teléfono si extrañas a la familia, siempre me tendrás a mí. La abrazas fuertemente, pensando: Mi pobre madre, mi pobre y desgraciada madre, y le dices que todo va a ir bien, pero tú no estás en absoluto seguro de eso, y les falta

convicción a tus palabras, oyes el temblor de tu voz al decirlas. Por encima del hombro de tu madre, ves que tu padre te observa con esa mirada distante y apagada, y comprendes que no tiene la menor idea de cómo eres, que siempre has sido un misterio para él, una persona más allá de toda comprensión, pero ahora, por una vez en tu vida, sientes que estás de acuerdo con él, porque lo cierto es que tú tampoco tienes la mínima idea de quién eres, y desde luego, incluso para ti mismo, eres una persona imposible de entender.

Una última mirada a Gwyn. Hay lágrimas en los ojos de tu hermana, pero no sabes si son por ti o por tu madre, si expresan su particular angustia o compasión por la nerviosa mujer que ha estado sollozando en brazos de su hijo. Ahora que ha llegado el final, quieres que Gwyn sufra tanto como estás sufriendo tú. El dolor es lo único que ahora os mantiene unidos, y a menos que su pena sea tan grande como la tuya, no quedará nada del pequeño y perfecto universo en que habéis vivido el mes pasado. Es imposible saber lo que está pensando, y como tus padres se encuentran a menos de un metro de distancia, no se lo puedes preguntar. La tomas en tus brazos y musitas: No me quiero ir. Lo repites: No me quiero ir. Y entonces te apartas de ella, agachas la cabeza, y te vas.

Parte tres

Una semana después de leer el texto de *Verano*, me encontraba en California, en Oakland, llamando al timbre de la casa de Walker. No le había escrito ni llamado para decirle lo que pensaba de la segunda parte de su libro, y él tampoco se había puesto en contacto para preguntar. Creí mejor abstenerme de ofrecer comentario alguno hasta verlo personalmente, y con nuestra programada cena acercándose en el inmediato horizonte, pensé que pronto tendría ocasión de hacerlo. No podía explicar por qué era tan importante para mí, pero quería que me mirase a los ojos cuando le dijera que no me había asqueado lo que había escrito, que no me había parecido crudo ni repugnante (por citarle sus propias palabras), y que mi mujer, que ya había leído la primera y la segunda parte, pensaba lo mismo que yo. Ése era el pequeño discurso que repasaba en mi cabeza cuando cruzaba en taxi el puente que une San Francisco con Oakland, pero no pude expresarle mi opinión. Resultó que Walker había muerto sólo veinticuatro horas después de enviarme el manuscrito, y cuando llegué a la puerta de su casa, sus cenizas ya llevaban tres días bajo tierra.

Rebecca fue quien me dijo esas cosas, la misma Rebecca de que me hablaba Adam en su segunda carta, su hijastra de treinta y cinco años, una mujer alta, de hombros anchos, piel morena, ojos penetrantes, y un rostro bonito y atractivo en un sentido nada convencional, que se refirió al marido blanco de su madre no como su padrastro, sino como su padre. Me gustó que utilizara esa palabra, me alegré de saber que Walker había sido capaz de inspirar ese grado de afecto y lealtad en una persona que no era de su sangre. Esa única palabra me lo dijo todo sobre la clase de vida que había llevado en aquella pequeña casa de Oakland con Sandra Williams y su hija, que acabó siendo de él también, y que, aun después de la muerte de su madre, había permanecido al lado de Adam hasta el final.

Rebecca me comunicó las noticias segundos después de abrirme la puerta y hacerme pasar a la casa. No debería haberme sorprendido, pero me quedé perplejo. A pesar de la debilidad y el miedo que percibí en su voz cuando hablamos por teléfono, pese a mi certidumbre de que se estaba aproximando a su fin, no había pensado que ocurriría justo ahora, había supuesto que aún le quedaba algún tiempo; el suficiente para nuestra cena, en cualquier caso, tal vez lo bastante para que terminara el libro. Cuando Rebecca pronunció aquellas palabras –*Mi padre falleció hace seis días*–, me sentí tan desconcertado, tan reacio a aceptar el carácter irrevocable de su afirmación, que una súbita oleada de vértigo me inundó la cabeza, y tuve que preguntarle si podía sentarme. Me condujo al salón, me ayudó a sentarme en una butaca, y luego fue a la cocina a traerme un vaso de agua. Al volver, se disculpó por su estupidez, aunque no era necesaria disculpa alguna, y aun cuando ella podía ser cualquier cosa menos estúpida.

—No me he enterado de que mi padre y usted iban a cenar juntos esta noche hasta hace escasamente una hora, —explicó—. Desde el día del funeral, he estado viniendo aquí para ordenar sus cosas, y hasta las seis de esta tarde no se me ha pasado por esta tonta cabecita mía abrir su agenda para ver si tenía que cancelar alguna cita. Cuando vi lo de las siete de la tarde, llamé inmediatamente a su casa de Brooklyn. Su mujer me dio el número de su hotel en San Francisco, pero cuando hablé con ellos me dijeron que no estaba en su habitación. Me figuré que ya vendría de camino hacia acá, así que llamé a mi marido, le dije que diera de cenar a los niños, y me quedé aquí para esperarlo a usted. Quizá no se haya dado cuenta, pero ha llamado al timbre exactamente a las siete en punto.

—En eso quedamos, —repuse—. Le prometí que estaría aquí a las siete en punto. Pensé que a su padre le haría gracia mi puntualidad.

—Seguro que sí, —contestó ella, con una pizca de tristeza en la voz.

Antes de que pudiera responderle, cambió de tema y volvió a excusarse por algo que tampoco requería disculpas. —Pensaba llamarlo dentro de unos días —prosiguió—. Su nombre está en la lista, y lamento no haberlo encontrado antes. Papá tenía muchos amigos, a montones. Muchísima gente con la que ponerse en contacto, y luego había que organizar el funeral, y un millón de cosas de que ocuparse, y supongo que podría decirse que he estado un poco agobiada. No es que me queje. Es mejor estar muy ocupada en momentos como éste que quedarse quieta y deprimirse, ¿no le parece? Pero siento de verdad no haberme puesto antes en contacto con usted. Papá se puso muy contento cuando le contestó a su carta el mes pasado. Desde que tengo memoria no ha dejado de hablar de usted, así que tengo la impresión de conocerlo de toda la vida. Su amigo de la universidad, el que se ha hecho famoso en el mundo entero. Es un honor conocerlo al fin. No en las mejores circunstancias, desde luego, pero me alegro de que haya venido.

—Yo también, —repuse, sintiéndome un tanto calmado por el parloteo de su sonora y reconfortante voz—. Su padre estaba escribiendo algo, —añadí—. ¿Sabe usted algo de eso?

—Me lo mencionó. Un libro titulado *1967*.

—¿Lo ha leído?

—No.

—¿Ni una palabra?

—Ni una sola letra. Hace un par de meses me encargó que, si se moría antes de terminarlo, borrara el texto de su ordenador. Simplemente lo suprimes y te olvidas, insistió, no tiene importancia.

—¿Así que lo ha borrado?

—Naturalmente. No está bien desobedecer la última voluntad de una persona.

—Bueno, —pensé. Qué bien que esta mujer no haya puesto los ojos en el relato

de Walker. Menos mal que no se ha enterado del secreto de su padre, que sin duda la habría afectado profundamente, dejándola confusa, deshecha. Yo me lo había tomado con calma, pero eso era porque no pertenecía a la familia de Walker. Había que imaginarse a su hija teniendo que leer esas cincuenta páginas. Inconcebible.

Estábamos sentados frente a frente en el salón, instalados cada uno en una butaca mullida y baqueteada. Mobiliario mínimo, un par de pósters enmarcados en una pared (Braque, Miró), otra pared forrada con libros del techo al suelo, una alfombra de algodón en el centro de la estancia, y un cálido crepúsculo de California cerniéndose al otro lado de la ventana, tenue y amarillento: la confortable pero modesta vida a que Walker se había referido en su carta. Apuré el resto del agua que me había traído Rebecca y dejé el vaso en la mesita redonda de patas cortas que había entre los dos. Entonces le pregunté: ¿Qué me dice de la hermana de Adam? La traté un poco, allá por los años sesenta, y a veces me he preguntado qué habrá sido de ella.

«La tía Gwyn. Vive en el Este, de manera que no la conozco mucho. Pero siempre me ha caído bien. Una mujer generosa, divertida, y mi madre y ella congeniaban, estaban muy unidas. Asistió al funeral, claro está, se quedó unos días aquí, y esta misma mañana ha vuelto a su casa. La muerte de papá la ha afectado mucho. Todos sabíamos que estaba muy enfermo, éramos conscientes de que no iba a durar mucho, pero ella no estuvo por aquí al final, no vio cómo se nos iba yendo, así que no contaba con que sucediera tan pronto. En el funeral lloraba a lágrima viva, no paraba de sollozar, es decir, estaba verdaderamente deshecha, y yo sólo podía abrazarla y tratar de no derrumbarme yo también. Mi pequeño Adam, decía una y otra vez. Mi pobrecito Adam.

»Pobrecita Gwyn.

»Pobres de todos nosotros», repuso Rebecca, mientras sus ojos empezaban de pronto a refulgir. Segundos después, una lágrima solitaria surgió en su ojo izquierdo y le resbaló por la mejilla, pero no se molestó en enjugársela.

—¿Está casada?

—Con un arquitecto llamado Philip Tedesco.

—He oído hablar de él.

—Sí, es muy conocido. Llevan mucho tiempo casados y tienen dos hijas ya mayores. Una de ellas tiene exactamente mi edad.

—La última vez que vi a Gwyn, hacía estudios de posgrado en literatura inglesa. ¿Llegó a sacar el doctorado?

—No estoy segura. Lo único que sé es que trabaja en una editorial. Es directora de una casa de edición universitaria en la región de Boston. Grande, importante, pero por nada del mundo me acuerdo ahora de cómo se llama. ¡Vaya! A lo mejor me acuerdo más tarde.

—No se preocupe. No tiene importancia.

Sin pensar, metí la mano en el bolsillo y saqué una lata de Schimmelpenninck, los puritos holandeses que fumo desde los veintitantos años. Estaba a punto de abrir la tapa, vi que Rebecca me miraba, y vacilé. Antes de que pudiera preguntarle si no le importaba que fumara en la casa, se levantó de un salto de la butaca y dijo: «Voy a traerle un cenicero». Con toda naturalidad, simpática, una de las últimas norteamericanas que no se había incorporado a la Policía del Tabaco. Luego añadió: «Creo que hay uno en el estudio de mi padre...» En ese momento se golpeó la frente con la base de la mano y murmuró con enfado: «Santo Dios, no sé lo que me pasa hoy».

—¿Ocurre algo?, —le pregunté, perplejo por lo alterada que se había puesto.

—Tengo una cosa para usted, —me dijo—. Está encima de su escritorio, y se me ha ido de la cabeza hasta este mismo momento. Iba a enviársela por correo, pero entonces, cuando he mirado en su agenda y he visto que venía usted esta noche, pensé en dársela personalmente. Pero le juro que, si no hubiera mencionado el estudio de mi padre, habría dejado que se fuera de esta casa con las manos vacías. Creo que me estoy volviendo senil.

Así que la acompañé al estudio, una habitación de tamaño medio en la planta baja con un escritorio de madera, otra pared atestada de libros, archivadores, un ordenador portátil y un teléfono: no tanto el pequeño despacho casero de un abogado como un lugar para meditar, un vestigio de la primera etapa de la vida de Walker como poeta. Encima del ordenador cerrado había un sobre de papel marrón. Rebecca lo cogió y me lo entregó. Llevaba escrito mi nombre en la parte delantera, en letras de imprenta, y justo debajo, en cursivas más pequeñas, leí: «Notas para *Otoño*».

—Papá me dio esto dos días antes de morir, —me informó Rebecca—. Debían de ser sobre las seis de la tarde, porque recuerdo que cuando acabé mi turno en el hospital me vine derecha hacia acá para ver cómo estaba. Me dijo que había hablado por teléfono con usted unas dos horas antes, y que en el caso de que..., si ocurría lo que ya sabe, no quiero pronunciar más esas palabras, se lo entregara cuanto antes. Parecía tan cansado..., tan agotado, que cuando me lo dijo, me di cuenta de que las cosas iban mal, de que empezaban a abandonarle las fuerzas. Ésas fueron sus dos últimos deseos. Borrar el archivo *1967* de su ordenador y darle el sobre a usted. Aquí lo tiene. No tengo la menor idea de lo que significa Notas para *Otoño*. ¿Y usted?

—No, —mentí—. Ni la más ligera idea.

Aquella noche, de vuelta en mi habitación del hotel, abrí el sobre y saqué una breve carta de Walker escrita a mano junto con treinta y una páginas de notas que había mecanografiado a un espacio en el ordenador para imprimírmelas luego. La carta decía lo siguiente:

Cinco minutos después de nuestra conversación telefónica. Mi más profundo agradecimiento por tus palabras de ánimo. Mañana por la mañana, a primera hora, diré a mi asistenta que te envíe el segundo capítulo por correo urgente. Si lo encuentras repugnante, como mucho me temo, te ruego aceptes mis disculpas. En cuanto a las páginas del presente sobre, verás que se trata del bosquejo de la tercera parte. Aunque escritas con gran celeridad –estilo telegráfico–, el hecho de trabajar deprisa me ha ayudado a traer muchas cosas a la memoria, un diluvio de recuerdos, y ahora que he concluido el esbozo, no sé si seré capaz de transformarlo en una prosa legible. Estoy agotado, asustado, un tanto desquiciado, quizá. Voy a meter el texto en un sobre para dárselo a mi hija, que te lo enviará en caso de que no aguante lo suficiente para celebrar nuestra famosa y muy comentada cena. Estoy muy débil, con pocas perspectivas, sintiendo que se me acaba el tiempo. Me quedo sin vejez. Intento no amargarme, pero a veces no puedo evitarlo. La vida es una mierda, lo sé, pero lo único que quiero es vivir más, más años en este mundo dejado de la mano de Dios. Por lo que respecta a las páginas adjuntas, haz lo que quieras con ellas. Eres un amigo, el mejor de los hombres, y confío en tu buen juicio en todos los aspectos. Deséame suerte para el viaje. Con cariño, Adam.

La lectura de aquella carta me llenó de una inmensa e incontenible tristeza. Sólo unas horas antes, Rebecca me había conmocionado con la noticia de su fallecimiento, y ahora Walker me hablaba de nuevo, un muerto estaba hablando conmigo, y tuve la sensación de que mientras tuviera la misiva en las manos, mientras las palabras de aquella carta siguieran ante mis ojos, sería como si hubiera resucitado, como si hubiera vuelto momentáneamente a la vida con la nota que me había escrito. Extraña reacción, quizá, sin duda lamentable y estúpida, pero estaba demasiado consternado para rechazar las emociones que me invadían, y así leí la carta seis o siete veces más, diez, una docena de veces, las suficientes para aprenderme de memoria cada palabra antes de tener el valor de dejarla a un lado.

Fui al minibar, me serví dos botellines de whisky escocés en un vaso largo, y me volví a la cama, a sentarme con el esbozo de la tercera y última parte del libro de Walker.

Telegráfico. Frases sin terminar. De principio a fin, escrito así. Va a la tienda. Se queda dormido. Enciende un cigarrillo. En tercera persona, esta vez. En tercera persona, en tiempo presente, y por tanto decidí seguir su pauta y presentar su relato exactamente de la misma manera: en tercera persona, tiempo presente. *Por lo que respecta a las páginas adjuntas, haz lo que quieras con ellas.* Me había dado su permiso, y no creo que el hecho de transformar en frases completas sus apuntes cifrados en Morse constituya en modo alguno una traición. Pese a mi intervención

para corregir el texto, en el sentido más profundo y verdadero de lo que significa narrar una historia, hasta la última palabra de *Otoño* está escrita por el propio Walker.

OTOÑO

Walker llega a París un mes antes de la fecha prevista para el comienzo de sus clases. Ya ha rechazado la idea de vivir en una residencia de estudiantes y por tanto debe buscar un sitio en donde alojarse. En su primera mañana después de la travesía del Atlántico, vuelve al hotel en que residió varias semanas durante su primera visita a París dos años antes. Tiene pensado utilizarlo como base mientras busca mejor acomodo en otra parte, pero el gerente borrachín con barba de dos días lo recuerda de su anterior estancia, y cuando Walker le menciona que va a quedarse un año entero, el hombre le ofrece una tarifa mensual que, calculando el promedio, le sale a menos de dos dólares la noche. Nada es caro en el París de 1967, pero incluso para los niveles de la época resulta un alquiler sumamente bajo, casi una obra de caridad, y en un impulso Walker decide aceptar la oferta. Cierran el trato con un apretón de manos, y el hombre lo conduce a la trastienda para invitarlo a un trago de vino. Son las diez de la mañana. Cuando se lleva la copa a los labios y toma el primer sorbo del áspero *vin ordinaire*, Walker se dice a sí mismo: Adiós, América. Para bien o para mal, ahora estás en París. No debes venirte abajo.

El *Hôtel du Sud* es un establecimiento decrepito, a punto de desmoronarse, en la *rue Mazarine*, del sexto *arrondissement*, no lejos de la estación de metro Odéon del Boulevard Saint-Germain. En Estados Unidos, un edificio en tan mal estado estaría condenado a la demolición, pero esto no es Norteamérica, y el destartalado adefesio en que ahora habita Walker es sin embargo una estructura histórica, erigida en el siglo XVII, según cree, quizá incluso antes, lo que significa que a pesar de la mugre y el deterioro, pese a los chirriantes y gastados peldaños de la estrecha escalera circular, su nueva morada no carece por completo de encanto. De acuerdo, su habitación es un ámbito desastroso de empapelado quebradizo y desconchado con el entarimado lleno de grietas, y la cama un antiguo armatoste de muelles con el colchón hundido y la almohada dura como la piedra, el pequeño escritorio se tambalea, la silla podría ser la menos cómoda de toda Europa, y al armario le falta una puerta, pero, dejando a un lado esos inconvenientes, el cuarto es bastante espacioso, la luz entra a raudales por las dos ventanas dobles, y no se oye el ruido de la calle. Cuando el gerente abre la puerta y lo hace pasar por primera vez, Walker tiene la inmediata sensación de que es un buen sitio para escribir poemas. A la larga, eso es lo único que cuenta. Es la clase de habitación en que se supone que trabajan los poetas, el tipo de cuarto que amenaza con doblegar el espíritu y obliga a una constante batalla con uno mismo, y cuando

Walker deposita la máquina de escribir y la maleta a los pies de la cama, jura no pasar menos de cuatro horas diarias escribiendo, aplicándose a su trabajo con mayor diligencia y concentración que nunca. No importa que no haya teléfono, que el retrete común esté al fondo del pasillo, que no pueda bañarse ni ducharse en ningún sitio, que todo sea viejo a su alrededor. Walker es joven, y ésa es la habitación en donde tiene la intención de reinventarse a sí mismo.

Hay asuntos de la universidad de los que tiene que ocuparse, el tedio de consultar con el director del curso de estudios en el extranjero, seleccionar las asignaturas, rellenar formularios, asistir a un almuerzo obligatorio para conocer a los demás estudiantes que este año estarán en París. Sólo hay seis (tres chicas de Barnard y tres chicos de Columbia), y mientras todos ellos parecen cordiales y simpáticos, más que dispuestos a aceptarlo como miembro de la pandilla, Walker decide andar lo menos posible con ellos. No siente inclinación en convertirse en parte del grupo, y desde luego no quiere perder tiempo hablando en inglés. El único propósito de venir a París es perfeccionar el francés. Con objeto de conseguirlo, el tímido y reticente Walker tendrá que hacer acopio de valor para entrar en contacto con la gente del lugar.

En un impulso, decide llamar a los padres de Margot. Recuerda que los Jouffroy viven en la *rue de l'Université*, en el séptimo *arrondissement*, no muy lejos de su hotel, y espera que puedan decirle dónde encontrarla. Por qué quiere volver a ver a Margot es una cuestión difícil de responder, pero de momento Walker ni siquiera se molesta en planteársela. Lleva seis días en París, y lo cierto es que empieza a sentirse un tanto solo. En vez de renegar de su plan de no confraternizar con sus compañeros, lleva tenazmente una vida aparte, sin salir de su habitación en toda la mañana, instalado frente a su tambaleante escritorio, componiendo y corrigiendo sus últimos poemas, y luego, después de que el hambre lo impulsa a bajar a la calle en busca de algo que comer (las más de las veces al comedor universitario de la *rue Mazet*, a la vuelta de la esquina, donde puede consumir un almuerzo sin gusto pero satisfactorio por dos francos), pasa el resto de las horas diurnas caminando sin rumbo por la ciudad, hojeando volúmenes en librerías, leyendo en los bancos de los parques, sensible al mundo que lo rodea pero sin sumergirse a fondo en él, aún tanteando el camino, no descontento, no, pero un poco mustio por la continua soledad. Descontando a Born, Margot es la única persona en todo París con quien ha compartido algo en el pasado. Si ella y Born están juntos de nuevo, deberá evitarla y entonces no la verá, pero si resulta que están real y verdaderamente separados, que la ruptura ha continuado efectivamente durante estos tres largos meses últimos, ¿qué mal podría haber pues en verla otra vez para tomar una inocente taza de café? Duda de que tenga interés en reanudar las relaciones físicas con él, pero en caso afirmativo aprovecharía gustosamente la oportunidad de acostarse de nuevo con ella. Al fin y al cabo, había sido la temeraria e irrefrenable Margot quien había desatado en él la

vorágine erótica que condujo al arretrato de finales del verano. Está seguro del vínculo. Sin la influencia de Margot, sin el cuerpo de Margot para instruirlo en los complejos procesos de su propio corazón, la historia con Gwyn nunca habría sido posible. Margot la audaz, Margot la silenciosa, Margot el cero a la izquierda. Sí, le apetece mucho verla, aunque sólo sea para tomar una inocente taza de café.

Entra en el café de la esquina, pide al camarero un *jeton* para el teléfono, y luego baja al sótano a mirar en la guía el número de los Jouffroy. Se siente animado al oír que descuelgan a la primera llamada; quedándose luego pasmado cuando resulta que quien contesta es Margot en persona.

Walker insiste en mantener la conversación en francés. En la primavera, hablaban muchas veces en francés, pero en general se comunicaban en inglés, y aunque Margot es una persona de pocas palabras, Walker sabe que puede expresarse más cómodamente en su propia lengua. Ahora que está en París, tiene intención de devolver a Margot su condición de francesa, y se pregunta si no demostrará ser una persona un tanto diferente en su propio país y en su propio idioma. La verdadera Margot, por decirlo así, a gusto en la ciudad en donde ha nacido, y no una visitante distanciada y hostil, perdida en una Norteamérica que apenas puede soportar.

Repasan la habitual letanía de preguntas y respuestas. ¿Qué demonios está haciendo en París? ¿Cómo le van las cosas? ¿Ha sido pura coincidencia que cogiera ella el teléfono o se ha ido a vivir con sus padres? ¿A qué se dedica ahora? ¿Tiene tiempo para ir con él a tomar un té? Ella duda un momento y luego lo sorprende al contestar: ¿Por qué no? Quedan en verse en *La Palette* dentro de una hora.

Son las cuatro de la tarde y Walker llega primero, con diez minutos de adelanto. Pide una taza de café y se queda allí sentado durante media hora, cada vez más convencido de que le ha dado plantón, pero cuando está a punto de marcharse, aparece Margot. Moviéndose de esa forma tan característica suya, lenta y distraída, con un esbozo de sonrisa asomando a sus labios, le da un cálido beso en cada mejilla y se sienta en una silla frente a él. No se disculpa por llegar tarde. Margot no es la clase de persona que haría una cosa así, y Walker no lo espera de ella, ni soñaría en pedirle que se rigiera por otras normas que no fueran las suyas propias.

—*¿En français, alors?*, —pregunta ella.

—Sí, —contesta él, en francés—. Por eso he venido. Para perfeccionar el idioma. Como tú eres la única persona que conozco en París, esperaba que pudiera practicarle contigo.

—Ah, así que es eso. Quieres utilizarme para mejorar tu educación.

—Por así decir. Pero no se trata sólo de eso. O sea, no tenemos que hablar a cada momento, si no quieres.

Margot sonrío, luego cambia de tema y le pide un cigarrillo. Cuando le enciende el Gauloises, Walker la mira y de pronto se da cuenta de que nunca podrá separarla de

la imagen de Born. Comprenderlo le resulta atroz, y acaba enteramente con el tono festivo y seductor que trataba de poner en marcha. Llamarla ha sido una estupidez, se dice a sí mismo, una idiotez pensar que podría volver a hablar con ella en la cama haciendo como si los horrores de la primavera no hubiesen sucedido. Aunque Margot ya no forme parte de la vida de Born, está ligada a él en su memoria, y mirarla no es muy distinto de mirar al propio Born. Incapaz de contenerse, empieza a contarle el paseo por Riverside Drive en aquel anochecer de mayo, cuando ella ya se había marchado de Nueva York. Le describe el apuñalamiento. Le dice sin rodeos que Born es claramente el asesino de Cedric Williams.

Observa con atención el rostro de Margot mientras vuelve a narrarle los truculentos detalles de aquella noche y los días siguientes, y por una vez le parece un ser humano normal, una persona viva como él, provista de conciencia y capacidad de sentir dolor, y a pesar del cariño que siente por ella, descubre que disfruta castigándola así, haciéndole daño de esa manera, destruyendo su fe en la persona con quien ha vivido durante dos años, un hombre a quien se supone que ha querido. Margot se ha echado a llorar. Walker se pregunta si le está haciendo eso movido por la forma en que lo trató en Nueva York. ¿Es su venganza por haberlo abandonado de pronto al comienzo de su aventura amorosa? No, no lo cree. Se lo cuenta porque es consciente de que ya no puede mirarla sin ver a Born, y por consiguiente ésa será la última vez que la vea, y quiere que sepa la verdad antes de que cada uno se vaya por su lado. Cuando acaba de contarle la historia, ella se levanta de la mesa y se precipita en dirección al servicio de señoras.

No está seguro de que vaya a volver. Se ha llevado el bolso a los lavabos, y como en la calle hace buen tiempo y la temperatura es cálida, al entrar en el café no traía abrigo ni chaqueta, lo que significa que no hay prenda alguna colgada en el respaldo de su silla. Walker decide concederle un cuarto de hora, y si para entonces no ha vuelto a la mesa, se levantará y se marchará. Mientras, pide otra consumición al camarero. No, esta vez nada de café, le dice. Que sea una cerveza.

Margot está ausente algo menos de diez minutos. Cuando vuelve a sentarse en su silla, Walker observa la hinchazón en torno a los párpados, el vidrioso brillo en los ojos, pero el maquillaje sigue intacto, y ya no tiene las mejillas manchadas de rímel. Piensa: El rímel de Gwyn en la noche del aniversario de Andy; el rímel de Margot en una tarde de septiembre en París; el lacrimoso rímel de la muerte.

—Discúlpame, —le dice en tono apagado—. Eso que me has contado... Yo no... Ya no sé qué pensar.

—Pero me crees, ¿verdad?

—Sí, te creo. Nadie podría nunca inventarse una cosa así.

—Lo siento. No pretendía disgustarte, pero pensé que debías saber lo que pasó; sólo por si alguna vez te sientes tentada a volver con él.

—Lo extraño es que no me sorprende...

—¿Te ha pegado Born en alguna ocasión?

—Sólo una vez. Una bofetada en la cara. Un manotazo fuerte, lleno de furia, en pleno rostro.

—¿Sólo una vez?

—Sólo una vez. Pero es un individuo violento. Bajo todo su encanto y sus ingeniosos chistes, hay verdadera ira, auténtica violencia. Odio admitirlo ahora, pero creo que eso me excitaba. No saber si podía confiar en él o no, no estar nunca segura de lo que sería capaz de hacer. Sólo me pegó esa vez, pero se metió en un par de peleas cuando estábamos juntos, altercados con otros hombres. Ya conoces su carácter. Sabes cómo es cuando se emborracha. Creo que le viene de sus tiempos del ejército, de la guerra, de las cosas horribles que hizo entonces. Torturar prisioneros. Una vez me confesó que había practicado la tortura en Argelia. Al día siguiente lo negó, pero yo no lo creí, aunque lo fingiera. La primera versión era la verdadera, estaba convencida.

—¿Qué me dices de la navaja que lleva en el bolsillo? ¿No te dio miedo alguna vez?

—Yo tomo a la gente tal como es, Adam. No hago muchas preguntas. Si quería llevar una navaja, yo suponía que era asunto suyo. Afirmaba que el mundo era peligroso y había que protegerse. Después de lo que te pasó aquella noche en Nueva York, eso no se lo puedes discutir, ¿verdad?

—Mi hermana tiene una teoría. No sé si está en lo cierto, pero piensa que Born se puso a hablar conmigo en la fiesta porque sentía cierta atracción sexual hacia mí. Una atracción homoerótica, según sus propias palabras. ¿Tú qué crees? ¿Tiene razón o no?

—Puede ser. Todo es posible.

—¿Te ha dicho alguna vez que se siente atraído hacia los hombres?

—No. Pero eso no tiene nada que ver. Yo no sé lo que hizo antes de que me fuera a vivir con él. Ni siquiera estoy al corriente de todo lo que hizo cuando estábamos juntos. ¿Quién conoce los deseos secretos de otra persona? A menos que los lleve a la práctica o hable de ellos, tú no tienes la menor idea. De lo único que puedo hablar es de lo que he visto con mis propios ojos; y he visto lo siguiente. Justo al principio de nuestra relación, Rudolf y yo hicimos un trío con otro hombre. Fue idea mía. Rudolf se prestó a ello para complacerme, para demostrar que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa que yo le pidiera. El otro era un antiguo amigo mío, con el que me había acostado antes, un tío guapísimo. Si Rudolf se hubiera sentido atraído hacia él, lo habría besado, ¿no te parece? Incluso se habría lanzado a chuparle la polla. Pero no hizo nada de eso. Le gustaba mirar lo que yo hacía con François, me di cuenta de lo cachondo que se ponía al ver cómo me la metía, pero no lo tocó en el aspecto sexual. ¿Prueba eso algo? No sé. Lo único que puedo decirte es que cuando te vi en la fiesta

de Nueva York, le dije a Rudolf que eras uno de los chicos más guapos que había visto en la vida. Él estuvo de acuerdo conmigo. Dijo que parecías un Adonis atormentado, un Lord Byron al borde de una crisis nerviosa. ¿Significa eso que se sentía atraído hacia ti? Puede que sí y puede que no. Eres un caso especial, Adam, y lo que te hace tan distinto es que no tienes idea del efecto que causas en los demás. Me parece perfectamente posible que un heterosexual se chiflara por ti. A lo mejor es lo que le pasó a Rudolf. Pero no lo sé con seguridad, porque aun en el caso de que se enamorara de ti, nunca me dijo una palabra.

—Se va a casar. ¿Lo sabías? Al menos eso me dijo la última vez que lo vi.

—Sí, lo sé. Estoy al corriente de todo. Ése fue su visado de salida para poner fin a nuestra relación. Adiós a la zorra traicionera de Margot, hola a la angelical Hélène Juin.

—Pareces resentida...

—No; resentida, no. Confusa. La conozco, ¿sabes?, la conozco desde hace mucho, y simplemente me parece que no tiene sentido. Hélène debe ser cinco o seis años mayor que Rudolf, tiene una hija de dieciocho años, y lo único que puedo decir de ella es que es muy sosa, muy normal y corriente, muy recatada. Buena persona, desde luego, una burguesa trabajadora, con una historia trágica, pero no entiendo lo que ha visto en ella. El chalado de Rudolf se va a morir de aburrimiento.

—Dijo que la quería.

—Puede que sí. Pero eso no significa que tenga que casarse con ella.

—Una historia trágica. Algo que ver con su primer marido, ¿no es así? No entendí muy bien lo que me decía.

—Juin es íntima amiga de Rudolf. Hace seis o siete años su marido tuvo un grave accidente de coche. Se quedó deshecho, con fractura de cráneo y toda clase de heridas internas, pero a pesar de ello sobrevivió. O casi. Está en coma desde entonces, más o menos en estado de muerte cerebral, con respiración asistida en un hospital. Durante años, Hélène se negó a renunciar a la esperanza, pero como no mejoraba, ni mejorará nunca, finalmente su familia y amigos la convencieron para que pidiera el divorcio. A finales de la próxima primavera, será libre para casarse de nuevo. Me alegro por ella, pero Rudolf es la última persona de la que pensaba que se enamoraría. He ido a cenar con ellos por lo menos una docena de veces, y nunca he percibido un sentimiento profundo en ninguno de los dos. Amistad, sí, pero ninguna... ninguna..., ¿cuál es la palabra que estoy buscando?

—Chispa.

—Exacto. Ninguna chispa.

—Lo sigues echando de menos, ¿verdad?

—Ya no. Después de lo que me has contado hoy, no.

—Pero te acordabas de él.

—Sí. No quería, pero lo echaba en falta.

—Ese hombre es un maníaco, ¿sabes?

—Cierto. Pero ¿qué ley te prohíbe querer a un loco?

Después de eso, ambos guardan silencio, sin saber qué más decir, qué pensar. Margot mira su reloj, y Walker supone que está a punto de anunciarle que llega tarde a otra cita, que ha de salir pitando. En cambio, le pregunta si tiene planes para cenar esta noche, y si no los tiene, ¿le gustaría que fueran a un restaurante? Conoce uno bueno en la *rue des Grands Augustins* y le encantaría invitarlo si anda corto de dinero. Walker quiere explicarle que no es posible, que no cree que pueda volver a verla, que piensa que deben poner fin a su amistad, pero no se atreve a decirlo. Se siente demasiado solo para rechazar su invitación, le falta voluntad para volver la espalda a la única persona que conoce en París. Sí, contesta, estaría encantado de ir a cenar con ella, pero es pronto todavía, aún no han dado las seis, ¿y qué van a hacer mientras tanto? Lo que te apetezca, contesta Margot, queriendo decir, literalmente, todo lo que él quiera, y como lo que más desea es acostarse con ella, le sugiere un paseo hasta su hotel en la *rue Mazarine* para enseñarle el antro horroroso y ridículo que tiene por habitación. Como los asuntos sexuales nunca andan lejos del pensamiento de Margot, rápidamente capta las intenciones de Walker, y enseguida le revela ese entendimiento dirigiéndole una leve sonrisa.

—No me porté muy bien contigo en Nueva York, ¿verdad?, —le dice.

—Te portaste maravillosamente bien conmigo. Al menos durante un tiempo. Pero luego no, no muy bien.

—Siento haberte hecho daño. Pasaba por un mal momento. No sabía lo que hacía, y entonces, de pronto, lo único que quería era marcharme de Nueva York. Trata de no tomármelo en cuenta.

—No te guardo rencor. Reconozco que estuve enfadado durante unas semanas, pero no fue más que eso. Hace mucho que dejé de reprochártelo.

—Ahora podemos ser amigos, ¿no?

—Eso espero.

—Aunque nada serio, claro. No a cada minuto, no todos los días. No estoy preparada para eso. No sé si volveré a estarlo alguna vez. Pero podemos darnos un poco de cariño el uno al otro. Nos vendría bien a los dos.

Camino del hotel, Walker tiene la sensación de que la mujer que va a su lado no es la misma Margot que conoció en Nueva York la pasada primavera. Tenía razón al pensar que sería un poco diferente en su propia lengua, en su propia ciudad, tras su ruptura con Born, y después de su conversación en el café sólo puede concluir que es más directa, más elocuente, más vulnerable de lo que antes se imaginaba. Sin embargo, incluso al tiempo que piensa ansiosamente en su inminente llegada al hotel —la ascensión por la escalera circular, la llave entrando en la cerradura de su puerta, el

momento de quitarse la ropa, la visión de Margot desnuda, el contacto de su cuerpo menudo contra el suyo—, se pregunta si no ha cometido un error colosal.

Al principio, las cosas no van bien. Margot no dice nada sobre su cuarto, ya sea por exceso de cortesía o porque le resulta tan indiferente que ni se molesta en mencionarlo, pero Walker no tiene más remedio que mirar lo que ella ve, y se siente abrumado de vergüenza, horrorizado consigo mismo por haberla traído a un sitio tan cutre, tan deprimente. Eso le pone de un humor de perros, y cuando se sientan en la cama y empiezan a besarse, está como distraído, angustiosamente distante. Margot se echa hacia atrás y pregunta si le pasa algo.

—No me hagas cosas raras, Adam, —le dice—. Se supone que esto tiene que ser divertido, ¿recuerdas?

No le puede decir que está pensando en otra mujer, que en el momento en que sus labios se tocaron lo invadió el recuerdo de la última vez que la boca de su hermana se unió a la suya, y mientras ahora se esfuerza en besar a Margot, el único pensamiento que tiene en la cabeza es que nunca más abrazará a Gwyn de esa manera.

—No sé qué me ocurre, —responde—. Me siento tan triste..., tan jodidamente triste...

—A lo mejor debo marcharme, —sugiere Margot—, dándole unas suaves palmaditas en la espalda. Hacer el amor no es obligatorio, al fin y al cabo. Podemos intentarlo otro día.

No, no te vayas. No quiero que te marches. Sólo dame un poco de tiempo. Me repondré, te lo prometo.

Margot le da tiempo, y finalmente empieza a emerger de su acceso de melancolía, no del todo quizá, pero sí lo justo para sentirse excitado cuando ella se quita el vestido y él le rodea los hombros desnudos con los brazos, lo bastante para hacer el amor con ella, lo suficiente para hacerlo dos veces, y en la pausa entre una cópula y otra, mientras beben a morro una botella de vino tinto que él ha llevado ese mismo día a su habitación, Margot vuelve a excitarlo con gráficos relatos sobre sus encuentros sexuales con mujeres, su pasión por tocar y besar pechos grandes (porque los suyos son tan pequeños...), por lamer y acariciar la entrepierna femenina, por introducir bien la lengua en el culo de las mujeres, y mientras Walker no acierta a decidir si se trata de historias verdaderas o simplemente de una artimaña para que se empalme de nuevo y esté en condiciones de hacerlo por segunda vez, disfruta escuchando esas guarradas, lo mismo que cuando Gwyn empleaba aquel lenguaje soez en el apartamento de la calle Ciento siete Oeste. Se pregunta si las palabras no serán un elemento esencial de la sexualidad, si hablar no es en definitiva una forma más sutil de acariciar, y si las imágenes que bailan en nuestra cabeza no son igual de importantes que los cuerpos que abrazamos. Margot le dice que acostarse con alguien es lo único que cuenta en la vida para ella, que si no pudiera mantener relaciones

sexuales seguramente se suicidaría para escapar del aburrimiento y la monotonía de estar atrapada en su propia piel. Walker no dice nada, pero al correrse dentro de ella por segunda vez, se da cuenta de que comparte su opinión. Le encanta follar. Aun en las garras de la más agobiante desesperación, joder lo vuelve loco. El folleteo es el dios y el redentor, la única salvación en la tierra.

Al final no van al restaurante. Tras acabar la botella de vino, se duermen y se olvidan de la cena. A primera hora de la mañana siguiente, poco antes de amanecer, Walker abre los ojos y descubre que está solo en la cama. Hay un papel en la almohada, a su lado, una nota de Margot: *Lo siento. La cama es muy incómoda. Llámame la semana que viene.*

Se pregunta si tendrá el valor de llamarla. Seguidamente, concretando más, se pregunta si tendrá el valor de no llamarla, si podrá resistirse a verla otra vez.

Dos días después, está sentado en la terraza de un café en la Place Saint-André des Arts, bebiendo despacio una cerveza y escribiendo en un pequeño cuaderno. Son las seis de la tarde, cuando acaba otra jornada, y ahora que Walker ha empezado a compenetrarse con el ritmo de París, comprende que ésa es probablemente la hora en que la ciudad está más animada, cuando se produce la transición del trabajo a casa, con las calles abarrotadas de mujeres y hombres que vuelven apresurados con la familia y los amigos, o a su vida solitaria, y disfruta al verse entre ellos, envuelto en el amplio hálito colectivo que llena el ambiente. Acaba de escribir una carta a sus padres y otra más extensa a Gwyn, y ahora trata de redactar algo convincente sobre George Oppen, un poeta norteamericano contemporáneo por quien siente gran admiración. Copia los siguientes versos del último libro de Oppen, *Con lo cual, esto*:

Imposible poner el mundo en duda: se ve
y como es irrevocable
no puede entenderse, y ese mero hecho es mortal.

Está a punto de anotar unos comentarios sobre ese pasaje, pero justo entonces cae una sombra sobre la página del cuaderno. Alza la vista, y allí, de pie justo delante de él, está Rudolf Born. Antes de que Walker pueda decir o hacer algo, el futuro marido de Hélène Juin se sienta en la silla vacía que hay a su lado. El pulso de Walker se dispara. Se ha quedado sin respiración, sin habla. No tenía que haber sucedido así, se dice a sí mismo. En caso de que sus caminos llegaran a cruzarse, debía haber sido él

quien localizara a Born, no al revés. Él iba a ir paseando por una calle atestada de gente, en una posición que le permitiera desviar la mirada y pasar inadvertido. Así es como siempre lo había visto en su imaginación, y ahora se encuentra ahí, en un espacio abierto, indefenso, con el culo pegado al asiento como un idiota, atrapado, incapaz de ignorar la presencia de Born.

Ya no lleva el traje blanco, lo ha sustituido por una chaqueta color crema y un *foulard* de seda azul y verde en torno al cuello, sin duda elegido para resaltar el azul claro de la camisa: el dandy desarreglado de siempre, piensa Walker, con su característica sonrisa burlona.

—Vaya, vaya, —dice Born, con simulado buen humor, pronunciando las palabras de modo que resulte clara su falsedad—. Volvemos a encontrarnos, Walker. Qué agradable sorpresa.

Walker es consciente de que tiene que decirle algo, pero de momento es incapaz de articular palabra.

—Esperaba encontrarme contigo, —prosigue Born—. París es una ciudad tan pequeña, que tenía que ocurrir tarde o temprano.

—¿Quién te ha dicho que estaba aquí?, —pregunta finalmente Walker—. ¿Margot?

—¿Margot? Hace meses que no hablo con ella. Ni siquiera sabía que estuviera en París.

—Entonces, ¿quién?

—Te olvidas de que he dado clase en Columbia. Tengo conocidos allí, y da la casualidad de que el director de tu curso es amigo mío. Cené con él la otra noche, y me lo dijo. Añadió que vivías en un hotelucho de mala muerte de la *rue Mazarine*. ¿Por qué no has ido al Reid Hall? Puede que las habitaciones no sean tan grandes, pero al menos no están llenas de pulgas.

Walker no tiene interés en discutir sus condiciones de alojamiento con Born, ningún deseo de gastar saliva en una charla trivial. Sin hacer caso de su pregunta, le advierte: No lo he olvidado, ¿sabes? Sigo pensando en ello todo el tiempo.

—¿Pensando en qué?

—En lo que le hiciste a aquel chico.

—Yo no le hice nada.

—Por favor...

—Una arremetida, eso fue todo. Tú estabas allí. Viste lo que pasó. Iba a matarnos. Si yo no lo hubiera atacado antes, los dos estaríamos muertos.

—Pero la pistola no estaba cargada.

—Eso no lo sabíamos, ¿verdad? Él dijo que iba a dispararnos, y si alguien me apunta con una pistola y dice que va a apretar el gatillo, me lo tomo en serio.

—¿Y qué hay del parque? Más de doce puñaladas después de la primera. ¿Por

qué coño lo hiciste?

—Yo no lo hice. Sé que no me crees, pero no tuve nada que ver con eso. Sí, lo llevé al parque cuando tú te fuiste, pero al llegar ya era cadáver. ¿Por qué iba a seguir acuchillando a un muerto? Lo único que quería era largarme de allí lo antes posible.

—Entonces, ¿quién lo hizo?

—No tengo ni idea. Un enfermo. Un duende de la noche. Al fin y al cabo, Nueva York es un sitio siniestro. Podría haber sido cualquiera.

—Hablé con la policía, ya sabes. A pesar de tu advertencia nada sutil.

—Me lo suponía. Por eso me marché con tanta prisa.

—Si eras inocente, ¿por qué no te quedaste para demostrarlo ante un tribunal?

—¿Para qué? Al final me habrían absuelto, y no podía perder todo el tiempo que hubiera supuesto mi defensa. El chico merecía morir. Y murió. A eso se reduce todo.

—Ningún remordimiento, entonces.

—Ningún remordimiento. Ni el más mínimo. Ni siquiera te reprocho el haberte vuelto contra mí yendo a la policía. Hiciste lo que creías que estaba bien. Equivocadamente, desde luego, pero ése es tu problema, no el mío. Te salvé la vida, Adam. Recuérdalo. Si la pistola hubiera estado cargada, no pararías de darme las gracias por lo que hice. En realidad, el hecho de que no tuviese balas no cambia nada, ¿verdad? Si creíamos que las tenía, para nosotros estaba cargada.

Walker está dispuesto a darle la razón en eso, pero aún queda la cuestión del parque, de cómo y cuándo murió el chico, y no le cabe duda de que la versión que da Born de los acontecimientos es falsa: por la sencilla razón de que no pudo suceder tan deprisa. Una sola puñalada en el vientre podría resultar mortal, pero inevitablemente sería una muerte lenta y prolongada, lo que significa que Williams debía estar vivo cuando Born llegó al parque, y por tanto las nuevas heridas que acabaron matando al muchacho fueron infligidas por el propio Born. Es lo único que tiene sentido. ¿Por qué iba a molestarse alguien en apuñalar más de una docena de veces a un adolescente muerto? Si Williams aún respiraba cuando Born se marchó del parque, cabría la posibilidad de discutir la intervención de un segundo atacante —traída por los pelos, aunque verosímil—, pero sólo si el motivo hubiera sido el de robar el dinero al muchacho, y en primavera la policía dijo a Walker que no se había producido robo alguno. Encontraron una billetera en el bolsillo del chico, y en su interior había dieciséis dólares intactos, lo que elimina el robo como motivo del crimen. *¿Por qué iba a seguir acuchillando a un muerto?* Porque no lo estaba, y seguiste clavándole la navaja hasta asegurarte de que ya era cadáver, y luego, incluso después de terminar la faena, continuaste apuñalándolo porque te cegaba la rabia, porque habías enloquecido y disfrutabas con lo que estabas haciendo.

—No quiero hablar más de eso, —dice Walker, metiéndose la mano en el bolsillo y sacando unas monedas para pagar la cerveza—. Tengo que irme.

—Como quieras, —responde Born—. Esperaba que pudiéramos enterrar el hacha de guerra y ser amigos otra vez. Hasta se me había ocurrido que te gustaría conocer a la hija de mi futura esposa. Cécile es una chica deliciosa, inteligente, de dieciocho años: estudiante de literatura, excelente pianista, justo la clase de persona que suscitaría tu interés.

—No, gracias, —dice Walker, poniéndose en pie—. No necesito que hagas de celestina para mí. Ya lo hiciste una vez, ¿recuerdas?

—Bueno, si alguna vez cambias de opinión, llámame. Me encantará presentártela.

En ese momento, justo cuando Walker se da la vuelta para marcharse, Born saca del bolsillo interior de su chaqueta color crema una tarjeta con su dirección y número de teléfono.

—Toma —dice, tendiéndosela a Walker—. Mis señas. Por si acaso.

Por un breve instante, Walker está tentado de romper la tarjeta —igual que hizo en primavera con el cheque en Nueva York— y tirar los pedazos al suelo, pero luego cambia de opinión, no queriendo rebajarse a un insulto tan mezquino y de mal gusto. Se guarda la tarjeta en el bolsillo y dice adiós. Born lo saluda con la cabeza pero no dice nada. Cuando Walker se va, el sol cruza el cielo y estalla en cien mil esquirlas de luz disuelta. Se derrumba la Torre Eiffel. Se incendia hasta el último edificio de París.

Fin del Acto I. Telón.

Se ha colocado él solo en una posición insostenible. En la medida en que ignoraba el paradero de Born, podía vivir con la incertidumbre de un posible encuentro, engañándose todo el tiempo a sí mismo para creer que la suerte estaría de su lado y que el temido momento nunca llegaría, o que se produciría al final, lo bastante tarde para que su estancia en París no quedara arruinada por el miedo a otra coincidencia, a otros encuentros. Ahora que ya ha sucedido, y justo al principio, mucho más pronto de lo que había creído posible, le resulta intolerable tener la dirección de Born en el bolsillo y no poder ir a la policía para exigir que lo detengan. Nada lo complacería más que llevar al asesino de Cedric Williams ante la justicia. Aunque lo dejaran libre, tendría que soportar los gastos y la humillación de un juicio, y en el caso de que el asunto no llegara a los tribunales, habría de pasar por la desagradable experiencia de los interrogatorios policiales, los rigores de una interminable investigación. Pero, aparte de secuestrar a Born y llevarlo de vuelta a Nueva York, ¿qué puede hacer Walker? Sopesa la situación durante el resto de la jornada y buena parte de la noche, y entonces se le ocurre una idea, una idea diabólica, tan maliciosa y cruel que el mero hecho de que sea capaz de imaginarla lo deja pasmado. No conducirá a Born a prisión, lamentablemente, pero le hará la vida sumamente incómoda, y si Walker puede llevar su plan a buen término, privará al futuro esposo de Hélène Juin del

objeto que más ansía en el mundo. Walker se siente a la vez entusiasmado y asqueado de sí mismo. Nunca ha sido una persona vengativa, jamás ha tratado conscientemente de hacer daño a nadie, pero Born pertenece a una categoría diferente, es un asesino, merece un castigo, y por primera vez en su vida Walker piensa desquitarse.

El plan requiere un embustero consumado, un arribista experto en el arte de la duplicidad, y como Walker no es ninguna de esas dos cosas, sabe que es la persona menos indicada para la empresa en que ha decidido embarcarse. Justo desde el principio, se verá obligado a actuar contra su propia naturaleza, una y otra vez resbalará y caerá en su lucha por pisar terreno firme en el campo de batalla que ha trazado en su imaginación, y sin embargo, a pesar de sus recelos, a la mañana siguiente se dirige resueltamente al Café Conti para introducir otro *jeton* en el teléfono público y poner en marcha su maquinación. Está sobrecogido por su audacia, su determinación. Cuando Born responde a la tercera llamada, es palpable la sorpresa en su voz.

—Adam Walker, —dice—, haciendo lo posible por disimular su estupor. La última persona del mundo de la que esperaba tener noticia.

—Disculpa la intrusión, —contesta Walker—. Sólo quería que supieras que he estado pensando mucho desde que hablamos ayer.

—Interesante. ¿Y adónde te ha llevado tu meditación?

—He decidido enterrar el hacha de guerra.

—Doblemente interesante. Ayer me acusas de asesinato, y hoy estás dispuesto a olvidar y perdonar. ¿A qué se debe ese súbito cambio de actitud?

—A que me has convencido de que dices la verdad.

—¿Debo tomármelo como una disculpa... o andas buscando que te haga otro favor? ¿No estarás pensando en resucitar el cadáver de tu revista, por ejemplo?

—Por supuesto que no. Es cosa del pasado.

—Lo que hiciste fue algo doloroso, Walker. Romper el talón en pedacitos y enviármelos sin decir palabra. Me sentí profundamente insultado.

—Si te ofendí de alguna forma, lo siento de verdad. Estaba bastante trastornado por lo que pasó. No era muy consciente de lo que hacía.

—¿Y ahora sabes lo que estás haciendo?

—Creo que sí.

—Crees que sí. Y dime, jovencito, ¿qué es lo que quieres exactamente?

—Nada. Te llamo porque me pediste que lo hiciera. En caso de que cambiara de opinión.

—Quieres que nos veamos, entonces. ¿Es eso? Me estás diciendo que te gustaría que reanudáramos nuestra amistad.

—Ésa era la idea. Mencionaste que me presentarías a tu *fiancée* y a su hija. Pensé que sería una bonita manera de empezar.

—*Bonita*. Qué palabra tan insípida. Los americanos tenéis el don de la trivialidad, ¿verdad?

—Sin duda. Además se nos da bien disculparnos cuando creemos que nos hemos equivocado. Si no quieres que nos veamos, dímelo. Lo entenderé.

—Perdóname, Walker. Estaba poniéndome desagradable otra vez. Me temo que era inevitable, dadas las circunstancias.

—Todos tenemos malos momentos.

—Desde luego. Y ahora quieres compartir mesa con Hélène y Cécile. Aceptando mi invitación de ayer. Dalo por hecho. Te dejaré un recado en el hotel en cuanto lo tenga todo arreglado.

La cena está dispuesta para la noche siguiente en Vagenende, una *brasserie* de principios de siglo en el Boulevard Saint-Germain. Walker llega pronto, a las ocho en punto, el primer miembro del grupo en aparecer, y mientras lo conducen a la mesa de Monsieur Born, está demasiado nervioso y distraído como para prestar mucha atención al ambiente que lo rodea: las oscuras paredes, revestidas con paneles de roble, los ornamentos de bronce, los blancos y almidonados manteles y servilletas, las conversaciones apagadas en otras partes de la sala, el rumor de los cubiertos de plata resonando contra la porcelana. Treinta y cuatro horas después de su enloquecida y abyecta conversación con Born, eso es lo que ha conseguido con sus mentiras: miedo sin fin, absoluto desprecio hacia sí mismo, y la impagable oportunidad de conocer a quienes van a ser futura esposa e hijastra de Born. Todo depende de cómo vayan las cosas con Hélène y Cécile Juin. Si logra establecer un vínculo con ellas, con cualquiera de las dos, una relación independiente de los contactos con Born, antes o después le resultará posible revelar por fin la verdad de los hechos que acaecieron en Riverside Drive, y si Walker puede convencerlas de que acepten su versión sobre el asesinato de Cedric Williams, habrá entonces grandes posibilidades, más del cincuenta por ciento, de que la boda se suspenda y la futura novia deje plantado a Born. Eso es lo que Walker se ha propuesto conseguir: romper el matrimonio antes de que se convierta en un hecho jurídico. No un castigo excesivamente riguroso para un delito de asesinato, quizá, pero, dadas las opciones disponibles, bastante duro. Born rechazado. Born humillado. Born hundido en la desdicha. Por odioso que a Walker le parezca halagarlo con falsas disculpas e insinceras declaraciones de amistad, comprende que no tiene donde elegir. Si resulta que no puede persuadir a Hélène ni a Cécile, entonces abandonará el empeño y proclamará tranquilamente su derrota. Pero únicamente en ese caso, y hasta que ese momento llegue a producirse, está resuelto a jugarse el tipo.

Sus primeras averiguaciones son inconcluyentes. Por temperamento o circunstancias, tanto la madre como la hija dan la impresión de ser modestas y

reservadas, no muy accesibles ni dadas a la conversación desenfadada, y como al principio Born domina la situación con presentaciones, explicaciones y comentarios diversos, ninguna de ellas habla mucho. Cuando Walker hace una breve relación de sus primeros días en París, Hélène lo felicita por su francés; en otro momento, Cécile le pregunta insulsamente si le gusta vivir en un hotel. La madre, alta, rubia y bien vestida, no es una belleza en modo alguno (el rostro demasiado alargado, piensa Walker, un tanto caballuno), pero, como muchas francesas de clase media y cierta edad, se comporta con considerable aplomo y elegancia: cuestión de estilo, quizá, o producto, si no, de la misteriosa sabiduría gala en lo que atañe a la esencia de la feminidad. La hija, que acaba de cumplir dieciocho años, estudia en el *Lycée Fénelon*, en la *rue de l'Éperon*, que está a menos de cinco minutos a pie del *Hôtel du Sud*. Es una criatura menuda, menos imponente que la madre, de corto pelo castaño, muñecas delgadas, hombros estrechos y ojos despiertos de mirada inquieta. Walker observa que tiene tendencia a bizquear, y se le ocurre (con acierto, al parecer) que Cécile lleva gafas habitualmente y ha decidido no ponérselas para la cena. No, no es una chica guapa, más bien poquita cosa, pero con un rostro interesante a pesar de todo: barbilla diminuta, nariz larga, mejillas redondeadas, boca expresiva. De cuando en cuando, sus labios se estiran hacia abajo en una especie de regocijo clandestino que no llega a transformarse en sonrisa, pero indica un sentido del humor bastante desarrollado, el de una persona atenta a las posibilidades cómicas de un momento determinado. No cabe duda de que es sumamente inteligente (durante los cuatro últimos minutos Born ha estado alabando sus excepcionales notas en literatura y filosofía, su pasión por el piano, su dominio del griego antiguo), pero por muchas cualidades que Cécile vaya acumulando en su favor, Walker reconoce tristemente que no siente atracción por ella, al menos no en el sentido que cabría esperar. No es su tipo, dice para sus adentros, cayendo de nuevo en ese término vago, tan usado, que sustituye a las infinitas complejidades del deseo físico. Pero ¿cuál es su tipo?, se pregunta. ¿Su hermana? ¿Margot, una obsesa sexual diez años mayor que él? Sea cual sea, no es Cécile Juin. La mira y ve una niña, una obra en construcción, una persona sin formar del todo, que en ese momento de su vida es demasiado retraída y tímida como para emitir alguna de esas señales eróticas que incitaría a un hombre a pretenderla. Eso no quiere decir que no vaya a hacer lo posible para cultivar su amistad, pero nada de besos ni caricias, ni enredos románticos, ni intentos de llevársela a la cama.

Se desprecia a sí mismo por pensar esas cosas, por mirar a la inocente Cécile como si no fuera más que un objeto sexual, una posible víctima de sus capacidades de seducción (suponiendo que tenga alguna), pero al mismo tiempo sabe que está librando una ofensiva, una guerra de guerrillas en la clandestinidad, y esa cena es la primera batalla, y si pudiera ganar la contienda seduciendo a la futura hijastra de su

adversario, no vacilaría en hacerlo. Pero la joven Cécile no es buena candidata para la seducción, y por tanto deberá urdir tácticas más sutiles para avanzar en su propósito, pasando de un asalto en toda regla contra la hija a un ataque en dos flancos contra la madre y la hija a la vez: en un intento de congraciarse con ellas y finalmente atraerlas a su bando. Todo eso debe realizarse bajo la atenta mirada de Born, la insufrible, bochornosa presencia de un hombre al que apenas se atreve a mirar. El astuto, el escéptico Born recela profundamente del falsario Walker, ¿y quién sabe si se ha limitado a aceptar la engañosa disculpa de este último con objeto de averiguar la diablura que está tramando? En la voz de Born hay una inflexión oculta bajo la agradable charla y fingida cordialidad, un tono inquieto, tenso, que parece sugerir que no baja la guardia. No sería prudente volverlo a ver, dice Walker para sus adentros, lo que hace aún más imperioso establecer una paz aparte con las Juin esta noche, antes de que la cena llegue a su fin.

Las mujeres están al otro lado de la mesa. Él tiene enfrente a Cécile, y Born está sentado a su izquierda, cara a cara con Hélène. Walker estudia los ojos de Hélène mientras ella mira a su prometido, y se queda tan confuso como Margot al ver que entre ellos no brota chispa alguna. Otras emociones acechan en esa mirada, quizá –añoranza, dulzura, tristeza–, pero el amor no se cuenta entre ellas, y mucho menos la felicidad, ni un solo vestigio de alegría. Pero ¿cómo puede haber felicidad para alguien en la situación de Hélène, para una mujer que se ha pasado los últimos seis o siete años en un sin vivir, sumida en una profunda pena mientras su agonizante marido languidece en un hospital? Se imagina al comatoso Juin tumbado en la cama, su cuerpo conectado a incontables máquinas y una maraña de tubos de respiración asistida, el único paciente en un ala grande y desierta, viviendo pero no del todo, agonizando sin morir, y de pronto recuerda la película que vio con Gwyn dos meses antes, *Ordet*, el film de Carl Dreyer, sentado junto a su hermana en el anfiteatro del cine New Yorker, y a la mujer del granjero muerta en su ataúd, y sus propias lágrimas cuando el cadáver se incorpora y vuelve a la vida, pero no, dice para sí, eso sólo era una historia, un relato ficticio en un mundo imaginario, y éste no es ese mundo, y en él no habrá resurrección para Juin, el marido de Hélène no se incorporará ni jamás volverá a la vida. De la cama de Juin en el hospital la imaginación de Walker salta a otra cama, y antes de que pueda remediarlo, rememora la repugnante escena que Margot le ha descrito hace unos días: Margot en la cama con dos hombres, Born y el otro, cómo se llamaba, François, Margot acostándose con Born y François, los tres desnudos, follando, y ahora ve a Born observando a François, que con la polla tiesa arremete contra Margot, y ahí sigue Born, con su odioso y rechoncho cuerpo desnudo, en plena excitación, masturbándose mientras mira cómo su novia jode con otro hombre...

Walker sonrío a Cécile en un intento de disolver la imagen, y cuando ella le

devuelve la sonrisa –un tanto perpleja, pero al parecer complacida por la atención–, se pregunta si esa especie de depravación no explica el hecho de que Born tenga tanto interés en casarse con Hélène. Intenta renunciar a su propio ser, resistir sus sórdidos y malévolos deseos, y ella representa la respetabilidad, una muralla contra su propia demencia. Walker observa con cuánto decoro se comporta con Hélène, dirigiéndose a ella con el formal *vous* en vez de con el más íntimo y familiar *tu*. Es el lenguaje de condes y condesas, el del matrimonio en las capas más encumbradas de las altas esferas, y crea entre el individuo y el mundo una distancia que sirve de escudo protector. No es amor lo que Born busca, sino seguridad. La libidinosa Margot sacaba a relucir lo peor de él. ¿Lo transformará la plácida y reprimida Hélène en un hombre nuevo? Sigue fantaseando, dice Walker para sus adentros. Una persona de tu inteligencia no debería creer algo así.

Para cuando piden la cena, Walker se ha enterado de que Hélène trabaja de logopeda en una clínica del decimocuarto *arrondissement*. Ejerce allí desde principios de los años cincuenta –es decir, mucho antes del accidente de su marido–, y aunque ahora depende de su trabajo para obtener los ingresos que requiere el mantenimiento de su pequeño hogar, Walker comprende enseguida que está entregada a su profesión, que su carrera le procura una inmensa satisfacción y que probablemente es el elemento más importante de su vida. Cuando te ves ahogado en un mar de problemas, el trabajo puede ser la tabla que al final te brinde la salvación. Walker lo lee en sus ojos, le impresiona lo perceptiblemente que se han iluminado ahora, cuando Born ha mencionado el tema, y ahí hay de pronto una posible apertura, la oportunidad de entablar un diálogo que favorezca sus propósitos. Lo cierto es que Walker está realmente interesado en lo que ella hace. Ha leído los ensayos de Jakobson y Merleau-Ponty sobre la afasia y la adquisición del lenguaje, ha meditado mucho en esas cuestiones debido a su vínculo con las palabras, y por tanto no se siente un impostor ni un intrigante cuando empieza a acribillarla a preguntas. Al principio, Hélène se muestra desconcertada por su entusiasmo, pero cuando comprende que va en serio, empieza a hablar de trastornos del habla en niños, de sus métodos de tratar a los adolescentes que acuden a su clínica tartamudeando, ceceando, hablando de forma entrecortada, pero no, no trabaja exclusivamente con niños, también con adultos, ancianos, víctimas de algún ataque y de diversas lesiones cerebrales, pacientes que han perdido la capacidad de hablar o no recuerdan palabras o las confunden hasta tal punto que *pluma* se convierte en *papel* y *árbol* en *casa*. Existen varias formas diferentes de afasia, según se entera Walker, en función de la parte del cerebro que esté afectada –la afasia de Broca, la de Wernicke, la afasia de conducción, la transcortical sensorial, la afasia anómica, etcétera–, y acaso no es interesante, prosigue Hélène, sonriendo por primera vez desde que ha entrado en el restaurante, sonriendo de verdad al fin, acaso no resulta curioso que el pensamiento

no pueda existir sin lenguaje, y como además el lenguaje es una función del cerebro, tendríamos que afirmar que esa facultad de percibir el mundo a través de símbolos que constituye el lenguaje, es en cierto sentido una característica física de los seres humanos, lo que demuestra que el antiguo dualismo es bastante absurdo, ¿no le parece? *Adieu*, Descartes. El cuerpo y la mente forman una unidad.

Está descubriendo que la mejor manera de conocerlas es no interviniendo, haciendo preguntas en lugar de responderlas, procurando que hablen ellas. Pero Walker no es un experto en esa clase de manipulación psicológica, y cae en un incómodo silencio cuando Born se entromete con ciertas observaciones mordaces, enteramente intencionadas, sobre la negativa del ejército israelí de retirarse del Sinaí y Cisjordania. Walker se da cuenta de que trata de arrastrarlo a una discusión, pero el caso es que está de acuerdo con la postura de Born ante esa cuestión, y en lugar de hacérselo saber, no dice nada, deja que la diatriba siga su curso mientras observa la boca de Cécile, que de nuevo se estira hacia abajo en respuesta a algún secreto regocijo interior. Podría equivocarse, pero parece encontrar bastante divertida la vehemencia de las opiniones de Born. Un par de minutos después, la perorata se ve interrumpida cuando les sirven los entremeses. Aprovechando la ocasión, Walker rompe el repentino silencio preguntando a Cécile sobre sus estudios de griego antiguo. No daban griego cuando él fue al instituto, explica Walker, y envidia la suerte que ella tiene de estudiarlo. Sólo le quedan dos años de universidad, y ahora quizá sea un poco tarde para empezar.

—No mucho, —dice ella—. En cuanto aprendes el alfabeto, no es tan difícil como parece.

Hablan de literatura griega durante un rato, y al cabo de poco Cécile le está contando su proyecto del verano: un plan descabellado, excesivamente ambicioso que la ha conducido a tres meses de constante frustración y arrepentimiento. Sabe Dios lo que la habrá llevado a acometer tal empresa, le explica, pero se le metió en la cabeza traducir al francés un poema del escritor más difícil imaginable, y que además es muy extenso. Cuando Walker le pregunta el nombre del autor, ella se encoge de hombros y le dice que seguramente no habrá oído hablar de él, que nadie lo conoce, y efectivamente, cuando menciona el nombre del poeta, Licofrón, que vivió en torno al 300 A.C., Walker admite que Cécile tiene razón. El poema trata de Casandra, prosigue ella, la hija de Príamo, el último rey de Troya; de la pobre Casandra, que tuvo la desgracia de ser amada por Apolo. Él le ofrece el don de la profecía, pero sólo si accede a sacrificarle su virginidad a cambio. Al principio ella dice que sí, luego que no, y el rechazado Apolo se venga de ella envenenando el don, asegurándose de que nadie crea sus profecías. El poema de *Licofrón* está ambientado en la guerra de Troya, mientras Casandra se encuentra en la cárcel, ya enloquecida y a punto de ser asesinada por Agamenón, lanzando interminables desvaríos y visiones del futuro en

un lenguaje tan complejo, tan plagado de metáforas y alusiones, que resulta casi ininteligible. Es un poema de gritos y alaridos, prosigue Cécile, un gran poema en su opinión, una obra desquiciada y enteramente moderna, pero tan imponente y desalentadora, tan alejada de su capacidad de comprensión, que tras horas y horas de trabajo sólo ha logrado traducir ciento cincuenta versos. En caso de seguir adelante, concluye, la boca estirándose de nuevo hacia abajo, sólo tardará diez o doce años en acabarlo.

A pesar del menosprecio con que se juzga, Walker no deja de admirar el valor de la muchacha al acometer un poema de tal envergadura, una obra que le gustaría leer, y por tanto le pregunta si existe alguna traducción inglesa. No lo sabe, dice ella, pero la encantará averiguarlo y se lo dirá. Walker le da las gracias y luego añade (por simple curiosidad, sin ulterior motivo) que le gustaría leer su versión francesa de los primeros versos. Pero Cécile pone reparos. No es posible que te interese, responde. Es pura morralla. Momento en el cual Hélène da a su hija unas palmaditas en la mano y le dice que no sea tan dura consigo misma. Entonces salta Born, dirigiéndose a Cécile: Adam también es traductor, ¿sabes? Poeta antes que nada, pero además traduce poesía. Del *provençal*, nada menos. Una vez me dio a conocer una obra de un presunto tocayo mío, Bertran de Born. Un tipo impresionante, el viejo Bertran. A veces tendía a perder la cabeza, pero era buen poeta, y Adam realizó una traducción excelente.

—¿Ah, sí?, —dice Cécile, mirando a Walker—. No lo sabía.

—Lo de excelente no lo sé, —contesta él—, pero sí he hecho algunas traducciones.

—Bueno, —responde ella—, en ese caso...

Y así, por las buenas, sin previo aviso ni maniobras tortuosas por su parte, Walker concierta una cita con Cécile para el día siguiente a las cuatro de la tarde con objeto de echar un vistazo a su trabajo. Una pequeña victoria, quizá, pero de pronto ha conseguido todos sus propósitos para esta noche. Habrá más contactos con las Juin, y Born no estará presente.

A la mañana siguiente, está sentado frente a su inestable escritorio con la pluma en la mano, repasando uno de sus últimos poemas y sintiéndose cada vez más descontento con el texto, preguntándose si debe perseverar en el empeño, dejarlo a un lado para posterior consideración, o sencillamente echarlo a la papelera. Alza la cabeza para mirar por la ventana: encapotado y gris, una montaña de nubes ensanchándose por el Oeste, una mutación más en el siempre cambiante cielo de París. Los sombríos interiores le resultan más bien agradables: una penumbra balsámica, por decirlo así, una oscuridad sociable con la que se puede conversar durante horas. Deja la pluma, se rasca la cabeza, suspira. Espontáneamente, un

olvidado versículo del Eclesiastés surge con estruendo en su conciencia. *Y dediqué mi corazón a conocer la sabiduría, y entender las locuras y los desvaríos...* Mientras anota esas palabras al margen derecho del poema, se pregunta si no son las más auténticas que ha escrito sobre sí mismo en meses. Quizá no sean suyas, pero siente que le pertenecen.

Las diez y media, las once. El destello amarillento que emite sobre el escritorio la bombilla de la lámpara, hecha con una botella de vino. El grifo goteante, el empapelado despegado, el rasgueo de la pluma. Oye ruido de pasos en la escalera circular. Alguien se acerca, subiendo despacio hacia su piso, el último, y al principio supone que es Maurice, el gerente borrachín del hotel, que viene a entregarle un telegrama o el correo de la mañana, el afable Maurice Petillon, hombre de mil historias sobre nada en particular, pero no, no es Maurice, porque ahora percibe Walker el repiqueteo de unos tacones altos, y por tanto debe ser una mujer, y si es una mujer, ¿quién puede ser sino Margot? Walker se alegra, se entusiasma de forma desmesurada, se siente invadido de una felicidad absolutamente estúpida ante la perspectiva de volverla a ver. Salta de la silla y se precipita a abrir la puerta antes de que ella tenga tiempo de llamar.

Trae una bolsita de *patisserie* de papel parafinado llena de *croissants* recién hechos. En circunstancias normales, alguien que se presenta llevando un regalo es una persona que está de buen humor, pero Margot parece hoy resentida y desanimada, y apenas logra sonreír cuando planta un beso ligero y glacial en los labios de Walker. Cuando él la rodea con los brazos, ella se libera de su abrazo y entra a grandes zancadas en la habitación, dejando la bolsa sobre el escritorio y sentándose en la cama sin hacer. Walker cierra la puerta, avanza hasta la mesa y se detiene.

—¿Qué te pasa?, —pregunta.

—A mí no me pasa nada, —contesta Margot—. Me gustaría saber lo que te pasa a ti.

—¿A mí? ¿Por qué tendría que pasarme algo? ¿A qué te refieres?

—Anoche iba paseando con un amigo por el Boulevard Saint-Germain. Eran sobre las ocho y media o las nueve. Pasamos por casualidad frente a aquel restaurante, ya sabes al que me refiero, esa antigua *brasserie*, Vagenende, y sin motivo particular, grandísima idiota que soy, o quizá porque solía ir allí con mis padres cuando era pequeña, miré por la ventana. ¿Y a quién crees que vi?

—Ah, dice Walker, sintiendo como si acabaran de darle una bofetada en plena cara. No tienes que decírmelo. Ya sé a quién.

—¿Qué estás tramando, Adam? ¿A qué clase de retorcido juego te dedicas ahora?

—Walker se sienta despacio en la silla de su escritorio. No le queda aire en los pulmones; la cabeza está a punto de separarse del tronco. Aparta la vista de Margot, cuyos ojos no dejan de mirarlo, y se pone a toquetear la bolsa de los *croissants*.

—Bueno, —dice ella—. ¿Es que no vas a decírmelo?

—Me gustaría decírtelo, —contesta al fin—. Quisiera contártelo todo.

—Entonces, ¿por qué no lo haces?

—Porque no sé si puedo confiar en ti. No podrás decir una palabra de esto a nadie, ¿entiendes? Tienes que prometérmelo.

—¿Quién te crees que soy?

—No sé. Una persona que me ha decepcionado. Que me gusta mucho. Y de quien quiero ser amigo.

—Pero no crees que pueda guardar un secreto.

—¿Puedes?

—Nadie me lo ha pedido antes. ¿Cómo voy a saberlo hasta que lo intente?

—Vaya, al menos eres sincera.

—Tú decides. No voy a obligarte a decírmelo si no quieres. Pero si no lo haces, Adam, voy a levantarme y a marcharme de esta habitación, y no volverás a verme nunca más.

—Eso es chantaje.

—No, en absoluto. Es la pura verdad, nada más.

Walker deja escapar un prolongado suspiro de derrota, se levanta luego de la silla y empieza a caminar de un lado para otro frente a Margot, que lo observa en silencio desde la cama. Pasan diez minutos, y en ese tiempo le cuenta la historia de los últimos días: el encuentro accidental con Born, del que ahora sospecha que no fue casualidad, el falso desmentido de Born sobre el asesinato de Cedric Williams, la invitación a conocer a Hélène y Cécile, la tarjeta de visita que casi llega a romper, la elaboración del plan para impedir la boda de Born con Hélène, la contrita llamada de teléfono para poner en marcha la maquinación, la cena en Vagenende, su próxima cita con Cécile a las cuatro de esa misma tarde. Cuando Margot termina de escucharlo, da unas palmaditas en la cama con la mano izquierda y le dice que se siente a su lado. Walker se sienta, y en el momento en que su cuerpo toca el colchón, Margot lo agarra fuertemente de los hombros con ambas manos, hace que se vuelva hacia ella, acerca su rostro a escasos centímetros del suyo, y le advierte en voz baja, llena de determinación: Olvídalo, Adam. No tienes la menor oportunidad. Te va a hacer picadillo.

—Demasiado tarde, —asegura Walker—. Ya he empezado, y no voy a parar hasta el final.

—Hablas de confianza. ¿Qué te hace pensar que puedes fiarte de Hélène Juin? Acabas de conocerla.

—Lo sé. Me va a llevar tiempo asegurarme. Pero la primera impresión que tengo de ella es buena. Me parece una persona seria, honrada, y no creo que Born le importe mucho. Le está agradecida, se ha portado bien con ella, pero no está

enamorada de él.

—En cuanto le digas lo que pasó en Nueva York, irá enseguida a contárselo a Rudolf. Créeme.

—Es posible. Pero aunque se lo diga, ¿qué puede pasarme a mí?

—Cualquier cosa.

—Born podría tratar de darme un puñetazo en la cara, pero no va a perseguirme con la navaja.

—No estoy hablando de la navaja. Rudolf tiene contactos, conoce a montones de gente influyente, y antes de que empieces a meterte en líos con él, debes saber con quién te la estás jugando. No es un cualquiera.

—¿Contactos?

—En la policía, el ejército, el gobierno. No estoy en condiciones de probar nada, pero siempre he tenido la sensación de que es algo más que un simple profesor de universidad.

—¿Como qué?

—No sé. Servicio secreto, espionaje, trabajo sucio de alguna clase.

—¿Y por qué demonios sospechas eso?

—Llamadas de teléfono en plena noche..., ausencias misteriosas, sin dar explicaciones..., la gente que conoce. Ministros, generales. ¿Cuántos profesores jóvenes salen a cenar con altos funcionarios del gobierno? Rudolf se mueve en las entretelas del poder, y eso lo convierte en una persona peligrosa para ti. Sobre todo aquí, en París.

—Todo eso me parece muy endeble.

—¿Te acuerdas de la cena en nuestro apartamento de Nueva York la primavera pasada?

—Con todo detalle. ¿Cómo podría olvidarla?

—Cuando te hice pasar, él estaba hablando por teléfono. Luego apareció: furioso, lanzando fuego por la boca, histérico. *¿Cuántos años de mi vida les he dado?* ¿Qué quería decir con eso? ¡Principios! ¡Batallas! ¡El barco se hunde! Había un problema en París, y te puedo asegurar que no tenía nada que ver con asuntos de la universidad ni con la herencia de su padre. Era algo relacionado con el gobierno, con su vida clandestina en cualquiera que sea el organismo para el que trabaja. Por eso se puso como loco cuando tú empezaste a hablar de la CIA. ¿No te acuerdas? Te dijo todas aquellas cosas sobre tu familia, y tú te quedaste pasmado, no podías creer la cantidad de información que había logrado obtener sobre tu vida. Tú dijiste que debía ser un agente de alguna clase. Tenías razón, Adam. Te oliste algo, y Rudolf se echó a reír, tratando de convertirlo en un chiste. Entonces supe que yo estaba en lo cierto.

—Tal vez. Pero no son más que suposiciones.

—Entonces, ¿por qué no me dijo cuál era el problema? Ni siquiera se molestó en

inventar una excusa. No es asunto tuyo, me dijo, no hagas tantas preguntas. De modo que coge un avión y se va a París, y cuando vuelve está comprometido con Hélène Juin y a mí me pone en la puerta.

Siguen hablando otros quince o veinte minutos, y cuanta más vehemencia emplea Margot en sus sospechas sobre operaciones encubiertas, conspiraciones gubernamentales y tensiones psicológicas propias de una doble vida, menos parece importarle a Walker. Margot se asombra de su indiferencia. La califica de curiosa, malsana, irracional, pero Walker explica que las actividades de Born no le interesan. Lo único que cuenta es el asesinato de Cedric Williams, y aun cuando resulte que Born es el jefe de todos los servicios secretos franceses, no le importará lo más mínimo. Sólo hay un momento en que parece prestar la mayor atención, y es a raíz de una rápida observación de Margot sobre el pasado de Born: algo relacionado con que su infancia transcurrió en una gran mansión a las afueras de París, que fue en donde ella lo conoció cuando tenía tres años. ¿Qué me dices de Guatemala?, pregunta Walker, recordando lo que Born le dijo sobre que se había criado en ese país.

—Te estaba tomando el pelo, —contesta Margot—. Rudolf nunca ha estado en ese sitio.

—Eso pensaba. Pero ¿por qué Guatemala?

—¿Por qué no? Le encanta inventar historias sobre sí mismo. Engañar a la gente, contar pequeñas mentiras; Rudolf se entretiene mucho con eso.

Aunque esa conversación no revela nada de verdadera importancia (demasiadas suposiciones, pocos hechos), parece no obstante marcar un giro en sus relaciones con Margot. Está preocupada por él, y la inquietud y angustia que Walker ve en sus ojos le resulta a la vez reconfortante (la cuestión de la confianza ya no está en entredicho) y un tanto penosa. Se está acercando más a él, su cariño se ha hecho más manifiesto, más sincero, y sin embargo hay algo maternal en esa zozobra, una sensación de sabiduría que no aprueba los errores de juventud, y por primera vez en los meses que la conoce, Walker percibe la diferencia de edad, la brecha de diez años que los separa. Espera que eso no constituya un problema. Ahora necesita a Margot. Es su único aliado en París, y estar con ella es el único remedio capaz de aliviar la amargura de pensar en su hermana, de echar de menos a Gwyn. No, no lamenta que lo haya visto anoche en el restaurante con Born y las Juin. Tampoco le preocupa que le haya abierto su corazón. Su reacción le ha demostrado que significa algo para ella, que representa algo más que otro cuerpo con el que acostarse, pero sabe que no debe abusar de su amistad, porque Margot no está muy bien de la cabeza, y no puede dar mucho de sí. Si le pide demasiado, es capaz de molestarse, de desaparecer incluso.

Dejando en el escritorio los *croissants* sin tocar, salen a la húmeda calle sin sol, en busca de un sitio para comer. Margot le coge de la mano mientras caminan en silencio, y diez minutos después están sentados uno frente a otro a una mesa en un

rincón del Restaurant des Beaux-Arts. Margot lo invita a un copioso almuerzo de tres platos (negándose a que pague él, insistiendo en que pida postre y una segunda taza de café), y luego se dirigen a la *rue de l'Université*. El apartamento de los Jouffroy está en el quinto piso de un edificio de seis plantas, y cuando entran en el estrecho espacio de la jaula que es el ascensor para iniciar la subida, Walker rodea a Margot con los brazos y le cubre el rostro con un aluvión de breves e impetuosos besos. Margot suelta una carcajada, y sigue riendo cuando saca una llave del bolso y abre la puerta del piso. Resulta ser un lugar espléndido, mucho más suntuoso de lo que Walker podía haberse imaginado, un inmenso y cómodo palacio que expresa riqueza a una escala que jamás había conocido. Margot le dijo una vez que su padre trabajaba en un banco, pero olvidó añadir que era el presidente, y ahora que le está enseñando la casa, mostrándole brevemente las habitaciones, con sus gruesas alfombras persas y espejos de marco dorado, arañas de luces y muebles antiguos, siente que tiene una nueva perspectiva de la distante y esquiva Margot. Es una persona en desacuerdo con el ambiente en que ha nacido, enfrentada con él pero no en rotunda rebelión (porque ahí está, temporalmente de vuelta con sus padres mientras busca un sitio propio para vivir), aunque vaya decepción debe de ser para ellos el hecho de que continúe soltera a los treinta años, y sus desganados intentos de hacerse pintora no pueden sentar muy bien en aquel ámbito de respetabilidad burguesa. La ambigua Margot, con su afición a la cocina y a los encuentros sexuales, esforzándose aún por encontrar un lugar propio, todavía sin liberarse del todo.

O eso es lo que Walker va cavilando mientras la sigue a la cocina, pero un momento después descubre que su retrato es algo más complejo del que acaba de crear en su imaginación. Margot no vive allí con sus padres. Tiene una habitación arriba, un pequeño cuarto de doncella que su abuela le regaló en su vigésimo primer cumpleaños, y el único motivo por el que ha entrado en el piso esta tarde ha sido para coger un paquete de tabaco (que ahora encuentra en un cajón junto a la pila). La visita de la casa es una pequeña propina, añade ella, para que Walker se haga una idea de cómo y dónde se crió. Cuando él le pregunta por qué prefiere dormir en una diminuta *chambre de bonne* en vez de instalarse ahí abajo con todas las comodidades, Margot sonrío y contesta: Imagínatelo.

Es un recinto espartano, de un tamaño inferior a la tercera parte de su habitación del hotel. El espacio justo para un pequeño escritorio y una silla, un lavabo minúsculo y una cama estrecha con cajones bajo el colchón. De limpieza inmaculada, sin filigranas en ninguna parte: como si hubiera puesto el pie en la celda de una novicia. Sólo un libro a la vista, en el suelo junto a la cama: una recopilación de poemas de Paul Éluard, *Capitale de la douleur*. Unos cuantos blocs de dibujo apilados sobre la mesa junto a un vaso lleno de lápices y plumas; algunos lienzos en el suelo, apoyados contra la pared con la parte de atrás hacia fuera. A Walker le gustaría darles la vuelta,

le encantaría abrir los blocs, pero Margot no se ofrece a enseñárselos, y él no se atreve a tocar nada sin su permiso. Se siente sobrecogido por la sencillez del cuarto, por esa reveladora visión del mundo interior de Margot. ¿A cuántos ha permitido entrar aquí?, se pregunta.

Le gustaría pensar que es el primero.

Pasan dos horas en la estrecha cama de Margot, y cuando Walker se marcha finalmente, llega con retraso a su cita con Cécile Juin. Toda la culpa es suya, pero lo cierto es que se ha olvidado por completo del encuentro. Desde que empezó a besar a Margot, la cita de las cuatro se le fue de la cabeza, y si no es por ella, que al echar un vistazo al despertador le ha dicho: *¿Pero no tienes que estar en algún sitio dentro de quince minutos?*, seguiría en la cama a su lado en vez de levantarse de un salto, vestirse a toda prisa, y salir precipitadamente de allí.

Ese gesto de ayuda lo desconcierta. Sólo unas horas antes se oponía firmemente a su plan, y ahora parece comportarse como su cómplice. ¿Ha reconsiderado su postura, se pregunta, o se está burlando de él en cierto modo sutil, poniéndolo a prueba para ver si es realmente tan estúpido como para caer en la trampa que, a su juicio, se ha tendido a sí mismo? Sospecha que la última interpretación es la correcta, pero aun así le da las gracias por recordarle su cita, y entonces, justo cuando va a abrir la puerta para marcharse de la minúscula habitación, en un impulso le dice a Margot que la quiere.

—No, no me quieres, —responde ella, sacudiendo la cabeza y sonriendo—. Pero me alegro de que lo creas. Estás chiflado, Adam, y cada vez que te veo, estás más tocado que la última vez. Dentro de poco, estarás tan loco como yo.

Entra en *La Palette* a las cuatro y veinticinco, casi media hora tarde. No lo sorprendería que Cécile se hubiera largado ya de allí hecha una furia y jurando lanzarle una lluvia de maldiciones si alguna vez vuelve a cruzarse en su camino. Pero no, allí sigue, tranquilamente sentada a una mesa en la sala de atrás, leyendo un libro, con un botellín de Orangina casi acabado delante de ella, las gafas puestas esta vez, y un sombrerito azul que parece una boina y le sienta muy bien. Incómodo, jadeando por la carrera, la ropa en desorden, el cuerpo sin duda apestando a sexo, y con la palabra *loco* aún resonando en sus oídos, Walker se acerca a la mesa, tartamudeando ya una retahíla de disculpas cuando Cécile alza la cabeza y sonrío: una sonrisa de perdón absolutamente inmerecida.

Sin embargo, cuando se sienta en la silla frente a ella, Walker sigue disculpándose, inventando una disparatada excusa sobre estar en la cola de la oficina de correos durante más de una hora para hacer una llamada intercontinental a Nueva

York, pero Cécile no le hace caso, le dice que lo olvide, que no hay problema, que no tiene que dar explicaciones. Luego, alzando el brazo izquierdo y mostrándole la muñeca, se da unos golpecitos en el reloj con el índice de la mano derecha y anuncia: En París tenemos por norma que siempre que dos personas quedan para verse, la primera que llega concede a la otra media hora más; sin hacer preguntas. Ahora son y veinticinco. Según mis cálculos, llegas cinco minutos antes de tiempo.

—Bueno, —dice Walker—, impresionado por esa lógica insensata, entonces sobra todo lo que estoy diciendo, ¿no?

—Eso es lo que intentaba explicarte.

Walker pide un café, su sexto o séptimo del día, y entonces, con su característico tironcito hacia abajo de los labios, Cécile señala el libro que estaba leyendo cuando él apareció: un pequeño volumen de tapa dura de color verde, sin sobrecubierta, al parecer bastante antiguo, un objeto raído y maltrecho que parece rescatado de un cubo de basura.

—Lo he encontrado, —anuncia, incapaz de controlar más los labios y abriéndolos en una sonrisa con todas las de la ley—. *Licofrón* en inglés. La *Loeb Classical Library*, publicada por *Harvard University Press*. Mil novecientos veintiuno. En traducción de (abre la página de guarda)... A. W. Mair, catedrático de griego de la Universidad de Edimburgo.

—Qué rapidez, —observa Walker—. ¿Cómo demonios has logrado encontrarlo?

—Lo siento. No te lo puedo decir.

—¿Ah? ¿Y por qué?

—Es un secreto. A lo mejor te lo digo cuando me lo devuelvas, pero no antes.

—¿Quieres decir que me lo prestas?

—Pues claro. Te lo puedes quedar el tiempo que quieras.

—¿Y qué me dices de la traducción? ¿Le has echado un ojo?

—Mi inglés no es muy bueno, pero me parece acartonada y pedante, muy antigua escuela, me temo. Peor aún, es una traducción literal en prosa, así que la poesía brilla por su ausencia. Pero al menos te dará una idea de lo que es..., y de por qué me está dando tantos problemas.

Cécile abre el libro por la segunda página del poema y señala la línea treinta y uno, por donde empieza el monólogo de Casandra. Dice a Walker: ¿Por qué no me lees un poco en voz alta? Entonces podrás juzgar por ti mismo.

Walker le coge el libro e inmediatamente se lanza a la lectura:

¡Ay!, desventurada nodriza mía, ya incendiada otrora por las naves guerreras del león engendrado en tres noches, al cual devoró un perro del viejo Tritón con sus fauces de mellados dientes. Pero él, que seguía vivo, partió el hígado del monstruo, e hirviendo en el caldero de aquel hogar sin

llamas perdió la melena de la cabeza; el que mató a sus hijos, el destructor de mi patria; el que hirió con pesado dardo en el pecho a su segunda madre invulnerable; el que, también, en medio del estadio apresó con sus brazos el cuerpo de su padre luchador junto a la empinada colina de Cronos, donde se encuentra, para espanto de caballos, la tumba del terrígeno Ísqueno; el que, asimismo, mató a la feroz perra guardiana de los angostos estrechos del mar ausonio, cuando pescaba sobre su cueva, la leona que dio muerte al toro y a quien su padre volvió a la vida quemándole la carne con antorchas; a ella, que no temía a Leptínida, la diosa del averno...

Walker deja el libro y sonrío. —Esto es de locos —observa—. Estoy absolutamente perdido.

—Sí, es una traducción horrenda, —contesta Cécile—. Hasta mis oídos lo perciben.

—No se trata sólo de la traducción. Es que no tengo ni idea de lo que pasa.

—Eso se debe a que *Licofrón* es muy indirecto. *El oscuro Licofrón*. No sin motivo lo llamaban así.

—A pesar de eso...

—Tienes que conocer las referencias. La nodriza, por ejemplo, es Ilión; y el león, Heracles. Laomedonte prometió pagar a Poseidón y Apolo por construir las murallas de Troya, pero cuando no cumplió su promesa, apareció un monstruo marino, el perro de Tritón, que devoró a su hija, Hesíone. Heracles penetró en el vientre del monstruo y lo hizo pedazos. Laomedonte dijo que recompensaría a Heracles por matar al monstruo dándole los caballos de Tros, pero una vez más no hizo honor a su palabra, y el airado Heracles lo castigó reduciendo a cenizas la ciudad de Troya. Ésos son los antecedentes de los primeros versos. Si no conoces las referencias, estás perdido.

—Es como traducir *Finnegans Wake* al mandarín.

—Así es. Por eso estoy tan harta. Las vacaciones terminan la semana que viene, pero mi proyecto de verano ya está *kaputt*.

—¿Lo dejas?

—Cuando llegué a casa anoche después de cenar, volví a leer mi traducción y la tiré a la papelera. Era espantosa, verdaderamente atroz.

—No deberías haberlo hecho. Tenía ganas de leerla.

—Me daba mucha vergüenza.

—Pero me lo prometiste. Por eso estamos aquí sentados ahora; porque ibas a enseñarme tu traducción.

—Ésa fue la idea en principio, pero luego cambié de planes.

—¿Cómo los cambiaste?

—Dándote este libro. Al menos hoy he hecho algo.

—Me parece que ya no lo quiero. El libro te pertenece. Deberías quedarte con él, como recuerdo de tu ímprobo verano.

—Pero yo tampoco lo quiero. Sólo de mirarlo me pongo enferma.

—¿Qué hacemos con él, entonces?

—No sé. Dáselo a alguien.

—Estamos en Francia, ¿recuerdas? ¿A qué francés en su sano juicio le interesaría una mala traducción inglesa de un poema griego incomprensible?

—Tienes toda la razón. ¿Por qué no lo tiramos, simplemente?

—Muy desagradable. A los libros hay que tratarlos con respeto, incluso a aquellos que nos ponen enfermos.

—Entonces nos lo dejaremos olvidado. Aquí mismo, en este banco. Un regalo anónimo a un desconocido.

—Perfecto. Y en cuanto paguemos la consumición y nos marchemos de este café, nunca más volveremos a hablar de Licofrón.

Así empieza la amistad de Walker con Cécile Juin. En muchos aspectos, le parece una persona enteramente imposible. Tiembla y no se está un momento quieta, se muerde las uñas, no fuma ni bebe, es una vegetariana militante, se exige demasiado a sí misma (p. ej., la traducción destruida), y a veces se muestra increíblemente inmadura (p. ej., la estúpida cuestión de no decirle dónde encontró el libro, su infantil fijación con los *secretos*). Por otro lado, es sin lugar a dudas una de las personas más inteligentes que ha conocido jamás. Su cerebro es un instrumento maravilloso, sus argumentos son envolventes y sus conocimientos de literatura y arte, música e historia, política y ciencias acaban deslumbrándolo. Tampoco es simplemente una máquina memorística, una de esas típicas estudiantes destacadas capaces de ingerir grandes cantidades de información sin contrastar. Es sensible y perspicaz, sus opiniones son indefectiblemente originales, y, por tímida y nerviosa que sea, siempre mantiene su postura con firmeza en cualquier discusión. Durante seis días seguidos, Walker queda con ella para almorzar en el comedor universitario de la *rue Mazet*. Pasan la tarde juntos deambulando por librerías, yendo al cine, visitando galerías de arte, sentándose en los bancos del Sena. Menos mal que no se siente físicamente atraído hacia ella, que puede limitar sus pensamientos sexuales a Margot (que durante ese periodo pasa una noche con él) y a Gwyn, ausente pero nunca lejana. En una palabra, pese a sus desesperantes manías, disfruta tanto de la compañía intelectual de Cécile que es capaz de renunciar a cualquier pretensión sobre su cuerpo, y con mucho gusto mantiene las manos quietas.

Procediendo con cautela, no le hace preguntas directas sobre Born. Quiere averiguar lo que piensa de él, lo que le parece la próxima boda de su madre con ese *viejo amigo de la familia*, pero tiene mucho tiempo por delante, el divorcio no se

producirá hasta la primavera, y prefiere esperar a que su amistad esté sólidamente arraigada antes de hurgar en asuntos tan privados. Sin embargo, considera instructivo el silencio de Cécile, porque si sintiera un cariño especial por Born, o si le entusiasmara la boda, sería inevitable que hablara de ello de vez en cuando, pero ni siquiera lo menciona, y Walker concluye por tanto que alberga ciertos recelos sobre la decisión de su madre. Quizá la considera una traición a su padre, sospecha él, pero es una cuestión muy delicada para plantearse, y hasta que Cécile la saque directamente a relucir, seguirá fingiendo que no sabe nada sobre su padre, el hombre que está más muerto que vivo en el hospital y que jamás volverá a despertar.

El quinto día de sus paseos cotidianos, Cécile le dice que a su madre le gustaría saber si está libre para ir a cenar a su casa a la noche siguiente, la última antes de que empiece el nuevo curso en el *lycée*. El primer impulso de Walker es declinar la invitación, pues teme que Born se cuente entre los comensales, pero resulta que Rudolf ha ido a Londres por asuntos familiares (¿asuntos familiares?) y que sólo serán los tres, Hélène, Cécile y él. Naturalmente, contesta, le gustará mucho asistir a esa pequeña cena. No se siente cómodo en reuniones con mucha gente, pero una velada tranquila con madre e hija le parece estupenda. Cuando dice esa palabra, el rostro de Cécile se ilumina con una expresión de inmoderada y centelleante alegría. En ese momento, Walker comprende de pronto que la invitación no ha venido de Hélène sino de Cécile, que ha sido ella quien ha convencido a su madre para que lo invite a su casa y que lo más probable es que haya estado varios días dándole la lata con ello. Hasta ahora, Cécile se ha mostrado bastante comedida en su presencia, reprimiendo cualquier arranque espontáneo de emoción, y esa manifestación de alegría que se extiende por sus facciones es una señal profundamente preocupante. Lo último que desea es que acabe enamorándose de él.

Viven en la *rue* de Verneuil, en el séptimo *arrondissement*, una calle paralela a la *rue de l'Université*, pero, a diferencia de la residencia palaciega de la familia de Margot, el apartamento de las Juin es pequeño y está amueblado con sencillez, sin duda un reflejo de la limitada situación financiera de Hélène a raíz del accidente de su marido. Pero el piso está sumamente bien arreglado, observa Walker, todo se encuentra en su sitio, impecable, muy limpio y ordenado, desde la inmaculada mesita de cristal a los encerados y relucientes suelos de parqué, como si esa voluntad de orden fuera un intento de guardar las distancias con el caos y lo imprevisible del mundo. ¿Quién podría reprochar a Hélène tan fanática diligencia?, piensa Walker. Está intentando no desmoronarse. Trata de que ni Cécile ni ella se hundan, y con la pesada carga que tiene que soportar, ¿quién sabe si no es ésa la razón por la que está pensando divorciarse de su marido y casarse con Born: para salir a flote y poder respirar de nuevo?

Con Born ausente de la reunión, Walker encuentra a Hélène más simpática y fácil

de tratar que a la mujer que conoció hace unos días en el restaurante. Sigue con su actitud reservada, envuelta en un aire de rectitud y decoro, pero cuando lo recibe en la puerta y le estrecha la mano, se sorprende del afecto con que lo mira a los ojos, como si verdaderamente se alegrara de que hubiese venido. A lo mejor se equivocaba al pensar que Cécile ha tenido que insistir para que lo invitara a su casa. A fin de cuentas, quizá fuera la propia Hélène quien propuso la idea: ¿Qué hay de ese chico americano tan raro del que te has hecho amiga, Cécile? ¿Por qué no lo invitas a cenar para que lo conozca mejor?

Una vez más, Cécile ha decidido pasar la velada sin gafas, pero al revés de lo que sucedió en la cena del restaurante, no guiña los ojos. Walker supone que ha empezado a llevar lentes de contacto, pero se abstiene de preguntárselo por si la cuestión la pone en un apuro. Parece más callada de lo habitual, piensa él, más equilibrada y dueña de sí misma, pero no sabe si es porque está haciendo un esfuerzo consciente por comportarse de cierta manera o porque en presencia de su madre se siente más inhibida. Plato tras plato, sirven la cena en la mesa: *pâté* con pepinillos para empezar, *pot-au-feu*, ensalada de endivias, tres quesos diferentes, y *crème caramel* de postre. Walker felicita a Hélène por cada plato, y aunque disfruta verdaderamente con cada bocado que toma, es consciente de que no es tan buena cocinera como Margot. Hablan de innumerables asuntos sin importancia. Del instituto y del trabajo, del tiempo, de las diferencias entre la red de metro de París y Nueva York. La conversación se anima considerablemente cuando Cécile y él empiezan a hablar de música, y al término de la cena finalmente la convence (¿después de cuántas malhumoradas negativas?) de que toque algo para su madre y para él. Hay un pequeño piano vertical en la habitación –que sirve como combinación de salón y comedor–, y cuando Cécile se levanta de la mesa y empieza a andar hacia el instrumento, pregunta: ¿Algo en particular? Bach, contesta él, sin vacilar. Una invención a dos partes de Bach.

Toca bien, alcanza las notas de la pieza con obstinada precisión, su dinámica es firme, y si su fraseo es un tanto maquinal, si no llega del todo a la fluidez de una profesional experimentada, ¿quién puede encontrarle defectos por ser algo distinto de lo que es? No se trata de una profesional. Sino de una estudiante de instituto de dieciocho años que toca el piano para su propio placer, e interpreta a Bach de manera eficaz, con destreza, y con mucho sentimiento. Walker recuerda sus torpes intentos de aprender a tocar el piano cuando era pequeño y la decepción que se llevó al descubrir que no tenía aptitudes para ello. Por tanto aplaude la interpretación de Cécile con gran entusiasmo, alabando sus esfuerzos y diciéndole que, en su opinión, es muy buena. No tanto, responde ella, con esa fastidiosa modestia suya. Sólo regular. Pero, a pesar del menosprecio de sí misma, Walker observa cómo su boca se estira hacia abajo, ve cómo procura suprimir una sonrisa, y comprende lo mucho que sus

cumplidos han significado para ella.

Un momento después, se excusa y sale al pasillo (sin duda una visita al baño), y por primera vez en lo que va de noche Walker se queda a solas con la madre. Como Hélène sabe que Cécile no tardará mucho en volver, va derecha al grano, sin querer perder un solo segundo.

—Tenga cuidado con ella, señor Walker, —le advierte—. Es una persona compleja, frágil, y no tiene experiencia con los hombres.

—Cécile me gusta mucho, —confiesa él—, pero no en el sentido que parece usted sugerir. Disfruto estando en su compañía, eso es todo. Como amigo.

—Sí, no me cabe duda de que le gusta. Pero no la quiere, y el problema es que ella se ha enamorado de usted.

—¿Es que se lo ha dicho?

—No hace falta que me lo diga. No tengo más que mirarla.

—No puede estar enamorada de mí. Sólo la conozco desde hace una semana.

—Un año, una semana, ¿qué más da? Estas cosas ocurren, y no quiero que sufra. Tenga cuidado, por favor. Se lo ruego.

Los temores se han materializado. La inocencia se ha convertido en culpa, y esperanza es una palabra cercana a la desesperación. En todos los barrios de París hay gente tirándose por la ventana. El metro está inundado de excrementos humanos. Los muertos están saliendo de sus tumbas.

Fin del Acto II. Telón.

Acto III.

Cuando Walker sale del apartamento de las Juin, tambaleándose en la fría noche de septiembre, no le cabe la menor duda de que Hélène le ha dicho la verdad. Él ya lo sospechaba por su parte, y ahora que sus recelos se han confirmado comprende que tendrá que emplear una nueva estrategia. Para empezar, no habrá más paseos diarios con Cécile. Por mucho cariño que le haya tomado, debe tener cuidado (sí, Hélène tiene razón), debe andarse con mucho tacto para no hacerle sufrir. Pero ¿qué significa tener cuidado? Romper las relaciones con ella le parece de una crueldad innecesaria, pero si continúa viéndola, ¿no interpretará ella su ininterrumpido interés como una señal de aliento? No hay una solución sencilla para ese dilema. Porque el caso es que debe verla, quizá no tan a menudo como antes, tal vez no tantas horas seguidas, pero tiene que verla porque es la persona con quien ha decidido descargar su conciencia, a la que va a contar el asesinato de Cedric Williams. Cécile creará la historia. Si en cambio se dirige a su madre, correrá el riesgo de que Hélène no la admita. Pero si

Cécile la cree, entonces mejorarán sus posibilidades con Hélène, porque es más que probable que haga caso de lo que su hija le cuenta.

Llama a Margot a la mañana siguiente, esperando distraerse del embrollo de incertidumbres pasando un rato en su compañía: dependiendo de su humor del momento, claro está, y de si no tiene nada que hacer.

—Qué casualidad, —dice Margot—. Estaba a punto de coger el teléfono para llamar a tu hotel.

—Me alegro, —contesta Walker—. Eso significa que estábamos pensando el uno en el otro en el mismo momento. La telepatía es el mejor indicio de que existe un vínculo sólido entre dos personas.

—Dices unas cosas más raras...

—¿Quieres explicarme por qué me ibas a llamar, o te digo yo por qué te he llamado?

—Tú primero.

—Muy sencillo. Me muero de ganas de verte.

—Me encantaría que nos viéramos, pero no puedo. Por eso quería hablar contigo.

—¿Pasa algo?

—No, no pasa nada. Me voy una semana fuera y quería que lo supieras.

—¿Fuera?

—Sí, a Londres.

—¿A Londres?

—¿Por qué repites todo lo que yo digo?

—Lo siento. Pero en Londres hay alguien más, también.

—Aparte de otros diez millones de personas. ¿Estás pensando en alguien en particular?

—Creí que a lo mejor lo sabías.

—¿De qué estás hablando?

—Born. Se fue a Londres hace tres días.

—¿Y por qué debería importarme?

—No irás a verlo, ¿verdad?

—No seas ridículo.

—Porque si vas a verlo, me parece que no podré soportarlo.

—Pero ¿qué te pasa? Pues claro que no voy a verlo.

—Entonces, ¿por qué te marchas?

—No me hagas esto, Adam. No tienes derecho a hacerme esa pregunta.

—Yo creo que sí.

—No tengo que dar explicaciones a nadie; y a ti menos aún.

—Lo siento. Me estoy portando como un idiota, ¿verdad? Retiro la pregunta.

—Si te empeñas en saberlo, voy a ver a mi hermana. Está casada con un inglés y

vive en Hampstead. Su niño va a cumplir tres años, y me han invitado a la fiesta de aniversario. Además, sólo para completar la historia, mi madre viene conmigo.

—¿Puedo verte antes de que te marches?

—Salimos para el aeropuerto dentro de una hora.

—Lástima. Voy a echarte de menos. Mucho, la verdad.

—Sólo son ocho días. Contrólate, buen hombre. Estaré de vuelta antes de que te des cuenta.

Tras la desalentadora charla con Margot, vuelve a su habitación y anda alicaído durante unas horas, sin fuerzas para ponerse a trabajar en el escritorio, incapaz de concentrarse en el libro que está intentando leer (*Les Choses: Une Histoire des années soixante*, de Georges Perec), y no tarda mucho en pensar de nuevo en Cécile, recordando que hoy es su primer día de clase y que no muy lejos de donde él está sentado ella se encuentra en un aula del *Lycée Fénelon*, rebuscando en su bolsa de recién afilados lapiceros mientras atiende a la lección de uno de sus profesores sobre la prosodia de Molière. La evitará de momento, dice para sí, y cuando sus propias clases empiecen dentro de ocho días (precisamente cuando vuelve Margot), tendrá una legítima excusa para verla menos a menudo, y a medida que disminuya el tiempo que pasen juntos, quizá también se debilite su enamoramiento hacia él.

Durante los tres días siguientes, observa firmemente ese régimen de silencio. No ve a nadie, no habla con nadie, y poco a poco empieza a sentirse más fuerte en su aislamiento, como si en cierto modo la exigencia que se ha impuesto lo hubiera ennoblecido, familiarizándolo de nuevo con la persona que una vez se imaginó ser. Compose dos poemas breves que efectivamente podrían tener algo (*nunca nada salvo el sueño de la nada / jamás algo salvo el sueño de todo*), se pasa una tarde entera ordenando sus ideas sobre la escena de la resurrección en la película de Dreyer, y escribe a Gwyn una larga carta, arrebatadamente lírica, sobre el caprichoso cielo de París visto por las ventanas de su habitación: *Vivir aquí es convertirse en un entendido en nubes, un meteorólogo de caprichos*. Luego, a primera hora del cuarto día, nada más levantarse, mientras bebe los primeros sorbos del amargo café instantáneo que se prepara cada mañana calentando agua en el hornillo que tiene junto a la cama, llaman a la puerta.

Todavía aturdido, amodorrado aún por el calor de las sábanas, el despeinado y desnudo Walker se pone los pantalones y se dirige descalzo y de puntillas a la puerta, andando con cuidado para no clavarse una astilla de los deteriorados tablones. Una vez más supone que es Maurice, y de nuevo su suposición es errónea, pero, creyendo que es el gerente, no se molesta en preguntar quién es.

Cécile aparece frente a él. Está tensa, se muerde el labio inferior, y tiembla como si una pequeña corriente eléctrica le sacudiera el cuerpo, como a punto de elevarse en

el aire y levitar.

Walker pregunta: —¿No tendrías que estar en clase?

—No te preocupes por las clases, —replica ella—, cruzando el umbral antes de que él pueda invitarla a pasar. Esto es más importante que las clases.

—Vale, es más importante que las clases. ¿En qué sentido?

—No me has llamado desde la noche de la cena. ¿Qué te ha pasado?

—Nada. He estado ocupado, eso es todo. Y me figuraba que tú también lo estarías. Esta semana has empezado el curso, y debes estar hasta el cuello de tareas. Quería darte unos días para que te adaptaras.

—No es eso. Ni mucho menos. Mi madre habló contigo, eso es lo que pasó. La estúpida de mi madre habló contigo y te espantó. Pues mira, sólo para tu información, mi madre no sabe nada de mí. Sé cuidar de mí misma perfectamente, gracias.

—Más despacio, Cécile, —dice Walker—, alzando el brazo derecho y extendiéndolo hacia ella con la palma abierta: la postura de un poli dirigiendo el tráfico. Hace unos tres minutos que me he despertado, prosigue, y aún estoy tratando de sacudirme las telarañas de la cabeza. Café. Eso es lo que estoy haciendo. Estaba tomando café. No querrás una taza, ¿eh?

—No me gusta el café. Ya lo sabes.

—¿Té?

—No, gracias.

—De acuerdo. Ni café, ni té. Pero toma asiento, por favor. Me estás poniendo nervioso.

Señala con un gesto al escritorio, luego se acerca a la mesa y le saca la silla, y cuando Cécile se dirige a ella, él recupera su tazón de café y se lo lleva a la cama. Se sienta en el hundido colchón en forma de U en el mismo instante en que ella se instala en la chirriante silla. Por lo que sea, a Walker le parece un efecto cómico. Bebe un sorbo de café, que ya no está caliente, y sonrío a Cécile, esperando que su aterrizaje simultáneo le haya hecho tanta gracia como a él, pero ahora mismo nada le resulta divertido, y no le devuelve la sonrisa.

—Tu madre, —dice—. Sí, habló conmigo. Fue cuando tú saliste del comedor después de tocar el piano, y la conversación duró en total quince o veinte segundos. Ella habló y yo escuché, pero no me espantó.

—¿No?

—Por supuesto que no.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

—Entonces, ¿por qué has desaparecido?

—No he desaparecido. Pensaba llamarte el sábado o el domingo.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad. Déjalo ya. Basta de preguntas, ¿eh? No más dudas. Soy tu amigo, y quiero seguir siéndolo.

—Es que...

—Ya vale. Quiero seguir siendo tu amigo, Cécile, pero no podré serlo a menos que confíes en mí.

—¿Confiar en ti? Pero ¿qué dices? Pues claro que confío en ti.

—No del todo. Últimamente hemos pasado mucho tiempo juntos, y en ese periodo hemos hablado de toda clase de cosas: libros y filósofos, arte y música, cine, política, hasta de zapatos y sombreros, pero ni una sola vez me has abierto tu corazón. No tienes que disimular. Sé cuál es el problema. Sé lo que ocurre en una familia cuando las cosas van mal. El otro día, cuando te conté lo que le pasó a mi hermano, Andy, creí que eso te haría hablar, pero no dijiste una palabra. Sé lo del accidente de tu padre, Cécile, conozco el infierno en que estáis viviendo tu madre y tú, sé lo del divorcio, estoy al corriente de los planes de boda de tu madre. ¿Por qué no me has mencionado ninguna de esas cosas? Para eso están los amigos. Para compartir las penas, para ayudarse mutuamente.

—Es tan difícil..., —dice ella, bajando los ojos y mirándose las manos al hablar—. Por eso me siento feliz en tu compañía. Porque no tengo que pensar en esas cosas, porque me olvido de lo horrible y asqueroso que es el mundo...

Ella sigue hablando, pero Walker ya no la escucha, ya no le presta mucha atención porque un súbito pensamiento se ha apoderado de su mente, y está preguntándose si no habrá llegado el momento de contarle la historia, la historia de Born y Cedric Williams, el asesinato de Cedric Williams, el momento justo porque acaba de tranquilizarla, de declararle su amistad, lo que puede hacer que se muestre lo bastante receptiva como para escucharlo en un estado de relativa calma, para asimilar el brutal relato de lo que Born hizo a aquel muchacho sin causarle un daño irreparable a ella, esa *persona frágil*, tal como dijo su madre, esa muchacha trémula que se come las uñas, la vulnerable Cécile, que sin embargo se ha pasado el verano traduciendo un poema de tan desmesurada violencia, de un horror tan de pesadilla, que hasta él mismo se estremeció ante el espantoso monólogo de Casandra sobre aniquilar monstruosas perras marinas y matar a los hijos y reducir ciudades enteras a cenizas, pero todo eso ocurre en el reino del mito, violencia imaginaria de hace mucho tiempo, mientras que Born es un ser vivo, una persona real a quien conoce de toda la vida, el hombre que tiene la intención de casarse con su madre, y ya esté a favor o en contra de esa boda, quién sabe cómo la afectará enterarse de lo que ese hombre es capaz, cuando le cuente la agresión asesina que presencié con sus propios ojos, e incluso considerando que ha llegado el momento de hablarle de aquella noche de la pasada primavera en Nueva York, vacila, piensa que no puede, no debe hacerlo,

y no lo hará, pase lo que pase no utilizará a Cécile de intermediaria para transmitir la noticia a su madre, se lo contará directamente a Hélène, ésa es la solución más adecuada, la única decente, y aunque no logre convencerla, no debe ni quiere implicar a Cécile en ese sórdido asunto.

—¿Va todo bien, Adam?

El trance se rompe al fin. Walker alza la vista, asiente con la cabeza, y le dirige una breve sonrisa de disculpa. —Lo siento —dice—, estaba pensando en otra cosa.

—¿Algo importante?

—No, en absoluto. Me estaba acordando del sueño que he tenido esta noche. Ya sabes lo que pasa cuando te despiertas. Tu cuerpo se pone en marcha, pero tu mente sigue en la cama.

—No estarás enfadado porque me haya presentado así, ¿verdad?

—En lo más mínimo. Me alegro de que hayas venido.

—Te gusto un poquito, ¿no?

—¿Qué clase de pregunta es ésa?

—¿Te parezco fea o repulsiva?

—No seas ridícula.

—Sé que no soy guapa, pero tampoco da asco mirarme, ¿eh?

—Tienes un rostro encantador, Cécile. Unas facciones delicadas, unos ojos bonitos e inteligentes.

—Entonces, ¿por qué nunca me tocas ni intentas besarme?

—¿Cómo?

—Ya me has oído.

—¿Por qué? No sé. Porque no he querido aprovecharme de ti, supongo.

—Crees que soy virgen, ¿no es así?

—A decir verdad, no se me ha ocurrido pensar en eso.

—Bueno, pues no lo soy. Sólo para que lo sepas. Ya no soy virgen, y nunca volveré a serlo.

—Enhorabuena.

—Ocurrió el mes pasado, en Bretaña. El chico se llama Jean-Marc, y lo hicimos tres veces. Es buena persona, Jean-Marc, pero no estoy enamorada de él. ¿Comprendes lo que estoy diciendo?

—Creo que sí.

—¿Y qué?

—Tienes que darme tiempo.

—¿Qué quiere decir eso?

—Significa que estoy perdidamente enamorado de una chica que vive en Nueva York. Rompió conmigo justo antes de que me viniera a París, y aún estoy sufriendo por ella, todavía trato de recobrar el equilibrio. Ahora mismo no estoy preparado para

nada nuevo.

—Entiendo.

—Bien. Eso simplifica mucho las cosas.

—No las hace más sencillas; sino más complicadas. Pero en el fondo eso no cambia nada.

—¿Ah?

—Una vez que llegues a conocerme mejor, verás que tengo una virtud muy especial, algo que me distingue del resto de la gente.

—¿Y qué virtud es ésa?

—Paciencia, Adam. Soy la persona más paciente del mundo.

Ha de ser un sábado, decide. Hélène no trabaja, Cécile tiene medio día de instituto, y por tanto ése es el único día de la semana en que puede ir al apartamento de las Juin con la seguridad de estar a solas con Hélène. Y quiere actuar ahora, hablar con ella mientras Born sigue en Londres, porque ésa es la única forma de eliminar el riesgo de que Born los interrumpa en plena conversación. Llama a Hélène a la clínica. Le dice que tiene que hablar con ella de algo importante sobre Cécile. No, nada catastrófico, contesta, en realidad todo lo contrario, pero necesita hablar con ella, y sería mejor para todos los interesados si pudiera verla en un momento en que Cécile no esté presente. Es la propia Hélène quien sugiere que vaya a su apartamento el sábado por la mañana. Cécile estará en el *lycée* entonces, y si él va sobre las nueve, ya habrán acabado de hablar cuando Cécile llegue a casa. ¿Qué prefiere?, le pregunta. ¿Café o té? ¿*Croissants*, *brioche*s o *tartines beurrées*? Café y *tartines*, contesta él. ¿Yogur? Sí, yogur estaría muy bien. Entonces, de acuerdo. Irá a desayunar el sábado por la mañana. Por teléfono, la voz de Hélène es tan complaciente y amable, desborda tan animada complicidad que después de colgar Walker no tiene más remedio que revisar su opinión de ella. Se siente incómoda con gente desconocida, quizá, pero una vez que llega a conocer un poco a alguien, baja la guardia y empieza a mostrarse tal cual es en realidad. Y su manera de ser le gusta cada vez más. Es evidente que le cae bien a Hélène, y el hecho es que ella también le resulta simpática. Otro motivo más para borrar a Born del mapa cuanto antes. Si es que puede conseguirlo. Si encuentra el medio de hacer que le crea.

La *rue* de Verneuil, sábado por la mañana. Durante la primera media hora, Walker se centra en Cécile, haciendo lo que puede para tranquilizar a Hélène sobre los sentimientos de su hija hacia él y demostrar que la situación no es tan grave como ella pensaba. Le cuenta la conversación que mantuvo el jueves con Cécile (omitiendo mencionar que se celebró por la mañana, cuando ella debía estar en clase) y dice que ahora todo está claro. Cécile sabe que él no está disponible, que acaba de pasar por una traumática ruptura con una chica en Nueva York y no se encuentra en

condiciones de iniciar un noviazgo con ella ni con ninguna otra.

—¿Es eso cierto, —pregunta Hélène—, o se lo ha inventado para protegerla?

—No me lo he inventado, —afirma Walker.

—Pobre muchacho. Debe estar pasándolo mal.

—Así es. Pero eso no quiere decir que no me lo merezca.

Sin hacer caso de la enigmática observación, Hélène sigue adelante: —¿Y qué dijo ella cuando usted le explicó su... situación?

—Dijo que lo entendía.

—¿Eso es todo? ¿No le hizo una escena?

—En absoluto. Estaba muy tranquila.

—Me sorprende. No suele ser así.

—Sé que parece un manojito de nervios, Madame Juin, que no es muy equilibrada que digamos, pero no deja de ser una persona extraordinaria, y tengo la sensación de que es mucho más fuerte de lo que usted cree.

—Eso es cuestión de opiniones, por supuesto, pero ojalá tenga usted razón.

—Además, y esto la interesará, se equivocaba usted cuando me dijo que no tenía experiencia con los hombres.

—Vaya, vaya. ¿Y dónde ha adquirido esa experiencia?

—Ya he dicho suficiente. Si quiere saberlo, tendrá que preguntárselo personalmente a Cécile. No soy un espía, después de todo.

—Qué poco tacto. Tiene toda la razón. Discúlpeme por haberle hecho esa pregunta.

—Lo único que quiero decir es que Cécile está madurando, y que quizá haya llegado el momento de dejarla vivir su vida. Ya no debe preocuparse tanto por ella.

—Es imposible no preocuparse por esa chica. Es mi obligación, Adam. Me preocupa Cécile. No he dejado de preocuparme por ella en toda la vida.

Tras la palabra *vida*, hay una interrupción en el relato de Walker, y la conversación llega bruscamente a su fin. Hasta ese momento, las notas han sido continuadas, un desfile ininterrumpido de apretados párrafos a un espacio, pero ahora hay un hueco que cubre casi un cuarto de página, y cuando el texto prosigue debajo de ese rectángulo en blanco, el tono de la escritura es diferente. No queda mucho por decir (ahora estamos en la página 28, lo que significa que sólo faltan tres), pero Walker abandona el meticuloso enfoque de ir paso a paso que ha adoptado hasta el momento y hace un rápido resumen de los últimos acontecimientos de la narración. Sólo puedo suponer que en plena conversación con Hélène dejó de escribir por ese día, y cuando se despertó a la mañana siguiente (si es que llegó a dormir), su estado de salud había empeorado. Eran los últimos días de su vida, recuérdese, y debía sentirse exhausto, hecho polvo, demasiado débil para seguir trabajando como hasta

entonces. Incluso antes, a lo largo de las páginas precedentes, había notado una lenta pero inexorable disminución de fuerzas, una pérdida de atención al detalle, pero ahora está incapacitado para exponer nada aparte de los hechos fundamentales. Empieza *Otoño* con una descripción bastante elaborada del *Hôtel du Sud*, menciona la indumentaria que lleva Born en su primer encuentro en el café, pero poco a poco sus descripciones empiezan a tener menos que ver con el mundo físico que con los estados interiores. Deja de hablar de ropa (Margot, Cécile, Hélène: ni una palabra de cómo van vestidas), y sólo cuando parece crucial para su propósito se molesta en describir su entorno (unas frases sobre el ambiente del Vagenende, otras cuantas sobre el apartamento de las Juin), pero el relato consiste principalmente en pensamiento y diálogo, en lo que piensan y dicen los personajes. En las tres últimas páginas, el derrumbe es casi total. Walker está desapareciendo del mundo, siente cómo se le va escapando la vida, y pese a todo sigue adelante como puede, sentándose frente al ordenador por última vez para llevar la historia a buen término.

H. y W. sentados a la mesa de la cocina. Café, pan y mantequilla, un tarro de yogur. No queda mucho que hablar acerca de C. Antes de que sea demasiado tarde, debe llevarla por otro camino, incitarla a que hable de su marido, de Born. Ha de comprobar que los hechos son correctos antes de lanzarse. Born le habló de la boda la primavera pasada, M. se lo confirmó dándole nuevos datos sobre el divorcio, C. no lo ha negado, pero H. aún debe sacar el tema a relucir. ¿Cómo proceder? Empieza él mencionando a *Rudolf*, describe su encuentro en Nueva York en abril, sin sugerir que sean otra cosa que buenos amigos, luego habla de cuando Born volvió en mayo de París y de lo entusiasmado que estaba al anunciar que iba a casarse con ella. ¿Es cierto? H. asiente con la cabeza. Sí, es verdad. Luego añade que es la decisión más dolorosa que ha tomado nunca. Como desahogándose, empieza a hablar de su marido, a contarle el accidente de coche en los Pirineos, la curva muy cerrada y la caída por la falda de la montaña, el hospital, la angustia de los últimos seis años y medio, los estragos causados en C.: un diluvio de palabras, y luego un torrente de lágrimas. W. apenas tiene valor para continuar. El llanto cede. Está avergonzada, se disculpa. Qué extraño que se haya confiado a él, observa, un muchacho de Nueva York apenas mayor que su hija, una persona que casi no conoce. Pero Rudolf tiene un gran concepto de usted, y ha sido tan bueno con C..., quizá sea por eso.

W. está a punto de abandonar todo el asunto. Mantén la boca cerrada, dice para sí, deja en paz a la pobre mujer. Pero no puede. Su cólera es demasiado grande, sencillamente, de modo que se arroja al precipicio y se pone a hablar de Cedric Williams y Riverside Drive: lamentándolo, odiándose a sí mismo a cada palabra que pronuncia, pero incapaz de detenerse. H. escucha en un silencio pasmado. Sus palabras son una hacha afilada, y le está cortando la cabeza, la está matando.

No cabe duda de que le cree. Por la forma que tiene de mirarlo deduce que está convencida de que dice la verdad. Pero da lo mismo. Le está destrozando la vida, y ella no tiene más remedio que defenderse. ¿Cómo se atreve a formular esas horribles acusaciones, sin prueba alguna, sin nada que respalde sus afirmaciones?

—Yo lo presencié, —sostiene él—. La prueba está en mis ojos, en lo que vi.

Pero ella no acepta eso. Rudolf es un profesor distinguido, un intelectual, una persona perteneciente a una de las mejores familias, etc. Es su amigo, la ha rescatado de años de desgracia, no hay otro hombre como él en el mundo.

Los rasgos endurecidos. Ya nada de lágrimas, se acabó la compasión de sí misma. Furiosa desde su superioridad moral.

W. se levanta para marcharse. No hay nada más que decir. Sólo una cosa, que declara justo antes de salir del apartamento: Consideré que era mi deber decírselo. Procure verlo con cierta perspectiva, y comprenderá que no hay razón alguna para que le haya mentido. Quiero que Cécile y usted sean felices, eso es todo, y estoy convencido de que está usted a punto de cometer un tremendo error. Si no me cree, haga el favor de preguntar a Rudolf por qué lleva una navaja automática en el bolsillo.

Domingo por la mañana. Lllaman a la puerta. Maurice, con los ojos empañados, sin afeitarse, aún recuperándose de la juerga del sábado por la noche.

—Una llamada para usted, *jeune homme*.

W. baja las escaleras hasta la recepción y coge el teléfono. La voz de Born le dice: —Me he enterado de que has estado hablando mal de mí, Walker. Creí que teníamos un acuerdo, y ahora te vuelves atrás y me apuñalas por la espalda. Como un judío. Justo como el apestoso judío que eres, con tu falso nombre anglosajón y tu asquerosa boquita. Hay leyes contra eso, ¿sabes? Injurias y calumnias, difamación, propagar embustes sobre la gente. ¿Por qué no te vas a casa? Haz la maleta y márchate de París. Renuncia al curso en el extranjero y lárgate de aquí. Si te quedas, lo lamentarás, Walker, te lo prometo. Saldrás con el culo tan quemado que no podrás volver a sentarte en la vida.

Lunes por la tarde. Se sitúa frente al *Lycée Fénelon*, esperando que Cécile salga del edificio. Cuando por fin aparece, rodeada de una multitud de compañeras, lo mira a los ojos y tuerce la cabeza. Echa a andar hacia la *rue Saint-André des Arts*. W. corre para alcanzarla. La coge del codo, pero ella da un tirón y se libra de su mano. Vuelve a agarrarla, obligándola a detenerse.

—¿Qué te pasa? —le pregunta—. ¿Por qué no quieres hablarme?

—¿Cómo has podido?, —contesta ella, gritándole con una voz estridente—. Decir

todas esas *monstruosidades* a mi madre. Estás enfermo, Adam. Eres una mala persona. Deberían arrancarte la lengua.

—Él intenta calmarla, hacer que lo escuche.

—*No quiero verte nunca más.*

Hace un último esfuerzo por razonar con ella.

Cécile rompe a llorar. Luego le escupe en la cara y se va.

Lunes por la noche. La puta voluminosa de la *rue Saint-Denis*, que masca chicle. Es su primera experiencia con una prostituta. El cuarto huele a insecticida, sudor y restos de vómito.

Martes. Pasa el día entero caminando por París. Ve a un cura jugando al críquet con una pandilla de chicos en los Jardines de Luxemburgo. Da diez francos a un *clochard* en la *rue Monge*. El cielo de finales de septiembre se oscurece a su alrededor, cambiando de un azul metálico al añil más oscuro. Se ha quedado con la mente en blanco.

Martes por la noche. A las tres de la madrugada, un fuerte ruido frente a su habitación. Está profundamente dormido, agotado de la maratoniana excursión por la ciudad. Alguien llama a la puerta. No, alguien, no, son muchos. Un ejército de puños golpeando su puerta.

Dos policías de uniforme, jóvenes gendarmes franceses con pistolas enfundadas y porras en la mano. Un agente de más edad, con traje. Un ofuscado Maurice merodeando a la puerta. Preguntan si se llama Adam Walker: *Valk-air*. Le piden los papeles, refiriéndose a su pasaporte estadounidense, y cuando se lo entrega a uno de los gendarmes, no se lo devuelven. Luego el agente mayor ordena al otro guardia que registre el *armoire*. Abre el cajón de abajo, y saca una especie de ladrillo envuelto en papel de aluminio. El policía joven se lo da al viejo, que empieza a abrir el envoltorio. Hachís, proclama. Más de dos kilos y medio, puede que tres.

La exquisita ironía de la represalia de Born. El muchacho que nunca en la vida ha tomado drogas, acusado de posesión.

Se lo llevan. En el asiento trasero del coche, W. dice al policía mayor que es inocente, que alguien ha puesto la droga en su habitación mientras él estaba fuera. El agente le ordena que se calle.

Le hacen entrar en un edificio, lo dejan en un cuarto y cierran la puerta con llave. No tiene idea de dónde se encuentra. Lo único que sabe es que está en una pequeña habitación sin muebles en alguna parte de París y que le han puesto esposas en las

muñecas. ¿Lo han detenido? No está seguro. No le han dicho una palabra, pero le parece raro que no lo hayan fotografiado ni tomado las huellas, que se encuentre en ese pequeño cuarto vacío y no en los calabozos de alguna prisión.

Lo tienen allí cerca de siete horas. A las diez y media, lo sacan del edificio y lo conducen al *Palais de Justice*. Le quitan las esposas de las muñecas. Entra en un despacho y habla con un hombre que dice ser el *juge d'instruction*. Podría ser quien dice que es, pero W. sospecha que no. Está cada vez más convencido de que todo es una farsa montada por Rudolf Born, y *todos esos hombres y mujeres son simples actores*.

El juez de instrucción, suponiendo que lo sea, le comunica que es un joven con suerte. La posesión de tal cantidad de drogas ilícitas es un delito grave en Francia, penado con muchos años de cárcel. Afortunadamente para W., una persona con considerable influencia en círculos gubernamentales ha intercedido en su favor, solicitando clemencia en vista de los hasta ahora intachables antecedentes del acusado. El Ministerio de Justicia está por tanto dispuesto a hacer un trato con W. Retirarán los cargos si él acepta la deportación. Nunca se le permitirá la entrada en Francia, pero será libre en su país.

El *juge d'instruction* abre el cajón superior de su escritorio y saca el pasaporte de W. (que sostiene en alto con la mano derecha) y un billete de avión (que alza con la mano izquierda). Es una oferta válida únicamente para este momento, le advierte. Lo toma o lo deja.

W. lo toma.

—Bien, —le dice—. Sabia decisión. El avión sale a las tres de esta tarde. Eso le dará el tiempo justo para volver a su hotel y hacer la maleta. Lo acompañará un agente, desde luego, pero una vez que el avión despegue y salga de territorio francés, el asunto quedará cerrado. Esperamos de todo corazón no volver a verlo más. Que tenga buen viaje, señor Walker.

Y así concluye la breve estancia de W. en la región de Galia: expulsado, humillado, proscrito de por vida.

Nunca regresará, y jamás volverá a ver a ninguno de ellos.

Adiós, Margot. Adiós, Cécile. Adiós, Hélène.

Cuarenta años después, poseen la misma realidad que los fantasmas.

No son ya más que fantasmas, y W. pronto andará entre ellos.

Parte cuatro

Volando de vuelta de San Francisco a Nueva York, rebusqué en mi memoria para encontrar el momento exacto en que volví a ver a Walker en el otoño de 1967. No sabía que se había ido a estudiar ese año a París, pero a pocos días de comenzar el curso, cuando celebramos la primera reunión del departamento editorial de la *Columbia Review* (Adam y yo formábamos parte del consejo de redacción), observé que no estaba allí. ¿Qué le ha pasado a Walker?, pregunté a alguien, y entonces fue cuando me enteré de que estaba en Europa, inscrito en el curso de estudios en el extranjero de tercer año. No mucho después (¿una semana, diez días?), apareció de pronto. Yo asistía al seminario sobre poesía de los siglos XVI y XVII (Wyatt, Surrey, Raleigh, Greville, Herbert, Donne) de Edward Taylor, el mismo que nos había dado a Milton la primavera pasada. Walker y yo habíamos estado juntos en esa clase, y ambos éramos de la opinión de que Taylor era con mucho el mejor profesor del Departamento de Inglés. Como el seminario estaba destinado en principio a licenciados, me sentía afortunado de que me hubieran admitido en mi calidad de estudiante de tercero, y trabajaba como un descosido para el malicioso, irónico, hermético y siempre brillante Taylor, ansiando ganarme el respeto de esa persona exigente, tan admirada. El seminario se celebraba dos veces por semana durante hora y media, y a la tercera o cuarta sesión, sin previo aviso, allí estaba Walker otra vez, inesperadamente entre nosotros, el decimotercer miembro de la clase, oficialmente limitada a doce.

Charlamos en el pasillo después, pero Adam parecía distraído, reacio a dar muchas explicaciones sobre su precipitado regreso a Nueva York (ahora sé por qué). Mencionó que lo había decepcionado el curso de París, que las asignaturas que le habían permitido estudiar no eran lo bastante interesantes (todo gramática, nada de literatura), y que en vez de perder el tiempo en los sótanos de la burocracia educativa francesa, decidió volver. Abandonar el curso en el extranjero nada más empezar había causado ciertos trastornos, pero en su opinión Columbia se había portado con insólita amabilidad, y aunque las clases ya habían empezado cuando él salió disparado de París, una larga charla con uno de los decanos había arreglado la cuestión, y lo habían readmitido como estudiante oficial de pleno derecho; lo que significaba que no tenía que preocuparse por el reclutamiento, al menos durante otros cuatro semestres. El único problema era que no tenía sitio fijo en donde vivir. Durante julio y agosto había compartido su antiguo apartamento con su hermana, pero después de marcharse durante lo que creía que iba a ser un año entero, ella había encontrado una compañera de piso, y ahora él estaba en la calle. De momento, dormía en casa de diversos amigos que vivían en el barrio mientras buscaba un apartamento para él solo. En realidad, añadió, bajando la cabeza y echando un vistazo a su reloj, tenía una cita

dentro de veinte minutos para ver un pequeño estudio que acababa de quedarse libre en la calle Ciento nueve, y tenía que largarse pitando. Hasta luego, me dijo, y acto seguido echó a correr hacia las escaleras.

Yo sabía que Adam tenía una hermana, pero era la primera vez que oía que estaba en Nueva York: residente en Morningside Heights, nada menos, y haciendo un curso de posgrado en Inglés en Columbia. Dos semanas después, la vi por primera vez en el campus. Ella pasaba por delante de la estatua del pensador de Rodin de camino al edificio de Filosofía, y por su gran parecido, casi inquietante, con su hermano tuve la seguridad de que aquella chica que se cruzaba fugazmente conmigo era la hermana de Walker. Ya he mencionado lo guapa que era, pero decirlo no hace justicia a la gran impresión que causó en mí. Gwyn resplandecía de belleza, era una criatura incandescente, una tormenta en el corazón de todo hombre que le pusiera los ojos encima, y el verla por primera vez se cuenta entre los momentos más asombrosos de mi vida. La deseaba –desde el primer momento la deseé– y, con la apasionada obstinación de un estúpido soñador, fui tras ella.

Nunca pasó nada. Llegué a conocerla un poco, quedamos a tomar café un par de veces, la invité al cine (no quiso venir), a un concierto (declinó la invitación), y luego, por casualidad, acabamos juntos en un enorme restaurante chino y hablamos durante media hora de la poesía de Emily Dickinson. Poco después de eso, la convencí para que diera un paseo conmigo por Riverside Park, intenté besarla, y me apartó de un empujón. No, Jim, me dijo. Estoy saliendo con alguien. No puedo hacerlo.

Eso fue el final de todo. Varios golpes con el bate, fracaso en establecer contacto en ningún lanzamiento, y fin del partido. El mundo se derrumbó, volvió a recomponerse, y me las arreglé para ir tirando. Para mi gran fortuna, ya llevo casi treinta años con la misma mujer. No puedo imaginarme vivir sin ella, y sin embargo cada vez que Gwyn me viene al pensamiento, confieso que continúo sintiendo una ligera punzada. Era la imposible, la inalcanzable, aquella con la que nunca podía contarse: un espectro del Reino del Acaso.

Una Norteamérica invisible yacía silenciosa en la oscuridad a mis pies. Mientras volaba de San Francisco a Nueva York, rememorando los malos tiempos de 1967, me di cuenta de que tendría que escribirle una nota de pésame a primera hora del día siguiente.

Resultó que Gwyn ya se había puesto en contacto. Cuando entré por la puerta de mi casa en Brooklyn, mi mujer me dio un cálido y ferviente abrazo (la había llamado desde San Francisco, sabía que Adam había muerto), y luego me dijo que aquel mismo día una tal Gwyn Tedesco me había dejado un mensaje en el contestador.

—¿Es la Gwyn que me imagino?, —preguntó.

La llamé a las diez de la mañana. Tenía intención de escribirle una carta, expresarle mis sentimientos en papel, ofrecerle algo más que los tópicos vacíos que todos farfullamos en momentos semejantes, pero su mensaje parecía urgente, había un asunto importante que necesitaba tratar conmigo, así que en vez de escribir la nota le devolví la llamada.

Su voz no había cambiado, era sorprendentemente la misma que me había hipnotizado cuarenta años atrás. Una cadenciosa gravedad, una articulación cristalina, un mínimo residuo del acento de su región natal, mezcla de británico y norteamericano. La voz era idéntica, pero Gwyn ya no era la misma, y a medida que progresaba la conversación, empecé a proyectar en mi mente diversas imágenes suyas, preguntándome lo bien o mal que su bello rostro habría resistido el paso del tiempo. Ahora tenía sesenta y un años, y de pronto se me ocurrió que no sentía deseos de volver a verla. Eso sólo podía conducir a la decepción, y no quería que mis nebulosos recuerdos del pasado se hicieran añicos por la dura realidad del presente.

Intercambiamos las trivialidades habituales, hablando durante unos minutos de Adam y su muerte, de lo difícil que le resultaba aceptar lo que había ocurrido, de los crueles golpes que nos asesta la vida. Luego nos pusimos al día sobre el pasado, hablando de nuestros matrimonios, nuestros hijos y nuestro trabajo: una conversación cómoda, muy amistosa por ambas partes, tanto que incluso encontré valor para preguntarle si recordaba el día en que intenté besarla en Riverside Park. Pues claro que se acordaba, afirmó, riendo por primera vez, pero ¿cómo iba ella a saber que aquel escuálido Jim de la universidad se convertiría en James Freeman? No me he convertido en nada, repuse. Sigo siendo Jim. Ya no soy tan canijo, pero no he dejado de ser Jim.

Sí, todo fue muy agradable, y aun cuando llevábamos varios decenios sin vernos, Gwyn hablaba como si no hubiera transcurrido el tiempo, como si todos aquellos años se redujeran únicamente a un par de meses. La familiaridad de su tono me condujo a una especie de perezosa franqueza, y como yo había bajado la guardia, cuando por fin abordó el asunto que debíamos tratar, es decir, cuando finalmente me explicó por qué me había llamado, cometí un tremendo error. Le dije la verdad cuando debí haberle mentado.

Adam me envió un correo electrónico, me dijo, un mensaje largo escrito pocos días antes de..., justo unos días antes del final. Era una carta bonita, una nota de despedida, según comprendo ahora, y en uno de los últimos párrafos mencionaba que estaba escribiendo algo, un libro de cierta clase, y que si quería leerlo debía ponerme en contacto contigo. Pero únicamente cuando hubiera muerto. Insistía mucho en eso. Sólo después de su muerte. Me advertía además de que el relato podría parecerme sobrecogedor. Se disculpaba de antemano por eso, pidiéndome que lo perdonara si el libro me hacía sufrir de algún modo, y seguidamente me decía que no, no debía

molestarme en leerlo, era mejor que lo olvidara. Todo resultaba muy confuso. Justo en la frase siguiente, cambiaba otra vez de opinión y me decía que lo leyera si quería, que tenía todo el derecho a hacerlo, y que si me apetecía leerlo, debía ponerme en contacto contigo, porque tú tenías el único ejemplar. Eso no lo entendí. Si escribió el libro en el ordenador, ¿no lo habría guardado en el disco duro?

—Dijo a Rebecca que lo borrara, —contesté—. Ya no está en el ordenador, y el único ejemplar que hay es el que imprimió y me envió por correo.

—Así que el libro existe realmente.

—En cierto modo. Él tenía intención de escribirlo en tres capítulos. Los dos primeros están en bastante buena forma, pero no logró terminar el tercero. Sólo hay unas notas, un esbozo apresuradamente pergeñado.

—¿Quería que lo ayudaras a publicarlo?

—Nunca me habló de publicarlo, no directamente en cualquier caso. Lo único que quería es que leyera el libro, y luego que decidiera lo que hacer con él.

—¿Lo has decidido?

—No. A decir verdad, ni siquiera lo he pensado. Hasta que has mencionado ahora mismo lo de publicarlo, ni se me había pasado por la cabeza.

—Creo que debería echarle un vistazo, ¿no te parece?

—No estoy seguro. Es cosa tuya, Gwyn. Si quieres verlo, haré una copia y te la enviaré hoy mismo por mensajero.

—¿Me va a disgustar?

—Probablemente.

—¿Probablemente?

—No todo, pero podría disgustarse alguna cosa, sí.

—Alguna cosa. Vaya por Dios.

—No te preocupes. Desde este momento, pongo la decisión en tus manos. Nunca se publicará una sola palabra del libro de Adam sin tu consentimiento.

—Mándamelo, Jim. Envíamelo hoy mismo. Ya estoy crecida, y sé cómo tomarme la medicina.

Qué sencillo habría sido no dejar rastros y negar la existencia del libro, o decirle que lo había perdido en algún sitio, o afirmar que Adam había prometido enviármelo pero que no llegó a hacerlo. El asunto me cogió por sorpresa, y no pude pensar lo bastante rápidamente como para ponerme a hilar una historia completamente falsa. Aún peor, había dicho a Gwyn que el libro constaba de tres capítulos. Sólo el segundo tenía potencial para herirla (junto con un par de observaciones en el tercero, que yo podría haber tachado fácilmente), y si le hubiera dicho que Adam había escrito únicamente dos capítulos, *Primavera* y *Otoño*, le habría evitado tener que volver al apartamento de la calle Ciento siete Oeste y revivir los acontecimientos de

aquel verano. Pero ahora esperaba recibir tres capítulos, y si le enviaba sólo dos, me llamaría inmediatamente para pedirme las páginas que faltaban. Así que fotocopié todo lo que tenía –*Primavera, Verano* y las notas para *Otoño*– y se lo envié a su dirección en Boston aquella misma tarde. Era una maldad hacerle eso, pero ya no había remedio. Quería leer el libro de su hermano, y yo tenía el único ejemplar que existía en el mundo.

Me llamó dos días después. No sé lo que esperaba de ella, aunque daba por sentado que habría profundas emociones de por medio –lágrimas airadas, amenazas, vergüenza de que su secreto hubiera salido a la luz–, pero Gwyn se mostró anormalmente apagada, más estupefacta que ofendida, me pareció, como si el libro hubiera sido una paliza que la había dejado en un estado de perpleja incredulidad.

—No lo entiendo, —me dijo—. En su mayor parte es tan preciso, tan exactamente cierto, que no se comprenden todas esas cosas que se ha inventado. No tiene sentido.

—¿Qué cosas?, —le pregunté—, sabiendo perfectamente bien a qué se refería.

—Yo quería a mi hermano, Jim. Cuando era joven, estaba más unida a él que a cualquier otra persona. Pero no llegamos a acostarnos jamás. No existió ese gran experimento de cuando éramos unos críos. No hubo ninguna relación incestuosa en el verano de 1967. Sí, vivimos juntos dos meses en aquel apartamento, pero teníamos habitaciones separadas, y nunca se produjo encuentro sexual alguno. Lo que ha escrito Adam es pura fantasía.

—Puede que yo no sea el más indicado para preguntarlo, pero ¿por qué iba a hacer una cosa así? Sobre todo si las demás partes de la historia son ciertas.

—No estoy segura de que sean ciertas. Al menos no lo puedo comprobar. Pero todas las demás cosas concuerdan con lo que me contó por entonces, hace cuarenta años. No he conocido a Born ni a Margot, ni a Cécile ni a Hélène. Yo no estuve con Adam en Nueva York aquella primavera. Ni tampoco en París aquel otoño. Pero me habló de esas personas, y todo lo que me contó de ellas en 1967 coincide con lo que dice de ellas en el libro.

—Tanto más raro, entonces, que se haya inventado esas cosas sobre ti.

—Sé que no me crees. Sé que piensas que trato de protegerme, que no quiero admitir que hayan ocurrido esas cosas entre nosotros. Pero no fue así, te lo prometo. Me he pasado las últimas veinticuatro horas pensándolo, y la única respuesta a la que he llegado es que esas páginas son el producto de la fantasía de un hombre agonizante, un sueño sobre lo que deseó que ocurriera pero que nunca sucedió.

—¿Deseó?

—Sí, deseó. No niego que esos sentimientos estuvieran en el aire, pero yo no tenía interés en obrar de acuerdo con ellos. Adam estaba muy encariñado conmigo, Jim. Era un afecto malsano, y después de que viviéramos una temporada juntos aquel

verano, empezó a decirme que por mi culpa era incapaz de salir con otras mujeres, que yo era la única a la que podría amar en la vida, y que si no fuéramos hermanos se casaría conmigo en el acto. Como en broma, por supuesto, pero a mí eso no me gustaba nada. Para ser enteramente franca, sentí alivio cuando se marchó a París.

—Interesante.

—Y luego, como ambos sabemos, volvió menos de un mes después: expulsado a patadas, en el oprobio, como me dijo a mí en aquel momento. Pero entonces yo tenía otra compañera de piso, y Adam tuvo que buscarse un apartamento. Seguíamos manteniendo la amistad, éramos los mejores amigos del mundo, pero yo empecé a poner cierta distancia entre los dos, a apartarme de él por su propio bien. Tú lo veías con frecuencia los dos últimos años de universidad, pero ¿cuántas veces lo viste conmigo?

—Estoy tratando de acordarme... No muchas. Sólo en un par de ocasiones.

—A las pruebas me remito.

—Entonces, ¿qué pasa ahora con su libro? ¿Lo metemos en un cajón y nos olvidamos de él?

—No necesariamente. En su forma actual el libro es impublicable. No sólo no es cierto, al menos en parte, sino que si esas páginas se hacen públicas algún día, causarían sufrimiento y problemas a una cantidad incalculable de personas. Soy una mujer casada, Jim. Tengo dos hijas y tres nietos, docenas de parientes, centenares de amigos, una sobrina muy querida, la hijastra de mi hermano, y sería un crimen publicar el libro tal como está. ¿De acuerdo?

—Sí, sí. No te lo voy a discutir.

—Por otro lado, el libro me ha emocionado mucho. Me ha devuelto a mi hermano en aspectos que no me había imaginado, en un sentido que me ha dejado totalmente sorprendida, y si podemos transformarlo en algo publicable, daría mi aprobación al proyecto.

—Estoy un poco confundido. ¿Cómo se hace publicable un libro que no lo es?

—Ahí es donde intervienes tú. Si no estás interesado en prestar tu colaboración, dejaremos el asunto ahora mismo y nunca volveremos a hablar de ello. Pero si quieres intervenir, entonces esto es lo que propongo. Coges las notas de la tercera parte y las pones en un forma decente. Eso no debería resultarte muy difícil. Yo nunca podría hacerlo, pero tú eres escritor, sabrás cómo enfocarlo. Y entonces lo más importante, cambias los nombres a lo largo de todo el texto. ¿Te acuerdas de aquel programa de televisión de los cincuenta? Cambiaban los nombres para proteger al inocente. Cambias los nombres de la gente y los lugares, añades o suprimes los elementos narrativos que te parezca, y luego publicas el libro con tu nombre.

—Pero entonces ya no sería el libro de Adam. En cierto sentido, no me parece honrado. Es como robar..., una extraña forma de plagio.

—No si lo estructuras correctamente. Si mencionas que los pasajes que escribió Adam, el verdadero Adam con el nombre falso que te inventes para él, son obra suya, entonces no le robarás nada, sino que lo honrarás.

—Pero nadie sabrá que es Adam.

—¿Qué importa? Lo sabremos tú y yo, y por lo que a mí respecta, somos los únicos que cuentan.

—Te olvidas de mi mujer.

—Confías en ella, ¿no?

—Pues claro que sí.

—Entonces lo sabremos los tres.

—No estoy seguro, Gwyn. Tengo que pensarlo. Dame un poco de tiempo, ¿vale?

—Tómate todo el tiempo que necesites. No hay prisa.

Su historia era convincente, más que verosímil, pensé, y por su bien quise creerla. Pero no pude, al menos no del todo, al menos no sin la fundada sospecha de que el texto de *Verano* era una historia sobre una experiencia vivida y no un sueño lascivo de un hombre enfermo y agonizante. Para satisfacer mi curiosidad, me tomé un día libre de la novela que estaba escribiendo, me dirigí al campus de Columbia y, en la secretaría de la Facultad de Relaciones Internacionales, me enteré de que Rudolf Born estuvo contratado como profesor visitante en el curso académico de 1966-67, y luego, tras una sesión en la sala de microfilms de la Biblioteca Butler, el mismo Castillo de los Bostezos en donde Walker había trabajado aquel verano, de que una mañana de mayo se había encontrado en Riverside Park el cadáver de un tal Cedric Williams, de dieciocho años, con más de una docena de puñaladas en el vientre y el tórax. Esas otras cosas, como Gwyn las había denominado, estaban fielmente documentadas en el relato de Walker, y si esos otros hechos eran ciertos, ¿por qué se habría tomado la molestia de inventarse algo que no era verdad, condenándose a sí mismo con un relato sumamente detallado y comprometedor de amor incestuoso? Era posible que la versión de Gwyn de aquellos dos meses de verano fuera correcta, pero también podía ser que me mintiera. Y si mintió, ¿quién podría reprocharle que no quisiera que los hechos saliesen a la luz? Cualquiera mentiría en su situación, todo el mundo lo haría, mentir sería la única solución. Mientras volvía a Brooklyn en el metro, llegué a la conclusión de que no me importaba. A ella sí, pero a mí no.

Pasaron varios meses, y en ese tiempo apenas pensé en la propuesta de Gwyn. Trabajaba con ahínco en mi libro, estaba entrando en las últimas fases de una novela que ya había consumido varios años de mi vida, y Walker y su hermana empezaban a perderse de vista, a disiparse, convirtiéndose en dos vagas figuras vislumbradas en el lejano horizonte de la conciencia. Siempre que Adam me venía de algún modo a la cabeza, llegaba a la casi inevitable conclusión de que no quería hacer nada con su

libro, que ese episodio estaba zanjado. Entonces ocurrieron dos cosas que me hicieron cambiar de opinión. Llevé mi novela a buen término, lo que significaba que me encontraba libre para dirigir la atención a otras cosas, y por casualidad encontré nuevos datos relacionados con la historia de Walker, un colofón, por decirlo así, un pequeño y último capítulo que dio otro sentido al proyecto, y con ese nuevo significado, el necesario impulso para acometerlo.

Ya he descrito cómo arreglé las notas de Walker para *Otoño*. En cuanto a los nombres, los he inventado de acuerdo con las instrucciones de Gwyn, y el lector puede tener por tanto la seguridad de que Adam Walker no es Adam Walker. Gwyn Walker Tedesco no es Gwyn Walker Tedesco. Margot Jouffroy no es Margot Jouffroy. Hélène y Cécile Juin no son Hélène y Cécile Juin. Cedric Williams no es Cedric Williams. Sandra Williams no es Sandra Williams, y su hija, Rebecca, no es Rebecca. Ni siquiera Born es Born. Su verdadero nombre se asemeja al de otro poeta provenzal, y me he tomado la libertad de sustituir la traducción de ese otro poeta hecha por el que no es Walker, por otra traducción mía, lo que significa que las observaciones sobre el *Inferno* de Dante que aparecen en la primera página de este libro no se recogen en el manuscrito original del que no es Walker. Por último, supongo que no es necesario añadir que no me llamo Jim.

Westfield (Nueva Jersey) no es Westfield (Nueva Jersey). El lago Eco no es el lago Eco. Oakland (California) no es Oakland (California). Boston no es Boston, y aunque la que no es Gwyn trabaja en una casa de edición, no es directora de una editorial universitaria. Nueva York no es Nueva York, la Universidad de Columbia no es la Universidad de Columbia, pero París sí es París. Sólo París es real. He estado en condiciones de mantenerlo porque el *Hôtel du Sud* desapareció hace mucho, y todas las pruebas documentadas de la estancia en 1967 de quien no es Walker también se han esfumado tiempo atrás.

Terminé mi novela el verano pasado (2007). Poco después, mi mujer y yo empezamos a organizar un viaje a París (la hija de su hermana iba a casarse en octubre con un francés), y la conversación sobre París me hizo pensar de nuevo en Walker. Me pregunté si podría encontrar a alguno de los actores del drama de fallida venganza que puso allí en escena hace cuarenta años, y en caso de que así fuera, si alguno de ellos accedería a hablar conmigo. Born ofrecía un interés especial, pero me habría gustado sentarme a charlar con cualquiera de los que lograra encontrar: Margot, Hélène o Cécile. No tuve suerte con los tres primeros, pero cuando me metí en Internet y busqué en Google a Cécile Juin, afluyó a la pantalla una abundante cantidad de información. Tras conocer a la chica de dieciocho años en el relato de Walker, no me sorprendió enterarme de que se había convertido en una estudiosa de textos literarios. Había dado clases en las universidades de Lyon y París, y desde

hacía diez años estaba adscrita al CNRS (Centro Nacional de Investigaciones Científicas) como miembro de un pequeño equipo de investigación sobre las obras de escritores franceses de los siglos XVIII y XIX. Se había especializado en Balzac, sobre quien había publicado dos libros, aunque también se mencionaban otros numerosos ensayos y artículos, todo un catálogo de trabajos que abarcaba tres decenios. Me alegro por ella, pensé. Y por mí también, además, porque ahora me encontraba en condiciones de escribirle.

Intercambiamos dos cartas breves. En la mía, me presentaba como amigo de Walker, le comunicaba su reciente fallecimiento, y le preguntaba si sería posible que nos viéramos durante mi próximo viaje a París. Era concisa e iba al grano, sin preguntas sobre el matrimonio de su madre con Born, nada sobre las notas de Walker para *Otoño*, simplemente la solicitud de encontrarme con ella en octubre. Me contestó enseguida. En mi traducción del francés, su carta decía lo siguiente:

La noticia de la muerte de Adam me ha dejado destrozada. Lo traté brevemente en París siendo muy joven, hace ya muchos años, pero nunca lo he olvidado. Fue el primer amor de mi vida, y luego le jugué una mala pasada, algo tan cruel e imperdonable que ha pesado en mi conciencia desde entonces. Le envié una carta de disculpa cuando volvió a Nueva York, pero me la devolvieron, con un sello que decía *Dirección desconocida*.

Sí, me gustaría verlo cuando venga a París el mes próximo. Tenga en cuenta, sin embargo, que soy una anciana estúpida, y que no tengo mucho dominio de mis emociones. Si hablamos sobre Adam (y supongo que sí), cabe la posibilidad de que me derrumbe y me eche a llorar. No debe tomarlo como algo personal.

Cincuenta y ocho años no es la ancianidad, desde luego, y tenía mis dudas sobre si en Cécile Juin había algo que pudiera describirse como estúpido. Su sentido del humor permanecía por lo visto intacto, y por mucho éxito que tuviera en su estrecho mundo de investigación académica, debía de entender el peculiar carácter de la vida que había decidido llevar: secuestrada en angostas salas de bibliotecas y estancias subterráneas, enfrascada en textos de autores muertos, una carrera vivida en un ámbito mudo y polvoriento. En una posdata a su carta, revelaba la ironía con que consideraba su trabajo. Había reconocido mi nombre, decía, y si yo era el James Freeman que ella pensaba, querría saber si me gustaría participar en un estudio que su equipo y ella estaban llevando a cabo sobre los métodos de composición que utilizan los escritores contemporáneos. Ordenador o máquina de escribir, lápiz o pluma, cuaderno u hojas sueltas, número de borradores antes del libro definitivo. Sí, lo sé, añadía, un asunto muy aburrido. Pero ése es nuestro trabajo en el CNRS: hacer el

mundo lo más tedioso posible.

Había en la carta cierta mofa de sí misma, pero también angustia, y me sorprendió lo vívidamente que recordaba a Walker. Sólo lo había tratado un par de semanas en los remotos tiempos de su juventud, y sin embargo aquella amistad debió de abrir en ella algo que le cambió la percepción de su propia personalidad, que la condujo por primera vez a una confrontación directa con lo más profundo de su ser. *Nunca lo he olvidado. Fue el primer amor de mi vida.* No esperaba una confesión tan franca. Las notas de Walker habían tratado el problema de su enamoramiento hacia él, pero los sentimientos de la muchacha resultaron ser aún más hondos de lo que él imaginaba. Y entonces le escupió en la cara. En aquel momento, debió pensar que su cólera estaba justificada. Había difamado a Born y disgustado a su madre, y Cécile se sentía traicionada. Pero luego, no mucho después, le había escrito una carta para pedirle disculpas. ¿Significaba eso que había reconsiderado su posición? ¿Había ocurrido algo para hacerle creer que las acusaciones de Walker eran ciertas? Ésa era la primera pregunta que tenía intención de hacerle.

Mi mujer y yo reservamos habitación en el Hôtel d'Aubusson, en la *rue Dauphine*. Ya habíamos estado antes allí, a lo largo de los años nos habíamos alojado en diversos hoteles de la ciudad, pero esta vez yo quería volver a la *rue Dauphine* porque daba la casualidad de que se encontraba en pleno centro del barrio en donde había vivido Walker en 1967. El *Hôtel du Sud* bien podía haber desaparecido, pero muchos otros sitios que él había frecuentado seguían allí. El Vagenende aún existía. *La Palette* y el Café Conti continuaban abiertos, y hasta el restaurante universitario de la *rue Mazet* seguía sirviendo incomibles platos a estudiantes hambrientos. Muchas cosas habían cambiado en los cuarenta años transcurridos, y el barrio de mala muerte de antaño se había convertido en una de las zonas de París más a la moda, pero la mayoría de los puntos de referencia de la historia de Walker había sobrevivido. Tras registrarnos en el hotel la primera mañana, mi mujer y yo salimos y deambulamos un par de horas por las calles. Cada vez que le señalaba alguno de aquellos lugares, ella me apretaba la mano y emitía un gruñidito sarcástico. Eres incorregible, dijo al fin. En absoluto, repliqué. Sólo me estoy empapando del ambiente..., preparándome para mañana.

Cécile Juin se presentó a las cuatro en punto de la tarde siguiente, entrando en el bar del hotel con aire resuelto y una pequeña cartera de piel remetida bajo el brazo izquierdo. A juzgar por la descripción que Walker hacía de ella en las notas para *Otoño*, su cuerpo se había ensanchado de manera espectacular desde 1967. La muchacha de dieciocho años, delgada y de hombros estrechos, era ahora una mujer de cincuenta y ocho, rellena y regordeta, con pelo corto y moreno (teñido; algunas raíces grises, visibles cuando me estrechó la mano y se sentó frente a mí), facciones ligeramente arrugadas, mentón levemente caído, y los mismos ojos vigilantes y

perspicaces que Walker había observado al verla por primera vez. Sus modales eran un tanto impacientes, quizá, pero ya no era el trémulo manojito de nervios que se roía las uñas y tanta preocupación causaba a su madre. Era una mujer con total dominio de sí misma, que había recorrido mucho camino desde los años en que Walker la había conocido. Pocos instantes después de que se sentara, me sorprendió al ver que sacaba un paquete de tabaco, y luego, a medida que corrían los minutos, me quedé doblemente extrañado al comprobar que era una fumadora empedernida, con una tos honda y retumbante y la áspera voz de contralto de los veteranos del tabaco. Cuando el camarero llegó a nuestra mesa y preguntó lo que deseábamos, ella pidió un whisky. Solo. Le dije que para mí también.

Me había preparado para una excéntrica remilgada, al estilo de las antiguas institutrices. Cécile podría haber tenido sus rarezas, pero la mujer a quien conocí aquel día era realista y simpática, de agradable compañía. Iba vestida con sencillez pero con elegancia (señal de confianza, pensé, un signo de respeto hacia sí misma), y aunque no era de las que se molestan en pintarse los labios ni las uñas, ofrecía un aspecto muy femenino con su traje de chaqueta gris; aparte de llevar pulseras de plata en las muñecas y un vistoso pañuelo multicolor en torno al cuello. Durante nuestras dos horas largas de conversación, me enteré de que había pasado quince años sometida a psicoanálisis (desde los veinte a los treinta y cinco), se había casado y divorciado, vuelto a casar con un hombre veinte años mayor (murió en 1999), y no tenía hijos. Sobre este último aspecto observó: Lamento algunas cosas, sí, pero lo cierto es que probablemente habría sido una madre horrorosa. No tengo aptitudes, ¿comprende?

Durante los primeros veinte o treinta minutos, hablamos sobre todo de Adam. Cécile quería saber todo lo que pudiera decirle acerca de lo que le había ocurrido en la vida desde el momento en que perdió el contacto con él. Le expliqué que yo también le había perdido la pista, y que desde que entablamos de nuevo la comunicación hasta justo antes de su muerte, mi única fuente de información era la carta que me había escrito la primavera anterior. Uno por uno, fui contándole los detalles más sobresalientes que Walker me había mencionado –la caída por las escaleras con la fractura de pierna la noche de su licenciatura, la suerte de haber sacado un número alto en el sorteo para el reclutamiento, su traslado a Londres y los años de escritura y traducción, la publicación de su primer y último libro, la decisión de abandonar la poesía y estudiar derecho, su labor de activista social en el norte de California, su matrimonio con Sandra Williams, las dificultades de constituir una pareja interracial en Norteamérica, su hijastra, Rebecca, y los dos hijos de ésta–, y seguidamente añadí que si quería saber más cosas, sería mejor que tratase de hablar con su hermana, quien sin duda estaría encantada de ponerle al corriente hasta de los menores detalles. Tal como había prometido, Cécile perdió el control y se echó a

llorar. Me conmovió que ella comprendiera perfectamente que había sido capaz de predecir aquellas lágrimas, pero aun cuando supiera que iban a producirse, no había en ellas nada forzoso ni deliberado. Era un llanto genuino, espontáneo, y aunque yo también las esperaba, sentí verdadera compasión por ella.

Me dijo: «Vivía por aquí, ya sabe. A treinta segundos de donde estamos, en la *rue Mazarine*. Acabo de pasar frente al edificio cuando venía a verlo a usted: la primera vez que he ido por esa calle desde hace años. Qué raro, ¿verdad? Resulta extraño que ese hotel haya desaparecido, aquel horroroso lugar, medio en ruinas, en donde vivía Adam. Lo tengo tan vivo en mi memoria..., ¿cómo es posible que ya no exista? Estuve allí sólo una vez durante un par de horas, pero no puedo olvidarlo, aún me está consumiendo las entrañas. Fui allí porque estaba enfadada con él. Una mañana temprano, en vez de ir a clase me dirigí a su hotel. Subí las desvencijadas escaleras, llamé a su puerta. Sentía ganas de estrangularlo porque estaba muy enfadada, porque lo quería mucho. Yo era una chica tonta, ¿comprende?, una muchacha imposible, nada agradable, desgarrada e imbécil, con unas gafas sobre la nariz y un corazón trémulo y angustiado, y tuve la temeridad de enamorarme de Adam, un chico perfecto, ¿por qué demonios me dirigió siquiera la palabra? Me hizo pasar. Me tranquilizó. Fue amable conmigo, muy tierno, mi vida estaba en sus manos, y se portó muy bien. Tendría que haber comprendido entonces lo buena persona que era. Nunca debí dudar de una sola palabra suya. Adam. Soñaba con besarlo. Eso es lo único que quería, que Adam me besara, entregarme a Adam, pero de pronto todo se acabó, y nunca nos besamos, jamás nos acariciamos, y antes de que me diera cuenta ya se había ido.»

Entonces fue cuando Cécile perdió el control y rompió a llorar. Tardó dos o tres minutos en poder hablar de nuevo, y cuando proseguimos la conversación, sus primeras palabras dieron paso a la siguiente fase de nuestro encuentro. Lo siento, murmuró. No hago más que decir tonterías. Usted no puede saber de lo que estoy hablando.

—Pero sí que lo sé, —repuse—. Conozco perfectamente lo que está diciendo.

—No es posible que lo sepa.

—Créame, lo sé. Estaba enfadada con él porque hacía varios días que no la llamaba. La noche anterior a que usted empezara las clases, cenó con su madre y usted en su apartamento de la *rue de Verneuil*. Después del postre, usted tocó el piano para él, una invención a dos partes de Bach, y luego, cuando se ausentó un momento del comedor, su madre tuvo ocasión de hablar con Adam a solas, y lo que ella le dijo, según sus palabras textuales, *lo espantó*.

—¿Le contó él todo eso?

—No, no me lo contó. Pero lo puso sobre el papel, y he leído las páginas que escribió.

—¿Le envió una carta?

—Un libro breve, en realidad. O un proyecto para escribir un libro. Pasó los últimos meses de su vida trabajando en unas memorias sobre mil novecientos sesenta y siete. Fue un año importante para él.

—Sí, un año muy importante. Me parece que estoy empezando a entender.

—De no haber sido por el relato de Adam, jamás habría oído hablar de usted.

—Y ahora quiere saber lo que pasó, ¿no es así?

—Comprendo por qué Adam la consideraba tan inteligente. Las coge al vuelo, ¿verdad?

Cécile sonrió y encendió otro cigarrillo.

—Parece que estoy en desventaja —repuso ella.

—¿En qué sentido?

—Usted sabe mucho más de mí que yo de usted.

—Sólo de cómo era usted a los dieciocho años. Todo lo demás está en blanco. He buscado a Born, he intentado localizar a Margot Jouffroy, y a su madre, pero sólo he podido encontrarla a usted.

—Porque todos los demás han muerto.

—Ah. Qué horror. Lo siento mucho..., sobre todo lo de su madre.

—Murió hace seis años. En octubre; mañana hará exactamente seis años. Sobre un mes después de los atentados de Nueva York y Washington. Tuvo problemas coronarios durante un tiempo, y un día sencillamente el corazón le dejó de latir. Tenía setenta y seis años. Yo quería que llegara a los cien, pero, como ya sabe, lo que queremos y lo que conseguimos rara vez es lo mismo.

—¿Y Margot?

—Apenas la conocí. Me dijeron que se había suicidado. Hace ya mucho tiempo; allá por los años setenta.

—¿Y Born?

—El año pasado. Creo. Pero no estoy completamente segura. Hay una ligera posibilidad de que todavía ande por ahí.

—¿Siguieron casados hasta que se murió su madre?

—¿Casados? No llegaron a contraer matrimonio.

—¿No se casaron? Pero yo creía...

—Hablaron de ello durante un tiempo, pero al final no se decidieron.

—¿Fue Adam responsable de eso?

—En parte, supongo, pero no del todo. Cuando habló con mi madre y acusó a Rudolf de aquellas cosas tan descabelladas, ella no le creyó. Ni yo tampoco, si vamos a eso.

—Se indignó tanto que le escupió en la cara, ¿verdad?

—Sí, le escupí en la cara. Fue la peor cosa que he hecho en la vida, y sigo sin

perdonármelo.

—Escribió a Adam para pedirle disculpas. ¿Significa eso que cambió su opinión sobre su historia?

—No, entonces no. Le escribí porque estaba avergonzada de lo que había hecho, y quería que supiera lo mal que me sentía. Intenté hablar personalmente con él, pero cuando finalmente me armé de valor y llamé a su hotel, ya se había ido. Me dijeron que había vuelto a Estados Unidos. No podía entenderlo. ¿Por qué se había ido tan de repente? La única explicación que se me ocurrió fue que estaba tan disgustado por lo que le había hecho que no soportaba la idea de seguir en París. ¿No le parece una interpretación egoísta de los hechos? Cuando pedí a Rudolf que hablara con el director del curso de Columbia para averiguar lo que había pasado, me informó de que Adam se había marchado porque no estaba contento con las asignaturas que le estaba dando. Eso no era nada convincente, y no me lo creí ni por un momento. Estaba convencida de que se había marchado por mi culpa.

—Pero ahora sabe que no fue por eso, ¿verdad?

—Sí. Ahora sé que no. Pero tardé años en saber la verdad.

—Años. Lo que significa que la historia de Adam no influyó en la decisión de su madre.

—Yo no diría tanto. Tras la marcha de Adam, Rudolf no paraba de hablar de él. Lo había acusado de asesinato, al fin y al cabo, y se sentía ultrajado, estaba que echaba chispas, en realidad, y se pasó semanas despotricando como un loco contra Adam. Deberían meterlo veinte años en la cárcel, decía. Tendrían que colgarlo de la farola más próxima. Deberían mandarlo a la Isla del Diablo. Era todo tan excesivo, tan desmesurado, que mi madre empezó a sentirse un poco molesta con él. Conocía a Rudolf de tiempo atrás, de hacía muchos años, casi tantos como a mi padre, y en general siempre había sido sumamente amable con ella: considerado, atento, cortés. Tenía sus momentos de acaloramiento, desde luego, sobre todo cuando se ponía a hablar de política, pero sólo en ese ámbito, no en el personal. Ahora manifestaba un comportamiento agresivo, y creo que mi madre empezó a tener sus dudas sobre él. ¿Estaba verdaderamente preparada para pasar el resto de su vida con un hombre de carácter tan violento? Al cabo de un par de meses, Rudolf empezó a calmarse, y por navidades los accesos de frenesí y agresividad habían cesado. El invierno fue tranquilo, según recuerdo, pero luego vino la primavera, Mayo del 68, y el país entero estalló. Para mí, fue una de las mejores épocas de mi vida. Fui a manifestaciones, a concentraciones, contribuí a que cerraran mi instituto, y me convertí de pronto en una activista, una revolucionaria de ojos iluminados que luchaba por derribar al gobierno. Mi madre simpatizaba con los estudiantes, pero el derechista Rudolf no mostraba sino desprecio hacia ellos. Él y yo tuvimos algunas discusiones tremendas aquella primavera, encarnizadas peleas a gritos sobre justicia y legalidad, Marx y Mao,

anarquía y rebelión, y por primera vez la política dejó de ser sólo política y pasó al plano personal. Mi madre se encontraba en el medio, y aquello la ponía cada vez más triste, la hacía cada vez más callada y retraída. El divorcio de mi padre iba a declararse oficialmente a principios de junio. En Francia, los matrimonios que se divorcian deben hablar con el juez una última vez antes de que el magistrado firme los documentos. Les pide que lo vuelvan a pensar, que reconsideren su decisión y se aseguren de que quieren seguir adelante con la separación. Mi padre estaba en el hospital, supongo que usted sabe todo eso, y mi madre fue sola a ver al juez. Cuando le preguntó si tenía dudas sobre su decisión, ella contestó que sí, que había cambiado de opinión y ya no quería el divorcio. Se estaba protegiendo de Rudolf, ¿comprende? Ya no deseaba contraer matrimonio con él, y si seguía siendo la mujer de mi padre, *no podía* casarse con él.

—¿Cómo reaccionó Born?

—Con enorme amabilidad. Dijo que comprendía por qué no podía seguir adelante, que la admiraba por su firmeza y valor, que la consideraba una mujer extraordinaria y generosa. No lo que cabría esperar, pero ahí lo tiene. Se portó maravillosamente.

—¿Cuánto tiempo siguió su padre con vida?

—Un año y medio. Murió en enero de mil novecientos setenta.

—¿Volvió Born a proponerle matrimonio?

—No. Se marchó de París después del 68 y empezó a dar clases en Londres. Lo vimos en el funeral de mi padre, y un par de semanas después escribió a mi madre una larga y sentida carta sobre el pasado, pero ahí se acabó todo. La cuestión del matrimonio nunca volvió a plantearse.

—¿Y qué me dice de su madre? ¿Encontró a alguien?

—Tuvo algunos amigos a lo largo de los años, pero no volvió a casarse.

—Y Born se trasladó a Londres. ¿Volvió a verlo alguna vez?

—En una ocasión, unos ocho meses después de la muerte de mi madre.

—¿Y?

—Lo siento. Me parece que no puedo hablar de ello.

—¿Por qué no?

—Porque si intentara contarle lo que pasó, no creo que pudiera explicarle la extraña e inquietante experiencia que supuso para mí.

—Me está tomando el pelo, ¿verdad?

—Sólo un poco. Para utilizar sus propias palabras, no puedo *contarle* nada, pero puede *leerlo* si quiere.

—Ah, ya veo. ¿Y dónde está ese misterioso texto suyo?

—En mi apartamento. Llevo un diario desde que tenía doce años, y escribí una serie de páginas sobre lo que pasó durante mi visita a la casa de Rudolf. El relato de

un testigo ocular en el lugar de los hechos, si quiere llamarlo así. Creo que podría interesarle. Si quiere, le fotocopio esas páginas y se las traigo mañana. Si ha salido, se las dejaré en recepción.

—Gracias. Es muy generoso de su parte. Me muero de ganas de leerlo.

—Y ahora, anunció Cécile, sonriendo ampliamente mientras sacaba de su cartera de piel un gran cuaderno rojo, ¿pasamos a nuestro estudio para el CNRS?

A la tarde siguiente, cuando mi mujer y yo volvimos al hotel después de almorzar con su hermana, había un paquete esperándome. Además de las páginas fotocopiadas de su diario, Cécile adjuntaba una breve carta. Me daba las gracias por los whiskies, por soportar sus *grotescas e imperdonables lágrimas*, y por dedicar tanto tiempo a hablarle de Adam. Luego se disculpaba por su ilegible caligrafía y se ofrecía a ayudarme si tenía dificultades para descifrarla. La encontré perfectamente legible. Se distinguía bien cada palabra, ni una sola letra ni signo de puntuación inducía a confusión. El diario estaba escrito en francés, por supuesto, y lo que sigue es una traducción mía, que incluyo con plena autorización de la autora.

Yo no tengo nada más que decir. Cécile Juin es la última persona que sigue viva de las que componen la historia de Walker, y al ser así, parece adecuado que deba tener la última palabra.

DIARIO DE CÉCILE JUIN

27/4. Carta de Rudolf Born. Seis meses después, acaba de enterarse de la muerte de mamá. ¿Cuánto hace que lo vi por última vez, que tuve noticias tuyas? Veinte años, me parece, veinticinco, quizá.

Parece consternado, deshecho por la noticia. ¿Por qué iba a importarle tanto ahora, después de todos estos años de silencio? Escribe con elocuencia sobre su fortaleza de carácter, su porte digno y su ternura interior, su sintonía con la mentalidad de los demás. Nunca ha dejado de quererla, según dice, y ahora que ya no está en este mundo, siente que una parte de sí mismo ha desaparecido con ella.

Está jubilado. Tiene 71 años, sigue soltero, con buena salud. Durante los últimos seis años ha estado viviendo en un lugar llamado Quillia, una pequeña isla entre Trinidad y las Granadinas en el punto de encuentro entre el Atlántico y el Caribe, justo al norte del ecuador. Nunca he oído hablar de esa isla. Debo acordarme de mirarlo. En la última frase de la carta, me pide noticias mías.

29/4. He contestado a R. B. Mucho más abiertamente de lo que pretendía, pero

una vez que he empezado a hablar de mí misma, ha resultado difícil parar. Cuando le llegue la carta, sabrá lo de mi trabajo, mi matrimonio con Stéphane y su muerte hace tres años, y lo sola y consumida que me siento durante la mayor parte del tiempo. Me pregunto si no he ido demasiado lejos.

¿Cuáles son mis sentimientos hacia ese hombre? Complejos, ambiguos, aunando compasión e indiferencia, amistad y cautela, admiración y desconcierto. R. B. tiene muchas cualidades excelentes. Gran inteligencia, buenos modales, risa fácil, generosidad. Tras el accidente de papá, tomó cartas en el asunto y se convirtió en nuestro apoyo moral, el puntal que nos sostuvo durante muchos años. Se portó como un santo con mamá, fue para ella un compañero caballeroso, servicial y afectuoso, siempre disponible en momentos difíciles. En cuanto a mí, que no tenía ni doce años cuando se derrumbó nuestro mundo, ¿cuántas veces me ayudó a salir del bache con su aliento y sus elogios, su orgullo por mis modestos logros, su indulgente actitud hacia mis cuitas adolescentes? Tantos atributos positivos, tanto que agradecerle, y sin embargo continúo resistiéndome a él. ¿Tiene algo que ver con nuestras amargas discusiones de Mayo del 68, aquellas frenéticas semanas de mayo cuando estábamos en perpetua guerra el uno con el otro, y que abrieron una brecha entre los dos que nunca se ha cerrado del todo? Quizá. Pero me gusta pensar que soy una persona que disculpa las faltas, incapaz de guardar rencor a nadie; y en el fondo de mi ser creo que hace mucho que lo he perdonado. Porque me río al pensar ahora en aquella época, y no siento ira. En cambio, me quedan dudas, que empezaron a arraigarse en mí meses antes; en el otoño, cuando me enamoré de Adam Walker. El querido Adam, que fue a mamá con aquellas horribles acusaciones contra R. B. Imposible creerle, pero ahora que han pasado tantos años, ahora que se han sopesado y diseccionado y reexaminado de manera interminable los motivos que pudiera tener Adam para afirmar tales cosas, resulta difícil saber a qué atenerse. Desde luego existía animosidad entre Adam y R. B., y Adam seguramente pensaba que a mamá le convenía suspender la boda, de modo que se inventó una historia para asustarla y hacer que cambiara de opinión. Una historia espeluznante, demasiado aterradora para ser cierta, y por tanto Adam cometió un error de cálculo, pero en el fondo era buena persona, y si él creía que había algo turbio en el pasado de R. B., entonces puede que tuviera razón. De ahí mis dudas, que han ido agravándose con el paso de los años. Pero no puedo condenar a una persona basándome exclusivamente en sospechas. Tiene que haber pruebas, y como no existe ninguna, debo creer en la palabra de R. B.

11/5. Respuesta de R. B. Escribe que vive recluido en un caserón de piedra que da al mar. La casa se llama Colina de la Luna, y las instalaciones son bastante primarias. Las ventanas son amplias aberturas excavadas en la roca, sin cristales que las cubran. Entra el aire, y la lluvia, los insectos y los pájaros vuelan en su interior, aunque no

existe mucha diferencia entre interior y exterior. Hay un generador que produce la electricidad, pero el aparato sufre frecuentes averías, y la mitad del tiempo alumbran las habitaciones con lámparas de queroseno. Viven cuatro personas en la casa: él mismo; Samuel, que se ocupa del mantenimiento; Nancy, la vieja cocinera, y Melinda, la joven mujer de la limpieza. Tiene teléfono y radio, pero no televisión, ni tampoco agua corriente, y no hay cartero. Samuel va a la oficina de correos de la ciudad (a diecisiete kilómetros de distancia) a recoger las cartas, y el agua se almacena en depósitos de madera por encima de los lavabos y los servicios. El agua para la ducha sale de bolsas de plástico desechables que cuelgan de un gancho por encima de la cabeza. El paisaje es exuberante y desértico a la vez. Abundante vegetación por todas partes (palmeras, ficus, incontables variedades de flores silvestres), pero el terreno volcánico está salpicado de grandes piedras y peñascos. Cangrejos de interior deambulan lenta y pesadamente por el jardín (los describe como carros blindados, criaturas prehistóricas que parecen venidas de la luna), y debido a las frecuentes plagas de mosquitos, sin mencionar la constante amenaza de las tarántulas, todo el mundo duerme en camas cubiertas con una malla protectora de color blanco. Pasa los días leyendo (lleva los dos últimos meses releendo despacio a Montaigne) y tomando notas para unas memorias que espera empezar en un futuro próximo. Todas las tardes se instala en la hamaca junto a la ventana del salón y graba en vídeo la puesta de sol. Lo denomina el más asombroso espectáculo del mundo.

Mi carta lo ha llenado de nostalgia, según dice, y lamenta haber desaparecido tan enteramente de mi vida. Una vez estuvimos muy unidos, fuimos buenos amigos, pero cuando mi madre y él se separaron, pensó que no tenía derecho a permanecer en contacto conmigo. Ahora que se ha vuelto a romper el hielo, tiene el propósito de seguir manteniendo correspondencia conmigo; suponiendo que sea algo que a mí también me apetezca.

Siente pena al enterarse de la muerte de mi marido, al conocer las dificultades con que me enfrento últimamente. Pero todavía eres joven, añade, sólo tienes cincuenta y pocos años, y mucho futuro por delante, así que no debes renunciar a la esperanza.

Son observaciones trilladas y convencionales, quizá, pero percibo sus buenas intenciones, ¿y quién soy yo para desdeñar gestos de verdadera simpatía? Lo cierto es que estoy conmovida.

Entonces, una súbita inspiración. ¿Por qué no hacerle una visita? Se acercan las vacaciones, observa, y quizá me siente bien una pequeña excursión a las Antillas. Hay varias habitaciones de sobra en la casa, y no habría problema alguno para alojarme. Qué feliz lo haría volverme a ver, pasar un tiempo juntos después de tantos años. Me escribe su número de teléfono por si me apetece.

¿Me apetece? Es difícil saberlo.

12/5. La información sobre Quillia es escasa. Ya he buscado en Internet, con el resultado de un par de artículos superficiales que contienen una breve historia del lugar y diversas reseñas y datos turísticos. La redacción de estas últimas entradas es atroz, trivial hasta rozar el absurdo: *sol resplandeciente...*, *playas maravillosas...*, *aguas de un azul paradisíaco*.

Ahora estoy sentada en la biblioteca, pero resulta que no hay libros dedicados exclusivamente a Quillia; sólo unas referencias elementales ocultas en los volúmenes sobre la región. En la época precolombina, los habitantes eran los indios siboneys, que más tarde emigraron para dar paso a los arawaks, a los que a su vez siguieron los caribes. Cuando se inició la colonización en el siglo XVI, holandeses, franceses e ingleses se interesaron por el lugar. Se produjeron escaramuzas con los indios, así como entre los propios europeos, y cuando los esclavos negros empezaron a llegar de África, se sucedieron muchas matanzas. En el siglo XVIII, la isla fue declarada zona neutral, y la explotaron por igual franceses e ingleses, pero después de la guerra de los Siete Años y el Tratado de París, los franceses levantaron el campamento y Quillia cayó bajo el dominio del Imperio británico. En 1979, la isla proclamó su independencia.

Tiene ocho kilómetros de anchura. Agricultura de subsistencia, pesca, construcción de barcos, y la caza anual de una sola ballena. Hay tres mil quinientos habitantes, la mayoría de ascendencia africana, pero también caribe, inglesa, irlandesa, escocesa, asiática y portuguesa. Un libro informa de que un amplio contingente de marinos escoceses quedó allí abandonado a su suerte en el siglo XVIII. Sin posibilidad alguna de volver a casa, se instalaron en la isla y se mezclaron con la población negra. Dos siglos después, el resultado de ese cruce de razas es una curiosa mezcla de africanos pelirrojos, africanos de ojos azules, y africanos albinos. Tal como observa el autor: *La isla es un laboratorio de posibilidades humanas. Hace estallar nuestras rígidas y preconcebidas ideas sobre la raza; e incluso llega a destruir el concepto mismo de raza*.

Una bonita frase, ésa. *Un laboratorio de posibilidades humanas*.

14/5. Una jornada difícil. Esta tarde me he dado cuenta de que hace exactamente cuatro meses que tuve mi último periodo. ¿Significa eso que ha llegado por fin el momento? Sigo esperando los antiguos y familiares calambres, la hinchazón y la irritación, la sangre fluyendo de mí. No se trata de que ya no pueda tener hijos. Nunca he querido tenerlos especialmente. Alexandre llegó a convencerme más o menos, pero nos separamos antes de que pasara nada. Con Stéphane, ni hablar de hijos.

No, ya no se trata de tener hijos. Soy muy mayor para eso, aun cuando quisiera quedarme embarazada. Es cuestión de perder mi sitio como mujer, de verme

expulsada de las filas de la feminidad. Durante cuarenta años, he estado orgullosa de sangrar. He soportado *la regla* con alegría, sabiendo que compartía una experiencia con todas las mujeres del planeta. Ahora me veo a la deriva, apartada, castrada. Parece el principio del fin. Una mujer menopáusica hoy, una vieja bruja mañana, y después la tumba. Estoy demasiado agotada incluso para llorar.

Tal vez debería ir a Quillia, después de todo, pese a mis reservas. Necesito aclararme las ideas, respirar aire fresco.

17/5. Acabo de hablar con R. B. Qué raro volver a oír su voz después de tanto tiempo, pero parecía vigoroso, en plena forma. Cuando le dije que había decidido aceptar su invitación, se puso a gritar por teléfono. ¡Estupendo! ¡Magnífico! ¡Qué noticia tan espléndida!

Dentro de un mes (en palabras de R. B.), estaremos bebiendo los ponches de ron de Samuel, turnándonos para filmar atardeceres, nos lo vamos a pasar de miedo.

Mañana reservaré los billetes. Cinco días a finales de junio. Si quitamos las dos jornadas de viaje, nos quedan tres días enteros en Quillia. Si resulta que me lo paso de miedo, siempre puedo prolongar la estancia. Si me aburro, no creo que tres días sea soportar demasiado.

23/6. Después de un largo vuelo a través del Atlántico, estoy sentada en la sala de tránsito del aeropuerto de Barbados, esperando a la avioneta de una hélice que dentro de dos horas y media me llevará a Quillia (si es que sale a su hora). Un calor insufrible en todas partes, un ambiente bochornoso que se pega al cuerpo, el calor del trópico, una canícula que te achicharra los sesos.

En la terminal principal, una docena de soldados patrulla las instalaciones con metralletas. Un aire de amenaza y desconfianza, hostilidad en cada mirada. ¿Qué pasa? Doce militares negros empuñando armas automáticas, y una multitud de viajeros sudorosos y adustos, con sus malhumorados hijos y las maletas llenas a rebosar.

En la sala de tránsito, casi todos somos blancos. Surfistas norteamericanos de pelo largo, australianos que beben cerveza y hablan en voz muy alta, europeos de diversas e ignotas nacionalidades, un par de rostros asiáticos. Aburrimiento. Ventiladores cenitales girando por encima de la cabeza. Música ambiental que no es música. Un lugar que no es lugar alguno.

Nueve horas después. La avioneta de hélice era el artefacto volador más pequeño que he abordado jamás. Me senté delante junto al piloto, los otros dos pasajeros se

instalaron justo detrás de nosotros, y en el instante en que despegamos, comprendí que nos encontrábamos a merced de la primera ráfaga de viento que soplara en nuestra dirección, que incluso la menor turbulencia en la atmósfera circundante podría desviarnos de nuestro rumbo. Dábamos bandazos y sacudidas, el estómago se me salía por la boca, y sin embargo me he divertido, he disfrutado de la liviana ingravidez del viaje, de la sensación de estar en tan estrecho contacto con un viento tan inestable. Vista desde arriba, la isla no es más que un pequeño punto, una mancha verdigrís de lava solidificada que surge del océano. Pero el agua que la rodea es azul: sí, aguas de un azul paradisíaco.

Sería exagerado llamar aeropuerto al aeródromo de Quillia. Es una pista de aterrizaje, una cinta de asfalto al pie de una montaña alta, descomunal, y sólo puede acoger aeroplanos que no sean mayores que un juguete. Recogimos las maletas en la terminal –un diminuto pabellón de bloques de hormigón ligero– y luego pasamos el suplicio de la aduana y el control de pasaportes. Ni siquiera en la Europa posterior al 11-S han sometido mis pertenencias a examen tan minucioso. Me abrieron la maleta, cogieron e inspeccionaron hasta la última prenda de ropa, sacudieron todos los libros por el lomo, pusieron boca abajo los zapatos, atisbando y registrando en su interior: lenta y metódicamente, como si fuera un procedimiento que, bajo ninguna circunstancia, pudiera realizarse con apresuramiento. El funcionario encargado del control de pasaportes iba ataviado con un uniforme elegante, cuidadosamente planchado, símbolo de autoridad y poder burocrático, y tardó todo el tiempo que quiso en dejarme pasar. Me preguntó por el objeto de mi visita, y en mi inglés mediocre, cargado de acento, le contesté que había ido a pasar unos días con un amigo. ¿Qué amigo? Rudolf Born, le dije. El nombre pareció sonarle, y entonces me preguntó (de manera poco apropiada, en mi opinión) desde cuándo conocía al señor Born. De toda la vida, respondí. ¿De toda la vida? Mi respuesta parecía haberlo desconcertado. Sí, de toda la vida, repetí. Era amigo íntimo de mis padres. Ah, de sus padres, dijo, asintiendo ensimismado, satisfecho al parecer por mi respuesta. Creía que habíamos llegado al final de la operación, pero entonces abrió mi pasaporte, y estuvo examinándolo por espacio de tres minutos con el celo y la paciencia de un perito forense, estudiando cuidadosamente cada página, deteniéndose en cada sello, como si mis anteriores viajes constituyeran la clave para desentrañar el misterio de mi vida. Finalmente, sacó un formulario impreso en un estrecho trozo de papel, lo colocó en ángulo recto al borde de su escritorio, y rellenó las casillas con una caligrafía menuda y meticulosa. Tras grapar el formulario al pasaporte, entintó el tampón de caucho y lo apretó sobre un sitio junto al formulario, añadiendo con toda delicadeza el nombre de Quillia a la lista de países adonde me habían permitido la entrada. Los burócratas franceses son famosos por su maniática exactitud y fría eficiencia. Comparados con ese hombre, no son sino simples aficionados.

Salí al achicharrante calor de las cuatro de la tarde, contando con que R. B. estuviera esperándome, pero no había ido. Quien me acompañó a la casa fue Samuel, el encargado del mantenimiento, un joven de unos treinta años, vigoroso y fornido, sumamente guapo, con una piel muy oscura que no lo hace descendiente del grupo de marinos escoceses que se quedaron aquí aislados en el siglo XVIII. Tras el encuentro con los distantes y taciturnos hombres de la terminal del aeropuerto, fue un alivio ver que me sonreían de nuevo.

No tardé mucho en comprender por qué se había encomendado a Samuel la tarea de acompañarme a la Colina de la Luna. Durante los diez primeros minutos fuimos en coche, lo que me llevó a dar por sentado que seguiríamos hasta la casa por carretera, pero entonces Samuel detuvo el vehículo, e hicimos el resto del camino –es decir, la mayor parte del trayecto, más de una hora todavía– a pie. Fue una ardua caminata, una espantosa ascensión por un sendero empinado, surcado de raíces, que socavó mis fuerzas y me dejó sin aliento al cabo de cinco minutos. Soy una persona que se pasa la vida sentada en bibliotecas, una mujer de cincuenta y tres años que fuma demasiado y pesa diez kilos más de lo que debería, y mi cuerpo no está hecho para esfuerzos de esa clase. Me sentí enteramente humillada por mi ineptitud, por el sudor que me chorreaba y me empapaba la ropa, por los enjambres de mosquitos que bailaban en torno a mi cabeza, por mis frecuentes peticiones de detenernos a descansar, por las resbaladizas suelas de mis sandalias, que dieron conmigo en tierra, no en un par de ocasiones, sino una y otra vez. Pero aún peor, mucho peor que mis mezquinas tribulaciones físicas, era la vergüenza de que mi acompañante siempre fuera delante de mí, el bochorno de que Samuel cargara *con mi maleta sobre la cabeza*, tan pesada, con tantos libros innecesarios, y cómo no ver en esa imagen de un negro llevando *sobre la cabeza* las pertenencias de una mujer blanca los horrores del pasado colonial, las atrocidades del Congo y el África francesa, los siglos de aflicción...

No debo seguir así. Me estoy poniendo histérica, y si quiero conservar la salud mental a lo largo de estos días, debo mantener la compostura. La verdad es que a Samuel no le molestaba en absoluto lo que estaba haciendo. Ha subido y bajado esta montaña centenares de veces, lleva provisiones sobre la cabeza como si tal cosa, y para un nativo de una isla tan pobre como ésta, trabajar en casa de un hombre como R. B. se considera una buena posición. Siempre que le pedía que se detuviera, lo hacía sin la menor queja. No pasa nada, señora. Tómeselo con calma. Ya llegaremos, no hay prisa.

Cuando alcanzamos la cumbre, R. B. se estaba echando la siesta en su habitación. Por increíble que pudiera parecerme, aquello me dio ocasión de instalarme en mi cuarto (arriba, en lo más alto, mirando al mar) y recobrar el decoro. Me duché, me cambié de ropa, y me arreglé el pelo. Mejoras insignificantes, sin duda, pero al menos

no tenía que pasar por el bochorno de que me vieran en estado tan lamentable. La ascensión a la montaña casi había acabado conmigo.

Pese a mis esfuerzos, observé la decepción en sus ojos cuando entré en el salón una hora después: la primera vez que me veía después de tantos años, con el triste reconocimiento de que la muchacha de tanto tiempo atrás se había convertido en una mujer de mediana edad, menopáusica y desaliñada, sin demasiado atractivo.

Lamentablemente –no, creo que quiero decir afortunadamente– la decepción era mutua. En el pasado, lo había considerado un tipo seductor, guapo en un sentido tosco, próximo a la personificación ideal de la autoridad y seguridad masculinas. R. B. nunca había sido delgado, pero en los años transcurridos desde la última vez que lo había visto, había ganado una considerable cantidad de peso, un montón de kilos de más, y cuando se levantó para saludarme (vestido con pantalones cortos, sin camisa, zapatos ni calcetines), me quedé pasmada al ver el volumen que había adquirido su vientre. Parece una gran pelota de gimnasia, y ya sin apenas pelo en la cabeza, su cráneo me recordó un balón de voleibol. Una imagen ridícula, ya sé, pero la mente siempre produce en serie sus absurdas estupideces, y eso fue lo que vi cuando se levantó y se acercó a mí: un hombre compuesto por dos esferas, una pelota de gimnasia y un balón de voleibol. Así pues, es mucho más corpulento, pero no como una ballena, ni fofo ni con bolsas de grasa: sólo voluminoso. En realidad, en torno al vientre tiene la piel muy tensa, y salvo por unos pliegues carnosos en las rodillas y el cuello, parece en buena forma para un hombre de su edad.

Un instante después de echarle la primera mirada, la alicaída expresión desapareció de sus ojos. Con todo el aplomo de un diplomático experimentado, R. B. sonrió, abrió los brazos y me apretó contra su pecho. Es un milagro, dijo.

Aquel abrazo resultó ser el punto álgido de la velada. Bebimos unos ponches de ron preparados por Samuel (muy buenos), vi cómo R. B. filmaba el crepúsculo (lo encontré estúpido), y luego nos sentamos a cenar (platos fuertes, buey cubierto de una salsa espesa, una comida inadecuada para ese clima, más propio de la Alsacia en pleno invierno). La vieja cocinera, Nancy, no es nada vieja –cuarenta, cuarenta y cinco años todo lo más–, y me pregunto si no tiene dos trabajos en esta casa: cocinera de día, compañera de cama de R. B. por la noche. Melinda tiene veintipocos años, y por tanto quizá sea demasiado joven para ejercer esa función. Es una chica preciosa, a propósito, tan bella como guapo es Samuel, una criatura alta y desgarbada con unos andares fluidos y exquisitos, y por las miraditas que se echan el uno al otro, yo diría que Samuel y ella forman pareja. Nancy y Melinda sirvieron la cena, Samuel quitó la mesa y lavó los platos, y a medida que avanzaba la velada empecé a sentirme cada vez más incómoda. No me gusta que me atienda el servicio doméstico. Me ofende en cierto modo, sobre todo en una situación como ésta, con tres personas trabajando sólo para otras dos, tres personas negras sirviendo a otras dos blancas. Una vez más: ecos

desagradables del pasado colonial. ¿Cómo liberarme de ese sentimiento de vergüenza? Nancy, Melinda y Samuel se dedicaban a sus tareas con impasible ecuanimidad, y aunque recibí una serie de sonrisas corteses, parecían indiferentes, guardando las distancias. ¿Qué pensarán de nosotros? Probablemente se reirán a nuestras espaldas: con toda razón.

Los criados me desmoralizan, sí, pero no tanto como el propio R. B. Tras su cálida bienvenida, tuve la sensación de que ya no sabía qué hacer conmigo. Repetí sin cesar que debía estar cansada, que tenía que estar agotada por el viaje, que el desfase horario es un invento moderno concebido para destrozarse el cuerpo humano. No voy a negar que estaba exhausta y sentía ese desfase, que me dolían los músculos por mi lucha con la montaña, pero quería quedarme levantada y charlar, *rememorar viejos tiempos*, tal como él había dicho en una de sus cartas, y ahora parecía reacio a compartir esos recuerdos. Durante la cena, la conversación fue tremendamente aburrida. Me contó cómo descubrió Quillia y cómo se las arregló para comprar esta casa, me explicó algunos detalles sobre la vida de la región, y luego me soltó una conferencia sobre la fauna y la flora de la isla. Desconcertante.

Ahora estoy en la cama, dentro de la bóveda de una mosquitera blanca. Tengo el cuerpo untado con un odioso menjunje que se llama OFF, un repelente de mosquitos que huele a productos químicos tóxicos, posiblemente letales, y las verdes espirales de insecticida arden despacio a cada lado de la cama, emitiendo pequeñas y curiosas estelas de humo.

Me pregunto qué estoy haciendo aquí.

26/6. Nada durante dos días. Ha sido imposible escribir, encontrar un momento de paz, pero ahora que me he marchado de la Colina de la Luna y voy de vuelta a París, puedo reanudar la historia en donde la dejé y proseguirla hasta el amargo final. Amargo es justamente el término que quiero utilizar aquí. Me siento amargada por lo que pasó, y sé que ese amargo sabor de boca me acompañará durante mucho tiempo. Todo empezó a la mañana siguiente, el día después de mi llegada a la casa, el veinticuatro. Tomando el desayuno en el comedor, R. B. dejó despacio la taza de café, me miró a los ojos y me pidió que me casara con él. Era una proposición tan ridícula, tan completamente inesperada, que me eché a reír.

—No lo dirás en serio —respondí.

—¿Por qué no? Yo estoy solo aquí. Tú no tienes a nadie en París, y si te vinieras a Quillia a vivir conmigo, te haría la mujer más feliz del mundo. Somos perfectos el uno para el otro, Cécile.

—Eres demasiado viejo para mí, querido amigo.

—Ya has estado casada con un hombre mayor que yo.

—Precisamente. Stéphane ha muerto, ¿no? No tengo ganas de convertirme en

viuda otra vez.

—Ah, pero yo no soy Stéphane, ¿verdad? Estoy fuerte, gozo de perfecta salud. Me quedan muchos años por delante.

—Por favor, Rudolf. Es imposible.

—Olvidas lo mucho que nos adorábamos.

—Me gustabas. Siempre me has gustado, pero nunca te he adorado.

—Hace años, quise casarme con tu madre. Pero no era más que una excusa. Deseaba vivir con ella para estar cerca de ti.

—Eso es absurdo. Yo entonces era una niña; una chica torpe, sin desarrollar. Tú no sentías interés alguno por mí.

—Todo marchaba muy bien. Algo estaba a punto de ocurrir, y habría sucedido, porque los tres lo deseábamos, pero entonces vino a París aquel chico norteamericano y lo echó todo a perder.

—No fue por él. Lo sabes. Mi madre no creyó su historia, y yo tampoco.

—Hiciste bien en no creerle. Era un embustero, un muchacho retorcido y traicionero que se volvió contra mí y trató de destrozarme la vida. Sí, he cometido tremendos errores a lo largo de los años, pero matar a aquel chico en Nueva York no fue uno de ellos. Tu novio se lo inventó todo.

—¿Mi novio? Ésa sí que es buena. Adam Walker tenía cosas mejores que hacer que enamorarse de alguien como yo.

—Y pensar... que fui yo quien te lo presenté. Creía que te estaba haciendo un favor. Qué manera de salirse el tiro por la culata.

—Verdaderamente me hiciste un favor. Y luego acabé insultándolo. Le dije que estaba loco. Que deberían arrancarle la lengua.

—Eso no me lo habías dicho. Bien hecho, Cécile. Me siento orgulloso de ti por mostrar tal firmeza de espíritu. El chico se llevó su merecido.

—¿Su merecido? ¿Qué significa eso?

—Me refiero a su apresurada marcha de Francia. Sabes por qué se fue, ¿no?

—Se fue por culpa mía. Porque le escupí en la cara.

—No, no, no fue por algo tan simple.

—¿De qué estás hablando?

—Lo deportaron. La policía lo pilló con tres kilos de estupefacientes: marihuana, hachís, cocaína, no me acuerdo ahora de la sustancia. Lo denunció el gerente de aquel hotel asqueroso en que vivía. Los polis registraron su habitación, y aquél fue el fin de Adam Walker. Tenía dos opciones: ir a juicio o marcharse del país.

—¿Adam con droga? No es posible. Estaba contra las drogas, las odiaba.

—Según la policía, no.

—¿Y cómo sabes tú eso?

—El juez instructor era amigo mío. Me contó el caso.

—Qué oportuno. ¿Y por qué iba a molestarse en hablar contigo de una cosa así?

—Porque sabía que yo conocía a Walker.

—Tuviste algo que ver en todo eso, ¿verdad?

—Pues claro que no. No seas tonta.

—Interviniste. Admítelo, Rudolf. Fuiste tú quien echó a Adam del país.

—Te equivocas, cariño. No digo que sintiera verlo marchar, pero yo no fui responsable de nada.

—Hace tantísimo tiempo. ¿Por qué mentir sobre eso ahora?

—Lo juro por la tumba de tu madre, Cécile. No tuve nada que ver con eso.

No sabía qué pensar. Quizá estaba diciendo la verdad, aunque a lo mejor no, pero en cuanto mencionó la tumba de mi madre, comprendí que ya no quería estar con él en el comedor. Me sentía muy disgustada, muy cerca de las lágrimas, muy confusa para seguir hablando. Primero su demencial proposición de matrimonio, y luego sus horribles noticias sobre Adam, y de pronto no podía seguir sentada más tiempo a aquella mesa. Me levanté de la silla, le dije que no me encontraba bien, y me retiré rápidamente a mi habitación.

Media hora después, R. B. llamó a la puerta y preguntó si podía pasar. Vacilé unos momentos, preguntándome si tendría fuerzas para estar de nuevo cara a cara con él. Antes de que pudiera decidirme, volvió a llamar, más fuerte y con mayor insistencia que antes, y seguidamente abrió la puerta él mismo.

—Lo siento —dijo mientras avanzaba pesadamente con su voluminoso cuerpo medio desnudo hacia una butaca en el rincón del cuarto—. No era mi intención ponerte nerviosa. Me parece que no lo he planteado bien.

—¿Planteado? ¿Plantear qué?

Mientras R. B. se instalaba en la butaca, yo me senté en un pequeño banco de madera bajo la ventana. No estábamos a más de un metro de distancia. Después de mi brusca marcha del comedor hubiera preferido que no viniera a verme tan pronto, pero parecía lo bastante contrito como para pensar que sería posible proseguir la conversación.

—¿Plantear qué? —repetí.

—Cierto..., ¿cómo expresarlo...?, cierto futuro..., posibles planes domésticos para el futuro.

—Lamento decepcionarte, Rudolf, pero no me interesa el matrimonio. Ni contigo ni con nadie.

—Sí, lo sé. Ésa es tu postura hoy, pero mañana quizá tengas una perspectiva diferente del asunto.

—Lo dudo.

—Ha sido un error no hacerte partícipe de mis pensamientos. Estoy acariciando

esta idea desde que recibí tu carta el mes pasado, y después de darle vueltas en la cabeza durante tanto tiempo, me pareció real, como si todo lo que tenía que hacer para materializarla era expresarla en voz alta. Puede que haya estado demasiado solo estos últimos seis años. A veces confundo mis pensamientos sobre el mundo con la realidad misma. Si te he ofendido, lo siento.

—No me has ofendido. Sorprendido sería la palabra adecuada, supongo.

—Dada tu postura, o la posición que adoptas ahora, en cualquier caso, me gustaría sugerir un experimento. Una experiencia en forma de propuesta de trabajo. ¿Recuerdas el libro de que te hablé en una de mis cartas?

—Mencionaste que estabas tomando notas para unas memorias que querías escribir.

—Exacto. Estoy casi preparado para empezar, y quiero que me ayudes. Quiero que escribamos el libro conjuntamente.

—Te olvidas de que tengo trabajo en París. Una ocupación que significa mucho para mí.

—Cualquiera que sea el salario que tengas en el CNRS, yo te lo doblo.

—No es cuestión de dinero.

—No te pido que dejes tu trabajo. Lo único que tienes que hacer es solicitar un permiso por tiempo indefinido. Escribir el libro nos llevaría alrededor de un año, y si cuando terminemos no quieres seguir aquí conmigo, te vuelves a París. Mientras, ganarás el doble que ahora, con alojamiento y pensión gratis, a propósito, y entretanto quizá descubras que quieres casarte conmigo. Un experimento en forma de propuesta de trabajo. ¿Comprendes lo que te estoy diciendo?

—Sí, lo entiendo. Pero ¿por qué habría de interesarme trabajar en un libro de otra persona? Yo ya tengo mi propio trabajo.

—Una vez que sepas de lo que trata el libro, te interesará.

—Trata de tu vida.

—Sí, pero ¿sabes tú algo de mi vida, Cécile?

—Eres un profesor universitario jubilado, que daba clases de política interior y asuntos internacionales.

—Entre otras cosas, sí. Pero no sólo enseñaba política, también trabajaba para el gobierno.

—¿Para el gobierno francés?

—Naturalmente. Soy francés, ¿no?

—¿Y qué clase de trabajo hacías?

—Misiones secretas.

—Misiones secretas... ¿Estás hablando de espionaje?

—Tejemaneges en sus múltiples formas, cariño.

—Vaya, vaya. No tenía ni idea.

—Para mí todo arranca en Argelia. Empecé joven, y seguí trabajando para ellos justo hasta el final de la guerra fría.

—En otras palabras, tienes algunas historias apasionantes que contar.

—Más que apasionantes. Historias que te helarían la sangre en las venas.

—¿Y te permiten publicar esas cosas? Creía que había leyes que prohibían desvelar secretos de Estado a los funcionarios del gobierno.

—Si tenemos algún problema, volveremos a escribir el texto y lo publicaremos como una novela; con tu nombre.

—¿Con mi nombre?

—Sí, con tu nombre. Yo me quedaré al margen, y tú podrás llevarte todos los méritos.

Ya no creía ni una palabra de lo que estaba diciendo. Cuando salió de la habitación, tenía la seguridad de que R. B. se había vuelto loco, que había perdido la cabeza y estaba como una cabra. Había pasado demasiados años en Quillia, y el sol del trópico le había recalentado los sesos, empujándolo al borde de la demencia. Espionaje. Matrimonio. Memorias que se transformaban en novelas. Era como un niño, una criatura desesperada que se inventaba cosas sobre la marcha, diciendo lo primero que le venía a la cabeza y luego dándole vueltas hasta convertirlo en una ficción que se ajustara a su propósito en un momento determinado; en este caso, la estrafalaria idea, enteramente ridícula, de que quería contraer matrimonio conmigo. No podía querer que nos casáramos. Era imposible. Pero aunque así fuese, eso sólo demostraría que no estaba en sus cabales.

Le seguí la corriente, haciendo como si me tomara en serio su *experimento en forma de propuesta de trabajo*. ¿Me daba miedo llevarle la contraria, o trataba simplemente de evitar una escena desagradable? Un poco de las dos cosas, supongo. No quería decir nada que pudiera enfadarlo, pero al mismo tiempo la conversación me parecía insoportablemente aburrida, y quería librarme de su presencia lo antes posible. Así que lo pensarás, ¿verdad?, preguntó. Sí, le contesté, te prometo que lo pensaré. Pero antes de que tome una decisión, tienes que darme más detalles del libro. Pues claro, respondió, no faltaba más. Ahora tengo que hacer unas cosas con Samuel, pero podemos hablar de ello durante el almuerzo. Luego me dio una palmadita en la mejilla y sentenció: Me alegro de que hayas venido. El mundo nunca me ha parecido tan hermoso.

No fui a almorzar. Dije que no me encontraba bien, lo que era en parte cierto y en parte mentira. Podía haber ido de habérmelo propuesto, con un poco de fuerza de voluntad, pero no tenía ánimo para hacer esfuerzos, y no me apetecía. Necesitaba descansar de R. B., y también del viaje, que me había dejado para el arrastre. Estaba agotada, desorientada por el desfase horario, exhausta. Sin molestarme en quitarme la

ropa, me tumbé en la cama y me eché una siesta de tres horas. Me desperté sudando, chorreando sudor por todos los poros, la boca seca, la cabeza retumbándome. Me desnudé, fui al baño, colgué una de las bolsas de plástico llenas de agua en el gancho de la ducha, abrí la espita, y dejé que el agua se precipitara sobre mi cabeza. Una ducha tibia en el calor de mediodía. El baño se encontraba al aire libre, un pequeño espacio semejante a una hornacina excavada en la roca y colgada en la cima del acantilado, sin nada frente a mis pies salvo el inmenso y destellante océano. El mundo nunca había sido tan hermoso. Sí, dije para mis adentros, éste es sin duda un lugar precioso, pero es una belleza áspera, inhóspita, y ya estoy deseando marcharme de aquí.

Pensé en escribir el diario, pero estaba muy nerviosa para quedarme sentada. Entonces se me ocurrió que no debía hacer anotaciones durante mi estancia. ¿Qué pasaría si R. B. entraba a hurtadillas en mi cuarto y descubría el diario, me pregunté, y veía las cosas que escribía sobre él? Se armaría un lío del demonio. Incluso podría correr peligro.

Intenté leer, pero en aquellos momentos tal actividad se encontraba fuera del alcance de mis facultades de concentración. Todos los libros inútiles que había metido en la maleta para las vacaciones al sol. Novelas de Bernhard y Vila-Matas, poemas de Dupin y Du Bouchet, ensayos de Sacks y Diderot: todos libros valiosos, pero ya inútiles, ahora que había llegado a mi destino.

Me senté en la butaca cerca de la ventana. Deambulé por el cuarto. Volví a sentarme en el sillón.

¿Y si R. B. no se había vuelto loco?, me pregunté. ¿Y si estaba jugando conmigo, proponiéndome matrimonio con objeto de tomarme el pelo y burlarse de mí, de divertirse un poco a mi costa? Eso también podía ser. Cualquiera cosa era posible.

Aquella noche bebió mucho en la cena. Un par de buenos ponches de ron antes de sentarnos a la mesa, seguidos de generosas dosis de vino a lo largo de la cena. Al principio, el alcohol no parecía hacerle ningún efecto. Con aire solícito me preguntó si me encontraba mejor, y le dije que sí, que la siesta me había sentado de maravilla, y charlamos de cosas sin importancia, intrascendentes, sin mencionar el matrimonio, ni mentar a Adam Walker, ni aludir a libros sobre actividades de servicios secretos que podían convertirse en novelas. Aunque hablábamos en francés, me pregunté si no le gustaba sacar a relucir esas cuestiones delante del servicio. También me pregunté si no se estaba volviendo viejo, si no se encontraba en las primeras fases del Alzheimer o la demencia senil, y sencillamente se le habían olvidado las cosas que habíamos hablado por la mañana. A lo mejor las ideas le revoloteaban en la cabeza como mariposas o mosquitos: nociones efímeras que iban y venían con tal rapidez que ya no podía seguirles la pista.

A los diez minutos de empezar a comer, sin embargo, se puso a hablar de política.

No en un plano personal, no de historias surgidas de sus propias experiencias, sino de forma abstracta, teórica, en un tono bastante profesoral que debía de haber empleado durante casi toda su vida adulta. Empezó con el Muro de Berlín. En Occidente todo el mundo se alegró mucho cuando cayó el Muro, afirmó, todos pensaban que una nueva era de paz y amor fraterno había amanecido sobre la tierra, pero en realidad constituyó uno de los acontecimientos más alarmantes de los últimos tiempos. Por desagradable que pudiera haber sido, la guerra fría había mantenido unido al mundo durante cuarenta y cuatro años, y ahora que se había esfumado el simple universo binario compuesto de blanco y negro, nuestro bando contra el suyo, habíamos entrado en un periodo de caos e inestabilidad semejante al de los años previos a la Primera Guerra Mundial. La destrucción mutua garantizada, la demencia. Era una concepción aterradora, sí, pero cuando media humanidad está en condiciones de desintegrar a la otra media, y cuando esa otra media se encuentra en posición de hacer desaparecer a la primera, ninguna de las dos apretará el gatillo. Punto muerto permanente. La respuesta más elegante a la agresión militar en la historia de la humanidad.

No lo interrumpí. Por una vez, R. B. estaba hablando de forma racional, aun cuando su argumentación era más bien rudimentaria. ¿Qué me dices de Argelia e Indochina, quería preguntarle, qué hay de Corea y Vietnam, qué ocurre con la injerencia de Estados Unidos en Latinoamérica, los asesinatos de Lumumba y Allende, los soviéticos entrando con sus tanques en Budapest y Praga, la larga guerra de Afganistán? No tenía mucho sentido hacerle esas preguntas. Ya había soportado peroratas de esa clase cuando era joven como para saber que enredarse en discusiones con R. B. no merecía la pena. Que siga con su discurso, dije para mí, que suelte sus opiniones simplistas, y antes de que se entere se cansará de hablar y concluirá la velada. Aquél era el R. B. de los viejos tiempos, y por primera vez desde que puse los pies en su casa, me sentí en terreno familiar.

Pero no se cansaba de hablar, y la velada se prolongaba mucho más de lo que yo había esperado. Sólo se estaba calentando con aquellas observaciones sobre la guerra fría, aclarándose la garganta, como si dijéramos, y durante las dos horas siguientes me soltó la más virulenta diatriba que jamás había oído de sus labios. El terrorismo árabe, el 11 de Septiembre, la insidiosa invasión de Irak, el precio del petróleo, el calentamiento del planeta, la escasez de alimentos, las hambrunas, la depresión mundial, la guerra sucia, los atentados con ántrax, la aniquilación de Israel: ¿de qué no hablaría, qué espantosa profecía, augurio de muerte, no evocó para lanzármela a la cara? Algunas de las cosas que dijo eran tan mezquinas y horribles, tan despiadadas y con tanto odio hacia todo el mundo que no fuera europeo de piel blanca, hacia cualquiera que, en definitiva, no fuese el propio Rudolf Born, que llegó un momento en que no pude soportarlo más. Cállate, le dije. No quiero oír una palabra más. Me voy a acostar.

Cuando me levanté de la silla y me marché del comedor, él seguía hablando, continuaba la perorata con su voz pastosa, de borracho, sin darse cuenta siquiera de que ya no estaba sentada a la mesa. Las capas de hielo polar se están fundiendo, afirmó. Dentro de quince o veinte años vendrán las inundaciones. Ciudades anegadas, continentes arrasados, el fin de todo. Tú seguirás viviendo, Cécile. Alcanzarás a verlo, y luego morirás ahogada. Te ahogará con todos los demás, con otros miles de millones, y ahí se acabará todo. Cómo te envidio, Cécile. Podrás presenciar el fin de todas las cosas.

A la mañana siguiente (ayer) no se presentó al desayuno. Cuando pregunté si estaba bien, Nancy hizo un ruidito con la garganta, algo parecido a una risa muda, hacia dentro, y me dijo que el señor Born seguía en el mundo de los sueños. Me pregunté cuánto tiempo más se habría quedado bebiendo después de que me fui del comedor.

Cuatro horas más tarde se presentó para el almuerzo, al parecer de buen humor, los ojos animados y centrados, preparado para entrar en acción. Por primera vez desde que había llegado, se había tomado la molestia de ponerse una camisa.

—Disculpa mis desaforados comentarios de anoche —empezó a decir—. La mitad de las cosas no las dije en serio; menos de la mitad, en realidad, casi ninguna.

—¿Por qué dirías esas cosas si no fuera en serio? —le pregunté, un tanto desconcertada por aquella extraña retractación. No acostumbraba a poner en tela de juicio su comportamiento, a echarse atrás en algo que hubiera dicho o hecho, desaforado o no.

—Estaba tanteando ciertas ideas, intentando ponerme en el estado de ánimo adecuado para el trabajo futuro.

—¿Y qué trabajo es ése?

—El libro. El libro que vamos a hacer juntos. Después de nuestra charla de ayer por la mañana, estoy convencido de que tienes razón, Cécile. Nunca podrá publicarse la verdadera historia. Hay demasiados secretos, demasiados detalles de asuntos sucios que desvelar, demasiadas muertes por las que responder. Los franceses me detendrían si intentara hablar de todo eso.

—¿Estás diciendo que quieres renunciar al proyecto?

—No, en absoluto. Pero con objeto de exponer la verdad, debemos darle carácter de ficción.

—Eso es lo que dijiste ayer.

—Lo sé. Se me ocurrió de pronto mientras estábamos hablando, pero ahora que he tenido tiempo para pensarlo, creo que es la única solución.

—Una novela, entonces.

—Sí, una novela. Y ahora que tengo una novela en la cabeza, veo las ilimitadas

posibilidades que se abren de pronto para nosotros. Podemos decir la verdad, sí, pero también contamos con la libertad de inventarnos cosas.

—¿Y por qué querrías hacer eso?

—Para dar más interés a la historia. Basaremos la acción en mi propia vida, claro, pero el personaje que me representa en el libro tendrá un nombre distinto. No podremos llamarlo Rudolf Born, ¿verdad? Tendrá que ser otro: el señor X, por ejemplo. Una vez que me convierta en el señor X, ya no seré yo mismo, y entonces podremos añadir tantos detalles nuevos como queramos.

—¿Como cuáles?

—Como..., a lo mejor el señor X no es la persona que parece ser. Lo presentaremos como un hombre que lleva una doble vida. El mundo lo conoce como un aburrido profesor, alguien que da clases de política interior y asuntos internacionales en una universidad o un instituto igualmente aburridos, pero que en realidad es también un agente secreto especial, que libra una guerra justa contra los comunistas soviéticos.

—Eso ya lo sabemos. Es la premisa del libro.

—Sí, sí; pero espera. ¿Y si su doble vida no es tal, sino una triple vida?

—No te entiendo.

—Parece que trabaja para los franceses, pero en realidad está en connivencia con los rusos. El señor X es un topo.

—Empieza a parecer una novela de misterio...

—De misterio. ¿No te encanta esa palabra? *Misterio*.

—Pero ¿por qué iba el señor X a traicionar a su país?

—Por muchas razones. Tras años de trabajo en el campo de batalla, Occidente acaba desilusionándolo y se convierte a la causa comunista. O si no, es un cínico que no cree en nada, y los rusos le pagan buen dinero, mucho más que los franceses, lo que significa que gana más del doble de lo que cobraría si trabajara para un solo bando.

—No parece un personaje muy simpático.

—No tiene que ser simpático. Sólo interesante y complejo. Piensa en Mayo del 68, Cécile. ¿Recuerdas aquellas tremendas discusiones que manteníamos?

—Nunca se me olvidarán.

—¿Y si el señor X, el doble agente confabulado con el enemigo, está en completo acuerdo con el personaje de la joven Cécile Juin? ¿Y si está encantado viendo cómo Francia se sume en la anarquía, si no cabe en sí de alegría ante la desintegración del país y la inminente caída del gobierno? Pero tiene que proteger su tapadera, y para ello ha de defender ideas diametralmente opuestas a aquellas en las que cree. Eso le dará un buen toque, ¿no te parece?

—No está mal.

—He pensado en otra escena. Sería difícil de conseguir, pero si adoptamos la idea de convertir al señor X en un topo, se convertiría en un factor crucial: uno de los momentos más oscuros y desgarradores del libro. El señor X tiene un colega francés, el señor Y. Han sido amigos íntimos durante muchos años, han vivido juntos innumerables y angustiosas aventuras, pero ahora el señor Y sospecha que el señor X trabaja para los soviéticos. Se encara con él y le dice que si no abandona el servicio de forma inmediata, hará que lo detengan. Son los primeros años sesenta, recuérdalo. La pena capital sigue en vigor, y la detención significa la guillotina para el señor X. ¿Qué puede hacer? No tiene más remedio que matar al señor Y. No de un balazo, por supuesto. No de un golpe en la cabeza ni de un navajazo en el vientre, sino con un medio más sutil que elimine la posibilidad de ser descubierto. Es verano. El señor Y y su familia están de vacaciones en la montaña, al sur de Francia. El señor X va para allá, se introduce furtivamente en plena noche en la propiedad, y desconecta los frenos del coche del señor Y. A la mañana siguiente, camino del pueblo para comprar pan en la panadería de la localidad, el señor Y pierde el control del automóvil y se precipita por la ladera de la montaña. Misión cumplida.

—¿Qué estás diciendo, Rudolf?

—Nada. Te estoy contando una historia, eso es todo. Te describo cómo el señor X mata al señor Y.

—Estás hablando de mi padre, ¿verdad?

—Pues claro que no. ¿Cómo se te ocurre pensar eso?

—Me estás diciendo cómo intentaste matar a mi padre.

—Tonterías. Tu padre nunca estuvo en el servicio. Tú lo sabes. Trabajaba en el Ministerio de Cultura.

—Eso dices tú. ¿Quién sabe lo que hacía realmente?

—Déjalo, Cécile. Sólo estamos divirtiéndonos un poco.

—No tiene gracia. Ninguna en absoluto. Me estás revolviendo las tripas.

—Mi querida niña. Cálmate. Te estás portando como una boba.

—Me voy de aquí, Rudolf. No soporto estar contigo ni un momento más.

—¿Ahora mismo, en mitad del almuerzo? ¿Por las buenas?

—Sí, por las buenas.

—Y yo que pensaba...

—No me importa lo que pensabas.

—De acuerdo, vete si eso es lo que quieres. No voy a tratar de impedírtelo. Desde que has venido no he hecho otra cosa que inundarte de ternura y afecto, y ahora te vuelves contra mí de esta manera. Eres una mujer ridícula, una histérica, Cécile. Lamento haberte invitado a mi casa.

—Y yo lamento haber venido.

Ya estaba de pie para entonces, cruzando la habitación, llorando ya. Justo antes de llegar al pasillo, me volví a mirar por última vez al hombre con el que mi madre estuvo a punto de casarse, al hombre que me había pedido en matrimonio, y allí estaba, sentado de espaldas a mí, encorvado sobre su plato, zampándose la comida. Con absoluta indiferencia. Aún no me había marchado de la casa y ya me había borrado de su mente.

Fui a mi cuarto a recoger mis cosas. Esta vez no tendría a Samuel para acompañarme, y como no estaría en condiciones de bajar la montaña con la maleta en la mano, tendría que dejarla allí. Metí ropa interior limpia en el bolso, me quité las sandalias sacudiendo los pies, me puse unas zapatillas de deporte y luego comprobé que el pasaporte y el dinero estaban en su sitio. La idea de dejarme la ropa y los libros me causaba una pequeña punzada de pesar, pero la sensación desapareció al cabo de un par de segundos. Mi plan consistía en bajar a la ciudad de Saint Margaret y sacar un billete para el primer avión con destino a Barbados. Estaba a diecisiete kilómetros de la casa. Era capaz de hacerlo. Siempre que fuera en terreno llano, podría seguir andando eternamente.

El descenso de la montaña resultó ser menos penoso de lo que había sido la ascensión. Empecé a sudar, como es natural, los tábanos y mosquitos me acribillaron con sus ataques aéreos, pero en esta ocasión no me caí, ni una sola vez. Avancé a un paso moderado, ni muy lento ni muy apresurado, deteniéndome de cuando en cuando a observar las flores silvestres que crecían al lado del camino: de colores vivos, preciosas, con nombres desconocidos para mí. Azul intenso. Rojo encendido. Amarillo radiante.

Cuando me acercaba a la base de la montaña, empecé a oír algo, un ruido o una serie de ruidos que era incapaz de reconocer. Al principio, pensé que se parecía al canto de los grillos o las chicharras, el persistente grito metálico de los insectos en el calor de la tarde. Pero hacía demasiado bochorno entonces para que los insectos se estuvieran llamando unos a otros, y cuando me aproximé más, comprendí que los ruidos eran demasiado fuertes, que su ritmo era demasiado complejo, demasiado vibrante e intrincado para que proviniese de algún ser vivo. Una barrera de árboles me estorbaba la vista. Seguí andando, pero el obstáculo siguió hasta que llegué abajo del todo. Una vez allí, me detuve, torcí a la derecha, y por fin vi de dónde procedía el rumor, finalmente vi lo que mis oídos me estaban anunciando.

Un campo desolado se extendía frente a mí, un terreno árido y polvoriento abarrotado de pedruscos grises de diversas formas y tamaños, y desperdigados entre las piedras de aquel descampado había cincuenta o sesenta hombres y mujeres, todos con un martillo en una mano y un cincel en la otra, golpeando las piedras hasta partirlas en dos, machacando luego los trozos pequeños para romperlos en dos, y luego triturando los más pequeños y reduciéndolos a gravilla. Cincuenta o sesenta

hombres y mujeres de color agachados en el campo con martillos y cinceles, golpeando las piedras mientras el sol les machacaba la espalda, sin sombra en parte alguna y el sudor reluciendo en cada rostro. Me quedé allí largo rato, observándolos. Miré y escuché y me pregunté si alguna vez había visto algo así. Era la clase de trabajo que se relaciona con reclusos, con gente encadenada, pero aquellas personas no llevaban grilletes. Estaban trabajando, ganando dinero, haciendo lo posible por subsistir. La música de las piedras era ampulosa e increíble, un rumor de cincuenta o sesenta martillos tintineantes, cada uno moviéndose a su propio ritmo, atrapado en su propia cadencia, y conjuntamente formaban una armonía indisciplinada, majestuosa, un sonido que se me metió en la piel y permaneció en mi interior mucho después de marcharme de allí, e incluso ahora, sentada en el avión que cruza el océano, sigo oyendo en mi cabeza el tintineo de aquellos martillos. Ese sonido vivirá siempre en mí. Durante el resto de mi vida, esté donde esté, haga lo que haga, irá siempre conmigo.



PAUL AUSTER. Está considerado como uno de los más grandes autores norteamericanos contemporáneos, destacando por obras tan conocidas como *La trilogía de Nueva York*.

Auster estudió en Columbia y tras licenciarse en literatura se instaló en París, donde trabajó como traductor hasta su vuelta a Estados Unidos en 1974. Establecido en Brooklyn desde entonces, Auster se dedicó a la literatura tras el éxito conseguido por sus novelas *Ciudad de cristal*, *Fantasma* y *La habitación cerrada*.

Auster combina temas cercanos a la filosofía y al existencialismo con tramas en ocasiones cercanas al realismo mágico con resultados que le han llevado a conseguir numerosos éxitos, como *El país de las últimas cosas*, *El palacio de la luna* o *Leviatán*, entre otros.

Además, Auster siempre ha sentido una especial predilección por el mundo del cine, siendo el autor de guiones como *La música del azar*, *Smoke*, *Blue in the Face*, *Lulu en el puente* o *La vida interior de Martin Frost*, entre otros, algunos de los cuales ha llegado a dirigir.

A lo largo de su carrera literaria, Paul Auster ha recibido numerosos galardones, entre los que habría que destacar el Premio Médicis, la Orden de las Artes y las Letras de Francia o el Príncipe de Asturias de las Letras.

Notas

1. Paráfrasis bíblica: Salmos 23: 5-6. (*N. del T.*) <<